

ROBERT E. HOWARD

NACERÁ UNA
BRUJA

LAS CRÓNICAS NEMEDIAS - I



S
FORTULA

LAS CRÓNICAS NEMEDIAS

I. Nacerá una bruja

Cimeria

La hija del gigante de hielo

La torre del elefante

El dios del cuenco

Hatajo de rufianes

La Reina de la Costa Negra

El valle de las mujeres perdidas

Natohk el velado

Sombras a la luz de la luna

Nacerá una bruja

II. El diablo de hierro

Sombras sobre Zamboula

Xuthal del crepúsculo

El diablo de hierro

El pueblo del círculo negro

El extranjero negro

III. El fénix en la espada

El estanque del negro

Clavos rojos

Las joyas de Gwahlur

Más allá del Río Negro

El fénix en la espada

La ciudadela escarlata

IV. La hora del dragón

La hora del dragón

ROBERT E. HOWARD

NACERÁ UNA
BRUJA
LAS CRÓNICAS NEMEDIAS - I



Primera edición: Marzo, 2018

Segunda edición: Abril, 2019

© 2019, Sportula por la presente edición
© 2018, Rodolfo Martínez por «Bienvenidos a la Era Hibórea»
© 2018, Rodolfo Martínez por la traducción
Revisión de textos: Natalia Cervera

Ilustración de portada: © 2018, Breogán Álvarez
Ilustraciones interiores: © 2018, Juan Alberto Hernández
Diseño de cubierta: Sportula

SPORTULA
www.sportula.es
sportula@sportula.es

SPORTULA y sus logos asociados son marca registrada de Rodolfo Martínez

Prohibida la reproducción sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Para obtener más información al respecto, diríjase al editor en sportula@sportula.es

BIENVENIDOS A LA ERA HIBÓREA

Rodolfo Martínez

Robert E. Howard nació en 1906 en una pequeña población de Texas. Murió treinta años más tarde: subió a su coche y se pegó un tiro en la cabeza con un colt calibre 38.

En esos treinta años hizo muchas cosas. Fue, especialmente, un prolífico autor para las revistas *pulp* de la época, las cuales inundó literalmente con sus relatos: de aventuras, históricos, «picantes», de hazañas deportivas, de misterio, de terror, *westerns...* y especialmente relatos fantásticos, concretamente del subgénero a menudo llamado «fantasía épica» (nombre propuesto por Michael Moorcock en 1961) o «fantasía heroica». Aunque en mi opinión el nombre más apropiado para el género es el de «espada y brujería», acuñado por Fritz Leiber, y que es lo bastante descriptivo de por sí para no tener que ahondar más en su significado.

En plena época de la Gran Depresión era el hombre más acaudalado de la pequeña población tejana en la que vivía, incluso teniendo en cuenta que muchas revistas aún le debían dinero. Era, también, un completo desconocido para la mayoría de los lectores ajenos al circuito de la literatura *pulp*. Circuito del que intentó salirse varias veces (escribió *La hora del dragón*, su única novela de Conan, con destino a un editor inglés, pero el proyecto se malogró), siempre sin éxito. Era tremendamente prolífico y si unimos el material que publicó en vida con toda la obra que quedó inédita a su muerte tendríamos para llenar varias cajas de buen tamaño. Si a eso añadimos los poemas, las sinopsis de relatos que nunca llegó a escribir y los inicios de historias inacabadas, la fertilidad literaria de Howard se convierte en algo apabullante.

Escribía de prisa, para un mercado que pagaba poco y con retraso y que a menudo fraccionaba los pagos. Su estilo dista de ser pulido y acabado y sin duda no le habría venido mal un buen repaso y la ayuda de un revisor de estilo competente. A menudo era repetitivo, utilizaba clichés con frecuencia y en ocasiones abusaba en exceso de ciertos adjetivos, especialmente de «dark» y «black».

Pero no importaba, porque tenía algo no se puede suplir con revisiones y pulidos.

Era un narrador nato.

Sus páginas, incluso las de los relatos más manidos y rutinarios, rebosan vida, nervio, expresividad. Sus personajes, pese a ser delineados con rapidez a base de tres o cuatro rasgos destacados, parecen vivos y de carne y hueso. No importa lo que cuente: es capaz de meterse al lector en el bolsillo y de mantenerlo enganchado e interesado de la primera página a la última.

Se pueden aprender muchas cosas en el oficio de escribir: el trabajo duro y la constancia pueden limar muchos defectos, ayudar en el manejo de numerosas técnicas y potenciar las

cosas buenas que se tengan.

Pero o eres un buen narrador o no lo eres. Y eso no se aprende. Simplemente, algunas personas han nacido para contar historias y otras no.

Howard había nacido para ello, sin la menor duda, y lo demostró con creces a lo largo de su vida. No todo su trabajo es bueno, no todo es notable, seguro que buena parte de él no es merecedor de pasar a la posteridad. Pero incluso sus relatos más manidos, más de fórmula, tienen algo que aún hoy hace que el pulso se nos acelere y no podamos parar de leer.

En las páginas que siguen intentaré analizar algunas de sus principales características como narrador, especialmente referidas a su más famoso ciclo narrativo (al fin y al cabo, estás ante una edición de las historias de Conan, amable lector), pero que pueden ser fácilmente extrapoladas a toda su obra.

Has de saber, oh príncipe

A lo largo de su vida Howard probó con varios personajes y creó distintos ciclos narrativos. Hay cierta tendencia a afirmar que todos los héroes howardianos están cortados por el mismo patrón y Sprague de Camp usó esa premisa como justificación para convertir relatos póstumos de Howard protagonizados por otros personajes en historias de Conan.

Al fin y al cabo, el mismo Howard lo había hecho. El primer relato de Conan, «El fénix en la espada», es la reelaboración de «Con esta hacha gobierno», una historia de Kull que no había conseguido vender. «El extranjero negro», por otro lado, nació como historia de Conan; Howard no pudo venderla y la transformó en un relato de bucaneros en el siglo XVII, con la misma fortuna editorial que la versión inicial.

No diré que esa idea de los héroes intercambiables howardianos sea totalmente falsa. En general sus protagonistas comparten abundantes elementos comunes que hacen que no sea complicado intercambiarlos entre sí: son, casi siempre, personajes eminentemente físicos, poco dados a la reflexión, y que desbordan un vitalismo feroz entreverado de melancolía.

Pero incluso dentro de ese patrón encontramos diferencias. El exultante Conan de la Era Hibórea no es el meditabundo Kull de la era precataclísmica, el melancólico Bran Mak Morn de la Bretaña romana o el austero Solomon Kane del siglo XVII, por citar algunos de sus personajes más famosos. Cierto que todos han sido cortados de un patrón similar, pero cada uno tiene características que lo diferencian de los demás; características a menudo marcadas por su entorno, su época histórica (o pseudohistórica) y su biografía. Podríamos decir que el material genético de partida es siempre el mismo o muy parecido, pero que el ambiente y las influencias vitales lo han ido matizando de forma distinta en cada caso.

De todos esos personajes es Conan el cimero el más famoso; y sin duda a él dedicó Howard sus mejores esfuerzos en los últimos años de su vida. Entre 1932 y 1936, el mejor material que salió de su máquina de escribir fue casi siempre gracias a Conan; de hecho, las aventuras y la biografía del bárbaro ocuparon cada vez mayor espacio en la mente de Howard, hasta el extremo de que llegó a escribir un ensayo pseudohistórico con el fin de trazar las líneas maestras del escenario donde el cimero habría vivido, esa ficticia Era

Hibórea en la que «reinos resplandecientes se extendían por el mundo como mantos zafiro tachonados de estrellas». Cuando los aficionados P. Schuyler Miller y John D. Clark le escribieron para hacerle llegar la biografía que habían realizado del personaje, Howard no tardó en responderles: dio por buenos gran parte de los eventos que ambos fans habían desarrollado, corrigió algunos y amplió otros, lo que demostraba que tenía claros los puntos principales de la biografía de su personaje, incluyendo aquellos momentos sobre los que aún no había escrito... ni llegaría a hacerlo.

Es cierto que en el momento de su muerte llevaba meses sin escribir ningún relato nuevo de Conan (el último sería «Clavos rojos»), sin duda desanimado en parte por el hecho de que la revista *Weird Tales*, que había publicado serializada su novela *La hora del dragón*, aun no le había pagado por ella. Tal vez de haber seguido vivo habría dejado al cimerio abandonado a su suerte y se habría embarcado en un nuevo ciclo narrativo. Tal vez no. Nunca lo sabremos.

La popularidad de Conan, grande entre los lectores de fantasía *pulp*, fue aumentando poco a poco tras la muerte de su creador. Gnome Press publicó en los años cincuenta cinco volúmenes editados por el escritor de ciencia ficción L. Sprague de Camp que recopilaban todo el material que Howard había llegado a publicar sobre el cimerio. La edición se completaba con dos libros más: uno de ellos era un pastiche escrito por el sueco Björn Nyberg y revisado por De Camp y el otro incluía relatos inéditos de otros personajes de Howard que De Camp había transformado en historias de Conan.

En la siguiente década De Camp, ayudado por su colega Lin Carter, emprendió la tarea de preparar una nueva edición con aspiraciones de definitiva. De Camp y Carter publicaron todo lo que Howard había escrito del cimerio, tanto relatos publicados en vida como historias póstumas, y no contentos con ello desarrollaron las sinopsis de cuentos que no se habían llegado a escribir, completaron otros de los que solo existía el inicio y siguieron transformando relatos inéditos de diferentes personajes howardianos en aventuras de Conan. Además, completaron todo aquel material con historias propias que hicieron encajar en diferentes momentos de la biografía del bárbaro.

Es habitual que los aficionados pongan en duda la bondad del trabajo de Carter y De Camp. Lo que se les reprocha no es tanto la escasa calidad de sus pastiches conanescos (que ciertamente resultan rutinarios y apagados cuando se los compara con la exuberante vitalidad del material original) como el que metieran mano en los textos de Howard y los modificaran demasiado.

Es cierto que fueron más allá de lo que sería una labor meramente editorial, por no mencionar lo discutible de su proceder en cuanto a transformar relatos inéditos de Howard con otros personajes en historias de Conan. En ocasiones la modificación a la que sometieron los textos originales fue excesiva, algo que quedó patente gracias a la edición de Berkley de 1977, en la que por primera vez desde la publicación original de los relatos el lector pudo asomarse a los textos del tejano sin los añadidos ni las «mejoras» de Carter y De Camp.

Al respecto resulta revelador el relato «El extranjero negro», rebautizado por Sprague de Camp como «El tesoro de Tránicos». Ya hemos dicho que Howard no logró vender esa historia de Conan y la transformó en una aventura de piratas en tiempos históricos, aunque no tuvo mejor fortuna que con la versión original.

De Camp recupera a Conan y su entorno y publica el relato en 1953 en la revista *Fantasy Magazine*. En el proceso realiza varios cambios de cierta importancia, además de «podar» con generosidad el texto para adaptarlo a una longitud más conveniente de cara a su publicación en una revista. Con el tiempo, De Camp recuperaría la longitud original del relato para su inclusión en *Conan el usurpador*, dejando, eso sí, las modificaciones que había efectuado en la primera versión.

De estas, las más relevantes son, por un lado, hacer aparecer en escena a Tot-Amón (algo totalmente ausente del texto howardiano) y, por el otro, cambiar el final, haciendo que Conan decida ir a Aquilonia y unirse a la rebelión contra el rey. Son cambios, bien es cierto, que no afectan a la trama general del relato y que tienen como objetivo dotar de mayor coherencia y profundidad el entramado vital del cimerio, pero no dejan de ser de cierto calado y nada tienen que ver con lo que el creador original de la historia tenía en mente.

Pero con todos sus defectos y excesos el trabajo de ambos autores fue fundamental para que el cimerio alcanzara la popularidad de que goza hoy. Fue su edición de la saga de Conan la que lo llevó más allá de los fans de la literatura *pulp* y lo acercó al gran público. Ya solo por eso merecen nuestro agradecimiento.

Me gustaría añadir, además, que no son los únicos. También lo merece Roy Thomas, el hombre que en 1972 convenció a Marvel para editar un cómic basado en las aventuras del cimerio. Thomas fue guionista de la serie regular durante diez años y algo más de cien números (a los que hay que añadir su trabajo en la revista a blanco y negro *La espada salvaje de Conan*, en las tiras de prensa y en los primeros números de *Conan Rey*) y contribuyó enormemente a popularizar el personaje, llevándolo un paso más allá de donde lo habían dejado Carter y De Camp. Su actitud hacia el material howardiano fue siempre de absoluto respeto y aún hoy su trabajo como guionista de las aventuras del más famoso de los bárbaros me parece modélico en casi todos los aspectos, a pesar de las licencias que el mercado y las limitaciones del medio lo obligaron a tomar con la obra de Howard. De hecho, su Conan me parece bastante más cercano al personaje original, en espíritu y en fuerza narrativa, que el de Carter y De Camp.

Evidentemente, el espaldarazo definitivo a su popularidad se lo daría en 1982 la película de John Milius *Conan el bárbaro*, que de paso lanzó a la fama a Arnold Schwarzenegger. Hubo después una secuela de menguante calidad y un *spin-off* infecto dedicado a Red Sonja, por no mencionar un reciente *remake* de escasa fortuna, un par de series de animación tirando a patéticas y una de imagen real no mucho mejor. Pese a la poca suerte que ha tenido en la pantalla en cuanto a calidad, más allá de la primera película, su aparición en los medios audiovisuales ha sido suficiente para convertirlo en un icono popular conocido en todo el mundo. Cualquiera que vea un individuo musculoso con melena negra al viento, vestido con un taparrabos y armado con una enorme espada piensa inmediatamente en Conan, lo pretenda o no.

Cabría preguntarse por qué, qué tiene Conan que no tenían otros personajes de Robert E Howard, o que no tenían otros héroes de fantasía *pulp*.

La respuesta a esa pregunta es sencilla y compleja a un tiempo.

Conan es, en cierto modo, la cristalización de todos los personajes anteriores de Howard: en él confluye una amalgama de características definitorias (el salvajismo, la ruda caballería, la amoralidad, la ética personal, la fuerza indomeñable, la melancolía que alterna con el júbilo desbordante, el empecinamiento que lo hace no rendirse jamás por apurada que esté la situación, la continua perplejidad ante las triquiñuelas de la civilización) y de elementos biográficos (a lo largo de su vida será ladrón, matón a sueldo, mercenario, bandido, pirata, capitán de la guardia real, proscrito, soldado, caudillo tribal, rebelde y, finalmente, rey) que solo estaban presentes en parte en personajes anteriores.

En una carta a Clark Ashton Smith fechada en julio de 1935, el autor tejano dice:

*Puede parecer descabellado el uso del término «realista» en relación a Conan, pero, dejando a un lado los elementos sobrenaturales de sus aventuras, es el personaje más realista que jamás he creado. No es más que una combinación de diversos individuos que he conocido y creo que por eso es por lo que parece haber saltado directamente a mi pensamiento consciente cuando escribí los primeros relatos. De algún modo mi subconsciente tomó y combinó las características principales de diversos luchadores profesionales, pistoleros, contrabandistas de licor, matones de campos de petróleo, jugadores de ventaja y hombres honrados a los que había conocido, y dio como resultado la amalgama a la que he llamado Conan el cimerio.*¹

Quizá ese «proceso inconsciente» que Howard describe no fue tan inconsciente como le quiere hacer creer a su amigo epistolar, pero el mecanismo que describe para crear a Conan es, en realidad, el que suelen usar muchos escritores y, aunque tiene mucho que ver con que el cimerio nos parezca real (sus «componentes» lo son, al fin y al cabo) no responde a la pregunta de por qué se aferra con tanta facilidad a nuestra imaginación y se resiste a abandonarla. Volveremos sobre esto más adelante.

Hay que mencionar primero el escenario que sirve de telón de fondo a sus aventuras. Esa ficticia Era Hibórea que Howard inventó como trasfondo histórico para su personaje es una combinación inteligente de diversas épocas, ya sean históricas o legendarias, y de diferentes países, naciones y pueblos, y tiene la enorme virtud de ser sumamente exótica y resultar tremendamente familiar a un tiempo.

Así, el lector tiene la sensación de que transita por un territorio conocido, con lo cual el autor no necesita situarnos en el escenario mediante interminables parrafadas explicativas; y, al mismo tiempo, todo le resulta lo bastante ajeno para resultarle exótico, estimular su curiosidad y querer saber más.

Al contrario que la Era Precataclísmica en la que corre sus aventuras el rey Kull y que apenas es esbozada, la Era Hibórea va ganando definición relato a relato, como un paisaje que se fuera dibujando poco a poco ante nuestros ojos y cada historia es una nueva pincelada que vuelve más complejo y creíble el escenario.

Como ya hemos visto, tras las primeras historias Howard se toma la molestia de escribir un ensayo pseudohistórico titulado «La Era Hibórea» en el que define los principales momentos y características de esa época (y, de paso, integra la de Kull como parte de la «prehistoria» del escenario), lo que indica que sin duda el entorno iba creciendo en riqueza y complejidad en su mente. Escribir ese ensayo es la forma de fijarlo de un modo

definitivo, de convertirlo en un marco histórico fijo e inmutable que sirva de trasfondo para los relatos y les aporte una textura más rica y elaborada.

Hay que decir que eso de «fijarlo de un modo definitivo» no es del todo exacto. Por ejemplo, en el ensayo no hay la menor mención al imperio de Aqueronte, que por lo que sabemos gobernó con puño de hierro sobre los reinos hibóreos en el pasado. Ese imperio legendario y maligno es creado por Howard para *La hora del dragón*, la única novela de Conan (y casi su última historia sobre el cimerio), cuando el artículo sobre la Era Hibórea llevaba años escrito. Sin duda Howard lo habría revisado de haber tenido tiempo y habría incluido un inserto mencionando el imperio aqueronio. Por desgracia, moriría el mismo año de la publicación de *La hora del dragón*. En su edición del primer volumen de los relatos de Conan, Sprague de Camp reedita el ensayo de Howard e introduce un párrafo de cosecha propia donde hace una referencia a Aqueronte; referencia, por desgracia, no demasiado bien integrada con el resto de acontecimientos y la cronología que se detalla en el ensayo.

Otro elemento que le da interés a Conan y ayuda a dotarlo de credibilidad y a hacerlo más atractivo es la sensación, que crece a medida que leemos cada relato, de que estamos asistiendo a distintos momentos puntuales en la dilatada biografía del personaje, narrados sin un orden determinado. En ese aspecto, Howard se movió con maestría por los distintos acontecimientos de la vida de Conan y nos lo supo presentar de la forma adecuada en cada momento, de modo que asistimos a su evolución como personaje, desde el adolescente bárbaro carente de sofisticación al que se le escapan las sutilezas civilizadas («La torre del elefante») hasta el maduro estadista que reina con mano firme sobre la nación hegemónica del oeste y que, aunque no ha perdido el fuego salvaje ni el carácter indómito, es capaz de mostrarse como un sutil diplomático cuando la ocasión lo requiere (*La hora del dragón*).

En cierto modo, toda la narrativa howardiana confluye en Conan y alcanza en él su cima. No es por tanto extraño que de todos sus personajes sea de lejos el más popular.

Sin embargo, eso no nos explica por qué ha traspasado las fronteras a las que estaba confinado y se ha convertido en un icono.

Como todos los iconos despierta ciertos acordes en nuestra mente y nuestra sensibilidad y, de algún modo, apela a zonas primigenias de nuestro pensamiento. Hay mucho de catarsis en nuestra fascinación por Conan. Cuando el bárbaro se enfrenta a las triquiñuelas y complejidades del mundo civilizado, no pierde el tiempo preocupándose o agobiándose, no cae en una depresión ni se va al psicólogo. Se limita a blandir la espada y abrirse camino a tajos y estocadas. Baste como muestra este fragmento de «La reina de la Costa Negra»:

Anoche, un capitán de la Guardia Real ofendió en la taberna a la amante de un joven soldado, quien naturalmente se lo hizo pagar. Al parecer existe una absurda ley que prohíbe matar guardias, y la pareja de mozos tuvo que poner pies en polvorosa. Corrió la voz de que se me había visto con ellos, así que hoy me llevaron ante el juez, que me preguntó por su paradero. Le respondí que, dado que el soldado era mi amigo, no podía delatarlo. El tribunal se encabritó de rabia y el juez se puso a perorar sobre mi deber hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó revelarle adónde había huído mi amigo. Yo empezaba a enfadarme; ya había dejado clara mi postura, al fin y al cabo.

Me tragué la cólera mientras el juez berreaba que había incurrido en desacato al tribunal y que debía pudrirme en una mazmorra hasta que delatase a mi amigo. Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada, le partí la crisma al juez y me abrí paso a estocadas hasta salir del juzgado.

El humor lobuno, la rabia ante lo que no comprende, la violenta perplejidad cuando siente que le están tomando el pelo lo señalan como un bárbaro que, ante el nudo gordiano de la civilización, no se limita a cortarlo sino que seguramente lo aplasta hasta hacerlo trizas. Y está claro que todo eso tiene mucho que ver con que el personaje cale y encuentre eco en ciertas partes de nuestra mente.

¿Quién de nosotros, al fin y al cabo, no ha deseado ante un abuso de autoridad o una arbitrariedad que nos perjudica blandir una espada y abrirle la cabeza al responsable de nuestro infortunio? Podemos mentir a los demás y decir que, como personas civilizadas, no es esa la forma adecuada de lidiar con las adversidades. Pero, por favor, no nos mintamos a nosotros mismos: el deseo está ahí, aunque estemos demasiado domesticados para ceder a él. La rabia veloz y sangrienta de Conan (brillantemente resumida en una sola frase: «Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada») sublima ese deseo, nos ofrece una catarsis indolora, inocua y placentera y es, sin duda, una de las claves de su éxito.

Es una criatura primaria, que no se dejará avasallar por nadie y que solucionará sus problemas de forma directa y sin pensárselo demasiado. Es, en cierto modo, la fantasía del niño enclenque y enfermizo que Howard aún llevaba dentro, por mucho que hubiera convertido su cuerpo de adulto en un amasijo de músculos. Y precisamente por eso, por lo que tiene de fantasía compensatoria es por lo que acaba funcionando como icono.

Me gustaría señalar que, pese a lo que acabo de decir, Conan está muy lejos de la que es la fantasía compensatoria por excelencia: **El Emperador de Todo** de Norman Spinrad, que no hay que confundir con el arquetipo campbelliano de **El Héroe de las Mil Caras**, aunque comparte con él más de un elemento en común y puede considerarse una derivación deformada de este, una suerte de reverso tenebroso.

El Emperador de Todo es invencible y siempre se encuentra en una posición superior, ya sea física, moral o espiritual, cuando no las tres a la vez; de hecho, a menudo el autor carga los dados para que la única decisión ética posible sea la que toma su personaje y para que nadie más pueda tomarla. Su destino manifiesto es controlar el universo que lo rodea y moldearlo a su imagen y semejanza y, encima, sus motivos para hacerlo son correctos, sus métodos los adecuados y su fin no podría ser más noble.

Poco en común tiene nuestro cimerio con ese arquetipo que se ha desparramado por la ficción popular en la segunda mitad del siglo xx. Y, como ya hemos dicho, tampoco se parece demasiado a su versión más positiva, El Héroe de las Mil Caras.

Si Conan guarda relación con algún cliché narrativo, algún arquetipo mítico, está más cerca de la picaresca española que de la tradición heroica. Veremos esto con más detalle algo más adelante.

En cualquier caso, queda claro que hay algo en el personaje y su entorno que no tienen otros héroes de espada y brujería, un poder de evocación y una vitalidad primaria y desbordante de la que los demás carecen. Quizá, del mismo modo que Conan compendió y amalgamó toda la creación anterior de Howard, haya compendiado y amalgamado a todos los héroes bárbaros.

¿Una fantasía masturbatoria?

La respuesta a esa pregunta es que sí, sin la menor duda.

Basta ver, no solo el comportamiento de Conan con las mujeres sino la reacción de estas ante el cimerio, para darnos cuenta de que el autor está usando el personaje para sublimar ciertas fantasías sexuales.

Fantasías sexuales, por otro lado, puramente adolescentes; las fantasías de alguien emocional y sexualmente inmaduro y que, por tanto, derivan en sueños de dominación y supremacía.

Conan es la fantasía de cierto tipo de varón, sin la menor duda:

*Lo temía; se decía que era por su fuerza bruta y su salvajismo indisimulados, pero había algo peligroso en él que le quitaba el aliento y le hacía querer acercarse más; el oculto acorde primitivo que se agazapa en el corazón de toda mujer resonaba con él y obtenía respuesta. Había sentido su mano en el brazo y algo dentro de ella hormigueaba al recuerdo del contacto. Muchos hombres se habían arrodillado ante Yasmela; a su lado iba uno que estaba segura de que jamás se arrodillaría ante nadie. Era como guiar a un tigre desencadenado; estaba aterrada y fascinada a la vez.*³

Sospecho que buena parte del público original que leyó «Black Colossus» («Natohk el velado» en nuestra traducción) en 1933 en las páginas de *Weird Tales* tuvo al menos el inicio de una erección ante el párrafo precedente y se sintió identificado (o le habría gustado) con ese hombre indómito que nunca se arrodillará ante nadie y cuya masculinidad salvaje volverá locas a las mujeres con una sola mirada.

Una fantasía adolescente, como he dicho. La fantasía de quien ha tratado poco, o nada, con el sexo opuesto.

¿Es esa fantasía un reflejo de los problemas emocionales de su creador o se trata de algo introducido deliberadamente en los relatos para captar la atención del público masculino?

No creo que la crítica psicológica, esa que intenta explicar las claves de una obra a través de la vida del autor y sus problemas, sea una llave maestra que encaje en todas las cerraduras y sirva para explicarlo todo. Pero es innegable que la obra, nos pongamos como nos pongamos, es un reflejo de la personalidad del autor, por deformada y sublimada que esté.

Sabemos varias cosas de Howard, como que fue un niño enfermizo, que se dedicó posteriormente al perfeccionamiento físico del cuerpo, que vivía en un ambiente provinciano y seguramente agobiante (sobre todo para alguien con inquietudes intelectuales y creativas como las suyas) y que tenía una personalidad tímida, retraída, tendente a la melancolía y muy dependiente de su madre. Con esas premisas no es difícil llegar a la conclusión de que nunca maduró del todo emocionalmente y de que sus relaciones con el sexo opuesto, si las hubo, debieron de ser esporádicas, breves y quizá poco satisfactorias. Resulta casi inevitable pensar que el autor tejano sentía una profunda insatisfacción ante su vida y el ambiente en el que vivía (reflejo claro de ello es Conan cuando habla de su Cimeria natal como un lugar al que no volvería ni borracho) y no lo es menos suponer que tal insatisfacción incluía también su vida sexual.

De hecho, si hacemos caso de lo que afirman sus biógrafos, L. Sprague de Camp, Catherine Crook de Camp y Jane Wittington Griffin, Howard murió virgen:

*Aunque no es imposible que en alguna visita en solitario a Brownwood sus amigos lo llevaran a «Casa de Sal», nombre de uno de los tres prostíbulos locales, el peso de nuestra evidencia hace pensar que lo más probable es que Robert E. Howard muriese sin siquiera haber probado los placeres del sexo. (...) Quizá debemos el poder disfrutar hoy de Conan y su destreza con la esgrima y sus triunfos sexuales a que su creador se vio obligado a sublimar sus propios sueños y fantasías para dar vida a su personaje.*⁴

Como vemos es fácil, tentador, llegar a la conclusión de que Howard se sublimó a sí mismo y sus fantasías en lo que escribía y que lo hizo de un modo especial con Conan. Parece plausible, sin duda. ¿Es cierto? Creo que sí, igual que creo que los indicios que tenemos de su vida y su personalidad son suficientes para que esa interpretación sea legítima. Pero no es menos cierto que esos mismos indicios permiten otras interpretaciones y que, por mucho que en un mundo ideal la navaja de Occam sea lo más acertado, en la realidad no siempre la explicación más sencilla es la verdadera.

Añadamos que, en cualquier caso, no creo que sea relevante para analizar el porqué del éxito de sus creaciones (y especialmente de Conan) el que usara sus propias obsesiones o deliberadamente pulsara ciertas teclas que sabía que producirían efectos muy concretos en su público.

Lo que es innegable que creó una ficción escapista (sin que el término tenga el menor matiz peyorativo, me apresuro añadir) que supo adaptarse a ciertas fantasías típicamente masculinas; especialmente adolescentes, ya sea por edad o desarrollo emocional. Teniendo en cuenta que el público aficionado a los géneros no realistas (ya sea ciencia ficción, terror o fantasía) era hasta hace poco eminentemente masculino y solía iniciarse en su afición en la adolescencia es fácil imaginar por qué esas fantasías encontraron campo abonado en las mentes de los lectores.

Cabe preguntarse por qué sigue funcionando hoy en día, cuando el público aficionado al fantástico es, se supone, más adulto, variado y sofisticado. Analizar eso escaparía de los límites de este estudio introductorio. Pero dejemos caer que quizá no somos ni tan adultos ni tan sofisticados como nos gusta creer.

Erotismo

Visto hoy, más de ochenta años después de su publicación en algunos casos, el erotismo que se puede encontrar en estos relatos es, como poco, ingenuo: rápidas descripciones de muslos torneados, talles esbeltos, blancos pechos agitados, carnes trémulas y brazos marfileños.

Hoy en día, el más recatado de los anuncios de perfume tiene una carga erótica y sensual mil veces superior al más atrevido de estos relatos, es cierto.

Sin embargo, como todo, hay que situarlos en su contexto: En los años treinta del siglo pasado, una época en la que el término «pornografía» aludía a algo sórdido e ilegal y en la que las hoy inocentes y pintorescas «postales francesas» eran el colmo del erotismo, la sofisticación y la sensualidad.

Howard llegó a escribir unos cuantos relatos para el mercado de revistas «picantes», con lo cual está claro que no le hacía ascos al género erótico, por más que fuese, como ya hemos dicho, un erotismo sumamente sutil y poco más que intuido.

Pero incluso cuando toca otros géneros no directamente eróticos, a menudo se desliza en la historia una evidente sensualidad. Los relatos de Conan no son una excepción y en ellos es fácil encontrar una indiscutible carga erótica. Pensamos por ejemplo en «La hija del gigante de hielo», que es básicamente una estampa de lujuria y violencia, o en la pirata Bêlit despojándose de sus escasas ropas e iniciando delante de su tripulación una «danza de apareamiento».

La sensualidad impregna buena parte de estos relatos, por más que no se vea en ellos sexo explícito. Ni falta que hace: con un par de pinceladas, Howard se las apaña perfectamente para, por un lado, dejar claras las libidinosas intenciones del cimerio hacia sus compañeras femeninas y, por el otro, mostrar a estas como criaturas sensuales cuyo pecho tañe con un acorde primitivo y animal a la vista de Conan.

A medida que pase el tiempo, esos toques de erotismo irán derivando poco a poco hacia lo que hoy conocemos como BDSM y que no hace mucho aún se llamaba sadomasoquismo. Las escenas de flagelamiento de aterradas jóvenes de carnes apetecibles se irán volviendo cada vez más frecuentes, detalladas y explícitas en la obra de Howard. Quizá la culminación de todas ellas sea el momento en «Clavos rojos» (que, si todo va bien podréis leer en el tercer volumen de estos relatos) en que nos muestra una escena de flagelación de una mujer por parte de otra y en la que, junto con el componente sadomasoquista, hay un claro subtexto lésbico.

Si esa inclinación hacia el sadomasoquismo obedece, simplemente, a ciertas modas de la época o refleja los verdaderos gustos de Howard en materia sexual es algo que no está muy claro. Ciertamente, en algunas cartas el autor se muestra orgulloso de haber ido más lejos que antes en escenas de ese estilo (menciona concretamente el pasaje de la flagelación en «Clavos rojos» como un momento del que se siente especialmente satisfecho), pero no queda claro si se trata de pura satisfacción narrativa por haberse atrevido a ir un paso más allá o de una satisfacción más íntima y personal.

Dejo eso al albedrío del lector. Que cada uno escoja lo que le parece más apropiado.

Racismo y machismo

El racismo de Howard se ve con rapidez en cuanto empieza a hablar de «razas mestizas» o muestra a los hibóreos y nórdicos superiores (en civilización o en actitud vital, cuando no ambas) a otras razas como estigios, hirkanios o shemitas.

Es especialmente explícito en relatos como «El valle de las mujeres perdidas»:

*No soy un perro que vaya a dejar a una mujer blanca en las garras de un negro. (...) Aunque fueras vieja y arrugada como una harpía, te apartaría de Bajujh simplemente por el color de tu piel.*⁵

Howard es hijo de su tiempo y esa actitud se veía entonces como algo normal y no se le daba importancia alguna. En los años treinta del siglo XX los clichés raciales eran el pan nuestro de cada día. No compartidos por todos, sin duda, pero sí vistos como algo normal por buena parte de la población. Ciertos estereotipos étnicos eran aceptados como algo natural por la mayoría de la gente (incluidos a menudo los miembros de la etnia que sufría

el estereotipo, lo cual no deja de ser irónico) y no se los ponía en duda, del mismo modo que no se dudaba de que el sol salía por el este o que la noche sucedía al día.

Su amigo y colega H. P. Lovecraft padecía un racismo más intenso y visceral... y sumamente contradictorio con buena parte de sus actitudes hacia las personas concretas. En su trato con individuos aislados, fueran de la raza que fueran, Lovecraft siempre fue atento, ecuánime y desprejuiciado (que se casase con una judía, sin ir más lejos, deja bastante en entredicho su racismo), pero reaccionaba con asco y horror ante la idea de las «degeneradas hordas mestizas». Su racismo fue un prejuicio asumido de forma intensa e irracional en la infancia y que fue desmoronándose poco a poco en los últimos años de su vida, a medida que empezó a viajar, a ampliar sus horizontes y a tener contacto con personas pertenecientes a aquellas supuestas razas inferiores. Al respecto es sintomática la crónica de su viaje a Canadá, donde se vuelca en loar la cultura y costumbres de un país al que, hasta hacía poco, había despreciado pomposamente desde la distancia... y la ignorancia.

Howard, por el contrario, asume sin más la premisa de que el hombre blanco (concretamente el de ascendencia anglo-germánica) es superior al resto de las razas y no le da más vueltas ni se plantea jamás la idea a nivel consciente. Para él es un pensamiento tan natural, una idea tan evidente, que ni siquiera se molesta en desarrollarla o recalcarla. Ha vivido toda su vida en una sociedad en la que esas ideas son comunes y no se ponen en duda; de hecho, generalmente se aceptan sin pensar en ellas, del mismo modo que un pez no piensa en el agua, aunque esta lo rodea por todas partes... o quizá precisamente por eso.

Sin embargo, ese racismo asimilado de forma innata acaba creando contradicciones en las filias y fobias de Howard. Como afirman sus biógrafos:

Howard aceptaba la creencia entonces común entre los blancos americanos de que los negros eran gentes de escaso desarrollo intelectual, incapaces de ser creativos. Al mismo tiempo, su visión de la raza negra estaba impregnada de una sutil paradoja. Por un lado estaba muy influido por el primitivismo romántico de Kipling, Burroughs y London y, por el otro, mantenía una actitud amarga y cínica hacia la civilización, así que difícilmente podía condenar a los bárbaros por serlo. En muchos aspectos encontraba el estado de barbarie admirable. Al hablar de algunos autores franceses dijo: «Dumas posee una virilidad ausente de otros escritores franceses... tal vez por su sangre negroide.»

*De un modo más bien condescendiente, contemplaba con cierta indulgencia a los africanos y otros pueblos no civilizados. Fue algo más amable con los nativos americanos. La animosidad de su madre hacia ellos y las tradiciones tejanas basadas en los estragos de los comanches fueron contrarrestadas por sus lecturas sobre la tradición india y por la relación con su tío, indio en parte. Creía que los nativos americanos habían sufrido un «trato brutal» por parte de los blancos y estaba convencido de que, abandonados a su suerte, habrían desarrollado una civilización propia.*⁶

Todos somos hijos de nuestra época. Y contadas son las personas excepcionales capaces de escapar a los prejuicios de su sociedad. Pese a todo, el racismo de Howard es, para lo habitual en su época, sumamente moderado. Recordemos algunos de sus relatos del ciclo de Bran Mak Morn donde toma partido por los cetrinos pictos frente al Imperio Romano o el relato del oeste «Los muertos recuerdan» donde las simpatías del narrador basculan con claridad hacia una pareja de negros maltratada y asesinada por un sanguinario vaquero blanco.

No es descabellado suponer que un Howard mayor y más maduro (especialmente uno que hubiera visto más mundo, como le ocurrió a su amigo Lovecraft en sus últimos años) se habría replanteado ciertas ideas, aunque su muerte a los treinta años nos deja sin saber si

eso habría pasado realmente.

En los que se refiere a su consideración del sexo femenino, vivía en una época donde, por usar una expresión al uso, los hombres eran hombres y las mujeres, mujeres y cada uno «sabía cuál era su lugar». Recordemos que las pocas escritoras que entonces se dedicaban al fantástico solían firmar con iniciales (C. L. Moore) o tenían un nombre que podía aplicarse tanto a hombre como mujer (Leigh Brackett). Ni siquiera hablaré del caso de la Alice Sheldon que publicó toda su obra de ciencia ficción bajo el nombre de James Tiptree Jr. y cuyos relatos fueron aclamados como ejemplos de escritura viril por varios «perspicaces» críticos.

No es raro encontrar la saga de Conan llena de mujeres desvalidas que necesitan un héroe que las salve y que se sienten inevitablemente atraídas por el cimerio en cuanto le ponen la vista encima. Una atracción que a menudo está teñida de miedo ante lo indómito. Hay una evidente misoginia, sin duda, en esa reacción inicial de asco hacia lo salvaje por parte de las mujeres howardianas. Es un asco que no tarda en convertirse en deseo, como si no fuese más que el síntoma de lo amenazada que se siente la mujer común ante un hombre que sabe que nunca podrá doblegar ni manipular.

Sin embargo, es cierto que las mujeres fuertes e independientes no están ausentes de la obra de Howard, y que alcanzan un protagonismo inédito en la narrativa *pulp* de la época. Personajes como Sonya la roja, Bêlit o Valeria no son frecuentes en los relatos de espada y brujería de aquel entonces, donde la mujer como mucho era un trofeo a conquistar o un ser desvalido que rescatar.

De hecho, como ha hecho notar Jennifer Bard, Conan rara vez se doblega al liderazgo de otros hombres (en cuanto se incorpora a un grupo no tarda en complotar para arrebatarle la jefatura a quien la posea en ese momento) pero no tiene ningún problema en seguir las órdenes de una mujer, como vemos en «La Reina de la Costa Negra»:

*Conan se mostró de acuerdo, tal como solía hacer. Era ella quien planeaba y dirigía los ataques, y él, quien llevaba a cabo los planes. No le importaba gran cosa adónde navegaban o contra quién luchaban, en tanto navegasen y luchasen. Le parecía que llevaba una buena vida.*⁷

Otro tanto podemos decir de su relación con Valeria en «Clavos rojos», donde su trato con la mercenaria es de igual a igual, sin condescendencia masculina de ninguna clase.

Pero cierto es que incluso algunas de estas indómitas féminas se rinden ante el protomacho cimerio y ponen su vida a los pies de este. Epítome de ello es precisamente Bêlit, la Reina de la Costa Negra, la Diablesa con Espada. La capitana pirata es un ejemplo característico de heroína de acción: indómita, salvaje, independiente, única mujer en una tripulación enteramente masculina (y de raza negra, lo cual en la época no era precisamente moco de pavo) y capitana inflexible de todos ellos.

Pero en cuanto ve a Conan todo esto se va por el desagüe y Bêlit es arcilla en las rudas manos del bárbaro. La Reina de la Costa Negra no se doblega ante un blando y civilizado hibóreo ni, desde luego, ante un negro pintarrajeado, pero el bárbaro de negra melena y ojos azules «despierta a la mujer que lleva dentro» y la pirata cae rendida a sus pies.

Sin duda el público moderno reaccionará con rechazo ante esas actitudes, al menos el público moderno con dos dedos de frente y un mínimo de inteligencia.

No obstante, es aconsejable situar estas cosas en su contexto adecuado y saber

contemplarlas con la debida distancia. Todo arte, toda literatura, es hija de su época y su sociedad y refleja, de un modo u otro, las convenciones, los prejuicios y las ideas de esta. Shakespeare comparte sin cuestionárselo y con entusiasmo el antisemitismo de su época y buena parte de la obra poética de Quevedo está teñida de una misoginia extrema y de un clasismo feroz, por citar solo dos ejemplos. La obra de Howard no es diferente y comparte los prejuicios de su tiempo. Rasgarnos las vestiduras porque la ficción popular de los años treinta del siglo XX esté empapada de machismo y racismo es tan absurdo como quejarnos de que la ensayística científica del siglo de oro español no mencione por parte alguna la mecánica cuántica.

Conan, el personaje

Una de los aspectos más sorprendentes de las distintas historias de Conan es que, con cierta frecuencia, el cimero no es el personaje principal del relato. En ocasiones el protagonismo es coral, como en «Nacerá una bruja». En otras, Conan no pasa de ser un personaje secundario en la historia de otros, si bien su papel acaba siendo decisivo para el desenlace de la misma, como en «Rufianes en casa», «El valle de las mujeres perdidas» o «El extranjero negro».

Otras veces, por supuesto, el cimero es el personaje central y la peripecia del relato gira a su alrededor, pero resulta refrescante (y aporta una sensación de verosimilitud muy de agradecer y nada desdeñable) verlo convertido en secundario de su propia saga de vez en cuando.

Como personaje, las líneas maestras de Conan se ven con facilidad y no cambian demasiado a lo largo del tiempo. Aunque con el correr de los años se va volviendo más sofisticado a medida que aprende a moverse por los intrincados vericuetos de la civilización, no pierde nunca el salvajismo innato que lo caracteriza, su vitalismo desbordante, su naturaleza franca y directa y su increíble adaptabilidad para moverse por cualquier entorno o terreno. Con el tiempo, Conan se encontrará tan a gusto en la corte real de Aquilonia como entre los corsarios de la Costa Negra o entre los mercenarios de las Compañías Libres, como si el mundo entero fuera su concha y fuese ciudadano de todas las naciones... excepto quizá de la suya propia.

Pocas veces Conan rememora su Cimeria natal y, cuando lo hace, no es con nostalgia. La describe como una tierra sombría, brumosa, preñada de melancolía. Aunque autores posteriores a Howard, como De Camp y Carter, han hecho volver a Conan a Cimeria en más de una ocasión, nunca me pareció demasiado probable que, una vez probado el clima y la civilización de las tierras del sur, el bárbaro sintiera el menor deseo de volver al norte, a menos que las circunstancias lo obligaran de algún modo. Además, siempre que habla de Cimeria es para él un recuerdo remoto, distante, como un lugar que no ha visitado en mucho tiempo. Es cierto que Howard, en su carta a los aficionados P. Schuyler Miller y John D. Clark menciona la posibilidad de que el bárbaro volviera de vez en cuando a su tierra natal. Pero lo hace simplemente como eso, como una posibilidad, mientras que en otros aspectos de la vida de su personaje se muestra mucho más seguro.

Unas páginas más adelante podréis leer el poema de Howard titulado precisamente

«Cimeria». Está escrito justo tras visitar los paisajes tejanos de su infancia, a los que no había vuelto hasta entonces. Si aceptamos a Conan como un trasunto idealizado y sublimado de Howard es fácil ver entonces Cimeria como una metáfora de la infancia —no demasiado feliz para Howard— a la que no quiere volver pero de la que no puede evitar acordarse.

Señalemos el detalle de que Conan es el único cimerio que aparece en los relatos, como si el resto no se hubiera atrevido a bajar de sus montañas y ningún otro se hubiera internado en las tierras civilizadas. A lo largo de su vida, Conan se encontrará con otros bárbaros del norte, especialmente vanires y aesires, pero jamás con otro cimerio. Ya sea pura casualidad o algo deliberado, este detalle es un golpe maestro: hacer aparecer a otros cimerios habría rebajado la naturaleza de criatura única que tiene el bárbaro y le habría restado atractivo al personaje.

Pese a la imagen general que se suele tener de él (y que el cine, y, en cierta medida, los comics han contribuido a perpetuar), no siempre resuelve todos sus conflictos a punta de espada. Al respecto es especialmente clarificador el relato «Sombras a la luz de la luna». En él, Conan se pasa buena parte de la historia intentando evitar el enfrentamiento con la criatura que acecha en la jungla y solo luchará contra ella cuando sea inevitable. No contento con eso, cuando comprueba que las sorprendentes estatuas que ha visto son una amenaza, no corre a enfrentarse a ellas espada en ristre sino que prefiere, con muy buen juicio, abandonar la isla y salir con vida del asunto. Puede ser una criatura primaria, violenta y temeraria, pero desde luego no es tonto.

Merece la pena señalar también que si Conan es un héroe, generalmente lo es a su pesar. Es algo que me gustaría destacar especialmente, sobre todo porque una porción importante del material post howardiano del cimerio pasa ese hecho por alto; incluidos, todo hay que decirlo, algunos de los últimos relatos de Sprague de Camp, que presentan a Conan como salvador de Occidente tocado por el dedo del destino.

El bárbaro nunca tiene la menor intención de salvar el mundo, se limita a ganarse la vida como mejor puede y es el azar el que lo pone en el camino de diversas amenazas. Se enfrenta a ellas por pura supervivencia, no por motivos más elevados o nobles, detalle que añade una nueva capa de verosimilitud sobre su carácter. Conan no es un paladín: no es, desde luego, un Aragorn o un Galahad. En realidad, sus aspiraciones son sencillas y no van más allá, en su juventud, de conseguir buena comida y buena compañía de lecho y, en su madurez, de encontrar un lugar estable en el que poder, por fin, darse un merecido reposo tras una vida agitada. El azar (y cierto empecinamiento personal) harán que ese lugar de descanso sea el trono de la más poderosa nación de Occidente... que al final no será tan acogedor como se podría pensar, como bien se puede ver en «El fénix en la espada» o *La hora del dragón*.

No importa cuántas batallas gane, a cuántos brujos derrote o cuántos monstruos mate. En sus combates a regañadientes para salvar el mundo, el beneficio personal que obtiene el cimerio es escaso, cuando lo hay, y no tarda en dilapidarlo en la siguiente taberna o prostíbulo en su camino. Como decíamos unas páginas atrás, buena parte de la peripecia vital del cimerio entronca más con el modelo de la narrativa picaresca española que con la tradición del héroe arquetípico. Ciertamente, a la postre consigue el trono de Aquilonia, pero no tenemos claro que esa posición vaya a ser definitiva y, desde luego, dista de ser cómoda, a

juzgar por lo turbulento que resulta lo poco que hemos podido ver de su reinado.

Como ya hemos dicho, Conan no es El Héroe de las Mil Caras (aunque comparte con él algunos rasos) ni, mucho menos, El Emperador de Todo. La creación de Howard bebe de muchas fuentes, tanto populares como cultas, y la amalgama final que compone tiene elementos demasiado dispares para poder ser asimilado a un arquetipo u otro.

Si hablábamos al principio de los motivos del éxito y la perduración en el tiempo de Conan quizá ahí esté otra de las claves: aunque el personaje en sí parezca sencillo y primordial, bajo él hay un entramado complejo, dispar y ambiguo que lo convierte en una creación bastante más sofisticada de lo que se aprecia a primera vista.

Compañeros de peripecias

Conan no está solo en sus aventuras, por supuesto. Y a menudo los que lo acompañan son tan interesantes como él, a veces más.

Tenemos al Demetrio de «El dios del cuenco», por ejemplo, un personaje culto, inteligente y de cabeza fría, ligeramente cínico (casi un detective de maneras holmesianas en algunos momentos), que se hace cómplice del lector enseguida y que a punto está de ser el verdadero protagonista de una de las más curiosas historias de Howard. Pues, si bien termina con el inevitable enfrentamiento con un monstruo sobrenatural, buena parte del relato es una historia policiaca de corte clásico, incluido un investigador avisado que no se deja engañar por las apariencias y un policía bruto y no muy listo que prefiere golpear a diestro y siniestro hasta que alguien confiese.

Recordemos también el Nabonidus de «Rufianes en casa». El Sacerdote Rojo es el villano de la historia, pero su actitud jovial y socarrona acaba volviéndolo simpático a pesar de todo. De hecho, los verdaderos protagonistas de este relato son Nabonidus y Murilo, el joven aristócrata corrupto que se enfrenta al sacerdote: ambos son productos elaborados de una civilización sofisticada y ambos calan con facilidad en el lector. Conan, en medio de los dos, es poco más que una fuerza de la naturaleza sin pulir y un personaje eminentemente secundario... si bien necesario para que la historia funcione y llegue a su conclusión lógica.

Personajes que aparecen fugazmente como Amalric, Taurus de Nemedias, Constantius u Olgerd Vladislav son descritos con dos pinceladas vivaces y encuentran acomodo con facilidad en nuestra memoria. A menudo tienen un punto irónico y una cierta sofisticación que los hace contrastar con facilidad con el carácter directo y no muy dado a las sutilezas de Conan.

Cuando se habla de personajes femeninos siempre se recuerda a Bêlit, por supuesto. Al fin y al cabo, la pirata fue el primer gran amor de Conan (si bien los fans aún discuten si aquello fue amor verdadero o de conveniencia por parte del cimero) y juntos compartieron tres años de sangrientas aventuras hasta la amarga separación. Curiosamente, Bêlit es uno de los personajes femeninos más antipáticos creados por Howard. No es alguien con el que sea fácil empatizar, no solo a causa de su carácter sanguinario sino por su carencia de escrúpulos y su avaricia.

En cambio la Olivia de «Sombras a la luz de la luna», pese a que parece destinada al papel de sumisa damisela en apuros incapaz de valerse por sí misma, acaba siendo un

personaje mucho más interesante: con todo lo que ha tenido que soportar a manos de su amo hirkanio, es capaz de sobreponerse a ello y seguir adelante. Y cuando queda sola y capturan a Conan, tiene redaños suficientes para arrastrarse entre las sombras y liberar al cimero pese al riesgo evidente de ser capturada por una horda de piratas ebrios (y suponemos que con ganas de juega en todos los sentidos).

La Taramis de «Nacerá una bruja» acaba siendo una criatura decepcionante: su actitud regia no tarda en desvanecerse y pasará el resto de la historia llorando y esperando que la rescaten, desmayándose y gimoteando cada poco. En ese aspecto resulta mucho más interesante su gemela Salomé: quizá es la villana del relato, pero al menos tiene las narices de hacer las cosas por sí misma y tomar las riendas de su propio destino.

En volúmenes posteriores de estas historias encontraremos otras mujeres interesantes, como la mercenaria Valeria de «Clavos rojos», que puede valerse por sí misma perfectamente en un mundo de hombres o la joven Zenobia de *La hora del dragón*, que arriesgará su vida para salvar al rey de Aquilonia.

Curiosamente el que probablemente sea el más conocido personaje femenino de Howard, Sonya la roja de Rogatine, no pertenece al mundo hibóreo y jamás se ha encontrado con Conan... al menos en los relatos originales de Howard.

Fue Roy Thomas quien causó la actual confusión con el personaje. Mientras estaba narrando la participación del cimero en una de las guerras turanias, decidió adaptar el relato «La sombra del buitre», una historia de Howard ambientada en el sitio de Viena por los turcos, y trasladarlo a la Era Hibórea. De este modo Sonja (ahora con «j») y natural de Hirkania) entró en la vida de Conan y acabó convirtiéndose en un personaje recurrente en los cómics del bárbaro. Tendría serie propia de corta duración durante un tiempo (y una película de infausto recuerdo).

Evidentemente, la Sonya original de Howard no viste el biquini de acero que luego ha hecho tan famosa a su homónima en los cómics ni ha realizado ese ridículo juramento de no aparearse con nadie que no la haya vencido en combate, que es lo mismo que acabar pidiéndole a cualquier macho rebosante de testosterona en varias millas a la redonda que se le lance encima espada en ristre (y es de suponer que en la Era Hibórea habría unos cuantos por kilómetro cuadrado). Se trata de una mercenaria de origen polaco-ucraniano y temperamento explosivo, hermana, en la ficción, de Roxelana, favorita de Suleimán y con el que se acabó casando.

Pero a estas alturas es un entuerto difícil de desfacer. La mayoría de los fans conocen a Sonja por el cómic y para esos lectores es un personaje del mundo de Conan. Sea pues, aunque aquí queda aclarado el asunto para quien le interese.

Narrador

Decía Howard que sentía que no estaba narrando las historias de Conan, sino que era como si el propio bárbaro se las fuera contando y él se limitase a transcribir sus palabras. De ahí que no fuera escribiendo sus peripecias en orden cronológico, pues cuando uno recuerda su vida lo hace a salto de mata, saltando en el orden temporal de acá para allá.

Todo lo que un escritor diga sobre su propia obra debe ser acogido con recelo y

examinado con precaución, especialmente si está hablando con un admirador. En el caso de Howard esto es especialmente cierto, pues el tiempo nos ha ido revelando que le gustaba mucho que los demás pensasen que prácticamente improvisaba los relatos y los escribía sobre la marcha sin tan siquiera revisarlos cuando no era realmente así. Sin duda era un escritor rápido (su fertilidad narrativa es buena prueba de ello) y no todo lo cuidadoso en su estilo que sería deseable, pero no es menos cierto que se tomaba su tiempo para elaborar las cosas y que revisaba lo escrito, por más que tal vez no lo suficiente.

Eso no contradice la imagen de Howard como autor prolífico y veloz, por otra parte. Al ritmo que vendía y publicaba lo que escribía, está claro que no era un escritor lento ni mucho menos. Que un relato concreto le costase tres o cuatro inicios en falso y que luego revisase lo que escribiese no contradice lo que hemos dicho de él en cuanto a ser un autor de pluma fácil y un tanto descuidada. Sin duda elaboraba sus historias más de lo que le gustaba dar a entender, pero no es menos cierto que lo hacía de un modo rápido y no demasiado concienzudo.

Todo lo contrario que su amigo Lovecraft, al que le costaba mil y una revisiones considerar uno de sus relatos apto para ser publicado y aún entonces vacilaba. En el tiempo que Lovecraft tardaba en considerar publicable un cuento, Howard habría escrito y enviado tres a las revistas y estaría ultimando un cuarto, probablemente. Es difícil encontrar dos personalidades más distintas en casi todos los aspectos de la vida y el pensamiento y posiblemente fue la suya una amistad más basada en esas diferencias que en las concomitancias.

Y, por encima de todo, en el respeto y admiración mutuas. De Howard, Lovecraft llegó a decir:

*Howard es la persona que posee el más espléndido sentido del drama histórico que conozco. Tiene una visión panorámica que abarca vastos periodos de tiempo en la evolución e interacción de pueblos y naciones, y proporciona la misma escala de emoción, pero con una visión aún más amplia, que la que dan obras como La primera y la última humanidad de Stapledon.*⁸

Es cierto que Howard le dedicó más tiempo a Conan que a ningún otro personaje. También que no escribió sus relatos en orden; de hecho, ya hemos mencionado que el primero de todos, «El fénix en la espada», es en realidad la reelaboración de «Con este hacha gobierno», un cuento de Kull que no había logrado vender, y está ambientado en los inicios del reinado de Conan en Aquilonia, ya con más de cuarenta años. Desde luego, escribir sobre Conan le resultaba más fácil que hacerlo sobre otros personajes: su actividad al respecto da buena prueba de ello

Así que esa afirmación de que se sentía como si el propio cimerio le estuviera contando sus historias no es tan descabellada, siempre que se tome en el sentido de que los relatos de Conan fluían con mucha más facilidad que cualquier otra cosa, casi como si se escribieran solos.

Pero no lo hacían.

Howard es un escritor intuitivo, autodidacta. En cierto modo podríamos decir que escribe de oído, dejándose llevar, pero sin pararse a analizar de forma consciente el camino a seguir o la estructura narrativa a utilizar. Es un escritor de brújula, más que de mapa, a pesar de que en algunos casos nos dejó escritas sinopsis de posibles relatos que no llegó a

escribir. No puedo por menos que pensar que no lo hizo precisamente por haber compuesto una sinopsis previa. Howard era el tipo de escritor que disfruta del acto en sí de escribir, o de otro modo no habría sido posible que fuese tan prolífico. Para ese escritor, las sinopsis son el beso de la muerte; el proceso de escritura es, en cierto modo, un proceso de descubrimiento, la historia va surgiendo ante sus dedos casi a medida que la escribe. Conocerla completa y en detalle de antemano hace que el deseo de escribirla desaparezca o, como poco, decrezca.

Su instinto le sirve bien en general, aunque en algunos de sus relatos se aprecia que no tiene nada clara la estructura de lo que narra y acaban siendo artefactos extrañamente descompensados.

Pensemos por ejemplo en «La reina de la Costa Negra». Howard afirmó en una carta que Conan y Bêlit pasaron juntos unos tres años. Sin embargo, leyendo el relato da la impresión de que entre el primer capítulo y el segundo han pasado poco más de unos meses. De hecho, al final del relato, Conan lleva el mismo yelmo astado con el que inició la historia y usa a modo de mortaja de su amada la capa roja que llevaba en el primer capítulo, lo que nos hace pensar que quizá ese periodo de tres años fue decidido a posteriori. Siempre he sospechado que esa idea de los tres años surgió después, cuando el relato ya estaba escrito.

En realidad, poco importa que hayan pasado unos meses o esos tres años, pues en ambos casos el cuento queda narrativamente desequilibrado: en el primer capítulo Conan se une a los piratas; en los restantes se cuenta la muerte de Bêlit. Un escritor que hubiera meditado un poco más la estructura de lo que estaba haciendo habría incorporado tal vez dos o tres capítulos entre el primero y el segundo que narrasen algunas de las correrías de ambos en el bajel *Tigresa* y habría aprovechado la oportunidad para profundizar en la relación entre ambos amantes, de forma que cuando llegase el amargo final nos impactase más aún.

Algo parecido sucede en «Natohk el velado», donde se nos va narrando la historia poco a poco, metiéndonos lentamente en ambiente para luego rematarla de un modo tan brusco y vertiginoso, que pasamos la página con la sensación de que nos hemos perdido algo.

Pese a esos fallos de estructura, el estilo vibrante y nervioso de Howard consigue que la lectura sea interesante. Quizá algún relato se despeñe al final, pero lo que no se puede negar es que el trayecto seguido mientras tanto resulta casi siempre atractivo.

Y no siempre la estructura fracasa. En relatos más breves está perfectamente dosificada y cada parte de la historia se equilibra de forma armónica con las demás, como es el caso de «La hija del gigante helado» (en el que la violencia, la lujuria y la intensidad poética se combinan para crear algo que casi roza la perfección narrativa), «La torre del elefante» (con una estructura impecable que funciona casi como una historia de suspense) o «El dios del cuenco» (sorprendente mezcla de policiaco y brujería).

Mención aparte merece «Nacerá una bruja», sin duda uno de los mejores relatos de Conan. Narrativamente es un cuento bastante más complicado y ambicioso que los anteriores, con una estructura sólida y compleja y un dominio de la narración indirecta casi magistral.

En «Nacerá una bruja» hay material suficiente para una novela. Howard renuncia a escribirla, seguramente por lo difícil que era colocar una novela completa en el mercado

pulp: pocas veces las revistas accedían a serializar historias tan largas. Sin embargo, el autor resuelve a la perfección la papeleta que le ha tocado utilizando dos técnicas.

Por un lado, la narración indirecta, que aparece un par de veces a lo largo del relato. Se utiliza de un modo sumamente hábil para narrar acontecimientos que, en otro contexto, habrían podido ocupar perfectamente varios capítulos. Bien integrados estos fragmentos con el resto del texto, el lector está en todo momento al tanto de lo que ocurre sin que tenga la sensación de que se le está soltando un *info-dump*.

Pero es, sobre todo, el uso tremendamente inteligente de la elipsis lo que convierte este relato en uno de los mejores de la saga. Buena parte de él transcurre entre líneas y las omisiones están tan bien hechas que el propio lector capta sin esfuerzo todo lo que no se ha escrito y, en cierto modo, reconstruye en su mente sin darse cuenta la novela que se oculta entre sus páginas.

No quiero terminar este epígrafe sin mencionar otro rasgo refrescante en la narrativa de Howard: el humor. Los héroes howardianos tienden a ser sombríos y el propio tejano debía de ser un tipo que tiraba con facilidad a lo melancólico. El humor no aparece con mucha frecuencia en estas historias, pero cuando lo hace resulta fresco y cargado de ironía.

Ejemplos de ello pueden ser la secuencia de la taberna en «La torre del elefante» o el momento de «Natohk el velado» en que la princesa Yasmela intenta impresionar a sus nobles presentándoles al héroe que los va a salvar:

*Apartó las cortinas de terciopelo y señaló teatralmente al cimero, aunque quizá no fuera el momento más apropiado: Conan estaba repantigado en la silla, con los pies en la mesa de ébano y toda su atención centrada en roer el hueso que sujetaba firmemente con ambas manos. Lanzó una mirada indiferente a los asombrados nobles, gruñó en dirección a Amalric y siguió comiendo con evidente placer.*⁹

Sangre y violencia

Es sorprendente lo rápida que resulta la violencia en la mayoría de estos relatos. Pocas veces las luchas a espada duran más de media docena de frases: ambos contendientes se acometen y, antes de que el lector tenga tiempo de apreciar el salvajismo y la violencia, uno de los dos termina en el suelo con las tripas fuera, la cabeza abierta o un miembro amputado... cuando no directamente partido en dos.

No siempre es así: cuando Conan se enfrenta a algún animal monstruoso (un simio gigante, con cierta lamentable frecuencia) la pelea a menudo nos es descrita en detalle. Sospecho que Howard no se plantea esos momentos como una pelea, sino como el enfrentamiento del hombre con la naturaleza desatada. Esos animales gigantescos y feroces que a veces se interponen en el camino de Conan son el equivalente de un tifón en una novela de aventuras navales: es la naturaleza atacando al hombre y este enfrentándose a ella y dando todo lo que tiene sin pensar en la posibilidad de la muerte. No es de extrañar que en esos casos la secuencia nos sea descrita en todo su épico y frenético detalle.

Pero cuando pelean dos hombres, todo pasa a velocidad de relámpago, sin pararse en florituras y sin que el lector tenga casi tiempo de saborear la violencia.

Veamos un ejemplo, tomado de «La hija del gigante de hielo»:

*Heimdul lanzó un aullido y saltó hacia delante. La espada surcó el aire en un arco letal; Conan se tambaleó, y la vista se le llenó de chispas rojas cuando la espada de su adversario le golpeó el yelmo y arrancó esquirlas de fuego azul, pero eso no le impidió lanzar una estocada con toda la fuerza de sus anchos hombros. La afilada punta atravesó escamas de metal, huesos y corazón, y el guerrero pelirrojo cayó muerto a los pies del cimero.*¹⁰

En cuatro o cinco frases todo un universo de violencia, sangre, velocidad y muerte se ha desplegado vertiginoso ante nuestros ojos y, casi antes de que hayamos tenido tiempo de asimilar lo que leemos, uno de los dos contendientes está muerto.

Esa violencia acelerada y casi siempre letal convierte las peleas en algo enormemente verosímil y consigue que impresionen mucho más que una pormenorizada descripción que se alargue varios párrafos.

Fantasia materialista

Si hay una característica que comparte casi toda la obra de Howard (y, siendo estrictos, una buena parte de la fantasía de orígenes *pulp*) es el materialismo que hay tras los elementos no realistas de sus relatos.

Pese a que estamos ante fantasía y, por tanto y al contrario que la ciencia ficción, el origen de los elementos no realistas debería ser mágico y sobrenatural, lo cierto es que el tratamiento que se les da a estos elementos es demasiado racionalista y con los pies plantados en el suelo.

En estas páginas encontraremos brujos que entrelazan sortilegios, dioses y demonios. Sin embargo...

Sin embargo, a menudo esos brujos son simplemente poseedores de conocimientos y tecnología por delante de su época, adquiridos por medios en ocasiones dudosos (cuando no robados directamente a especies extraterrestres que han visitado nuestro planeta) y a veces creados por el puro ingenio del hechicero.

«La tecnología lo suficientemente avanzada es, para el profano, indistinguible de la magia», dijo en cierta ocasión Arthur C. Clarke. Y es como si Howard hubiera hecho suyas esas palabras y con ellas en mente hubiera creado su Era Hibórea.

El origen de dioses y demonios, por otro lado, nunca es sobrenatural. Pensemos, por ejemplo, en la criatura sin nombre que aparece en «El valle de las mujeres perdidas», a la que Conan define como

*Un demonio de la oscuridad exterior. No son tan infrecuentes. Acechan como racimos de moscas en las fronteras del cinturón de luz que rodea el mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos encuentran la forma de llegar a la tierra, aunque para ello deben tomar forma física. Un hombre como yo, armado con una espada, puede enfrentarse a cualquier cosa con colmillos o garras, sea mundana o infernal.*¹¹

Es decir, una criatura ajena a la tierra, un habitante del espacio exterior que, además, tiene que tomar carne cuando baja a nuestro mundo y, por tanto, puede ser herido e incluso matado. En ningún caso un ente sobrenatural, sino meramente ultraterreno (en el sentido literal de que viene de más allá de nuestro planeta), pero sujeto a nuestras mismas leyes físicas.

Pensemos también en el Yogah de «La torre del elefante»: la descripción que la criatura da de sí misma, su lugar de origen y su viaje hacia nuestro mundo no implica en ningún momento nada sobrenatural. Lo que nos cuenta, en realidad, es la llegada de un grupo de extraterrestres de extraordinarios conocimientos y habilidades a nuestro mundo primitivo. Los nativos, lógicamente, tomarán por magia lo que saben hacer... pero no lo es, no en el sentido de que implique algo sobrenatural.

Esa perspectiva materialista se nos presenta de un modo aún más explícito en «La reina de la Costa Negra» cuando Conan, bajo el sueño del loto negro, imagina a los antiguos habitantes de la ciudad en ruinas:

Aunque creados en el mismo molde que la humanidad, no eran humanos. Tenían alas y eran de proporciones gigantescas; no eran una rama del misterioso tronco de la evolución que habría de culminar en el hombre, sino el fruto maduro de un árbol ajeno, independiente. Se parecían al hombre en la misma medida en que este se asemejaba a los grandes simios. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran tan superiores al hombre como este al gorila. Pero cuando erigieron su ciudad colosal, los primitivos ancestros del hombre aún no habían salido del limo de los mares primigenios.

Eran mortales, como todo lo que es de carne y hueso. Vivían, amaban y morían, aunque la duración de sus vidas era ¹²inmensa.

Un autor de fantasía de épocas anteriores habría contado esto usando términos míticos y sobrenaturales, pero Howard acude a un lenguaje cientifista y materialista, abrazando con entusiasmo lo que podríamos llamar la «causa evolutiva». Es cierto (como se ve con claridad en su ensayo «La Era Hibórea») que Howard no termina de comprender la evolución de las especies como una fuerza ciega de resultados inciertos, sino que la ve como algo que, inexorablemente camina siempre hacia el mismo lugar: para él, los homínidos solo pueden evolucionar en seres humanos, por ejemplo, ignorando de ese modo que fue el azar de las mutaciones y las condiciones ambientales lo que dieron nacimiento a nuestra especie y suponiendo, por tanto, que la evolución es un camino prefijado que, partiendo de la especie A solo puede dar en la B. Por no mencionar que asume la posibilidad de una regresión, es decir, que la especie involucre de nuevo hacia un homínido y que, este con el tiempo, suba de nuevo los peldaños evolutivos hasta convertirse en humano. Esa concepción errónea de los mecanismos evolutivos, por otro lado, es compartida por un amplio sector de los habitantes de la época... al menos de aquellos que aceptaban la evolución como algo válido.

Pero no importa que su concepto de evolución sea incorrecto. Lo que importa es que usa una idea moderna, científica, materialista e inmanentista para narrar la historia de unas criaturas inteligentes anteriores al ser humano. Para describirlos, no echa mano de conceptos sobrenaturales o mágicos, sino que los presupone tan «naturales» y tan sometidos a las leyes del mundo como el propio hombre.

Por último recordemos el momento en «Rufianes en casa» en el que los protagonistas contemplan otra habitación a través de un artificio de espejos:

—Seguro que nos ve —murmuró Conan—. ¿Por qué no nos ataca? Podría romper la ventana fácilmente.

Murilo comprendió que Conan pensaba que el espejo era una ventana.

—No nos ve —respondió el sacerdote—. Lo que vemos es la habitación que hay sobre nosotros. La puerta que guarda Thak es la que hay al final de las escaleras. Es un simple juego de espejos. ¿Ves esos que hay en las paredes? Transmiten el reflejo de la habitación por estos tubos, en los que hay más espejos que transmiten la imagen y la amplían en este.

Murilo se dio cuenta de que el sacerdote estaba siglos por delante de su tiempo, como demostraba la perfección de aquel

*invento. Pero Conan lo descartó como simple brujería y no le dio más vueltas.*¹³

Ese esquema materialista es repetido una y otra vez por Howard y es compartido por otros autores de la misma época, especialmente su amigo y relativo mentor, Howard Philips Lovecraft quien, partiendo desde una narrativa decimonónica y dunsaniana, acabaría creando sin embargo relatos de terror puramente materialistas que terminan siendo más ciencia ficción que fantasía. O quizá habría que calificarlos de «fantasía inmanentista», en el sentido de que acaban negando por completo lo sobrenatural y lo mágico. Decía Carl Sagan que «el cosmos es cuanto existe, ha existido y existirá», y tanto Howard como Lovecraft hacen suyas de forma implícita esas palabras en sus ficciones.

Este último creó una mitología, es cierto, todo un panteón de dioses e incluso una cosmogonía. Pero esos dioses, al final, no son más que criaturas de enorme poder (y de tecnología inimaginable para nosotros, tal como se narra en «The Shadow Out of Time») procedentes de otro planeta, de nuestro pasado o del remoto futuro y, en todo caso, atadas al universo físico como cualquier otro ser. No son ajenas a las leyes del tiempo y del espacio que gobiernan nuestro cosmos y, por tanto, nada hay de sobrenatural en ellas. Puro materialismo.

¿Es el materialismo howardiano un reflejo del materialismo lovecraftiano o ambos se desarrollaron de forma independiente? Sea cual sea la respuesta, no deja de ser curioso que dos de los principales creadores de narrativa no realista popular tuvieran la misma visión materialista, inmanentista, del hecho fantástico.

Y es una de las cosas que hacen enormemente poderosas las ficciones de ambos. Los dos eran racionalistas extremos con una poderosa veta de irracionalidad y eso les hizo contemplar los viejos arquetipos con una mirada nueva, fresca, y hablarnos de ellos, ya no con un lenguaje periclitado de magia, sobrenaturalidad y trascendencia, sino con el lenguaje racional y cuasi-científico de nuestro tiempo.

Donde unos veían ángeles y demonios en la Edad Media otros ven hoy OVNIS u hombrecillos grises del espacio exterior. Del mismo modo, Lovecraft y Howard miraron lo que otros habían visto como brujos, dioses y demonios y los mostraron como ingenieros y extraterrestres. Al despojarlos de su naturaleza sobrenatural, sin embargo, no destruyeron el mito que representan, sino meramente lo transformaron, lo adaptaron a su tiempo y lo revitalizaron. Cthulhu no es menos espeluznante porque sea un alienígena del espacio exterior y los hombres serpiente de Howard no han perdido el poder de despertar nuestros miedos atávicos solo porque sean remanentes de especies anteriores al hombre.

Ambos crearon los mitos de nuestro tiempo en el lenguaje de nuestro tiempo. Y, como buenos mitos, mantienen todo su poder de evocación, maravilla y terror.

Ordenando y barajando

Hay varias cronologías de Conan, algunas sumamente detalladas, y no todas coinciden a la hora de situar este o aquel relato en un punto concreto de la biografía del cimerio.

En mi caso he preferido ir al principio, a las raíces, y seguir en lo posible las indicaciones del creador del personaje. Hablé más arriba de la biografía redactada por P.

Schuyler Miller y John D. Clark. Howard la aprobó con algunas correcciones menores, y para mí esa versión debería ser el punto de partida de cualquier cronología o biografía del personaje.

Es cierto que solo tiene en cuenta el material publicado en vida de Howard y que no carece de inconsistencias. Por ejemplo, sitúa «El diablo de hierro» antes de «Xuthal del crepúsculo»; sin embargo en el primer relato Conan recuerda la ciudad de Xuthal, que conocerá en el segundo, lo cual no tiene sentido.

No es menos cierto que cualquier intento de establecer una cronología exacta y consistente está condenado al fracaso y quizá ni siquiera sea buena idea, como apunta Edward A. Waterman en su artículo «The Chronology Controversy»¹⁴. No ayuda a ello el modo en que Howard escribía sus relatos sobre el cimerio, a salto de mata, yendo de un momento a otro de su biografía e incluso utilizando y reelaborando elementos de narraciones anteriores (la peripecia de *La hora del dragón*, por ejemplo, es casi idéntica a la del relato «La ciudadela escarlata»), por no mencionar que a menudo ni se molesta en referir en qué momento de su vida transcurre tal o cual relato.

Como bien dice Waterman, lo único que sabemos con certeza de la biografía de Conan es que empieza como un bárbaro del norte y termina como rey de Aquilonia. Todo lo que pasa entre esos dos puntos es cuestionable. Y concluir que tal relato sucede antes o después de tal otro o que se sitúa en tal momento concreto de la vida de Conan no deja de ser una suposición, salvo en los escasos momentos en los que Howard da algún dato explícito al respecto.

Con todos los reparos, por tanto, y partiendo de la base de que, como mucho, tratamos con suposiciones, he seguido en general las líneas establecidas por Miller y Clark.

Aquellos que siguen esa cronología suelen situar «La hija del gigante de hielo» en un momento de la vida de Conan posterior a su primer encuentro con la civilización hibórea. Sin embargo, he decidido ubicarla justo al principio de su biografía conocida, poco después de su participación en el asalto al fuerte de Venarium. Conan tiene, por tanto, unos dieciséis años en ese momento.

¿Por qué lo he hecho así? Como he explicado más arriba se me hace muy difícil creer que Conan, una vez abandonado el norte, vuelva a él para nada. Cierto que Howard admite esa posibilidad, pero dado que la presenta como eso, una posibilidad, he optado por suponer que no fue así y que, por tanto, una vez abandonada Cimeria, Conan no volvió a ella... salvo tal vez en sus días como rey de Aquilonia y por motivos puramente políticos o bélicos.

Me parece más plausible que esta historia tenga lugar antes de su llegada a la civilización: natural del norte de Cimeria, no resulta descabellado que haya cruzado la cercana frontera y se haya unido a los aesires en sus luchas tribales contra los vanires. Dado, además, que Asgard tiene frontera con Hiperbórea y que se supone que Conan llega a Zamora tras huir de un pozo de esclavos hiperbóreo justo a tiempo para asaltar la torre del elefante (así lo establece Howard explícitamente) me parece lógico, entonces, considerar que «La hija del gigante de hielo» se desarrolla poco antes de que los hiperbóreos lo capturen.

Es cierto que en esta historia (una breve viñeta de sangre y lujuria con un sorprendente poder poético) Conan afirma que ha estado en muchos sitios. Pero para un bárbaro de

dieciséis años, arrogante y de sangre caliente, estar en muchos sitios significa, simplemente, haber salido del terruño natal. Toda una odisea para la época y el lugar.

Además, cuando habla con la joven en el campo de batalla dice: «Nunca he visto un cabello como el tuyo, ni siquiera entre las aesires más hermosas.» Un Conan maduro, más experimentado, con más contacto con la civilización habría conocido sin duda a suficientes mujeres hermosas de distintas razas y no se limitaría a comparar a Atali con las aesires. En cambio, un Conan que acaba de salir de Cimeria y que nunca ha visto mujeres rubias o pelirrojas hasta entonces...

Para el resto de los relatos, como digo, he seguido de cerca la pauta marcada por Howard, Miller y Clark, incluida la edad aproximada del cimerio en cada historia. En los apéndices al final del libro puede leerse el esbozo biográfico que he realizado, bajo el título de «Posible biografía de Conan». Recalco lo de «posible». Ni siquiera me he atrevido a calificarla de «probable» como hicieron Miller y Clark con la suya.

Aunque la tentación era grande, he decidido no incluir en ella las aportaciones de otros autores, lo cual me habría llevado a una biografía más completa, cierto, pero me habría situado en la tesitura de tener que elegir entre distintos acontecimientos contradictorios entre sí en las mismas etapas de la vida del cimerio, dependiendo del autor que los narrase. En lugar de verme obligado a considerar, por ejemplo, el Conan de Poul Anderson más «auténtico» que el de Roy Thomas (ambos narran distintas versiones de los tres años en los que el cimerio compartió aventuras con Bêlit), he seguido la recomendación de este último: el único Conan «auténtico» era el de Howard y solo los acontecimientos que este llegó a narrar sucedieron de verdad. El resto son especulaciones, posibilidades, hechos que tal vez ocurrieron o tal vez no: que cada lector elija cuál se ajusta mejor a sus propios gustos y preferencias.

Un poco de historia personal

La culpa de que estés leyendo este libro, amable lector, es de una estación de tren en Algorta, Vizcaya, o más exactamente del quiosco de la estación, donde a principios de los años setenta del pasado siglo el niño que era yo entonces vio la portada de un tebeo con un tío musculoso con espada y rápidamente echó a correr hacia donde estaba su padre para que se lo comprara.

—Además, está basado en el personaje de Robert E. Howard—dije, sin tener la menor idea de quién era aquel señor, pero si lo decía la portada del tebeo por algo sería. Además siempre he sido un niñoopera resabido, sí, qué le vamos a hacer.

Mi padre, que seguro que tampoco tenía la menor idea de quién era Howard aunque asintió muy convencido a mi comentario, compró el cómic (y lo leyó una vez hube acabado con él, como solía hacer casi siempre).

Era una de aquellas ediciones que hacía Vértice a principios de los setenta, más o menos a tamaño cuartilla, en blanco y negro y con las viñetas originales remontadas y en ocasiones redibujadas. Una chapuza, sin duda, en la que lo único decente a nivel editorial eran las portadas de López Espi. Yo, con ocho o nueve años, ni sabía lo de la chapuza ni me importaba gran cosa, la verdad.

Estoy casi seguro de aquel primer Conan que leí incluía las historias «La hija de Zukala»

y «El diablo alado», correspondientes a los números 5 y 6 del original americano. Estaba dibujado por Barry Smith, por supuesto, y eran algunos de sus primeros números.

Me hice fan del personaje enseguida, pero solo a través del cómic. De hecho, desconocía que los relatos de Conan hubieran sido publicados en España por Bruguera en 1973. Mi primer encuentro con el auténtico Conan tuvo que esperar a mediados de los ochenta, cuando cayó en mis manos una antología titulada *Héroes bárbaros* que incluía, precisamente, «Nacerá una bruja».

Me sorprendió lo bueno que era el relato, lo confieso; me gustaba Conan en el cómic, pero por algún curioso motivo que se me escapa no esperaba gran cosa del original literario. Bueno, quién no ha sido un poco esnob en algún momento de su vida.

Cuando algún tiempo después Fórum editó en doce volúmenes el Conan de Howard más el de Carter y De Camp me hice con ellos y por fin pude disfrutar de todos aquellos relatos, situados además de acuerdo a la cronología de la saga. Confieso que leía de un modo un tanto diagonal las aportaciones de Carter y De Camp, que por lo general me parecían sosas, carentes de vitalidad y bastante rutinarias, pero las historias originales me atraparon enseguida y para cuando llegué a *La hora del dragón*, la única novela que Howard escribió de Conan, el texano estaba ya entre mis autores-fetiché.

El paso siguiente era leerlo en inglés y, a ser posible, sin interferencias de otros autores. Para entonces ya sabía que De Camp había retocado, en ocasiones en exceso, los relatos de Howard y quería hincarle el diente al producto original.

Cuando por fin pude leerlo en el «klíngon original» no me pareció tan descabellado que De Camp hubiera metido mano en los relatos originales, habida cuenta de lo que he comentado al principio de estas páginas, pero sí que es cierto que en ocasiones fue más allá de lo que exigía el deber y que el resultado final a veces se alejaba demasiado de las intenciones de su creador. Hay quien afirma que fue tan lejos para poder atribuirse legalmente un porcentaje de la autoría de los relatos y así cobrar royalties por un material que, sin su aportación, sería de dominio público. No sé si eso es verdad o no y, francamente, poco importa a estas alturas.

En cualquier caso, aquí hemos tratado con los relatos originales, tal como surgieron de la máquina de escribir de su autor y tal como pudieron leerlos los lectores de *pulp* en los años treinta del pasado siglo. La prosa de Howard en inglés es fascinante: a veces ruda y poco elaborada (como el propio Conan) pero siempre llena de nervio y vitalidad (también como el cimerio) y con un sorprendente poder de evocación. Necesitada tal vez de un pulido, pero en realidad de poco más, o corremos el riesgo de que pierda toda su fuerza narrativa y su exuberancia. Mi intención ha sido ofrecer al público en español un Conan lo más parecido posible a las intenciones de su creador.

Como traductor he intentado conseguir en castellano el mismo efecto que la prosa de Howard me provoca en inglés y para ello no he tenido miedo en apartarme del original cuando lo he considerado necesario. Y, desde luego, soy consciente de lo mucho que me alejé del original en los poemas: «Cimeria», con el que se abre el libro, y los fragmentos de «La canción de Bêlit» que hay al inicio de cada capítulo de «La reina de la Costa Negra». En lugar de intentar simplemente traducirlos (ya fuera en prosa, ya intentando respetar el verso y la rima) decidí crear de cero nuevos poemas que trataran los mismos temas y usaran imágenes similares a las de Howard, pero en metros y en versificaciones con los que

yo estuviera familiarizado. Sé que mi decisión es discutible y sin duda será discutida, pero preferí crear mis propios poemas basados en los de Howard más que traducir los de este. Al final del libro, en cualquier caso, encontraréis los originales de estos poemas junto con una traducción de los mismos en prosa.

Quería serle fiel al autor, por supuesto, pero para mí eso ha significado contar a veces las cosas de otro modo, buscando, más que la literalidad (maldición de los traductores) la fidelidad en la esencia, en el ritmo de la frase y en la vivacidad de la narración. Si lo he conseguido o no, tienes que juzgarlo tú, amable lector.

¿En qué momento la idea de volver a traducir esos relatos surgió en mi mente? No lo sé con exactitud. Sospecho que fue creciendo poco a poco y un día cristalizó de repente. Creo que desde que leí aquella edición de «Nacerá una bruja» y me di cuenta de lo buen narrador que era Howard, de algún modo la semilla de la idea se aposentó en mi cabeza y ya no me abandonó jamás. Fue germinando poco a poco con los años hasta que se me hizo evidente que, de un modo u otro, estaba condenado a traducir a Howard al castellano. Una vez tomé la decisión de ofrecer en Sportula nuevas tradiciones de clásicos de la literatura de género, de algún modo supe que antes o después me toparía con el autor tejano y que no podría evitar el deseo de pasar sus ficciones a mi idioma.

Así que aquí estamos, cuarenta años más tarde (a estas alturas el quiosco de la estación de Algorta ya no existirá; y quizá tampoco la propia estación), traduciendo a Howard y publicándolo en nuestra propia editorial. ¿El sueño de un fan? Puedes apostar a que sí, querido lector.

Espero que esta edición satisfaga tus expectativas, ya seas un aficionado de toda la vida a Conan, ya te acerques por primera vez a sus aventuras. Desde luego, todos los implicados en esta edición hemos puesto todo de nuestra parte para que así sea. Decidir si hemos tenido éxito o no es cosa tuya, querido lector.

Ya no te molesto más. Pasa la página y acompaña a Conan a un campo de batalla nevado y ensangrentado en la frontera entre Asgard y Vanaheim.

Que Crom te sea propicio y te de valor contra tus enemigos. Y si no lo hace, que se vaya al infierno.

Rodolfo Martínez
Setiembre, 2015

Has de saber, oh, príncipe, que en los años que median entre el hundimiento de la Atlántida y las ciudades resplandecientes y la ascensión de los hijos de Aryas hubo una época de ensueño en que reinos rutilantes se extendían por el mundo como mantos zafiro tachonados de estrellas: Nemedias; Ofir; Britunia; Hiperbórea; Zamora, con sus mujeres de pelo negro y sus misteriosas y sobrecogedoras torres; Zingaria, con su caballería; Koth, que lindaba con los pastizales de Shem; Estigia, con sus tumbas custodiadas por las tinieblas; Hirkania, cuyos jinetes vestían de acero, seda y oro... Pero no había reino más magnífico que Aquilonia, cuyos dominios abarcaban el esplendoroso oeste. Allí apareció, espada en mano, Conan el cimerio, de pelo negro y mirada taciturna, ladrón, saqueador y asesino, tan desbordante de melancolía como de júbilo, dispuesto a hollar con sus sandalias los engalanados tronos de la Tierra.

—Las Crónicas Nemedias

CIMERIA

Recuerdo mil bosques sombríos,
penumbra en colinas abiertas al viento,
el arco plomizo de nubes sin cuento,
arroyos adustos, torrentes umbríos
y un valle erizado de cerros baldíos.

Tras esas colinas, mil más se agazapan,
laderas cuajadas de bosques huraños,
paisaje de picos abruptos y extraños.
Madre feroz, madrastra postrada,
Cimeria. De viento y de noche preñada.

En ella los vientos confluyen convulsos
y sueños sin dueño rehúyen el sol.
Son soplos sombríos que marcan el son
de ramas crujientes en bosques adustos
y sombras quebradas en rotos arbustos.

Cimeria. De noche y de sombra engendrada.
Recuerdos de un hacha de borde afilado,
de lanza clavada en sangrante costado,
de denso silencio que a todos abraza
y extiende en las nubes su espesa coraza.

Cimeria. Morada de vientos eternos.
Herencia inasible que no me abandona,
fantasma irredento que nunca perdona,
mortaja que aplasta feroz mis empeños,
desgarra miradas, derrota los sueños.

LA HIJA DEL GIGANTE DE HIELO



Dos figuras se contemplaban por encima de los bultos cubiertos de acero y los regueros rojizos que surcaban la nieve. Solo ellos se movían en aquella desolación total. Sobre ambos brillaba el cielo escarchado, y a su alrededor se extendía una inacabable llanura blanca cuajada de cadáveres. Se acercaron lentamente, sorteándolos, como si fueran dos fantasmas que se hubieran dado cita en las ruinas de un mundo muerto; quedaron cara a cara inmersos en un silencio sepulcral.

Ambos eran altos, fuertes como tigres. Habían perdido el escudo y tenían el corselete abollado y mellado. La sangre se secaba poco a poco sobre las cotas de malla, las espadas estaban manchadas de rojo y los yelmos astados mostraban señales de haber parado varios golpes. Uno de ellos, de pelo negro, iba afeitado; el otro tenía el cabello y la barba rojos como la sangre iluminada por el sol sobre la nieve.

Fue el pelirrojo quien rompió el silencio:

—Dime tu nombre, para que mis hermanos en Vanaheim sepan quién fue el último hombre de Wulfhere que cayó bajo la espada de Heimdul.

—No será en Vanaheim —gruñó el moreno—, sino en el Valhalla, donde hablarás a tus hermanos de Conan de Cimeria.

Heimdul lanzó un aullido y saltó hacia delante. La espada surcó el aire en un arco letal; Conan se tambaleó, y la vista se le llenó de chispas rojas cuando la espada de su adversario le golpeó el yelmo y arrancó esquirlas de fuego azul, pero eso no le impidió lanzar una estocada con toda la fuerza de sus anchos hombros. La afilada punta atravesó escamas de metal, huesos y corazón, y el guerrero pelirrojo cayó muerto a los pies del cimerio.

Este se tambaleó y abatió la espada, asaltado por una debilidad repentina. El reflejo del sol en la nieve hería sus ojos como un cuchillo, y el cielo parecía sorprendentemente pequeño y lejano. Dio media vuelta y abandonó la planicie pisoteada llena de cadáveres, algunos de barba rubia y otros pelirrojos, unidos para siempre en la muerte. Tras unos pocos pasos se dio cuenta de que el brillo de los campos nevados se apagaba de repente. Asaltado por una ceguera vertiginosa y rugiente, cayó de rodillas en la nieve, apoyado en un brazo cubierto de acero. Parpadeó y meneó la cabeza como un león que sacudiera la melena, intentando expulsar la niebla de los ojos.

Una risa argentina atravesó el vértigo, y fue recobrando la visión poco a poco. Alzó la vista. Había algo extraño en el paisaje que lo rodeaba, aunque no acertaba a identificarlo, como si un tinte desconocido cubriera cielo y tierra. Pero enseguida dejó de preocuparse por eso. Ante él, cimbreado como un plantón bajo la brisa, había una mujer. A los ojos aturdidos de Conan, su piel parecía de marfil. Estaba desnuda, salvo por un ligero velo de gasa, y tenía unos pies delicados, aún más blancos que la nieve que pisaban. No dejaba de reírse, con la vista clavada en el desconcertado guerrero, y su risa era más cantarina que el burbujeo de los manantiales de montaña, y a la vez, venenosa y llena de desdén.

—¿Quién eres? —preguntó el cimerio—. ¿De dónde sales?

—Qué más da.

La voz tenía un timbre más armónico que el de un arpa de plata, pero era afilada e implacable.

—Llama a los tuyos —dijo él, alzando la espada—. Quizá me fallen las fuerzas, pero no me cogerán vivo. Veo que eres vanir.

—¿Acaso he dicho que lo sea?

Volvió a mirar su pelo revuelto, que al principio le había parecido rojo, y se dio cuenta de que no era ni rojo ni amarillo, sino una mezcla arrebatadora de ambos. La contempló hechizado. Su cabello era como oro élfico y el sol le arrancaba reflejos tan deslumbrantes que le costaba seguir mirándolo. No tenía los ojos azules ni grises; había en ellos un caleidoscopio de colores, luces y sombras que no podía definir. Sonreía con unos labios intensamente rojos y carnosos, y desde la punta de los esbeltos pies hasta la cegadora melena ondulante, su cuerpo marfileño era perfecto como el sueño de un dios. El pulso de Conan batió alborotado.

—No sé si eres de Vanaheim, y por tanto mi enemiga, o de Asgard y amiga. He estado en muchos sitios, pero jamás he visto a nadie como tú. Tus rizos me ciegan con su resplandor. Nunca he visto un cabello como el tuyo, ni siquiera entre las aesires más hermosas. Por Ymir...

—¿Osas jurar por Ymir? —se burló ella—. ¿Qué sabes de los dioses del hielo y la nieve, tú, que vienes del sur y te aventuras entre extraños?

—¡Por los dioses oscuros de mi propio pueblo! —gritó, rabioso—. Quizá no sea un aesir de cabello dorado, pero nadie me aventaja con la espada. Hoy mismo he visto caer a cuatro veintenas de hombres y solo yo he sobrevivido a la batalla entre los saqueadores de Wulphere y los lobos de Bragi. Dime, mujer, ¿has visto el brillo de la cota de malla en la llanura helada? ¿Has visto a un grupo de hombres armados cruzando el hielo?

—He visto el brillo de la escarcha al sol —respondió ella—. Y he oído el susurro del viento entre las nieves eternas.

Conan meneó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Niord debería habérsenos unido antes de la batalla. Me temo que sus hombres y él han caído en una emboscada. Wulphere y los suyos están muertos.

»Habría jurado que no había aldea alguna en varias leguas a la redonda, pues la guerra nos ha traído lejos, pero debes de venir de algún lugar cercano si caminas desnuda por la nieve. Si eres de Asgard, llévame a tu tribu, pues la lucha y los golpes me han dejado agotado.

—Mi aldea está más lejos de lo que puedes alcanzar, Conan de Cimeria —dijo ella entre risas. Abrió los brazos y se contoneó ante él, ondeando el cabello dorado con sensualidad, los ojos centelleantes medio velados bajo las largas pestañas sedosas—. ¿Acaso no me encuentras bella?

—Como el alba correteando desnuda por la nieve —musitó él, los ojos ardientes como los de un lobo.

—Entonces, ¿por qué no te pones en pie y me sigues? ¡Menudo guerrero, ahí postrado! —gorjeó, enloquecedoramente burlona—. Date por vencido y muere en la nieve con los demás necios, Conan de cabellos negros. No puedes seguirme allá adonde te guiaría.

Con un juramento, el cimerio se incorporó, con los ojos azules llameantes y el rostro moreno crispado. La rabia arrasaba su alma, y el deseo por la tentadora figura que veía ante sí le latía en las sienes e impulsaba con fiereza la sangre por sus venas. Una pasión tan salvaje que casi era puro dolor tiraba de todo su cuerpo, y tierra y cielo le parecían teñidos de carmesí. Lo inundó una locura que borró cualquier rastro de cansancio o debilidad.

No dijo nada mientras se acercaba a ella, los dedos engarfiados, ansioso por tocar su delicada piel. Con un grito burlón, ella retrocedió y echó a correr, volviéndose para

mirarlo sin parar de reír. Un rugido apagado escapó de la boca de Conan mientras se lanzaba en su persecución. Había olvidado por completo la lucha, los guerreros que yacían sobre su propia sangre, a Niord y a los saqueadores que no habían llegado a tiempo a la batalla. Solo podía pensar en la esbelta figura blanca que parecía flotar frente a él.

La persiguió a través de la llanura nevada. El campo de batalla cuajado de sangre quedó atrás, fuera de la vista, pero Conan seguía adelante con la silenciosa tenacidad de su pueblo. Sus pies cubiertos de acero atravesaron la superficie helada; se hundió y siguió caminando por pura tenacidad. La joven bailaba sobre la nieve, ligera como una pluma que flotase en un lago. Sus pies descalzos apenas dejaban huella en el suelo helado. Pese al fuego de sus venas, la mordedura del frío atravesó la cota de malla y la camisa de piel de Conan mientras la muchacha, cubierta por el velo de gasa, corría con gracia y ligereza, como si estuviera bailando en los jardines de rosas y palmeras de Poitain.

Ella guiaba y Conan la seguía. Juramentos rabiosos escapaban de los labios entrecerrados del cimerio. Las grandes venas de sus sienes se hinchaban y latían mientras rechinaba los dientes.

—¡No escaparás! —rugió—. ¡Como me conduzcas a una trampa, apilaré las cabezas de tus parientes a tus pies! ¡Como te escondas, destrozaré las montañas en tu busca! ¡Te seguiré hasta el infierno!

Su risa enloquecedora llegó hasta él. Echó espumarajos por la boca, sin dejar de seguirla mientras lo guiaba hacia lo más profundo de aquella tierra desolada. El paisaje cambió: las amplias planicies dieron paso a colinas distribuidas de forma irregular. Al norte, a lo lejos, se atisbaban unas montañas gigantescas, azules por la distancia, las cimas cubiertas de nieve eterna. Sobre ellas brillaba el resplandor de la aurora boreal que se esparcía como un abanico en el cielo: espadas heladas de luz fría e intensa de colores cambiantes, cada vez más grandes y luminosas.

Sobre él, los cielos brillaban y crepitaban con luces y reflejos extraños. La nieve resplandecía de un modo peculiar, ora con un azul escarchado, ora con un carmesí helado, ora como plata fría. Conan se lanzó obstinado a través de un reino irreal de hielo y luz, un laberinto cristalino en el que solo existía el cuerpo marfileño que recorría bailando la nieve resplandeciente, siempre más allá de su alcance.

No se paró a pensar en lo extraño de cuanto lo rodeaba, ni siquiera cuando dos figuras gigantescas se interpusieron en su camino. Las escamas de sus cotas eran blancas como la escarcha; sus yelmos y hachas estaban cubiertos de hielo. La nieve salpicaba su cabello y en su barba se formaban carámbanos. Tenían los ojos tan fríos como las luces que los iluminaban.

—¡Hermanos! —gritó la muchacha mientras bailaba entre ellos—. ¡Mirad lo que me sigue! ¡Os traigo un hombre para que lo matéis! ¡Arrancadle el corazón y lo depositaremos humeante en la mesa de nuestro padre!

Los gigantes respondieron con un rugido que sonó como el choque de un iceberg contra la costa y alzaron las brillantes hachas mientras el cimerio se lanzaba entre ellos. Una hoja escarchada relampagueó ante los ojos de Conan, cegándolo. Fulminante, respondió con un tajo que cortó el muslo de su enemigo. Este cayó con un gemido, y casi al instante, el bárbaro se vio lanzado contra la nieve por el golpe del superviviente. Tenía el hombro izquierdo entumecido, pero lo había salvado, y por los pelos, la cota de malla. Divisó al gigante alzado sobre él como un coloso tallado en hielo, recortado contra el cielo frío y

resplandeciente. El hacha cayó de nuevo, y se enterró en la nieve y la tierra congelada de debajo mientras Conan se echaba a un lado para luego saltar hacia él. El gigante rugió y liberó el hacha, pero la espada del cimerio ya se hundía en su carne. Las rodillas del coloso se doblaron, y empezó a hundirse poco a poco en la nieve, que se volvía carmesí con la sangre que manaba de su cuello medio seccionado.

Conan dio la vuelta y vio a la joven a poca distancia, contemplándolo con los ojos desorbitados de horror. La burla se había borrado de sus facciones. El cimerio lanzó un fiero grito y blandió la espada; gotas de sangre saltaron de la hoja ante la intensidad de su pasión.

—¡Llama al resto de tus hermanos! —aulló—. ¡Alimentaré a los lobos con sus corazones! ¡No puedes huir de mí!

Ella dio media vuelta, lanzó un grito aterrado y echó a correr. Ya no se reía ni lanzaba miradas burlonas a su espalda. Corría para salvar su vida, y aunque Conan forzó cada nervio y cada músculo hasta que sus sienes parecieron a punto de reventar y la nieve adquirió un tinte rojizo, ella le ganaba terreno. Se fue empequeñeciendo con la distancia a medida que se acercaba al fuego embrujado del cielo; no tardó en parecer del tamaño de un niño y luego una llama blanca y danzarina, que se redujo hasta convertirse en un manchón distante. Pero Conan apretó los dientes hasta que le sangraron las encías, redobló el paso y vio como el manchón crecía hasta ser una llama blanca y esta se convertía en una figura del tamaño de un niño. De pronto, menos de cien pasos los separaban y, poco a poco, la distancia se iba acortando.

A la joven le costaba mantener el ritmo. Corría con los rizos alborotados; Conan podía oír su rápido jadeo y veía asomar el miedo a su rostro cuando se giraba para mirarlo. La inexorable fortaleza del bárbaro le había servido bien. Las blancas piernas de la muchacha se movían cada vez más despacio, vacilantes. En el corazón indómito de Conan ardían llamas infernales que ella había despertado con demasiada pericia. Con un rugido inhumano, se acercó a la joven justo cuando se volvía y, con un grito desesperado, intentaba apartarlo con los brazos.

La espada cayó en la nieve mientras la estrechaba contra su pecho. El ligero cuerpo femenino se combaba hacia atrás mientras forcejeaba desesperadamente para zafarse de aquellos brazos de acero. El pelo dorado le caía por el rostro, cegando a Conan con su brillo. La proximidad de aquel esbelto cuerpo que se debatía entre sus brazos forrados de acero lo lanzó a un frenesí enloquecido. Los fuertes dedos se hundieron en la suave carne, fría como el hielo. Era como si no estuviera abrazando a una mujer de carne y hueso, sino de hielo ardiente. La joven movía la dorada cabeza de un lado a otro, intentando evitar los besos feroces que magullaban sus rojos labios.

—Eres fría como la nieve —susurró Conan, atónito—. Te calentaré con el fuego de mi sangre...

Con un grito y un quiebro desesperado, la mujer se liberó, dejando un jirón de gasa entre las manos del bárbaro. Se puso en pie y lo contempló, los dorados rizos revueltos, el blanco pecho jadeante, los hermosos ojos relucientes de terror. Durante un instante Conan se quedó paralizado, sobrecogido ante la terrible belleza de la joven desnuda contra la nieve.

Entonces ella alzó los brazos hacia las luces que brillaban en el cielo y gritó con una voz que resonaría para siempre en los oídos de Conan:

—¡Ymir! ¡Sálvame, padre!

Conan saltó hacia delante, los brazos extendidos para atraparla, y de pronto se oyó un crujido como el del hielo al desprenderse de la cima de una montaña. El cielo entero se convirtió en un fogonazo helado y el cuerpo marfileño de la joven quedó envuelto en una llama fría y azul tan cegadora que el cimero alzó las manos para protegerse los ojos de aquel resplandor intolerable. En un instante, el cielo y las colinas nevadas quedaron bañados por crujientes llamaradas blancas, dardos azulados de luz helada y congelado fuego carmesí. Conan se tambaleó y lanzó un grito.

La chica había desaparecido. No había nadie en la nieve resplandeciente, y sobre su cabeza, en lo alto, las luces que giraban y se enroscaban en el cielo escarchado parecían enloquecidas. Entre las distantes montañas azules retumbó un trueno que sonó como un gigantesco carro de guerra arrastrado por corceles cuyos cascos arrancasen relámpagos de la nieve y ecos resonantes del cielo.

De pronto, la aurora boreal, las colinas cubiertas de nieve y los cielos resplandecientes giraron frenéticos ante los ojos de Conan. Cientos de bolas de fuego lanzaron lluvias de chispas y el propio cielo se convirtió en una rueda colosal de la que llovían estrellas mientras giraba. Bajo sus pies, las colinas se estremecieron como sacudidas por una ola. El cimero cayó sobre la nieve y quedó inmóvil.

En un universo frío y oscuro en el que sol se había extinguido eones atrás, Conan sintió que algo vivo se movía, algo extraño y desconocido. Un terremoto lo agarraba y lo zarandeaba de un lado a otro, raspándole pies y manos, hasta que lanzó un grito de furia y buscó la empuñadura de la espada.

—Está volviendo en sí, Horsa —dijo una voz—. Deprisa: hay que frotarle las extremidades para quitarle la escarcha, o no volverá a blandir una espada nunca más.

—No conseguimos abrirle la mano izquierda —gruñó otra voz—. Está agarrando algo...

Conan abrió los ojos y contempló los rostros barbudos que se inclinaban sobre él. Lo rodeaba un grupo de guerreros rubios vestidos de acero y pieles.

—¡Conan! ¡Estás vivo!

—Por Crom, Niord —jadeó el cimero—. ¿De verdad estoy vivo, o estamos todos muertos y en el Valhalla?

—Estamos vivos —respondió el aesir, sin dejar de frotar los pies helados de Conan—. Tuvimos que abrirnos paso a través de una emboscada; de lo contrario habríamos llegado antes de que se entablase la batalla. Los cuerpos aún estaban calientes cuando alcanzamos la llanura. No te encontramos entre los muertos, así que seguimos tu rastro. En el nombre de Ymir, Conan, ¿a cuento de qué te aventuraste en los yermos del norte? Hemos seguido tus huellas en la nieve durante horas. De haber sobrevenido una ventisca que las cubriese, jamás te habríamos encontrado, ¡por Ymir!

—No jures tanto por Ymir —musitó uno de los guerreros, mirando intranquilo hacia las montañas distantes—. Esta es su tierra y, según las leyendas, el dios mora en aquellos picos.

—Vi a una mujer —respondió Conan, vacilante—. Nos encontramos con los hombres de Bragi en las llanuras. No sé cuánto tiempo luchamos, pero solo yo quedé en pie. Estaba

agotado y débil, rodeado de lo que parecía el paisaje de un sueño. Ahora, sin embargo, todo parece normal, como siempre. La joven se me acercó y se burló de mí. Era hermosa como una llama infernal. Una extraña locura se apoderó de mí cuando la miré; olvidé todo lo demás y la seguí. ¿No habéis visto sus huellas? ¿Ni los cadáveres de los gigantes con armadura de hielo que he abatido?

Niord meneó la cabeza.

—Solo hemos visto tus huellas en la nieve, Conan.

—Entonces quizá esté loco —dijo, dubitativo—. Y sin embargo, lo que veo ahora no me parece más real que la bruja de cabello dorado que corría desnuda por la nieve frente a mí. Pero se desvaneció en medio de una llamarada de hielo cuando la tenía sujeta.

—Está delirando —susurró otro guerrero.

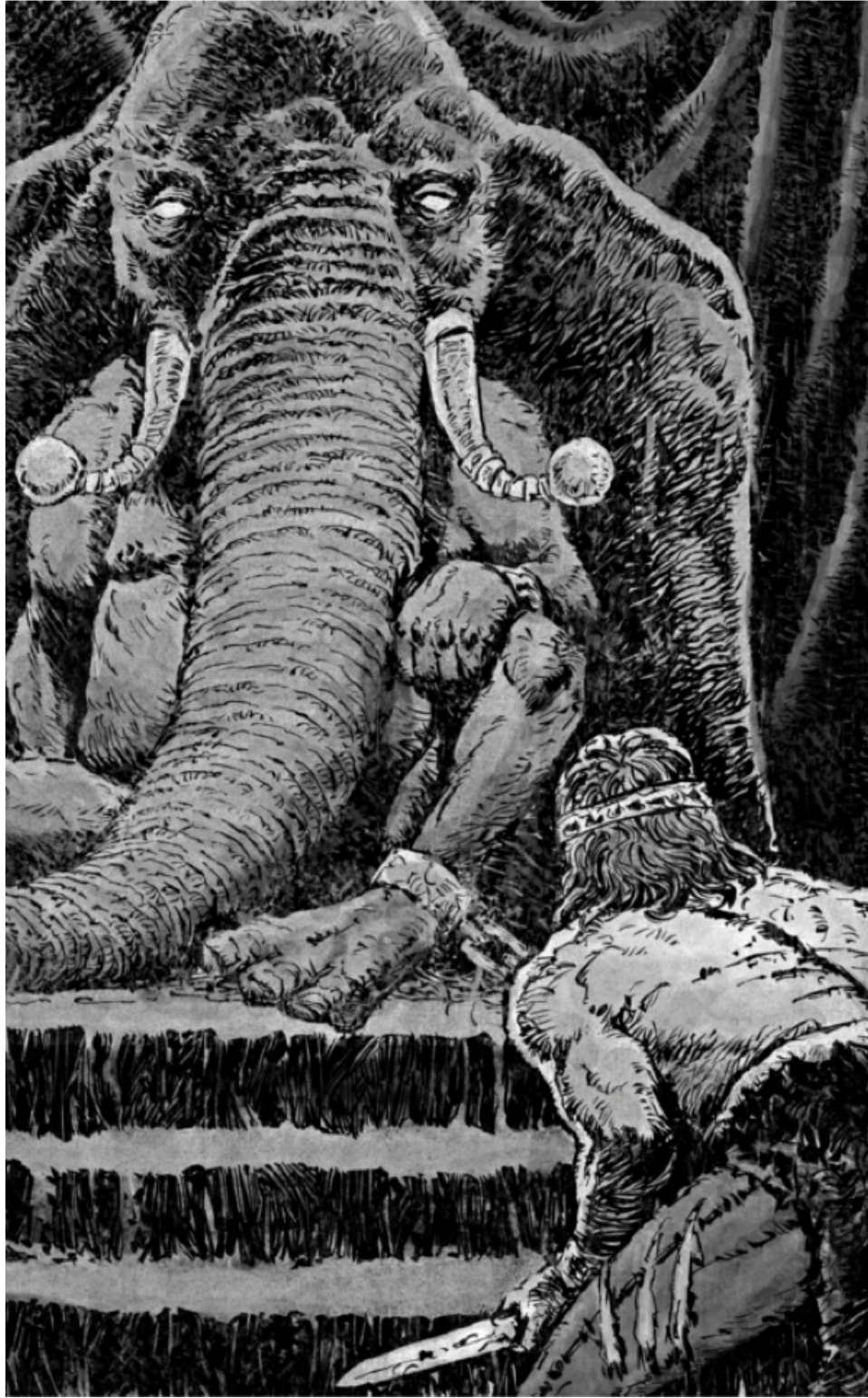
—¡No es así! —gritó un anciano de extraños ojos febriles—. ¡Era Atali, la hija de Ymir, el gigante de hielo! Acude a los campos de batalla y se muestra ante los moribundos. La vi cuando era un muchacho, mientras yacía medio muerto en el campo ensangrentado de Wolraven. La vi caminar entre los cadáveres, por la nieve; el cuerpo desnudo y resplandeciente como el marfil, y un cabello dorado que brillaba cegador a la luz de la luna. Me arrastré y grité como un perro moribundo porque no podía llegar hasta ella. Saca a los hombres de los campos de batalla y los guía al yermo para que los maten sus hermanos, los gigantes de hielo. Luego depositan los corazones aún humeantes en la mesa de Ymir. ¡El cimero ha visto a Atali, la hija del gigante de hielo!

—¡Bah! —gruñó Horsa—. Al viejo Grom le hicieron un tajo con una espada en la cabeza cuando era joven, y Conan deliraba por el fragor de la batalla. Mirad cómo tiene el yelmo de abollado; cualquiera de esos golpes podría haberle desbaratado los sesos. Fue una alucinación lo que persiguió hasta el yermo. Es del sur. ¿Qué sabe de Atali?

—Seguro que tienes razón —murmuró Conan—. Fue todo tan raro y confuso... ¡Por Crom!

Se quedó inmóvil, sin apartar la vista del objeto que aún asomaba de su puño cerrado. Los otros miraron boquiabiertos el jirón que mostró, un suspiro de gasa tan sutil que jamás podrían haberlo hilado manos humanas.

LA TORRE DEL ELEFANTE



Las antorchas alumbraban con luz turbia los festejos del Mazo, donde los ladrones del este se pasaban la noche de jarana. Allí podían organizar el alboroto que les pluguiera, pues la gente honrada rehuía aquellas barriadas y la guardia urbana, bien untada con monedas tintineantes, no se metía en sus asuntos. A lo largo de las calles retorcidas y sin pavimentar, llenas de montones de basura y charcos embarrados, los ebrios juerguistas se tambaleaban entre gritos. El acero brillaba en las sombras, donde el lobo era presa del lobo, y de la oscuridad surgían la risa estridente de las mujeres y el ruido de forcejeos y riñas. La luz se arrastraba perezosa por las ventanas rotas y las puertas desvencijadas, y la peste del vino se mezclaba con la de los cuerpos sudorosos antes de escapar al exterior acompañada del estrépito de las jarras y los golpes de los puños contra las mesas. Se oían retazos de canciones obscenas que caían como un puñetazo en el rostro.

En uno de esos antros, lleno de bribones cubiertos de toda clase de harapos, el jolgorio hacía temblar el techo bajo manchado de humo. Rateros furtivos, raptos rijosos y ladrones de dedos rápidos fanfarroneaban con bravuconería ante sus amantes, mujeres de voz estridente y ropas tan lujosas como de mal gusto. Los rufianes locales eran el elemento dominante: zamorios de piel morena y ojos negros con un puñal al cinto y un corazón traicionero. Pero había también depredadores de media docena de naciones, como un gigantesco renegado hiperbóreo de aspecto taciturno y amenazador, con una enorme espada al nervudo costado; la gente iba armada sin disimulos en el Mazo. Un poco más allá había un falsificador shemita de nariz ganchuda y barba negroazulada. Una moza britunia de mirada desafiante se desperezaba en el regazo de un gunderio de melena leonada; sin duda un mercenario, desertor de algún ejército derrotado. El rufián grasiento cuyas bromas procaces causaban alaridos de jolgorio era un secuestrador profesional llegado de la lejana Koth, empeñado en enseñar a raptar mujeres a zamorios mucho más experimentados de lo que él estaría jamás.

Este individuo detuvo la descripción de los encantos de una de sus víctimas y metió el hocico en una enorme jarra de cerveza. Se limpió luego la espuma de los labios grasientos y dijo:

—Por Bel, dios de los ladrones, os enseñaré cómo se secuestra una moza. La tendré antes del alba al otro lado de la frontera de Zamora, donde habrá una caravana esperándola. Trescientas monedas de plata me ha prometido un conde de Ofir por una joven britunia honesta de buena familia. Me tiré semanas pateándome las ciudades fronterizas disfrazado de mendigo hasta que encontré la mercancía apropiada. ¡De primera calidad, amigos!

Lanzó un beso baboso al aire.

—Sé de nobles shemitas que cambiarían el secreto de la Torre del Elefante por ella — añadió mientras volvía a llevarse la jarra a la boca.

Un tirón en la manga de la túnica le hizo volver la cabeza, molesto por la interrupción. Contempló al joven alto y fornido que tenía al lado. Estaba tan fuera de lugar en aquel antro como un lobo gris entre ratas de alcantarilla. La ropa barata que llevaba no lograba ocultar la poderosa silueta de formas fuertes y esbeltas, los hombros anchos y musculosos, el pecho enorme, la cintura breve y los gruesos brazos. Tenía la piel morena por el sol, y los ojos, azules y amenazadores. Una melena negra alborotada coronaba su amplia frente,

y del cinto le pendía una espada en una vaina de cuero desgastado.

El kothiano se echó hacia atrás sin querer. Aquel individuo no pertenecía a ninguno de los pueblos civilizados que conocía.

—Has mencionado la Torre del Elefante —dijo el extranjero, en un zamorio con acento muy marcado—. He oído hablar mucho de ella. ¿Cuál es su secreto?

Su actitud no parecía amenazadora, y el valor del kothiano rebosaba a causa de la bebida y la clara aprobación de su público.

—¿El secreto de la Torre del Elefante? —exclamó mientras se pavoneaba—. Cualquier idiota sabe que el sacerdote Yara guarda allí el Corazón del Elefante, una gran piedra preciosa en la que reside el secreto de su magia.

El bárbaro rumió aquellas palabras un momento.

—He visto la torre. Está en medio de un gran jardín en la zona alta de la ciudad, rodeada de muros elevados. No he visto guardias, y la muralla se puede escalar con facilidad. ¿Por qué nadie ha robado todavía esa gema secreta?

El kothiano se quedó boquiabierto ante la simplicidad de su interlocutor, para estallar luego en una carcajada burlona a la que se unieron los demás.

—¡Oíd a este palurdo! —bramó—. ¡Quiere robar la gema de Yara! ¡Escucha, chaval! —dijo mientras se volvía con ostentación hacia el joven—. Supongo que eres uno de esos bárbaros del norte...

—Soy cimerio —respondió el extranjero en tono hostil.

Ni la respuesta ni los modales le dijeron gran cosa al kothiano. Procedía de un reino del sur colindante con Shem y solo conocía de forma vaga a los pueblos del norte.

—Da igual. Presta atención y aprende un poco, muchacho—dijo mientras apuntaba con la jarra al desconcertado joven—. Debes saber que en Zamora, y sobre todo en esta ciudad, hay más ladrones y más osados que en ningún otro lugar del mundo, Koth incluido. Si alguien pudiera robar la gema, ten por seguro que ya habría desaparecido hace tiempo. Hablas de escalar la muralla, pero en cuanto la coronases desearías poder dar media vuelta de inmediato. Es cierto que no hay guardias nocturnos en los jardines..., al menos guardias humanos, y por una buena razón. Pero aunque pudieras esquivar lo que vaga por los jardines de noche, en la sala de guardia del piso bajo hay hombres armados a los que tendrías que hacer frente, pues la gema se custodia en algún lugar de la torre.

—Pero si alguien cruzara los jardines —arguyó el cimerio—, ¿por qué no iba a poder llegar a la gema desde la cima de la torre sin pasar por los soldados?

De nuevo, el kothiano lo contempló boquiabierto.

—¿Lo estáis oyendo? —exclamó burlón—. El bárbaro es un águila que volará hacia la cima enjoyada de la torre. Al fin y al cabo solo tiene cincuenta varas de altura y una pared redonda, lisa como el cristal pulido.

El cimerio miró a su alrededor, avergonzado ante el rugido de risas burlonas que acogió aquel comentario. No veía nada gracioso en el asunto y aún no había tenido contacto suficiente con la civilización para comprender la descortesía. Al fin y al cabo, los hombres civilizados son más descorteses que los salvajes, pues saben que por lo general pueden ser maleducados sin que nadie les abra la cabeza. Se sentía desconcertado y mortificado, y sin duda habría dado media vuelta, humillado, y se habría ido; pero el kothiano decidió pincharlo un poco más.

—¡Espera! —gritó—. ¡Venga, cuéntales estos pobres diablos, que son ladrones desde

antes de que te concibieran, cómo robarías tú la joya!

—Siempre hay un modo, si el valor acompaña la intención—respondió escuetamente, irritado.

El kothiano se lo tomó como un insulto directo y el rostro se le puso morado de rabia.

—¿Cómo? —rugió—. ¿Te atreves a enseñarnos nuestro propio oficio y encima nos llamas cobardes? ¡Lárgate! ¡Fuera de mi vista! —Lo empujó con violencia.

—¿Primero te burlas y ahora me pones las manos encima?—dijo el cimerio mientras sentía que la furia se apoderaba de él.

Respondió al empujón con una bofetada que devolvió a su interlocutor a la mesa. La cerveza desbordó la jarra, y el kothiano, rabioso, echó mano a la espada.

—¡Perro bárbaro! —bramó—. ¡Voy a arrancarte el corazón!

El acero salió con un destello y los parroquianos se echaron atrás. En su apresuramiento tropezaron con la única vela que iluminaba el antro, y de repente todo quedó a oscuras. Las tinieblas se llenaron del ruido de los bancos volcados, el repiqueteo de pies que corrían, los gritos y juramentos de la gente que caía apelotonada... De pronto, un alarido de dolor cortó la oscuridad como un cuchillo.

Cuando volvieron a encender la vela, la mayoría de la gente había salido a la calle por las puertas y las ventanas rotas, y los que quedaban estaban acurrucados tras las pilas de barriles de vino y bajo las mesas. El bárbaro había desaparecido, y el centro de la estancia estaba vacío, salvo por el cuerpo acuchillado del kothiano. El cimerio, con el instinto inequívoco de los bárbaros, había dado cuenta de su presa en medio de la oscuridad y la confusión.

El joven dejó atrás las luces temblorosas y la ebria algarabía del Mazo. Se había arrancado la túnica desgarrada, y con tan solo un taparrabos y unas sandalias de correas, se desplazaba en la noche con la flexible seguridad de un enorme tigre, los músculos de acero flexionados bajo la piel morena.

Había llegado a la parte de la ciudad dedicada a los templos. Se los veía por todas partes, blancos y brillantes a la luz de las estrellas; pilares de mármol níveo, cúpulas doradas, arcos de plata, santuarios dedicados a la miríada de extraños dioses de Zamora. Ni siquiera se molestó en mirarlos. Sabía que la religión zamoria, como todo lo que tenía que ver con los pueblos civilizados, era intrincada y compleja, y había perdido la mayor parte de su esencia original en un laberinto de fórmulas y ritual. Había pasado horas en los patios de los filósofos escuchando en silencio los argumentos de los sabios y los teólogos, para acabar por marcharse totalmente confundido y seguro de una sola cosa: estaban todos locos.

Sus dioses eran sencillos y comprensibles. El principal era Crom, que vivía en una montaña alta y remota desde la que desencadenaba la muerte y el desastre sobre los hombres. Era inútil rezarle, pues era un dios sombrío y salvaje que odiaba la debilidad. Pero confería valor al nacer, así como la capacidad y el deseo de matar a los enemigos, lo que, a ojos del cimerio, era lo máximo que podía esperarse de cualquier dios.

Sus sandalias no hacían el menor ruido contra el reluciente pavimento. No se cruzó con guardia alguno, pues incluso los ladrones del Mazo evitaban los templos. Era bien sabido que cosas peores que la muerte esperaban a quienes se atrevieran a entrar sin permiso. Al

frente, recortada contra el cielo, vio la Torre del Elefante. Se preguntó a qué vendría el nombre. Nunca había visto un elefante, pero tenía la vaga idea de que era un animal monstruoso, con una cola delante y otra detrás. Se lo había dicho un viajero shemita que juraba haber contemplado aquellas bestias por millares en el país de los hirkanios. Pero todo el mundo sabía que los shemitas mentían más que hablaban y, en cualquier caso, en Zamora no había elefantes.

La resplandeciente aguja de la torre se elevaba fría hacia las estrellas. Durante el día brillaba tan intensamente que pocos podían mirarla de frente, y se decía que era de plata. Se trataba de un cilindro perfecto de cincuenta varas de altura, y el parapeto de la cima resplandecía de noche a causa de las enormes piedras preciosas incrustadas. Se alzaba entre los ondulantes árboles exóticos de un jardín, sobre un terreno ligeramente más elevado que el resto de la ciudad. La rodeaba un alto muro, y más allá se veía un terreno más bajo, también circundado por una tapia. Ninguna luz salía de allí y no parecía haber ventana alguna en la torre, al menos en la parte que se podía ver por encima del muro interior. Solo las gemas, en lo más alto, devolvían entre centelleos la luz de las estrellas.

Los arbustos crecían en densos macizos junto al muro exterior, más bajo. El cimero se deslizó hasta allí y contempló la muralla mientras la calibraba con la mirada. Era alta, pero no tanto como para que no pudiera alcanzar el remate de un salto y agarrarse a él. A continuación sería un juego de niños auparse y pasar al otro lado, y no le cabía la menor duda de que podría hacer lo mismo con la muralla interior. Dudó un instante al recordar los peligros desconocidos que, según se decía, acechaban al otro lado.

Toda aquella gente le resultaba rara y misteriosa. No eran de su raza; ni siquiera eran de la misma sangre que los britunios, los nemedios, los kothios y los aquilonios del oeste, cuyas extrañas costumbres civilizadas lo habían dejado perplejo anteriormente. En Zamora imperaba una sociedad antigua y, por lo que había visto, bastante retorcida.

Pensó en Yara, el sumo sacerdote que tramaba ignotos sortilegios en su torre enjorada, y se le pusieron los pelos de punta al recordar lo que le había contado un paje borracho de la corte: como Yara se había reído en la cara de un príncipe que le era hostil, como le había mostrado una gema reluciente de aspecto maligno, como de ella había surgido una luz cegadora que había envuelto al príncipe, como este se había puesto a gritar para desplomarse después y como se había encogido y ennegrecido hasta quedar convertido en un una araña negra que correteaba frenéticamente, sin rumbo, hasta que Yara la aplastó de un pisotón.

Decían también que no salía mucho de su torre hechizada; tan solo para tramar la perdición de alguna persona o algún país. El rey de Zamora lo temía más que a la muerte y pasaba el tiempo borracho, pues sobrio no podía aguantar aquel temor. Yara era muy viejo: decían que tenía varios siglos y que viviría eternamente gracias a la magia de su gema, a la que llamaban el Corazón del Elefante por la misma razón desconocida por la que llamaban así a la torre.

El cimero, absorto en aquellos pensamientos, se aplastó de pronto contra el muro. Alguien cruzaba el jardín con pasos tranquilos y medidos. Oyó el tintineo del acero. Así que había guardias, después de todo. Esperó un poco a que volviera a pasar la siguiente ronda, pero lo único que salió de aquellos misteriosos jardines fue el silencio.

Al final, la curiosidad pudo más. De un ágil salto, alcanzó la parte superior del muro y se alzó a pulso con un solo brazo. Tendido en el remate, examinó el amplio terreno que se

extendía entre ambas murallas. No tenía maleza cerca, aunque vio unos arbustos cuidadosamente recortados cerca del muro interior. La luz de las estrellas iluminaba un césped perfectamente segado, y en alguna parte cantaba una fuente.

El cimerio descendió cuidadosamente al interior y desenvainó la espada sin dejar de mirar a su alrededor. Tenía los nervios a flor de piel y se sentía totalmente expuesto en aquel espacio abierto iluminado por las estrellas, de modo que se deslizó con rapidez a lo largo del muro, mezclándose con las sombras, hasta que llegó frente los arbustos que había divisado. Luego echó a correr medio agachado, y a punto estuvo de tropezar con algo tirado junto a los macizos.

Un rápido vistazo a izquierda y derecha le mostró que no había enemigos cerca; se agachó para examinar el suelo. Sus afilados ojos acostumbrados a la oscuridad le mostraron a un hombre fornido con armadura de plata y un yelmo que mostraba la cimera de la Guardia Real zamoria. Junto al cadáver había una lanza y un escudo. Tardó muy poco en darse cuenta de que había muerto estrangulado. El bárbaro miró inquieto a su alrededor. Sabía que era el guardia al que había oído pasar cuando estaba escondido junto al muro. Hacía poco, pero en tan breve tiempo, una mano anónima había salido de las sombras para sofocar la vida del soldado.

Entrecerró los ojos y en la penumbra le pareció ver que algo se movía entre los arbustos junto al muro. Se deslizó en aquella dirección, espada en mano, sin hacer más ruido que el que habría hecho una pantera en la noche, pero el individuo al que acechaba lo oyó llegar. El cimerio distinguió una gran silueta junto al muro y no pudo evitar una punzada de alivio al darse cuenta de que al menos era humana. Vio como se giraba con un grito apagado de pánico y daba un paso hacia él con algo en las manos, para retroceder en cuanto vio la espada. Durante un momento interminable ninguno dijo nada; cada uno esperaba la reacción del otro.

—No eres soldado —siseó al fin el desconocido—. Eres ladrón, como yo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el cimerio, desconfiado.

—Taurus de Nemedía.

El bárbaro bajó la espada.

—He oído hablar de ti. Te llaman el Príncipe de los Ladrones.

Le respondió una risa socarrona. Taurus era tan alto como el cimerio, aunque más corpulento. Tenía una buena barriga, pero todos sus movimientos irradiaban un dinamismo magnético, igual que los vivaces ojos que brillaban burlones incluso a la luz de las estrellas. Iba descalzo y llevaba un rollo de cuerda que parecía delgada y fuerte, con nudos cada cierto trecho.

—¿Quién eres? —susurró.

—Conan. Soy cimerio. Venía a ver si había algún modo de robar la joya de Yara, la que llaman el Corazón del Elefante.

El joven bárbaro se dio cuenta de que el abdomen del nemedio se sacudía de risa, aunque no burlona.

—¡Por Bel, dios de los ladrones! —siseó Taurus—. Yo creía que era el único con valor suficiente para intentarlo. Y esos zamorios se llaman ladrones. ¡Bah! Me gustan tus redaños, Conan. Nunca he compartido empresa ni botín con nadie pero, por Bel, hagamos esto juntos si te parece.

—¿Vas también tras la gema?

—¿Qué otra cosa? He estado planeándolo durante meses. Por lo que veo, amigo mío, tú te has dejado llevar por un impulso.

—¿Mataste al soldado?

—Claro. Sorteé el muro cuando estaba al otro lado del jardín y me escondí entre los arbustos. Me oyó, o al menos le pareció oír algo. Cuando llegó a mi altura, trotando con torpeza, no fue difícil sorprender al pobre imbécil por la espalda y apretarle el cuello hasta que la vida lo dejó. Era como la mayoría, casi ciego en la oscuridad. Un buen ladrón debe tener ojos de gato.

—Has cometido un error —dijo Conan.

Un destello de furia asomó a los ojos de Taurus.

—¿Un error? ¿Yo? ¡Imposible!

—Deberías haber arrastrado el cadáver entre los arbustos.

—Dijo el aprendiz al maestro. No cambian la guardia hasta pasada la medianoche. Si les diera por buscarlo ahora y encontraran el cadáver, irían enseguida a avisar a Yara entre berridos y me darían tiempo de sobra para escapar. Si no lo encontrasen, batirían los arbustos y nos cazarían como a ratas.

—Tienes razón —reconoció Conan.

—Claro. Escucha. Ya hemos gastado bastante tiempo discutiendo. No hay guardias en el jardín interior, al menos humanos, aunque sí hay centinelas más mortíferos. Ellos son la causa de que haya tardado tanto en emprender este asunto, pero por fin he dado con un modo de librarme de ellos.

—¿Y los soldados de la planta baja de la torre?

—El viejo Yara vive en las habitaciones superiores. Entraremos por ahí... y por ahí saldremos, espero. No me preguntes cómo; ya lo verás. Bajaremos desde la parte superior de la torre y estrangularemos al viejo Yara antes de que nos pueda lanzar uno de sus nefandos hechizos. O al menos lo intentaremos. El riesgo es acabar convertidos en arañas o sapos, y el premio, toda la riqueza y el poder del mundo. Un buen ladrón debe saber cuándo correr riesgos.

—Llegaré tan lejos como el que más —dijo Conan mientras se quitaba las sandalias.

—Entonces, vamos.

Taurus dio media vuelta, saltó hacia el muro y se alzó hasta el tope. Su agilidad era asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta su tamaño; talmente parecía deslizarse sobre el parapeto. Conan fue tras él y se tendió en el borde.

—No veo ninguna luz —susurró.

La base de la torre se parecía mucho a la parte que podía verse desde el jardín exterior: un cilindro perfecto y resplandeciente sin abertura ninguna.

—Hay puertas y ventanas cuidadosamente disimuladas —respondió Taurus—, pero están cerradas. El aire que respiran los soldados entra desde lo alto.

El jardín era un confuso pozo de sombras, cubierto de matorrales ralos y árboles bajos de ramas amplias que se movían misteriosamente a la luz de las estrellas. La mente cautelosa de Conan percibió un aura de expectante amenaza. Tuvo la sensación de que ojos invisibles los acechaban desde la oscuridad y le llegó un aroma sutil que le puso los pelos de punta, como a un sabueso que olfatease la presencia de un antiguo enemigo.

—Sígueme —susurró Taurus—. Y quédate tras de mí si valoras tu vida.

Se sacó lo que parecía un tubo de cobre del cinturón y se dejó caer con agilidad al otro

lado del muro. Conan lo siguió de cerca, la espada dispuesta, pero Taurus lo empujó hacia atrás, junto al muro, y no hizo el menor ademán de seguir adelante. Su postura indicaba que estaba a la expectativa, tenso y preparado, y Conan siguió su mirada en dirección a un oscuro seto, a pocos pasos de distancia. La maleza se movía de un lado a otro, aunque no soplaba la menor brisa. De repente, dos ojos enormes brillaron en las sombras; tras ellos, un nuevo par relució entre las tinieblas.

—¡Leones! —musitó Conan.

—Así es. De día los guardan en cavernas subterráneas, bajo la torre. Por eso no hay guardias en este jardín.

Conan contó los ojos con rapidez.

—Veo cinco. Quizá haya más en la maleza. Nos atacarán en cualquier...

—¡Silencio! —siseó Taurus mientras se separaba del muro, tan cauteloso como si caminase sobre navajas de afeitar.

Alzó el tubo de cobre. Salieron gruñidos de las sombras, y los brillantes ojos empezaron a moverse. Conan pudo ver las enormes fauces babeantes, las colas algodonosas que cimbrecaban como látigos. El aire se llenó de tensión y el cimerio desenvainó la espada, aguardando la carga y el choque irresistible de aquellos cuerpos gigantes. Entonces, Taurus se llevó el tubo a la boca y sopló con todas sus fuerzas. Un largo chorro de polvo amarillento salió del otro extremo y se transformó en una espesa nube verdeamarilla que cayó sobre los arbustos y nubló los ojos relucientes.

Taurus se apresuró a volver al muro. Conan lo contemplaba sin comprender qué ocurría. La espesa nube ocultaba los matorrales, y ningún sonido llegaba de ellos.

—¿Qué era esa niebla? —preguntó, intranquilo.

—¡La muerte! —siseó el nemedio—. Si arrecia el viento y viene hacia nosotros, tenemos que saltar el muro a toda prisa. Pero no, el aire está inmóvil y el polvo ya se disipa. Espera a que se aposente del todo. Respirarlo es letal.

En aquel momento solo se veían jirones aislados de color amarillento sobre los arbustos. Cuando desaparecieron, Taurus indicó a su compañero que se pusiera en marcha. Caminaron hacia los arbustos y, al llegar, Conan contuvo un jadeo. En la oscuridad yacían cinco bestias enormes, el fuego de sus fieros ojos apagado para siempre. En el aire flotaban rastros de un aroma empalagoso.

—¡Han muerto en completo silencio! —musitó Conan—. Taurus, ¿qué era ese polvo?

—Se elabora a partir del loto negro, cuyas flores se abren en las selvas de Khitai, donde solo moran los sacerdotes de cráneo amarillo de Yun. Esas flores matan a cualquiera que las huela.

Conan se inclinó sobre los enormes cadáveres y se aseguró de que, en efecto, estaban muertos. Meneó la cabeza. La magia de tierras exóticas era algo misterioso y terrible para los bárbaros del norte.

—¿Por qué no matas a los soldados del interior de la torre del mismo modo? —preguntó.

—Porque este era todo el polvo que tenía. El modo en que lo obtuve es en sí mismo una hazaña merecedora de la fama entre todos los ladrones del mundo. Lo robé de una caravana que se dirigía a Estigia; extraje la bolsa de hilo de oro que lo contenía de entre los mismísimos anillos de la enorme serpiente que lo guardaba, sin despertarla. Pero sigamos, por Bel. ¿O vamos a pasarnos toda la noche de cháchara?

Se escurrieron entre los arbustos hasta el pie de la torre y, tras pedir silencio con un gesto, Taurus desenrolló la cuerda anudada, en cuyo extremo había un recio garfio de acero. Conan comprendió lo que pretendía y no dijo nada mientras el nemedio agarraba la cuerda a poca distancia del garfio y empezaba a hacerlo girar alrededor de su cabeza. Conan pegó la oreja al liso muro, pero no oyó nada. Era evidente que los soldados del interior no sospechaban que hubiera intrusos; seguramente, la brisa entre los árboles hacía más ruido que ellos. Pero el bárbaro sentía los nervios a flor de piel, quizá a causa del olor de los leones que seguía llenando el aire.

Taurus lanzó la cuerda con un movimiento grácil y certero. El garfio ascendió trazando una curva hacia el interior y se desvaneció más allá del borde enjorjado. Al parecer se había enganchado con firmeza, pues ni las sacudidas cautelosas ni el fuerte tirón produjeron ningún resultado.

—Suerte al primer intento —murmuró Taurus—. Creo que...

Fue el instinto primitivo de Conan lo que le hizo dar la vuelta justo cuando la muerte caía sobre ellos en absoluto silencio. Un vistazo fugaz mostró al cimerio una enorme figura parda, recortada contra las estrellas, que se lanzaba mortífera contra él. Ningún hombre civilizado podría haberse movido tan deprisa como el bárbaro. La espada lanzó un brillo escarchado a la luz de las estrellas, y Conan puso toda su fuerza en un golpe desesperado. Hombre y bestia cayeron al suelo en un abrazo mortal.

Taurus lanzó una maldición entre dientes. Se inclinó sobre la confusa mole y vio como su compañero luchaba con brazos y piernas para quitarse de encima el peso inane. El nemedio, asombrado, comprendió que el león estaba muerto, con el cráneo partido en dos. Empujó con fuerza el cadáver y ayudó a Conan a echarlo a un lado. El cimerio salió de debajo, aún agarrado a la espada.

—¿Estás herido? —jadeó Taurus, maravillado por la asombrosa rapidez con que había ocurrido todo.

—No —respondió el bárbaro—. Pero, por Crom, es lo más cerca que he estado de la muerte en toda mi vida. ¿Por qué no ha rugido al cargar esa maldita bestia?

—Todo lo que hay en este jardín es extraño —dijo Taurus—. Los leones atacan en silencio, igual que las otras formas de muerte. Pero más vale que nos demos prisa. Apenas has hecho ruido al matarlo, pero quizá lo hayan oído los soldados, si no estaban borrachos o dormidos. Esta bestia estaría en otra zona del jardín y escapó a la muerte de la flores, pero no creo que haya más. Mejor trepamos por la cuerda. No creo que haga falta preguntar a un cimerio si es capaz.

—Siempre que soporte mi peso —gruñó Conan mientras limpiaba la espada en la hierba.

—Soportaría tres veces el mío —respondió Taurus—. Está trenzada con cabello de difuntas; yo mismo las desenterré a medianoche y empapé la cuerda en el mortífero destilado del árbol upas para reforzarla. Iré primero. Pégate a mí.

El nemedio agarró la cuerda y, tras enrollársela a la rodilla, empezó a subir como un gato pese a su aparente torpeza. El cimerio fue tras él. La cuerda se balanceaba y se enroscaba, pero eso no les obstaculizó la escalada: ambos habían trepado por lugares más difíciles. El borde enjorjado brillaba sobre ellos y sobresalía del resto de la torre, lo que facilitaba considerablemente el ascenso.

Subieron en silencio; las luces de la ciudad se extendían a lo lejos bajo ellos. Las estrellas

fueron apagándose cada vez más a medida que aumentaba el resplandor de las gemas que rodeaban la cima. Taurus alzó la mano, agarró el borde del parapeto y se impulsó hacia arriba. Conan se detuvo un instante, fascinado por las enormes piedras, tan brillantes que casi dañaban los ojos: diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, turquesas y ópalos distribuidos en un apretado racimo, como estrellas en un mar de plata. De lejos, los diferentes brillos se fundían en un único resplandor, blanco y pulsante; de cerca eran como un millón de arcoíris de distintos colores e intensidades que centelleaban de forma hipnótica.

—Aquí hay una fortuna, Taurus —susurró.

—¡Vamos! —respondió el nemedio con impaciencia—. Si conseguimos el Corazón, todo lo demás será nuestro.

Conan siguió subiendo y superó el borde. El suelo de la torre estaba a poca distancia del repecho enjoyado. Era totalmente plano, de una sustancia azul entreverada de oro que arrancaba guiños a las estrellas; parecía un enorme zafiro salpicado de polvo de oro. Frente al lugar por el que habían subido había una especie de habitación construida sobre el tejado. Era del mismo material plateado que las paredes de la torre, y la adornaban pequeñas gemas dispuestas en elegantes dibujos. La puerta era de oro tallado en escamas, entre las que había incrustadas diminutos diamantes que brillaban como el hielo.

Conan contempló el pulsante océano de luz que se extendía a sus pies y a continuación volvió la vista hacia Taurus, que estaba recogiendo la cuerda y enrollándola. Mostró a Conan el lugar donde se había enganchado el garfio: una fracción de la punta se había incrustado justo bajo una enorme gema de la parte interior del parapeto.

—De nuevo nos ha acompañado la suerte —musitó—. Lo lógico habría sido que nuestro peso combinado arrancase la piedra. Vamos. La parte peligrosa de esta empresa empieza ahora. Estamos en el nido de la serpiente y no sabemos dónde se oculta.

Cruzaron el suelo resplandeciente como tigres al acecho y se detuvieron junto a la puerta. Taurus la tentó con precaución y habilidad. Se abrió sin la menor resistencia, y ambos ladrones atisbaron el interior, preparados para cualquier cosa. Más allá del nemedio, Conan pudo ver una habitación resplandeciente con enormes diamantes incrustados en paredes, suelo y techo, sin más iluminación que la luz que salía de ellos. Parecía completamente vacía.

—Por si acaso, acércate al parapeto y echa un vistazo —siseó Taurus—. Si ves soldados en el jardín o cualquier cosa sospechosa, me lo dices. No quiero cortar nuestra última línea de retirada. Esperaré aquí dentro.

El razonamiento le pareció bastante endeble a Conan, y una sombra de duda hacia su compañero asomó a su mente, pero hizo lo que Taurus le pedía. Cuando dio la vuelta, el nemedio cruzó la puerta y la cerró a su paso. Conan se acercó al borde de la torre y lo recorrió por completo sin ver ningún movimiento sospechoso en el ondeante mar de hojas de debajo. Se volvió hacia la puerta; en ese momento, un grito ahogado salió de la habitación.

El cimerio saltó hacia delante, con los nervios a flor de piel. La puerta se abrió y Taurus apareció en el umbral, recortado contra el frío resplandor. Se tambaleó y abrió los labios, pero lo único que salió de ellos fue un sonido seco y violento. Intentó apoyarse en la puerta dorada, dio un par de tumbos por el tejado y cayó hacia delante, agarrándose la garganta. La puerta se cerró tras él.

Conan saltó como una pantera acorralada. No había visto nada en la habitación durante el breve instante en que la puerta había estado entornada, a menos que la sombra que pareció atravesarla no fuera un simple juego de luces. Nada más salió al tejado después de Taurus, y Conan se inclinó sobre él.

El nemedio miraba hacia arriba con ojos desorbitados y vidriosos, llenos de horrorizado desconcierto. Se incrustaba las manos en la garganta; movía los labios babeantes y no dejaba de gorgotear. Se puso rígido de repente y el asombrado cimerio comprendió que había muerto, probablemente sin saber qué tipo de muerte había sufrido. Contempló desconcertado la puerta de oro. En aquella habitación vacía y tachonada de brillantes, la muerte había llegado al príncipe de los ladrones de un modo tan misterioso y veloz como a los leones del jardín.

Palpó minuciosamente el cadáver medio desnudo en busca de una herida. Pero la única huella de violencia que encontró estaba entre los hombros, cerca de la nuca: tres pequeñas heridas, como tres pinchazos hechos con clavos. Los bordes estaban ennegrecidos y se notaba un tenue olor de putrefacción. ¿Dardos envenenados? Si así fuera, aún estarían en las heridas.

Se movió hacia la puerta con cuidado, la abrió y examinó el interior. La sala estaba vacía, bañada por el brillo frío y pulsante de las piedras. Justo en medio del techo percibió un curioso dibujo, una figura de ocho lados en cuyo centro brillaban cuatro gemas que, a diferencia de las demás, arrojaban un brillo rojizo. Al otro lado de la habitación había otra puerta, igual que la de entrada, salvo que no estaba tallada con escamas. ¿Había salido la muerte de aquella puerta y se habría retirado por ella tras atacar?

Cerró la puerta y recorrió la habitación, sin que sus pies descalzos hicieran el menor ruido contra el suelo de cristal. No había sillas ni mesas; tan solo tres o cuatro divanes de seda bordados con hilo de oro en un curioso motivo serpentino y varios cofres de caoba con herrajes de plata. Algunos estaban cerrados con recios candados y otros estaban abiertos y con la tapa levantada, llenos de joyas apiladas en un confuso alboroto resplandeciente que maravilló al cimerio. Lanzó un juramento entre dientes. Ya había visto más riqueza de la que había soñado que pudiera existir, y se mareaba con solo pensar en el valor que pudiera tener la joya que estaba buscando.

Estaba en el centro de la habitación, medio agachado, el rostro adelantado, la espada frente a sí, cuando la muerte atacó de nuevo y en silencio. Una sombra que voló bajo el techo resplandeciente fue la única advertencia, y un salto instintivo hacia un lado le salvó la vida. Vio de refilón una maraña horrible, negra y peluda, que pasó sobre él con un entrechocar de colmillos babeantes, y algo que quemaba como fuego líquido le salpicó el hombro. Retrocedió y alzó la espada. Vio al monstruo saltar al suelo, girar y correr hacia a él con una rapidez asombrosa. Era una gigantesca araña negra, digna de la peor pesadilla.

Las ocho patas peludas desplazaban el grotesco cuerpo, del tamaño de un cerdo, a una velocidad de vértigo. Cuatro ojos malignos contemplaban su presa con astucia feroz, y las mandíbulas goteaban un veneno cargado de muerte, como bien sabía Conan por la quemadura del hombro al que habían caído unas pocas gotas durante el ataque fallido. Aquel era el asesino que se había descolgado del centro del techo y había descendido por un hilo para morder en el cuello al nemedio. Habían sido unos necios al no suponer que los niveles más elevados de la torre estarían tan bien guardados como los inferiores.

Todo esto pasó como el rayo por la mente de Conan mientras el monstruo atacaba, lo

sobrepasaba de un salto y volvía a la carga tras un rápido giro. Esta vez, Conan lo esquivó con un salto vertical y contraatacó como un gato. La espada cortó una de las patas peludas y el cimerio se salvó por los pelos una vez más cuando aquella monstruosidad giró hacia él con las fauces entrechocando diabólicamente. Luego retrocedió, correteó por el suelo de cristal y subió por la pared hasta llegar de nuevo al techo, donde se agazapó un instante, sin dejar de mirar hacia abajo con aquellos ojos rojos y diabólicos. De pronto se lanzó, pendida de una hebra de un material pegajoso y grisáceo.

Conan retrocedió para esquivar el cuerpo peludo y se agachó frenéticamente, justo a tiempo de evitar la tela de araña. Se dio cuenta de lo que pretendía el monstruo y echó a correr hacia la salida, pero la criatura fue más rápida y una hebra pegajosa lanzada contra la puerta lo dejó atrapado. No se atrevió a cortarla con la espada; sabía que se pegaría a la hoja y, antes de que pudiera liberarla, aquel demonio le habría hundido las mandíbulas en la espalda.

Así empezó un juego desesperado, el ingenio y la velocidad del hombre contra la habilidad y la diabólica rapidez de la araña gigante. Ya no se lanzaba por el suelo en ataques directos ni se arrojaba por el aire hacia el humano; se limitaba a corretear por las paredes y el techo, intentando atraparlo con las hebras pegajosas que lanzaba con diabólica precisión. Eran gruesas como cuerdas y Conan sabía que, en cuanto se enrollaran a su alrededor, toda su fuerza sería insuficiente para liberarlo antes de que el monstruo atacara.

Recorrieron la habitación enzarzados en aquel juego mortal, en un silencio roto tan solo por la respiración jadeante del cimerio, sus pies descalzos contra el suelo y el castañeteo de las fauces de la bestia. Las hebras grises se amontonaban en el suelo, se pegaban a las paredes, cubrían los cofres y los divanes de seda y colgaban como guirnaldas siniestras del enjoyado techo. Los reflejos y la rapidez de Conan lo mantenían a salvo por el momento, aunque las pegajosas hebras le pasaban tan cerca que a veces rozaban su piel desnuda. Sabía que no podía evitarlas indefinidamente: no solo tenía que vigilar las que colgaban del techo, sino también las que se amontonaban, cada vez más numerosas, en el suelo. Más tarde o más temprano, una de aquellas tiras pegajosas se le enroscaría alrededor como una pitón y lo dejaría envuelto en un capullo, a merced del monstruo.

La araña corría por el suelo, con la cuerda plateada ondeando tras ella. Conan saltó sobre un diván, y la criatura empezó a trepar por la pared y lanzó una hebra que se le enroscó alrededor del tobillo como si estuviera viva. El cimerio se apoyó con las manos mientras caía sin dejar de tirar de la red que se le enroscaba alrededor como una serpiente, y la peluda monstruosidad se lanzó a por él, ansiosa por completar la captura. Totalmente frenético, agarró un cofre de joyas y lo lanzó con todas sus fuerzas. Fue algo con lo que el monstruo no contaba. El pesado proyectil impactó justo en mitad de la maraña de patas negras y la lanzó contra la pared con un crujido nauseabundo y apagado. Sangre y limo verdoso resbalaron hacia el suelo, y la masa aplastada por el cofre desvencijado quedó inmóvil, rodeada y cubierta de un caos de joyas. Las patas peludas se movieron frenéticas y los ojos moribundos emitieron su último resplandor rojizo entre las gemas resplandecientes.

Conan miró a su alrededor. No apareció ningún otro monstruo, así que empezó a deshacerse de las telarañas. Se le pegaban con tenacidad a los tobillos y las manos, pero al fin consiguió soltarse y, tras recoger la espada, se abrió camino entre las pilas grisáceas hacia la puerta interior. No sabía qué horrores lo esperaban al otro lado, pero le hervía la

sangre y tras haber llegado tan lejos y haber sobrevivido a aquellos peligros estaba decidido a seguir hasta el final, por amargo que pudiera ser. Estaba convencido de que la joya que buscaba no estaba entre las que se apilaban descuidadamente en la esplendorosa habitación.

Arrancó las telarañas que tapaban la puerta interior y descubrió que, al igual que la otra, estaba abierta. Se preguntó si los soldados del nivel inferior habrían percibido su presencia. Estaba a bastante altura sobre ellos, y si las leyendas eran ciertas, estaban acostumbrados a oír sonidos extraños en la torre: ruidos siniestros y gritos de horror y agonía.

Pensaba en Yara y no se sentía del todo tranquilo mientras abría la puerta dorada. Pero lo único que vio fue un tramo descendente de escalones plateados, iluminado no sabía muy bien cómo. Bajó en silencio, espada en mano, sin oír sonido alguno, hasta que llegó a una puerta de marfil tachonada de gemas. Pegó la oreja, pero no oyó nada al otro lado. Pequeños jirones de humo salían de debajo de la puerta y arrastraban un olor exótico que no le era familiar. Más allá, la escalera de plata seguía descendiendo hasta hundirse en la tinieblas, y ningún sonido llegaba tampoco de aquel pozo sombrío. Tenía la inquietante sensación de encontrarse totalmente solo en una torre habitada por fantasmas y espectros.

Empujó con cuidado la puerta de marfil y pasó en silencio al otro lado. Se detuvo en el umbral como un lobo en territorio desconocido, preparado para la lucha o la huida. Contemplaba una enorme habitación con una cúpula dorada. Las paredes eran de jade, y el suelo de marfil estaba parcialmente cubierto por gruesas alfombras. De un brasero que reposaba en un trípode dorado escapaban volutas de humo con el exótico olor del incienso, y más allá divisó lo que parecía un ídolo sobre una especie de diván de mármol. Conan se quedó mirándolo, atónito: el cuerpo era el de un hombre, desnudo y de piel verde, pero la cabeza era una locura y una pesadilla, demasiado grande para el cuerpo sobre el que descansaba y sin atributos humanos. Conan examinó las amplias orejas extendidas, la probóscide enroscada y los blancos colmillos que la flanqueaban con las puntas cubiertas por bolas de oro. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera.

Aquella debía de ser la razón por la que la llamaban la Torre del Elefante, pues la cabeza del ídolo encajaba con la descripción que el shemita le había hecho de tales bestias. Aquel era el dios de Yara. ¿Dónde iba a estar la joya, sino oculta en el ídolo? Por algo se llamaría el Corazón del Elefante.

Mientras se acercaba al ídolo sin apartar la vista de él, los ojos de la efigie se abrieron de repente. El cimero se quedó helado. No era una estatua, sino una criatura viva, y Conan estaba atrapado con ella.

Que no se lanzase inmediatamente a un frenesí de violencia da una idea del horror que lo asaltaba y lo mantenía clavado en el sitio. Un hombre civilizado, enfrentado a algo así, se habría refugiado en la idea de que estaba loco, pero al cimero ni se le ocurrió dudar de sus sentidos. Sabía que se las veía con un demonio del mundo primigenio, y la idea le inutilizó todas las facultades excepto la vista.

La trompa del monstruo se alzó y giró; los ojos color topacio estaban desenfocados. Conan comprendió que estaba ciego. Eso liberó sus nervios paralizados, y empezó a retroceder lentamente hacia la puerta. Pero la criatura lo oyó. La sensible trompa se alargó en su dirección, y Conan quedó paralizado de nuevo cuando el ser empezó a hablar con una peculiar voz estropajosa que en ningún momento cambió de tono ni de timbre. Se dio

cuenta de que aquella mandíbula no había sido concebida para el habla humana.

—¿Quién vive? ¿Vienes a torturarme de nuevo, Yara? ¿No terminará esto jamás? ¡Ay, Yag-kosha, no hay final para tu agonía!

Las lágrimas velaron los ojos ciegos, y la mirada de Conan se dirigió hacia las piernas que reposaban en el diván de mármol. Comprendió que el monstruo no podía ponerse en pie ni atacarlo. Vio las marcas del potro y la huella abrasadora del fuego, y no pudo evitar un estremecimiento al comprender que aquellas ruinas deformes habían sido piernas tan sanas como las suyas. El miedo y la repugnancia desaparecieron de pronto, sustituidos por una profunda lástima. Conan no sabía qué era aquel monstruo, pero las pruebas de su sufrimiento eran tan palpables y patéticas que, por algún motivo, una extraña y dolorosa pena se abatió sobre él. Tenía la sensación de estar contemplando una tragedia cósmica y no pudo evitar encogerse avergonzado, como si la culpa de toda la especie cayera sobre él.

—No soy Yara —musitó—. Solo soy un ladrón. No pretendo hacerte daño.

—Acércate para que pueda tocarte —tartamudeó la criatura.

Conan obedeció sin miedo, sin pensar siquiera en la espada. La trompa se extendió y le palpó el rostro y los hombros como lo habría hecho la mano de un ciego; su tacto era ligero como la caricia de una joven.

—No eres de la raza demoniaca de Yaga —suspiró la criatura—. Estás marcado por la fiereza limpia y directa de los salvajes. Conozco a tu pueblo de antiguo; lo conocí bajo un nombre distinto hace mucho tiempo, cuando otros mundos trazaban sus espirales enjoyadas entre las estrellas. Hay sangre en tus manos.

—Una araña en la habitación de arriba y un león en el jardín —murmuró Conan.

—También has matado a un hombre esta noche —respondió su interlocutor—. Y hay muerte en la torre, sobre nosotros. Lo sé. Puedo sentirlo.

—Sí —murmuró Conan—. El príncipe de los ladrones yace muerto por el veneno de una alimaña.

—¡Ya veo! —La voz extraña e inhumana se alzó en una especie de cántico—: Una muerte en la taberna y una muerte en el camino. Lo sé. Puedo sentirlo. Y la tercera muerte obrará una magia que ni siquiera Yaga se atreve a soñar. ¡Será la magia de la liberación, oh, verdes dioses de Yag!

Las lágrimas corrieron de nuevo mientras el atormentado cuerpo se mecía atrapado por multitud de emociones. Conan se quedó mirándolo, perplejo.

—Escúchame —dijo la extraña criatura—. Te parezco horrible y monstruoso, ¿no es cierto? No, no respondas. Sé que lo soy. Pero tú me parecerías igualmente extraño si pudiera verte. Hay muchos mundos, aparte de este, y la vida se presenta en multitud de formas y aspectos. No soy ni dios ni demonio; soy de carne y hueso como tú, pero mi carne y la tuya son distintas, y con cada uno se empleó un molde diferente.

»Soy muy viejo, hombre de los páramos. Vine a este planeta hace incontables eras con otros viajeros de mi mundo, el verde planeta Yag, que rodea eternamente el límite exterior del universo. Cruzamos el espacio transportados por alas poderosas que nos llevaban por el cosmos más veloces que la luz, pues habíamos librado una guerra contra los reyes de Yag y, tras nuestra derrota, se nos había condenado al exilio. Una vez aquí ya no pudimos volver, pues en la Tierra se nos secaron y desprendieron las alas. Aquí establecimos nuestro hogar, apartados de la vida mundana. Luchamos contra las criaturas extrañas y terribles que caminaban por la tierra en ese entonces, hasta que nos temieron y nos

dejaron en paz. Y en las sombrías junglas del este establecimos nuestro hogar.

»Vimos al hombre desarrollarse a partir del mono y construir las ciudades resplandecientes de Valusia, Kamelia, Commoria y sus hermanas. Las vimos retroceder ante el avance de los salvajes atlantes, los pictos, los lemuriros... Vimos alzarse los océanos para tragarse la Atlántida, Lemuria, las islas de los pictos y las resplandecientes ciudades civilizadas. Vimos a los pictos hundirse en un abismo de barbarie y a los atlantes retroceder a lo simiesco. Vimos surgir nuevos salvajes, que se desplazaron hacia el sur desde el ártico en oleadas de conquista y construyeron una nueva civilización de reinos llamados Nemedía, Koth, Aquilonia y tantos más. Os vimos alcanzar de nuevo la humanidad bajo otro nombre a partir de los monos que habían sido atlantes. Vimos a los descendientes de los lemuriros que sobrevivieron al cataclismo alzarse de nuevo de la barbarie y cabalgar hacia el oeste como hirkanios. Y vimos a esa raza de demonios, supervivientes del antiguo pueblo anterior al hundimiento de la Atlántida, recuperar la civilización y el poder y crear el reino maldito de Zamora.

»Todo esto contemplamos sin interferir con ello ni interponernos en el camino de las leyes cósmicas, y uno a uno fuimos muriendo. Pues los yags no somos inmortales, aunque nuestra vida es comparable a la de los planetas y las constelaciones. Al final me quedé solo en los templos en ruinas perdidos en la selva de Khitai, soñando con otros tiempos y adorado como un dios por esa antigua raza de piel amarilla. Y entonces apareció Yara, versado en conocimientos oscuros que el cataclismo debería haber erradicado, conocimientos anteriores al hundimiento de la Atlántida.

»Al principio se postró a mis pies y aprendió cuanto pudo, aunque no estaba satisfecho con mis enseñanzas, pues eran de magia blanca y lo que él ansiaba era el conocimiento maligno que le permitiera esclavizar reyes y saciar sus diabólicas ambiciones. Mas yo no estaba a dispuesto a enseñarle ninguno de los negros secretos que había obtenido, a mi pesar, a lo largo de las eras.

»Pero era más sabio de lo que suponía; con trucos aprendidos en las polvorientas tumbas de Estigia me engañó y me hizo contarle un secreto que no tenía la menor intención de revelar. Luego volvió mi poder contra mí y me esclavizó. Ah, dioses de Yag, mi cáliz ha sido amargo desde ese día.

»Me trajo desde las selvas perdidas de Khitai, donde los monos grises bailan al son de las flautas de los sacerdotes amarillos y las ofrendas de fruta y vino se amontonan en mis altares desmoronados. Dejé de ser el dios de un amable pueblo salvaje para convertirme en el esclavo de un diablo de forma humana.

Las lágrimas cayeron de nuevo de los ojos ciegos.

—Me encerró en esta torre que construí por orden suya en una sola noche. Me domeñó a sangre y fuego, por medio de tormentos que no son de este mundo y no comprenderías. Llevado por el dolor me habría quitado la vida hace tiempo, de haber podido. Pero me mantuvo vivo; mutilado, ciego y destrozado, pero vivo, para que cumpliera sus turbios deseos. Y los he cumplido durante trescientos años desde este diván de mármol, manchando mi alma con pecados contra el universo y malgastando mi sabiduría en sus crímenes, sin poder hacer otra cosa. Pero no me arrancó todos mis antiguos secretos, y mi último regalo será la magia de la Sangre y la Joya.

»Pues siento cercano mi final. Eres la mano del destino. Te lo ruego, toma la piedra que verás en ese altar.

Conan se volvió hacia el altar de oro y marfil que le indicaba y cogió una enorme gema esférica transparente y carmesí. Se dio cuenta de que aquello era el Corazón del Elefante.

—Obraremos una magia poderosa, mayor que ninguna que haya visto el mundo hasta ahora o vaya a ver a lo largo de un millón de millones de milenios. Por la sangre que me da la vida la invoco; por la sangre nacida del pecho verde de Yag, que yace y sueña lejano en la inconmensurable vastedad del espacio.

»Coge la espada y arráncame el corazón. Después exprímelo de forma que la sangre fluya sobre la piedra roja. A continuación, baja por las escaleras y entra en la habitación de ébano en la que Yara sueña los malignos sueños del loto. Pronuncia su nombre. Despertará. Coloca la gema a su lado y di: “Yag-kosha te manda un último regalo y un encantamiento final”, y sal de la torre rápidamente. No tengas miedo; podrás salir sin impedimentos. La vida del hombre no es la vida del yag, ni la muerte humana es la muerte del yag. Libérame de esta jaula de carne ciega y rota y seré de nuevo Yogah de Yag, coronado por el alba resplandeciente, con unas alas con que volar, unos pies con que bailar, unos ojos con que ver y unas manos con que aplastar.

Conan se acercó indeciso y Yag-kosha, o Yogah, le indicó dónde debía golpear, como si sintiera su vacilación. Apretó los dientes y hundió la espada con fuerza. La sangre corrió por la hoja y por su mano, y el monstruo tembló unos instantes y se quedó inmóvil. Seguro de que había dejado atrás la vida, al menos tal como él la entendía, Conan emprendió su ingrata tarea y pronto salió a la luz lo que debía de ser el corazón de aquel ser, si bien era bastante distinto de cualquier otro que hubiera visto antes. Sostuvo el órgano palpitante sobre la fúlgida piedra, apretó con ambas manos y dejó que una lluvia de sangre cayera sobre la gema. Para su sorpresa, no se escurrió por la superficie, sino que la gema la absorbió como una esponja.

Con la joya cuidadosamente agarrada, salió de la habitación y llegó a las escaleras de plata. No miró hacia atrás; sabía instintivamente que alguna transformación tenía lugar en el cadáver que ocupaba el diván de mármol y no consideró que fuera un espectáculo adecuado para ojos humanos.

Cerró la puerta de marfil tras de sí y, sin vacilación, descendió por los escalones plateados. Ni se le pasó por la cabeza desoír las instrucciones recibidas. Se detuvo junto a una puerta de ébano, en cuyo centro había una calavera sonriente de plata, y la abrió. Contempló la habitación de ébano y azabache y vio, tendido en un diván de seda negra, a un individuo alto y desgarbado. Tenía ante sí a Yara el hechicero, los ojos abiertos y dilatados por los vapores del loto amarillo, clavados en la distancia como si contemplaran bahías y abismos ajenos al conocimiento humano.

—¡Yara! —dijo como un juez que dictase sentencia—. ¡Despierta!

Los ojos se aclararon en un instante, y se volvieron fríos y crueles como los de un buitre. La alta figura envuelta en seda se puso en pie y contempló al cimerio desde lo alto.

—¡Perro! —siseó como una cobra—. ¿Qué haces aquí?

Conan dejó la piedra en la mesa de ébano.

—Aquel que me envía me ha pedido que te diga: «Yag-kosha te manda un último regalo y un encantamiento final».

Yara retrocedió, y su oscuro rostro se tornó ceniciento. La joya ya no parecía cristalina; algo pulsaba y palpitaba dentro de ella, mientras un humo de extraño color cambiante recorría su superficie pulida. Hipnotizado, Yara se inclinó hacia la mesa y tomó la joya

entre las manos sin dejar de mirar sus sombrías profundidades, como si fuera un imán que le estuviera arrancando el alma del cuerpo. Conan creyó que los ojos le habían jugado una mala pasada, pues el sacerdote le había parecido increíblemente alto cuando se incorporó en el diván, pero ahora veía que apenas le llegaba por los hombros. Parpadeó, confuso, y por primera vez aquella noche dudó de sus sentidos. Entonces se dio cuenta, atónito, de que Yara estaba menguando ante sus ojos.

Contempló lo que sucedió a continuación de un modo distante, como si fuera una obra de teatro. Inmerso en una sensación de irrealidad aplastante, ya no estaba seguro ni de su propia identidad. Solo sabía que estaba asistiendo a la manifestación externa de un juego invisible provocado por vastas fuerzas que escapaban a su entendimiento.

Yara no era mayor que un niño, y pronto pareció un bebé despatarrado sobre la mesa, aún agarrado a la joya. El sacerdote se dio cuenta de pronto del destino que lo aguardaba y se puso en pie, soltando la gema. Pero siguió encogiéndose, y Conan vio una figura diminuta que corría frenética sobre la mesa de ébano, agitando unos bracitos minúsculos y gritando con una voz que parecía el canto de un insecto.

Era tan pequeño que la joya se alzaba sobre él como una colina. Conan vio que se tapaba los ojos con las manos, como para protegerse del brillo, mientras corría a trompicones sin orden ni concierto. Comprendió que alguna fuerza invisible atraía a Yara hacia la joya. Tres veces la rodeó, cada vez más cerca, y tres veces intentó dar la vuelta y huir por la mesa. Luego, con un grito que resonó débil en los oídos de Conan, el sacerdote alzó los brazos y echó a correr hacia el globo resplandeciente.

Tras inclinarse, vio a Yara escalar la pulida superficie curvada, como un hombre que trepase por una montaña de cristal. El sacerdote estaba en la cima, todavía con los brazos en alto, invocando nombres que solo los dioses conocían, hasta que de pronto se hundió en la joya como si se hundiera en el mar, y Conan vio que las olas de humo se cerraban hasta cubrirle la cabeza. Después lo vio en el corazón carmesí de la joya, de nuevo transparente, y le pareció que lo contemplaba desde muy lejos. Una nueva forma apareció en el interior, una silueta verde y alada con cuerpo de hombre y cabeza de elefante, pero ya no estaba ciega ni mutilada. Yara alzó una vez más los brazos y corrió como loco, con su vengador pisándole los talones. Luego, como una burbuja que reventase, la joya se desvaneció en una llamarada multicolor de brillos iridiscentes y la mesa de ébano quedó vacía. Conan comprendió, sin saber cómo, que el diván de mármol de la habitación de arriba, donde había yacido el cuerpo de aquella extraña criatura transcósmica llamada Yag-kosha y Yogah, había quedado igualmente vacío.

Dio media vuelta, salió de la habitación y echó a correr escaleras abajo. Estaba tan desconcertado que ni se le ocurrió salir de la torre por donde había entrado. Llegó al pie de la escalera y entró en una amplia habitación, donde se detuvo un instante. Estaba en la sala de armas: vio el brillo de las corazas de plata y resplandor de las guardas enjoradas de las espadas. Había varios guardias sentados a la mesa del comedor, las oscuras plumas meneándose sobre los yelmos. Otros yacían en el suelo de lapislázuli junto a los dados y las jarras de vino volcadas. Estaban muertos. Yag-kosha había cumplido su promesa. No sabía cómo, si por medio de un encantamiento, por alguna magia o mediante el sombrío batir de las alas verdes, pero le había despejado el camino. Una puerta plateada, abierta, se recortaba contra el primer resplandor de la mañana.

Cruzó los jardines y, mientras el viento del alba lo envolvía en el aroma refrescante de la

vegetación, echó a andar como quien despierta de un sueño. Se volvió, indeciso, y contempló la misteriosa torre de la que acababa de salir. ¿Estaba bajo un hechizo? ¿Había soñado todo lo ocurrido? Mientras miraba, la resplandeciente torre se tambaleó contra el amanecer carmesí, el parapeto enjovado brillante a la luz del amanecer, y luego se desmoronó hasta convertirse en un montón de astillas resplandecientes.

EL DIOS DEL CUENCO



Arus, el vigilante, agarró la ballesta con manos temblorosas y sintió que la piel se le perlababa de sudor mientras contemplaba el cadáver desparramado ante él sobre el suelo pulido. Nunca es agradable toparse con la muerte en plena noche.

Se encontraba en un amplio pasillo iluminado por cirios dispuestos en nichos. De las paredes, además, colgaban tapices de terciopelo negro entre los que se veían escudos y panoplias de factura extravagante. Aquí y allá asomaban estatuas de extraños dioses que se reflejaban en el oscuro suelo de caoba, algunas talladas en piedra o maderas exóticas, otras fundidas en bronce, hierro o plata.

Contuvo un escalofrío. No había logrado acostumbrarse a aquella parte del edificio, pese a que hacía meses que trabajaba allí. Era un lugar impresionante, un enorme museo situado en una antigua mansión a la que llamaban el Templo de Kallian Público, y que contenía curiosidades llegadas de todos los rincones del mundo. Ahora, inmerso en la solitaria medianoche, no dejaba de contemplar el cuerpo desmadejado tendido en la estancia que el rico y poderoso dueño del Templo empleaba de salón de recepciones.

Incluso para la embotada mente del vigilante, el muerto presentaba un aspecto muy distinto que tenía en vida, cuando cabalgaba por la Vía Paliana en su carro dorado, arrogante e imperioso, con los ojos oscuros imbuidos de una vitalidad magnética. A aquellos que odiaban y temían a Kallian Público les habría costado reconocer la figura que yacía en el suelo como un barril de grasa desportillado, con la opulenta túnica medio arrancada y el manto púrpura desgarrado. Tenía el rostro ennegrecido y los ojos desorbitados, y la lengua negruzca le caía a un lado de la boca entreabierta. Las manos gordezuelas estaban crispadas en un último gesto de extraña futilidad. Las gemas brillaban en los gruesos dedos.

—¿Por qué no se llevaron los anillos? —musitó el guarda, intranquilo.

De pronto se envaró y miró a su alrededor, con los pelos de punta. De entre las cortinas de seda negra que tapaban una de las numerosas entradas surgió una silueta.

Arus vio a un joven de constitución fuerte, desnudo salvo por un taparrabos y unas sandalias anudadas por encima de los tobillos. Tenía la piel oscurecida por el sol de los páramos, y Arus observó nervioso los amplios hombros, el enorme pecho y los brazos musculosos. Una sola mirada a las facciones sombrías de espesas cejas le indicó que no se trataba de un nemedio. Bajo el hirsuto pelo negro asomaba un par de ojos azules de brillo amenazador. Una larga espada en una vaina de cuero colgaba de su cintura.

Arus sintió que se le ponía la carne de gallina y el dedo se le tensó en el gatillo de la ballesta, medio decidido a disparar al joven sin mediar palabra aunque temeroso de lo que pudiera ocurrir si erraba el primer tiro.

El recién llegado contempló el cuerpo tirado en el suelo con más curiosidad que sorpresa.

—¿Por qué lo has matado? —preguntó Arus, nervioso.

El otro meneó la cabeza despeinada.

—Yo no le he matado —respondió en nemedio con acento bárbaro—. ¿Quién es?

—Kallian Público —respondió Arus mientras retrocedía.

—¿El dueño de la casa?

—Sí.

Cuando se aproximó a la pared alargó la mano hacia una cuerda de terciopelo que colgaba de allí y le dio un violento tirón. Al instante se oyó en la calle el tañido estridente de la campana que permitía llamar a la guardia desde los establecimientos públicos.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó el recién llegado con un sobresalto—. Atraerá al vigilante.

—Yo soy el vigilante, bellaco —respondió Arus, haciendo acopio de su menguante valor—. Quédate donde estás. No te muevas o te atravieso.

Tenía el dedo en el gatillo de la ballesta, que apuntaba directamente al amplio pecho del joven. Este frunció el ceño y bajó la cabeza. No mostraba miedo alguno; más bien parecía dudar entre obedecer y reaccionar repentinamente de algún modo. Arus se humedeció los labios, y la sangre se le heló en las venas cuando leyó claramente en los ojos sombríos del extranjero el combate entre la indecisión y la opción de deshacerse de él.

Entonces oyó una puerta y una algarabía de voces. Respiró profundamente y dio gracias a los dioses. El extranjero se puso en guardia como una bestia acorralada mientras media docena de individuos entraban en la sala. Todos menos uno vestían la túnica escarlata de la policía de Numalia, llevaban al cinto espadas punzantes y portaban alabardas de mástil largo, a medio camino entre las picas y las hachas.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el que iba en cabeza. Sus fríos ojos grises y sus facciones afiladas, además de su ropa de civil, lo distinguían de sus corpulentos acompañantes.

—¡Por Mitra, Demetrio! —exclamó Arus aliviado—. La fortuna me acompaña esta noche. No esperaba que la guardia respondiera tan deprisa a mi requerimiento, ni que estuvieras presente.

—Estaba de ronda con Dionus —respondió Demetrio—. Pasábamos junto al Templo cuando sonó la campana. Pero ¿quién es el muerto? ¡Por Mitra, el mismísimo amo del Templo!

—En efecto —respondió Arus—, y vilmente asesinado. Es mi deber patrullar el edificio por las noches, pues como sabes alberga enormes riquezas. Kallian Público tenía visitantes acaudalados: estudiosos, príncipes y coleccionistas de curiosidades. Hace poco comprobé la puerta que da al pórtico y descubrí que solo tenía echado el cerrojo, que se abre por dentro y por fuera, pero no el candado, que solo se abre desde fuera. Kallian Público era el único que tenía la llave, esa que puedes ver colgada de su ceñidor.

»Lógicamente, eso despertó mis sospechas, pues Kallian Público siempre echa el candado cuando cierra el Templo y no lo había visto volver desde que se fue esta tarde a su villa de las afueras. Tengo llave del cerrojo, así que he entrado y me he encontrado el cuerpo aquí, tal como lo veis. No lo he tocado.

—Comprendo. —Los ojos afilados de Demetrio se clavaron en el ceñudo joven—. ¿Y quién es este?

—¡El asesino, sin la menor duda! —gritó Arus—. Ha salido de esa puerta. Es un bárbaro del norte..., un hiperbóreo o un bosonio, a lo mejor.

—¿Quién eres? —preguntó Demetrio.

—Me llamo Conan —respondió el joven—. Soy cimero.

—¿Has matado a esta persona?

El cimero negó con la cabeza.

—¡Responde! —insistió Demetrio.

Un brillo de rabia asomó a los sombríos ojos azules.

—No soy un perro —respondió con resentimiento.

—¡Nos ha salido insolente! —dijo con sorna el compañero de Demetrio, un tipo grande que llevaba la insignia de prefecto de policía—. ¡Un canalla orgulloso, por lo que veo! Uno de esos ciudadanos que exigen sus derechos, ¿no? Ya le sacaré yo lo que tenga que decir. ¡Eh, tú! ¡Vamos, contesta! ¿Has matado a...?

—Un momento, Dionus —interrumpió Demetrio secamente—. Amigo, soy el comandante de la Inquisición de la ciudad de Numalia. Es mejor que me digas qué hacías aquí y, si no eres el asesino, nos lo demuestrés.

El cimerio dudaba. No estaba preocupado; solo un poco confuso, como les pasa a los bárbaros cuando se ven enredados en las sutilezas de los sistemas y procedimientos civilizados, cuyo funcionamiento suele ser un misterio desconcertante para ellos.

—Mientras nuestro amigo se lo piensa —añadió Demetrio, volviéndose hacia Arus—, dime, ¿has visto a Kallian Público abandonar el templo esta tarde?

—No, normalmente ya se ha ido antes de que empiece mi turno. Pero la puerta tenía echados el cerrojo y el candado.

—¿Podría haber vuelto al edificio sin que lo vieses?

—Bueno, quizá, pero es poco probable. El Templo es grande, pero no tardo mucho en rodearlo. Si hubiese vuelto de su villa habría utilizado el carruaje, por supuesto, ya que es un buen trecho. Además, ¿quién ha visto a Kallian Público viajar de otro modo? Aunque hubiera estado en el otro extremo del Templo habría oído las ruedas contra el adoquinado. Y no he visto nada de nada, ni he visto más carruajes que los que suelen transitar las calles al ocaso.

—¿Y la puerta estaba cerrada a primera hora de la noche?

—Estoy seguro. Siempre compruebo todas las puertas varias veces. Esa estaba cerrada con candado la última vez que la comprobé antes de descubrirla abierta.

—¿No oíste gritos ni ruido de lucha?

—No, pero tampoco es raro. Las paredes del Templo son tan gruesas que no se transmite el menor sonido, y los tapices aumentan el efecto.

—¿Por qué perdemos el tiempo con preguntas y conjeturas? —se quejó el robusto prefecto—. Mejor le sacamos a golpes la confesión al sospechoso. Es nuestro hombre, no cabe duda. Llémoslo al palacio de justicia. Le sacaré una declaración o le romperé todos los huesos.

—¿Comprendes lo que está diciendo? —preguntó Demetrio al bárbaro—. ¿Tienes algo que decir?

—Que el primero que me toque tardará un instante en saludar a sus antepasados en el infierno —masculló el cimerio con los dientes apretados y un brillo amenazador en los ojos.

—Si no ha sido para matar a este hombre, ¿a qué has venido? —preguntó Demetrio.

—A robar —respondió Conan hoscamente.

—¿Robar? Robar, ¿qué?

—Comida. —La respuesta salió tras una breve vacilación.

—¡Tonterías! —respondió Demetrio—. Sabías de sobra que aquí no hay comida. No me mientas. Dime la verdad o...

El cimerio se llevó la mano a la empuñadura de la espada, con un gesto tan temible

como el de un tigre al sacar las garras, y gruñó, con los ojos llenos de furia:

—¡Guárdate las amenazas para los imbéciles que te tengan miedo! No soy ningún urbanita nemedio que se encoge ante tus perros de alquiler. He matado a hombres mejores que tú por mucho menos.

Dionus, que había abierto la boca para lanzar un rugido de rabia, la cerró de pronto. Los guardias alzaron las alabardas y miraron de reojo a Demetrio, en espera de órdenes. No cabían en sí de asombro ante semejante desafío a la todopoderosa policía, y solo esperaban una palabra para prender al bárbaro. Pero Demetrio no la pronunció. Era consciente, por mucho que los demás fuesen demasiado estúpidos para verlo, de que aquellos músculos de acero y la velocidad cegadora que los acompañaba eran el resultado de una vida más allá de las fronteras de la civilización, donde cada día era una lucha por la existencia, y no tenía el menor deseo de desencadenar el frenesí de un salvaje si podía evitarlo. Además, no veía las cosas del todo claras.

—No te he acusado de matar a Kallian, pero debes reconocer que las apariencias juegan en tu contra. ¿Cómo has entrado en el Templo?

—Me oculté a la sombra del almacén que hay tras este edificio —respondió Conan a regañadientes—. Cuando este perro —añadió señalando a Arus— pasó por delante y dobló la esquina, eché a correr y subí por la pared...

—¡Mentira! —prorrumpió Arus—. ¡Nadie puede trepar por esos muros!

—¿Nunca has visto a un cimero escalar un acantilado? —preguntó Demetrio con impaciencia—. Soy yo quien lleva esta investigación, no lo olvides. Sigue, Conan.

—La esquina del muro está decorada con tallas. Es un ascenso muy fácil. Llegué al tejado antes de que este perro terminara de dar la vuelta, y avancé por él hasta encontrar una trampilla cerrada por un travesaño de hierro, candado por dentro. Tuve que partir el travesaño con la espada.

Arus, al recordar el grosor del travesaño, tragó saliva sin darse cuenta y se apartó un poco del bárbaro, quien le lanzó una mirada ceñuda y siguió hablando:

—Temía que el ruido despertara a alguien, pero era un riesgo que tenía que correr. Entré por la trampilla y llegué a una sala del piso de arriba, pero me dirigí sin detenerme hacia la escalera...

—¿Y cómo sabías dónde estaba la escalera? —preguntó el inquisidor—. Creía que solo los sirvientes de Kallian y sus acaudalados visitantes tienen autorizado el acceso a los niveles superiores.

Un brillo tozudo asomó a la mirada de Conan. Guardó silencio.

—¿Qué hiciste tras llegar a la escalera? —quiso saber Demetrio.

—Bajar —murmuró el cimero—. Da a la sala que hay tras esa puerta con cortinas. Mientras descendía oí que se abría una puerta, y al mirar entre los tapices vi a ese perro junto al cadáver.

—¿Por qué saliste de tu escondite?

—Estaba oscuro cuando vi al vigilante fuera del Templo. Cuando volví a verlo aquí creí que era otro ladrón. No fue hasta que tiró de la alarma y alzó la ballesta cuando comprendí quién era realmente.

—De todas formas —insistió el inquisidor—, ¿por qué saliste?

—Pensé que quizá venía a robar...

El cimero guardó silencio de repente, como si se hubiera ido de la lengua.

—¡A robar lo mismo que tú! —terminó Demetrio—. Me has dicho más de lo que pretendías. Viniste con un propósito determinado. Según has dicho, no te quedaste en las habitaciones superiores, donde se guardan normalmente los objetos más valiosos. Conocías el plano del edificio. Alguien te envió, alguien que conoce bastante bien el Templo, para que robases algo en concreto.

—¡Y para que matase a Kallian Público! —exclamó Dionus—. ¡Por Mitra, es nuestro hombre! ¡Prendedlo, muchachos! ¡Tendremos su confesión por la mañana!

Con una maldición, Conan dio un paso atrás y desenvainó tan deprisa que hizo zumbar la espada.

—¡Atrás si valoráis vuestras vidas de perros! —rugió, echando chispas por los ojos—. No penséis que, porque torturáis a tenderos y azotáis a prostitutas para que hablen, vais a ponerle la mano encima a un montañés. ¡Unos cuantos me acompañaréis al infierno! Deja de jugar con tu ballesta, vigilante, o te reviento las tripas de una patada.

—¡Alto! —Demetrio se interpuso—. Refrena a tus perros, Dionus. No estoy convencido de que sea el asesino. Imbécil —añadió en un susurro—, espera a que lleguen más hombres o a que lo engatusemos para que suelte la espada.

No quería perder la ventaja de su mente civilizada dejando que la situación pasara al plano físico, en el que la fiereza del bárbaro podía inclinar la balanza contra él.

—Como quieras —dijo Dionus a regañadientes—. Retroceded, muchachos, pero no lo perdáis de vista.

—Dame la espada —dijo Demetrio.

—Cógela si puedes —respondió Conan. Demetrio se encogió de hombros.

—Muy bien. Pero no intentes escapar. Hay cuatro ballesteros en el exterior. Siempre acordonamos los edificios antes de entrar.

El bárbaro bajó el arma, aunque no relajó demasiado su actitud de tensa vigilancia. Demetrio se volvió hacia el cadáver.

—Estrangulado —murmuró—. ¿Por qué estrangularlo, si una estocada habría sido más rápida y segura? Estos cimérios son gente sanguinaria, nacida con una espada en la mano. Nunca oí que mataran a nadie de este modo.

—Quizá para desviar las sospechas —musitó Dionus.

—Es posible. —Palpó el cuerpo con manos expertas—. Muerto hace cosa de media hora, más o menos —susurró—. Si Conan no miente al decir cuándo entró en el Templo, difícilmente habría tenido tiempo de cometer el asesinato antes de que llegase Arus. Claro que igual no es verdad; pudo haber llegado antes.

—He escalado el muro tras la última ronda de Arus —gruñó Conan.

—Eso afirmas. —Demetrio examinó el cuello del muerto, tan aplastado que se había convertido en una pulpa amoratada. La cabeza estaba torcida a causa de las vértebras rotas. Demetrio meneó la suya, desconcertado—. ¿Por qué usarían un cable más grueso que un brazo? —musitó—. ¿Y qué fuerza terrible se aplicaría para romper un cuello de este calibre?

Se puso en pie y se dirigió a la puerta que daba al siguiente pasillo.

—Veamos. Junto a la puerta hay un busto derribado de su pedestal. El suelo está lleno de arañazos, y los cortinajes de la entrada están desgarrados como si alguien se hubiera agarrado a ellos frenéticamente, quizá para no caer. Es posible que atacaran a Kallian Público en esa habitación. Tal vez huyó de su agresor, o lo arrastró consigo mientras lo

intentaba. En cualquier caso, corrió preso del pánico hasta el pasillo, donde el asesino debió de alcanzarlo y rematarlo.

—Y si este salvaje no es el asesino, ¿quién es? —quiso saber el prefecto.

—Aún no he exculpado al cimerio —afirmó el inquisidor—. Pero examinaremos esta habitación...

Se dio la vuelta y se quedó escuchando. De la calle llegó repentinamente el ruido de las ruedas de un carro que se acercaba a toda velocidad, y cesó de pronto.

—¡Dionus! —dijo el inquisidor—. Envía dos hombres a ese carro y tráeme al auriga.

—Por el sonido diría que se ha detenido frente a la casa de Prómero —dijo Arus, conocedor de los ruidos callejeros—. Al otro lado de la tienda de sedas.

—¿Quién es Prómero? —preguntó Demetrio.

—El escriba jefe de Kallian Público.

—Traedlos a él y al auriga —ordenó Demetrio—. Esperaremos a que lleguen antes de inspeccionar la habitación.

Dos guardias salieron de la sala y Demetrio continuó con el examen del cadáver. Dionus, Arus y el resto de los guardias observaban atentamente a Conan, quien se alzaba ante ellos con la espada en la mano, inmóvil como una amenazadora estatua de bronce. Se oyeron pies calzados con sandalias en el exterior y los dos guardias regresaron acompañados de un individuo corpulento de piel oscura, con un látigo en la mano y el casco y la túnica de un auriga. Lo acompañaba un tipo bajo de ademanes tímidos, un representante típico de esa clase, surgida de entre las filas de los artesanos, que proporciona gente de confianza a mercaderes y comerciantes acaudalados.

El hombrecillo lanzó un grito al ver el cadáver en el suelo.

—¡Ah!, ¡sabía que algo malo saldría de todo esto!

—Supongo que eres Prómero, el escriba. ¿Y tú?

—Enaro, auriga de Kallian Público.

—No pareces muy afectado por la visión del cadáver —observó Demetrio.

—¿Debería estarlo? —Los ojos negros relampaguearon—. Alguien ha hecho al fin lo que yo no me atreví a hacer, aunque me habría gustado.

—¡Vaya! —murmuró el inquisidor—. ¿Eres un hombre libre?

Los ojos de Enaro brillaron con amargura mientras se apartaba la túnica para mostrar la marca del esclavo por deudas que llevaba en el hombro.

—¿Sabías que tu amo iba a venir esta noche?

—No. Vine a buscarlo a última hora de la tarde, como de costumbre. Subió y nos dirigíamos a su villa, pero antes de que alcanzásemos la Vía Paliana me ordenó dar media vuelta. Parecía bastante agitado.

—¿Y lo trajiste al Templo?

—No. Me hizo detenerme en casa de Prómero. Allí me despidió y me dijo que volviera a buscarlo poco después de medianoche.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Acababa de anoecer. Las calles estaban casi vacías.

—¿Qué hiciste luego?

—Volví a los barracones de los esclavos y allí permanecí hasta que llegó la hora de volver a casa de Prómero. He venido directamente, y entonces tus hombres me han agarrado mientras hablaba con Prómero en la puerta.

—¿No tenías la menor idea de a qué había ido Kallian a casa de Prómero?

—No hablaba de sus asuntos con los esclavos.

Demetrio se volvió hacia Prómero.

—¿Qué sabes de esto?

—Nada. —Los dientes del escriba no paraban de castañetear.

—¿Kallian fue a tu casa, como afirma el auriga?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Muy poco. Luego se fue.

—¿Vino al Templo desde tu casa?

—¡No lo sé! —La voz del escriba temblaba de nerviosismo.

—¿Para qué fue a tu casa?

—Para..., para hablar de negocios.

—Mientes —afirmó Demetrio—. ¿Para qué fue a tu casa?

—¡No lo sé! ¡No sé nada! —Prómero estaba cada vez más histérico—. No tengo nada que ver con...

—Hazlo hablar, Dionus —ordenó Demetrio.

Dionus lanzó un gruñido e hizo un gesto a uno de sus hombres, quien, con una sonrisa feroz, se acercó a los cautivos.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó, mientras echaba el rostro hacia delante, como acechando una presa.

—Eres Póstumo —respondió ceñudo el auriga—. Le sacaste un ojo a una muchacha en el palacio de justicia porque se negaba a delatar a su amante.

—¡Siempre consigo lo que quiero! —bramó el guardia, con las venas del cuello hinchadas y el rostro amoratado, mientras agarraba al aterrizado escriba por el cuello de la túnica, retorciendo hasta el punto de casi estrangularlo—. ¡Habla, rata! —rugió—. Responde al inquisidor.

—¡Apiádate de mí, oh, Mitra! —gritó el desgraciado—. Juro que...

Póstumo lo abofeteó con fuerza, primero a un lado del rostro y luego al otro. Continuó el interrogatorio tirándolo al suelo y dándole de patadas con enconada precisión.

—¡Piedad! —gritaba la víctima—. ¡Lo contaré! ¡Lo contaré todo!

—¡Ponte en pie, perro! —rugió Póstumo, pavoneándose amenazador—. ¡No te quedes ahí gimoteando!

Dionus miró hacia Conan para comprobar si estaba impresionado.

—Ya ves lo que les pasa a quienes se cruzan en nuestro camino —murmuró.

El cimero lanzó un escupitajo de desprecio hacia el escriba gimoteante.

—Es débil y es un idiota —masculló—. Que me toque uno de tus hombres y ya verás como desparramo sus tripas por el suelo.

—¿Estás listo para hablar? —preguntó Demetrio con cansancio. Encontraba aquellas pantomimas tremendamente monótonas.

—Diré todo lo que sé —sollozó el escriba mientras se incorporaba a duras penas, lloriqueando como un perro apaleado—. Kallian acudió a mi casa poco después de mi llegada, pues habíamos dejado el Templo casi a la vez, y despedió el carruaje. Me amenazó con despedirme si lo mencionaba. Soy pobre, sin amigos ni influencia. Sin el cargo que desempeñaba para él me moriría de hambre.

—¿A mí que me importa? —dijo Demetrio—. ¿Cuánto tiempo pasó en tu casa?

—Hasta un rato antes de la medianoche. Luego se marchó y me dijo que iba al Templo, que volvería después de haber hecho lo que quería hacer.

—¿Y de qué se trataba?

Prómero dudó ante la idea de revelar los secretos de su temible jefe, pero le bastó una mirada a Póstumo, quien agitaba amenazadoramente el puño, para empezar a hablar.

—En el Templo había un objeto que quería examinar.

—Pero ¿por qué vino solo? ¿A qué tanto secretismo?

—Era algo que no le pertenecía. Llegó al amanecer en una caravana procedente del sur. Quienes lo trajeron no sabían nada, excepto que se lo habían entregado los miembros de una caravana de Estigia y que era un presente para Kalanthes de Hanumar, sacerdote de Ibis. Pagaron al jefe de la caravana para que lo entregara en persona a Kalanthes, pero es un bribón y quería ir directamente a Aquilonia, sin tener que desviarse a Hanumar. Así que preguntó si podía dejarlo en el templo hasta que Kalanthes mandara a alguien a buscarlo.

»Kallian accedió y dijo que él mismo enviaría un mensajero a Kalanthes. Pero en cuanto se fueron los hombres y yo estaba hablando con el mensajero, Kallian me prohibió despacharlo y se quedó mirando melancólico lo que había traído la caravana.

—¿Qué era?

—Una especie de sarcófago, como los que se encuentran en las antiguas tumbas estigias, pero redondo, como un cuenco de metal con tapa. Parecía de cobre, pero era mucho más duro, y estaba cubierto de jeroglíficos, como los menhires más antiguos del sur de Estigia. La tapa estaba unida al cuenco con cintas de cobre labradas.

—¿Y qué había dentro?

—Los de la caravana no lo sabían. Solo dijeron que, según los que se lo habían entregado, era una reliquia de valor incalculable hallada entre las tumbas, mucho más allá de las pirámides. Y que se la mandaban a Kalanthes a causa del aprecio que le profesaba el remitente. Kallian Público creía que contenía la diadema de uno de los Reyes Gigantes, moradores de la tierra oscura antes de que llegasen los antepasados de los estigios. Me mostró un dibujo tallado en la tapa y dijo que juraría que tenía la forma de la diadema que, según la leyenda, llevaban esos reyes monstruosos,.

»Estaba decidido a abrir el cuenco y ver qué contenía. La idea de la diadema lo tenía obsesionado. Dicen los mitos que estaba encastrada con piedras preciosas que solo conocía la antigua raza; una sola de ellas valía más que todas las gemas del mundo moderno.

»Intenté disuadirlo, pero, como ya he dicho, se quedó en mi casa, y poco antes de medianoche se acercó al Templo a solas y se ocultó entre las sombras hasta que el vigilante se dirigió al otro lado del edificio. Luego abrió la puerta con la llave que llevaba al cinto. Lo contemplé desde las sombras de la tienda de sedas y lo vi entrar en el Templo, tras lo cual volví a mi casa. Si el cuenco contenía la diadema o algo de gran valor, tenía intención de ocultarlo en el Templo y escabullirse sin ser visto. Luego, por la mañana, armaría un gran alboroto y diría que habían entrado ladrones y habían robado la propiedad de Kalanthes. Nadie sabía nada de sus merodeos, excepto su auriga y yo, y ninguno de los dos lo habríamos traicionado.

—¿Y el vigilante? —preguntó Demetrio.

—Kallian no tenía la menor intención de dejarse ver por él. Pensaba hacerlo crucificar como cómplice de los ladrones.

Arus tragó saliva y palideció ante el taimado plan de su patrón.

—¿Dónde está el sarcófago? —quiso saber Demetrio. Prómero señaló el lugar y el inquisidor masculló—: ¡Bien! La habitación en la que atacaron a Kallian.

Prómero palideció y se estrujó las manos.

—¿Qué haría un estigio enviando un regalo a Kalanthes? Ciertamente que otras caravanas han traído al norte dioses antiguos y momias resacas, pero ¿quién puede apreciar tanto a un sacerdote de Ibis en Estigia, donde aún adoran al archidemonio Set, aquel que serpentea entre las tumbas en las tinieblas? El dios Ibis ha luchado contra Set desde el primer amanecer del mundo, y Kalanthes se ha enfrentado a los sacerdotes de Set toda su vida. Hay algo extraño y enigmático en este asunto.

—Muéstranos el sarcófago —ordenó Demetrio.

Prómero encabezó la marcha, indeciso, y todos fueron tras él, incluido Conan, que, indiferente a las miradas que le lanzaban los guardias, parecía simplemente curioso. Cruzaron los cortinajes desgarrados y entraron en la habitación, que estaba un poco menos iluminada que el pasillo. A los lados había puertas que daban a otras salas, y las paredes estaban decoradas con increíbles imágenes de dioses de tierras lejanas y pueblos desconocidos. Prómero lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡El cuenco está abierto! ¡Y vacío!

En el centro de la sala había un curioso cilindro negro de vara y media de alto y quizá una de diámetro en la parte central, más ancha que el fondo y el borde superior. La pesada tapa yacía en el suelo, y a su lado había un martillo y un cincel. Demetrio examinó el interior, desconcertado por los sombríos jeroglíficos, y se volvió hacia Conan.

—¿Esto era lo que venías a robar?

El bárbaro meneó la cabeza.

—¿Cómo me lo iba a llevar? Es demasiado grande para que lo transporte una sola persona.

—Cortaron las cintas que sujetaban la tapa con el cincel —murmuró Demetrio—. Y con prisas. Hay marcas ahí donde el martillo falló y golpeó el metal. Podemos suponer que Kallian abrió el cuenco. Alguien lo acechaba desde algún lugar cercano, quizá las cortinas de la puerta. Cuando Kallian abrió el cuenco, el asesino saltó sobre él... o tal vez mató a Kallian y él mismo abrió el cuenco.

—Esto es espeluznante —dijo el escriba, estremecido—. Esa cosa es demasiado antigua para ser una reliquia sagrada. ¿Quién ha visto alguna vez un metal como este? Parece más duro que el acero aquilonio; sin embargo, ved como está corroído en algunas zonas. Mirad las manchas de moho negro de los surcos de los jeroglíficos; huelen como la tierra muy por debajo de la superficie. Y mirad, en la tapa. —Señaló con un dedo tembloroso—. ¿Qué diríais que es eso?

Demetrio se inclinó para examinar el dibujo.

—Parece una corona o algo así —murmuró.

—¡No! —exclamó Prómero—. Previne a Kallian, pero no me quiso creer. Es una serpiente que se muerde la cola. El símbolo de Set, la vieja serpiente, ¡el dios de los estigios! Este cuenco es demasiado antiguo para el mundo humano; es una reliquia de los tiempos en los que Set vagaba por la tierra con el aspecto de un hombre. Quizá la raza que

surgió de él guardaba los huesos de sus reyes en recipientes como este.

—¿Y crees que esos huesos polvorientos salieron del cuenco, estrangularon a Kallian y se fueron de paseo? —preguntó Demetrio.

—No era un hombre lo que yacía en el cuenco —susurró el escriba, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué humano podría haber ahí?

Demetrio lanzó una maldición.

—Si no ha sido Conan, el asesino está aún en el edificio. Dionus y Arus, quedaos aquí conmigo. Los tres prisioneros, también. Los demás, registrad la casa. Si el asesino ha huido antes de que Arus encontrara el cadáver, solo puede haber salido por el lugar que usó Conan para entrar, y en ese caso el bárbaro lo habría visto, si es que dice la verdad.

—Solo he visto a este perro —gruñó Conan señalando a Arus.

—Claro, porque eres el asesino —dijo Dionus—. Estamos perdiendo el tiempo, pero registraremos la casa de todos modos. Y si no encontramos a nadie, te prometo que arderás, muchacho. Recuerda la ley, salvaje de pelo negro: por matar a un hombre común irías a las minas; por matar a un comerciante te colgaríamos, pero por matar a un hombre rico arderás en la hoguera.

Conan respondió mostrando los dientes y los guardias emprendieron el registro. Los que se quedaron en la habitación los oyeron subiendo y bajando escaleras, abriendo puertas y gritándose entre ellos de una habitación a otra.

—¿Sabes lo que pasará si no encontramos a nadie, Conan? —preguntó Demetrio.

—No lo he matado —afirmó el cimero—. Si me hubiera estorbado le habría abierto la cabeza. Pero la primera vez que lo vi ya estaba muerto.

—En cualquier caso, sé que alguien te envió a robar. Al guardar silencio te incriminas en el asesinato. Es mejor que hables. Tu simple presencia en este lugar es suficiente para mandarte diez años a las minas, reconozcas tu culpabilidad o no. Pero si me lo cuentas todo, quizá puedas salvarte de la hoguera.

—Sea —dijo el bárbaro a regañadientes—. He venido a robar el cáliz de diamantes zamorio. Me dieron un plano del Templo y me explicaron dónde encontrarlo. Está en esa habitación —señaló—, en un agujero del suelo, bajo un dios shemita de cobre.

—Es cierto —intervino Prómero—. No hay más de media docena de personas en el mundo que conozcan ese escondite.

—Y si lo hubieras cogido, ¿se lo habrías llevado a la persona que te contrató? —preguntó Dionus burlón—. ¿O te lo habrías quedado?

De nuevo, los ojos del bárbaro brillaron con resentimiento.

—No soy ningún perro —musitó—. Cumplo mi palabra.

—¿Quién te envió? —quiso saber Demetrio, pero Conan se mantuvo en silencio con el ceño fruncido hasta que los guardias volvieron del registro.

—Nadie se oculta en la casa —afirmaron—. Lo hemos puesto todo patas arriba, y hemos encontrado la trampilla por la que entró el bárbaro y el travesaño que partió en dos. Los guardias que hemos apostado alrededor del edificio habrían visto sin problemas a quien intentase huir, a menos que saliera volando. Además, para alcanzar la trampilla tendría que haber apilado mesas, sillas o cofres debajo, y nada de eso se ha hecho. ¿Podría haber salido por la puerta principal antes de que Arus terminase su ronda?

—No. Estaba cerrada por dentro y las únicas llaves que la abren son la de Arus y la que aún cuelga del ceñidor de Kallian Público.

—He encontrado el cable que usó el asesino —anunció uno de ellos—. Es negro, más ancho que el brazo de un hombre y con unas manchas extrañas.

—¿Dónde está, imbécil? —bramó Dionus.

—En la habitación adyacente —respondió el guardia—. Está enroscado alrededor de un pilar de mármol. Sin duda, el asesino pensó que ahí no lo encontraríamos. No he podido alcanzarlo; estaba muy alto, pero sin duda es el arma asesina.

Los llevó a una habitación llena de estatuas de mármol y señaló una alta columna entre las muchas que servían de ornamento o como pedestales de estatuas. De pronto se quedó inmóvil.

—¡Ya no está! —gritó.

—Nunca estuvo —resopló Dionus.

—¡Por Mitra que estaba ahí! —juró el guardia—. Enroscado alrededor del pilar como una enredadera. Estaba cerca del techo, entre las sombras, y no pude verlo con claridad, pero estaba ahí.

—Estás borracho —afirmó Demetrio, dando media vuelta—. Eso está demasiado alto para que un hombre lo alcance, y solo una serpiente podría trepar por una columna tan lisa.

—O un cimero —murmuró uno de los guardias.

—Claro. Conan estranguló a Kallian, ató el cable alrededor del pilar, cruzó el pasillo y se escondió junto a las escaleras. ¿Y cómo ha quitado luego el cable? Ha estado con nosotros desde que Arus encontró el cadáver. No, Conan no cometió el asesinato. Creo que el auténtico asesino mató a Kallian para hacerse con lo que hubiera en el cuenco, fuese lo que fuese, y ahora se oculta en alguno de los recovecos secretos del Templo. Si no lo encontramos, tendremos que echarle la culpa al bárbaro, claro, para que la justicia quede servida. Espera, ¿dónde está Prómero?

Habían vuelto al pasillo donde estaba el cadáver. Dionus llamó a Prómero con un berrido amenazador y el escriba, pálido y tembloroso, salió a toda prisa de la habitación donde estaba el cuenco vacío.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Demetrio, irritado.

—He encontrado un símbolo en el fondo del cuenco —manifestó Prómero—. No es un jeroglífico antiguo, sino tallado recientemente. Es la marca del hechicero estigio Tot Amón, el enemigo mortal de Kalanthes. ¡El cuenco apareció en alguna tenebrosa caverna bajo las pirámides, seguro! Los antiguos dioses no murieron como mueren los hombres; cayeron en un letargo interminable y sus adoradores los encerraron en sarcófagos para que ningún extraño pudiera perturbar sus sueños. Tot Amón envió la muerte a Kalanthes y la avaricia de Kallian liberó al demonio. Y ahora acecha cerca de nosotros, quizá justo a nuestro lado.

—¡Idiota gimoteante! —rugió Dionus rabioso, y le dio un golpe en la boca. Como buen materialista, Dionus tenía poca paciencia para las cábalas sobrenaturales—. En fin, Demetrio —añadió, volviéndose hacia el inquisidor—. Lo único que queda es prender al bárbaro.

El cimero lanzó un grito y los demás se volvieron para verlo con la mirada fija en la puerta de la sala que daba a la habitación de las estatuas.

—¡Mirad! —exclamó—. Ahí hay algo, como una sombra negra y alargada que ha cruzado el suelo.

—¡Bah! —se burló Póstumo—. Ya registramos esa habitación...

—¡Ha visto algo! —gritó Prómero con la voz chillona de pura histeria—. ¡Este sitio está maldito! Algo ha salido del sarcófago y ha matado a Kallian Público. Se ha ocultado donde ningún humano podría esconderse y ahora está ahí. ¡Mitra, guádanos del poder de las tinieblas! Lo que había en ese maldito cuenco era un hijo de Set. ¡Estoy seguro! —Agarró la manga de Dionus con los dedos engarfiados—. ¡Debes registrar de nuevo esa habitación!

El prefecto se deshizo de él con un gesto de asco, y Póstumo intervino en tono socarrón:

—¡Regístrala tú mismo, escriba!

Agarró a Prómero del cuello y el cinturón y lo empujó hacia la puerta. Tras una pausa, lo lanzó al interior tan violentamente que el pobre infeliz cayó al suelo, aturdido.

—Basta ya —gruñó Dionus, sin apartar la vista del silencioso cimerio.

El prefecto alzó la mano; los ojos de Conan ardieron con un fuego azul y la tensión se masticaba cuando alguien irrumpió en la escena. Un guardia entraba en la sala sujetando una figura esbelta y ricamente vestida.

—Lo he visto merodeando por la parte trasera —dijo, como esperando aprobación, pero lo acogió una sarta de maldiciones.

—¡Libera a ese caballero, pedazo de idiota! —rugió el prefecto—. ¿Es que no conoces a Aztrias Petanius, el sobrino del gobernador?

El avergonzado guardia retrocedió y el relamido jovencito se sacudió con fastidio la manga bordada.

—Ahórrate las disculpas, buen Dionus —ceceó con afectación—. Cumplíais vuestro deber. Volvía de un festejo que se ha prolongado y daba un paseo para disipar de mi mente los vapores del vino. ¿Qué ha pasado aquí? ¡Por Mitra! ¿Un asesinato?

—En efecto, excelencia —respondió el prefecto—. Pero hemos pillado al asesino y, aunque Demetrio parece albergar dudas al respecto, es seguro que acabará en la hoguera.

—Un auténtico salvaje, por lo que parece —murmuró el joven aristócrata—. ¿Quién dudaría de su culpabilidad? No había visto un aspecto más granujiento en toda mi vida.

—Claro que lo habías visto, perro perfumado —replicó el cimerio—. Cuando me contrataste para robar el cáliz zamorio. Un festejo, ¿eh? ¡Bah! Me aguardabas entre las sombras para que te entregara el cáliz. No te habría delatado si te hubieras abstenido de proferir esas palabras. Ahora díles a estos perros que me viste escalar el muro antes de que el vigilante hiciera la última ronda, y así sabrán que no tuve tiempo de matar a ese gordo seboso antes de que Arus llegase y encontrara el cadáver.

Demetrio miró a Aztrias, quien ni siquiera se inmutó.

—Si eso es cierto, excelencia —dijo el inquisidor—, quedará exonerado del asesinato y podremos echar un velo sobre el intento de robo. Deberían caerle diez años de trabajos forzados por allanamiento, pero si así me lo indicas, podemos apañar una fuga y nadie volverá a saber de él. Créeme, comprendo lo ocurrido. No serías el primer joven noble que tiene que recurrir a estas cosas para pagar deudas de juego y otros asuntos. Puedes confiar en nuestra discreción.

Conan contempló expectante a Aztrias, pero este encogió sus escuetos hombros y ahogó un bostezo con una mano blanca y delicada.

—No lo conozco. Está loco si dice que lo contraté. Que cumpla la pena que merece.

Tiene una espalda fuerte y le vendrá bien el trabajo en las minas.

Con los ojos ardiendo de rabia, Conan saltó como si lo hubieran picado. Los guardias se tensaron y aferraron sus alabardas, pero se relajaron al ver como el cimerio humillaba la cabeza, aparentemente resignado a su destino. Ni siquiera Demetrio se dio cuenta de que los examinaba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados para contener el fuego que ardía en ellos.

Atacó sin más aviso que el que habría dado una cobra. La espada relampagueó a la luz de las velas, Aztrias lanzó un grito y su cabeza, con las facciones contraídas para siempre en una mueca de horror, salió despedida con un chorro de sangre. Conan dio la vuelta como un gato y lanzó una estocada en la ingle a Demetrio; este retrocedió por puro instinto y la hoja se le clavó en el muslo, resbaló en el hueso y salió por el otro lado de la pierna. El inquisidor cayó de rodillas con un gemido, transido de náuseas y dolor.

Conan no dio cuartel. La alabarda de Dionus salvó al prefecto del tajo que, desviado por el asta al partirse, no acertó en la cabeza y le arrancó la oreja limpiamente. La velocidad cegadora del bárbaro tenía paralizados a los policías, que no reaccionaban sino con gestos fútiles. Pillados por sorpresa y confusos ante la rapidez y la fiereza de Conan, la mitad estaba en el suelo antes de haber tenido la menor oportunidad de defenderse. Póstumo, más por suerte que por habilidad, acertó a rodear al cimerio con los brazos y contener sus golpes de espada. La mano izquierda de Conan saltó hacia su cara y Póstumo cayó al suelo entre gritos, retorciéndose y cubriéndose el agujero en el que había tenido un ojo.

Conan se apartó del recorrido de las alabardas, salió de un salto del cerco de sus enemigos y se encaró con Arus, que manoseaba la ballesta. Una feroz patada en el vientre lo lanzó al suelo, verdoso y con arcadas, y un golpe de talón le aplastó la boca. El desgraciado aulló entre las astillas de los dientes, escupiendo sangre por los labios destrozados.

Todos se paralizaron ante el sobrecogedor grito de espanto que salió de la cámara a la que Póstumo había lanzado a Prómero. El escriba salió por la puerta cortinada y se quedó en el umbral, temblando y sollozando inconteniblemente, mientras las lágrimas recorrían el rostro pastoso y goteaban entre sus labios entreabiertos como los de un idiota babeante.

Todos se lo quedaron mirando espantados: Conan, con la espada alzada; los policías, alabardas en ristre; Demetrio, encogido en el suelo tratando de cortar la sangre que le salía a borbotones de un enorme desgarrón en el muslo; Dionus, agarrándose los restos sangrantes de la oreja cortada; Arus, llorando y escupiendo fragmentos de dientes. Hasta Póstumo dejó de aullar y parpadeó tratando de ver algo a través la niebla sangrienta que le velaba el ojo restante.

Prómero avanzó por el pasillo dando tumbos y se detuvo frente a ellos, chillando entre insoportables risotadas enloquecidas.

—¡El dios tiene el cuello largo! ¡Ja, ja, ja! ¡Sí, tiene un cuello condenadamente largo!

Con una terrible convulsión, se quedó rígido, cayó y se quedó mirando las sombras del techo con una sonrisa vacua.

—¡Ha muerto! —susurró Dionus, sobrecogido. Se había olvidado de la oreja y del bárbaro con la espada sangrante que se alzaba junto a él. Se inclinó sobre el cadáver y se puso en pie, mirando alrededor con sus ojos porcinos—. No tiene heridas. En nombre de Mitra, ¿qué hay en ese sala?

El pánico se apoderó de los guardias, que echaron a correr hacia la salida, donde quedaron atascados convertidos en una turba vociferante y enloquecida. Arus fue tras ellos. Póstumo, medio ciego, se puso en pie y siguió los pasos de sus compañeros, gritando con voz de cerdo herido que no lo dejaran atrás. Cayó entre ellos y acabó en el suelo, donde lo pisotearon gritando de terror. Pero siguió arrastrándose tras los policías, y Demetrio llegó detrás. Tenía el valor suficiente para enfrentarse a lo desconocido, pero estaba herido y fuera de sí, y sentía demasiado cerca la espada que lo había atacado. Agarrándose el muslo sangrante, siguió cojeando los demás. El auriga, los policías, el vigilante, el prefecto y el inquisidor, algunos heridos y otros ilesos, echaron a correr por la calle aullando de terror. Los guardias apostados fuera se unieron a la desbandada sin atreverse a preguntar qué ocurría.

Conan se quedó en medio del enorme pasillo, sin más compañía que la de los cadáveres tirados por el suelo.

Cambió la espada de mano y entró en la sala. Estaba decorada con lujosos tapices de seda; cojines y divanes del mismo material se amontonaban aquí y allá en profusión desordenada. Por encima de un biombo dorado, un rostro contemplaba al cimerio.

Se quedó petrificado ante la belleza fría y clásica de unos rasgos que jamás había visto entre los hijos de los hombres. Ni debilidad ni piedad; ni crueldad ni benevolencia: ninguna emoción humana asomaba a aquel rostro. Podía haber sido la máscara de mármol de un dios, tallada por una mano maestra, de no ser por la inconfundible vida que lo animaba. Una vida fría y ajena, algo que nunca había visto y que no podía comprender. Se preguntó fugazmente cómo sería el cuerpo que, bajo aquel rostro perfecto, se ocultaba tras el biombo. Sin duda sería perfecto, se dijo, puesto que la cara era tan inhumanamente hermosa.

Sin embargo, lo único que lograba ver era la cabeza exquisitamente moldeada que se movía de un lado a otro, como con curiosidad. Los labios carnosos se abrieron y la criatura pronunció una sola palabra, en un tono denso y vibrante que sonó como las campanas de oro de los templos perdidos de las selvas de Khitai. Era una lengua desconocida, olvidada mucho antes de que existieran los reinos de los hombres, pero Conan comprendió su significado:

—¡Ven!

El cimerio acudió con un salto desesperado y su espada zumbó al descargar el tajo. La hermosa cabeza salió rodando de la parte superior del biombo, con un surtidor de sangre, y cayó a sus pies. Conan retrocedió, temeroso de tocarla. Entonces se le erizó la piel al ver como se agitaba el biombo a causa de las convulsiones de lo que había detrás. Conan había visto y oído morir a muchos hombres, pero nunca había oído estertores como aquellos a un ser humano. Era un ruido de pataleo y forcejeo, como si un cable gigantesco serpenteara a su alrededor violentamente.

Cuando cesó el movimiento, Conan se atrevió a mirar detrás del biombo. En ese momento, un horror absoluto cayó sobre el cimerio, que echó a correr y no aminoró el paso hasta que las altas torres de Numalia se desvanecieron en el amanecer a sus espaldas. La visión de Set era pesadillesca, así como pensar en los hijos de Set que habían gobernado la tierra y ahora dormían en cavernas remotas bajo las negras pirámides. Pues tras el biombo dorado no había un cuerpo humano, sino las volutas resplandecientes de una serpiente gigante sin cabeza.

HATAJO DE RUFIANES



Durante un festival de la corte, Nabonidus el Sacerdote Rojo, auténtico gobernante de la ciudad, rozó cortésmente el brazo de Murilo, un joven aristócrata. Este se volvió para encararse con la enigmática mirada del sacerdote y se preguntó qué se ocultaría tras ella. No intercambiaron palabra alguna, pero Nabonidus se inclinó y tendió un joyero dorado a Murilo. El joven aristócrata, sabedor de que Nabonidus no hacía nada sin un buen motivo, se despidió de sus anfitriones a la primera oportunidad y volvió a sus aposentos. Allí abrió el joyero y se encontró con una oreja humana, que reconoció por la cicatriz que la cruzaba. Empezó a sudar profusamente y ya no le cupo duda alguna sobre el significado de la mirada del Sacerdote Rojo.

Pero Murilo, pese a sus rizos perfumados y su aspecto afectado, no era ningún alfeñique que fuera a ofrecer el cuello desnudo al hacha del verdugo sin presentar batalla. No sabía si Nabonidus se limitaba a jugar con él o le brindaba la oportunidad de marchar voluntariamente al exilio, pero el hecho de seguir con vida y en libertad demostraba que al menos le había dado algunas horas, quizá para que meditase. Sin embargo, lo que necesitaba no era reflexión, sino una herramienta. El destino se la proporcionó y la puso a punto en los antros y burdeles de la plebe, mientras el joven aristócrata se estremecía y buscaba una solución en la parte de la ciudad ocupada por los palacios de mármol y marfil con torres moradas de la nobleza.

Había un sacerdote de Anu cuyo templo, justo en la linde de los suburbios, era escenario de algo más que simple devoción. El orondo sacerdote, bien alimentado, era al mismo tiempo perista y confidente de la policía. Tenía montado un floreciente negocio que se beneficiaba de ambos lados de la ley, pues en el distrito contiguo al templo empezaba el Laberinto, una maraña de callejones embarrados y retorcidos con antros sórdidos frecuentados por los ladrones más temerarios del reino. Entre ellos destacaban un gunderio que había desertado de una compañía de mercenarios y un bárbaro cimerio. Por obra del sacerdote de Anu, el gunderio fue prendido y colgado en la plaza del mercado, pero el cimerio logró escapar y, tras enterarse de la traición del sacerdote, entró una noche en el templo de Anu y le cortó la cabeza. Esto provocó un enorme revuelo en la ciudad, pero la búsqueda del asesino fue infructuosa hasta que una mujer lo delató ante las autoridades, y guio al capitán de la guardia y a su escuadrón a la cámara oculta donde el bárbaro dormía la borrachera.

Volvió a la vida, torpe pero fiero, cuando caían sobre él. Evisceró al capitán y se lanzó sobre los guardias, y habría logrado escapar de no haber tenido los reflejos embotados por el licor. Aturdido y medio ciego, no dio con la puerta abierta y se lanzó de cabeza contra la pared con tanto ímpetu que cayó inconsciente. Cuando volvió en sí estaba en la mazmorra mejor guardada de la ciudad, sujeto a la pared con cadenas que ni siquiera su tremenda musculatura podía arrancar.

A esa celda acudió Murilo, enmascarado y envuelto en una amplia capa negra. El cimerio lo contempló con curiosidad, tomándolo por el verdugo que enviaban a acabar con él. Murilo se sentó a su derecha y le devolvió el examen con idéntica atención. Incluso en la penumbra de la celda y con las extremidades cargadas de cadenas, el primitivo poderío de aquel tipo era evidente. El cuerpo recio y los miembros cubiertos de tensos músculos se combinaban con la fuerza de un oso pardo y la velocidad de una pantera. Bajo

la melena negra revuelta, dos ojos azules brillaban con fiereza.

—¿Te gustaría seguir con vida? —preguntó Murilo.

El bárbaro soltó un gruñido, y un reflejo de interés le asomó a los ojos.

—Si organizo tu fuga, ¿harás algo por mí? —preguntó el aristócrata. —El cimerio no respondió; fue suficiente la intensidad de su mirada—. Quiero que mates a un hombre.

—¿A quién?

La voz de Murilo se convirtió en un susurro:

—A Nabonidus, el capellán del rey.

El cimerio no dio muestras de sorpresa o preocupación. Carecía del miedo y la reverencia a la autoridad que infunde la civilización. Para él no había diferencia entre reyes y mendigos. Ni se molestó en preguntar por qué lo había elegido Murilo, estando las calles como estaban llenas de asesinos bien dispuestos.

—¿Cuándo escaparé? —quiso saber.

—En una hora. De noche solo hay un guardia en esta parte de las mazmorras. Es sobornable y está sobornado. Aquí tengo las llaves de las cadenas. Te las quitaré y me iré. El guardia, Áticus, vendrá más tarde y abrirá la puerta de tu celda. Átalo con jirones de tu túnica; así, cuando lo encuentren, pensarán que te rescató alguien del exterior y no sospecharán de él. Ve de inmediato a casa del Sacerdote Rojo y mátalos. Después ve al Nido de Ratas. Allí te estarán esperando con una bolsa de oro y un caballo, que te servirán para escapar de la ciudad.

—Quítame estas malditas cadenas de una vez. Y dile al guardia que me traiga comida. Por Crom, he estado a pan mohoso y agua un día entero; me muero de hambre.

—Así se hará. Pero recuerda: no debes escapar hasta que yo haya tenido tiempo de volver a casa.

Libre de sus cadenas, el bárbaro se puso en pie y extendió los fuertes brazos, enormes en la penumbra de la celda. Murilo volvió a pensar que si había alguien en el mundo capaz de llevar a cabo aquella tarea, ese era el cimerio. Repitió las instrucciones y dejó la prisión, no sin antes indicar a Áticus que llevara al prisionero un plato de carne y una jarra de cerveza. Sabía que podía confiar en el guardia, no solo por el dinero pagado, sino por cierta información que poseía sobre él.

Cuando volvió a sus aposentos tenía el miedo bajo control. Nabonidus lo atacaría a través del rey; de eso estaba seguro. Y puesto que la guardia real aún no llamaba a su puerta, no le cabía duda de que el sacerdote no había avisado al monarca, por el momento. Se lo diría al día siguiente... si es que vivía hasta entonces.

Le parecía que podía confiar en el cimerio. Que fuera capaz de llevar a cabo su tarea era algo que aún estaba por ver. Muchos habían intentado asesinar al Sacerdote Rojo y todos habían muerto de formas horribles e indescriptibles. Pero eran urbanitas que carecían de los instintos lobunos del bárbaro. En el momento mismo en que Murilo, mientras le daba vueltas al barrilito con la oreja cortada, se enteró de que habían capturado al cimerio, supo que había encontrado la solución a su problema.

De vuelta en sus aposentos brindó a la salud del bárbaro, de nombre Conan, y por su éxito. Mientras bebía, uno de sus espías le comunicó que Áticus había sido detenido y encarcelado. El cimerio no había logrado escapar.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Veía en aquel giro de la fortuna la mano siniestra de Nabonidus y empezó a obsesionarse con la idea de que el Sacerdote Rojo era

más que humano, un hechicero que leía la mente de sus víctimas y tiraba de sus cuerdas como si fueran marionetas. La obsesión se transformó en desesperación. Tras esconder una espada bajo la capa negra, salió de casa por un pasaje secreto y echó a correr por las calles desiertas. A medianoche llegó a la casa de Nabonidus, que se alzaba siniestra entre los jardines amurallados que la separaban de las mansiones circundantes.

El muro era alto, pero no imposible de escalar. Nabonidus no fiaba su seguridad a simples barreras de piedra; era lo que había dentro lo que despertaba temor. Murilo no sabía exactamente de qué se trataba, aunque sí que había al menos un enorme perro salvaje patrullando los jardines; alguna vez había destrozado a un intruso como un sabueso a un conejo. Qué más podía haber, no se atrevía a suponerlo. Aquellos a los que se había dado paso franco al interior y que habían resuelto rápidamente los asuntos legítimos que los llevaran allí decían que el mobiliario de Nabonidus era lujoso pero sencillo, y que lo atendía una cantidad sorprendentemente reducida de sirvientes. De hecho, mencionaron que solo habían visto a uno: un hombre alto y silencioso llamado Joka. Oyeron a alguien más moviéndose por los pasillos, sin duda un esclavo, pero nunca llegaron a verlo. El mayor misterio era el propio Nabonidus, cuya capacidad de intriga e influencia en la política internacional lo convertía en el hombre más poderoso del reino. El pueblo, el canciller y hasta el rey se movían como marionetas a su son.

Murilo escaló el muro y saltó hacia el jardín, cubierto de sombras y oscurecido por los arbustos y el ondulante follaje. No brillaba luz alguna en las ventanas de la casa que se recortaba siniestra entre los árboles. El joven aristócrata se deslizó veloz y silenciosamente entre los arbustos. Contaba con oír en cualquier momento el aullido del perro y ver su gigantesco cuerpo saltarle encima desde las sombras. Dudaba de la eficacia de su espada contra un atacante así, pero eso no lo hizo retroceder. Mejor morir entre las fauces de una bestia que bajo el hacha del verdugo.

Tropezó contra algo voluminoso y blando. Se agachó y, a la débil luz de las estrellas, divisó una figura retorcida en el suelo. Era el perro guardián del jardín y estaba muerto. Tenía el cuello partido y huellas de lo que parecían dos colmillos enormes. No le parecía que aquello fuera obra de un humano: la bestia se había topado con un monstruo aún más temible. Alzó la vista y examinó nervioso los matorrales a su alrededor. Luego, se encogió de hombros y se acercó a la casa.

La puerta que probó estaba abierta. Entró con cautela, espada en mano, y se encontró en un recibidor largo y en penumbra, iluminado vagamente por la luz que salía de entre las cortinas del otro extremo. El silencio que caía sobre la casa era total. Murilo recorrió el recibidor y se detuvo a atisbar entre los cortinajes. Vio una habitación bien iluminada, con las ventanas cubiertas por cortinas de terciopelo de tal modo que ninguna luz escapaba al exterior. Estaba vacía, al menos en lo que se refería a vida humana, pero tenía un pavoroso ocupante. En medio de los restos del mobiliario y las cortinas despedazadas, claros indicios de una lucha feroz, yacía el cuerpo de un hombre. Estaba tendido sobre el vientre, pero tenía la cabeza tan torcida que la barbilla descansaba sobre el hombro. El rostro, petrificado en una sonrisa horrenda, parecía contemplar de forma impúdica al aterrado noble.

Por primera vez a lo largo de aquella noche, la resolución de Murilo flaqueó. Miró atrás indeciso, como si considerase la idea de volver sobre sus pasos. Luego, la imagen del hacha del verdugo y el tocón donde apoyaría la cabeza espolearon su decisión, y cruzó la estancia

intentando no acercarse al horror sonriente despatarrado en el centro. Aunque nunca lo había visto antes, por las descripciones que había oído solo podía tratarse de Joka, el saturnino sirviente de Nabonidus.

Echó un vistazo a través de una puerta cortinada y vio una sala circular, rodeada por una galería a medio camino entre el suelo pulido y el elevado techo. El mobiliario era digno de un rey. En el centro había una mesa de caoba tallada, llena de jarras de vino y apetitosas viandas. Murilo se quedó paralizado. En enorme sillón cuyo respaldo daba a la puerta vio una figura cuyos hábitos le resultaron familiares. Un brazo enfundado en una manga roja reposaba sobre el del sillón; la cabeza, cubierta por la conocida capucha escarlata del hábito, estaba inclinada hacia adelante, como en medio de una reflexión. Cientos de veces había contemplado Murilo a Nabonidus en esa misma postura en la corte real.

Mientras maldecía el frenético tamborileo de su corazón, el joven aristócrata cruzó la sala, la espada en alto, el cuerpo listo para asestar el golpe. Su presa no se movía ni parecía oírlo. ¿Estaba dormido el Sacerdote Rojo, o era un cadáver el que ocupaba el sillón? Lo separaba un solo paso de su enemigo cuando, de repente, el sillón se giró y lo que había en él lo miró.

La sangre huyó del rostro de Murilo. La espada resbaló de sus dedos inanes y repiqueteó contra el suelo pulido. Un grito de horror escapó de sus labios exangües, seguido del golpe de un cuerpo al dar contra el suelo. Tras esto, el silencio volvió a reinar en casa del Sacerdote Rojo.

Poco después de que Murilo hubiera dejado la mazmorra en la que estaba confinado Conan, Áticus le llevó una bandeja con comida que incluía un enorme pedazo de carne y un pichel de cerveza. Conan lo atacó con voracidad mientras Áticus hacía una ronda final por las celdas y comprobaba que todo estaba en orden, y que no habría testigos para la fuga fingida. Fue mientras estaba ocupado en esos menesteres cuando llegó un escuadrón de la guardia y lo puso bajo arresto. Murilo se equivocaba al presuponer que aquello implicaba el descubrimiento de la fuga de Conan. Era otro asunto totalmente distinto: Áticus se había vuelto descuidado en sus tratos con los bajos fondos, y un viejo pecado había salido a la luz.

Otro carcelero ocupó su puesto, un individuo estólido y fiable al que ningún soborno, por elevado que fuese, conseguiría apartar de su deber. Era un tipo carente de imaginación, pero con un concepto exagerado de la importancia de su trabajo.

Cuando se hubieron llevado a Áticus para acusarlo formalmente ante el juez, el nuevo carcelero hizo la ronda de las celdas por pura rutina. Al pasar junto a Conan, su sentido del decoro se vio sacudido y ultrajado al contemplar al prisionero libre de sus cadenas, royendo los restos de carne de un enorme hueso de ternera. Estaba tan escandalizado que cometió el error de entrar solo en la celda sin llamar a los guardias que había desperdigados por la prisión. Fue su primer error en el cumplimiento del deber, y el último. Conan le reventó los sesos con el hueso, le cogió el puñal y las llaves y se fue sin más. Esas llaves permitieron al cimero salir de la prisión y quedar tan libre como si el plan de Murilo hubiera tenido éxito.

A la sombra de la muralla de la cárcel, se detuvo un momento para decidir qué haría a continuación. Le parecía que, ya que había escapado por sus propios medios, no le debía

nada a Murilo. Pero había sido el joven noble el que le había quitado las cadenas y le había mandado comida, dos cosas fundamentales para su huida. Decidió por tanto que estaba en deuda con él y, puesto que no tenía por costumbre rehuir sus obligaciones, resolvió cumplir la promesa hecha a Murilo. Aunque primero debía atender otros asuntos.

Se quitó la túnica hecha jirones y cruzó la noche ataviado tan solo con un taparrabos. Mientras corría, acarició el puñal que había conseguido, un arma mortífera de hoja ancha y doble filo, de la longitud de su antebrazo. Se metió por callejones y plazas mal iluminadas hasta que llegó adonde se dirigía: el Laberinto. Cruzó aquel dédalo de callejuelas con la seguridad de quien conoce el camino. Era realmente un laberinto de callejones sombríos, patios cerrados y calles tortuosas, que bullía de olores apestosos y ruidos furtivos. Las calles no estaban pavimentadas; el barro y la mugre se mezclaban en una masa repugnante, y no había nada parecido a un sumidero. Los desperdicios se tiraban por las ventanas y acaban formando charcos apestosos y montones hediondos en medio de los callejones. A menos que se caminara con cuidado, era muy fácil dar un traspie y acabar de narices en un charco nauseabundo. Tampoco era raro tropezar con un cadáver degollado o con la cabeza reventada, tirado en medio del barro. La gente honrada evitaba el Laberinto por motivos fundados.

Conan alcanzó su destino sin que lo vieran, justo cuando salía la persona a la que buscaba. Mientras el cimerio se escabullía por el patio, la joven que lo había vendido a la policía se despedía de su amante un piso más arriba. La puerta se cerró a sus espaldas y el joven rufián descendió por un magullado tramo de escaleras sumido en sus pensamientos, que, como los de la mayoría de los habitantes del Laberinto, tenían que ver con la adquisición ilegal de propiedades ajenas. Se detuvo a mitad de camino y alzó la cabeza. Una mole borrosa se agazapaba en las tinieblas ante él, los ojos brillantes como los de una fiera. Un gruñido bestial fue lo último que oyó en su vida, mientras el monstruo saltaba sobre él y una hoja afilada se incrustaba en su vientre. Lanzó un grito ahogado y cayó escaleras abajo.

El bárbaro levantó la vista y, durante un instante, vio una imagen siniestra con los ojos brillantes en la penumbra. Sabía que habían oído el ruido, pero en el Laberinto la gente no se metía en asuntos ajenos. Un grito de muerte en unas escaleras oscuras no estaba fuera de lo normal. Alguien se aventuraría a investigar en algún momento, pero después de un tiempo razonable.

Conan subió las escaleras y se detuvo ante una puerta que conocía perfectamente. Estaba cerrada por dentro, pero pasó el cuchillo entre la hoja y el marco y alzó el pestillo. Entró, cerró a su paso y se encaró con la joven que lo había delatado a la policía.

La moza estaba sentada con las piernas cruzadas en un rincón de una cama deshecha. Se puso pálida como si viera un fantasma. Había oído el grito en las escaleras, y su vista se clavó en la mancha de sangre del cuchillo que llevaba Conan. Pero temía demasiado por su propia suerte para malgastar el tiempo lamentando el destino de su amante. Se puso a suplicar por su vida de un modo casi incoherente a causa del terror. Conan no respondió. Se limitó a quedarse de pie sin dejar de mirarla con ojos fieros mientras comprobaba la punta del puñal con el calloso pulgar.

Por fin atravesó la habitación mientras ella se aplastaba contra la pared sin dejar de pedir clemencia entre lloriqueos frenéticos. La agarró por el pelo rubio sin miramientos y la arrastró fuera de la cama. Envainó el puñal, se puso a la forcejeante cautiva bajo el brazo

izquierdo y se acercó a la ventana. En la mayoría de las casas de aquel estilo había un repecho en cada piso, creado por la sucesión de los alféizares. Conan abrió la ventana de la habitación de una patada y saltó sobre la estrecha repisa. Si hubiera habido alguien cerca y despierto habría podido ver el chocante espectáculo de un hombre que se desplazaba cuidadosamente por el antepecho con una moza medio desnuda y pataleante bajo el brazo. No habrían estado más asombrados que la propia moza.

Al fin llegó al lugar que buscaba y allí se detuvo, sujeto a la pared con la mano libre. Del edificio salió un clamor repentino, indicación de que por fin habían descubierto el cadáver. La cautiva gimíó, se retorció y empezó a maldecir. Conan bajó la vista al estiércol y el limo del callejón; prestó atención un instante al barullo de dentro y a las súplicas de la moza, y luego la lanzó con destreza y puntería al pozo negro. Disfrutó durante unos segundos de sus patadas y forcejeos, y del veneno concentrado que no tardó en salir de sus labios, e incluso se permitió un breve estallido de risa. Luego alzó el rostro, escuchó el tumulto creciente y decidió que había llegado el momento de matar a Nabonidus.

Fue la reverberación del metal lo que despertó a Murilo. Gruñó y logró sentarse trabajosamente. Todo a su alrededor era oscuridad y, durante un momento, lo asaltó la idea de haberse quedado ciego. Entonces recordó lo que había sucedido hasta entonces y se le puso la piel de gallina. Se dio cuenta al tacto de que estaba sentado en una superficie de losas de piedra mal niveladas. Siguió tanteando y descubrió una pared del mismo material. Se incorporó y se apoyó contra ella, intentando orientarse. Estaba en una prisión de alguna clase, eso parecía obvio, pero no tenía manera de saber dónde, ni cuánto tiempo llevaba allí. Recordó vagamente un ruido, como de un golpe, y se preguntó si habría sido la puerta de celda al cerrarse o si presagiaría la llegada del verdugo.

El pensamiento le causó un escalofrío, y echó a andar arrimado a la pared. Esperaba encontrar más tarde o más temprano el otro extremo de su encierro, pero al cabo de un rato comprendió que estaba recorriendo un túnel. Siguió pegado al muro, temeroso de caer en pozos y otras trampas, hasta que cayó en la cuenta de que había algo a su lado. No podía ver nada, pero o bien sus oídos habían captado un ruido furtivo o algún sexto sentido lo había avisado. Se detuvo con los pelos de punta. Sentía la presencia de algo vivo agazapado en la oscuridad frente a él, tan seguro como que aún estaba vivo.

Creyó que el corazón iba a parársele cuando una voz siseó con acento bárbaro:

—¿Eres tú, Murilo?

—¡Conan!

Aturdido por la sorpresa, el joven aristócrata tropezó en la oscuridad y sus manos se posaron sobre un par de anchos hombros desnudos.

—Menos mal que te he reconocido —gruñó el bárbaro—. Estaba a punto de ensartarte como a un cerdo.

—¿Dónde estamos, en nombre de Mitra?

—En las catacumbas bajo la casa del Sacerdote Rojo. Pero ¿qué...?

—¿Qué hora es?

—Pasada la medianoche.

Murilo meneó la cabeza, tratando de recomponerse.

—Vine a matar a Nabonidus. Me enteré de que habían cambiado al carcelero...

—Cierto —masculló Conan—. Le partí la cabeza al nuevo y escapé. Podría haber llegado hace horas, pero tenía asuntos personales que atender. Bien, ¿nos lanzamos a la caza de Nabonidus?

Murilo se estremeció.

—Conan, estamos en la guarida de un archidemonio. Vine en busca de un enemigo humano y encontré un diablo salido del infierno.

Conan gruñó, indeciso. Era temerario como un tigre en lo que se refería a los enemigos humanos, pero compartía los temores supersticiosos de su estirpe salvaje.

—Conseguí entrar en la casa —susurró Murilo, como si la oscuridad estuviera repleta de oídos atentos—. Encontré al perro de Nabonidus en el jardín, destrozado. Dentro de la casa di con Joka, el sirviente, desnucado. Y después vi al propio Nabonidus en su sillón, con el hábito acostumbrado. Al principio creí que también estaba muerto. Intenté apuñalarlo, y entonces se puso en pie y se me encaró. ¡Dioses!

El recuerdo de aquel horror dejó al noble sin habla mientras revivía el momento.

—¡No era un hombre lo que había ante mí, Conan! —musitó—. Era parecido a un hombre en forma y movimientos, pero bajo la capucha escarlata de sacerdote sonreía un rostro de locura y pesadilla. Estaba cubierto de pelo negro, tenía ojillos rojizos de cerdo y la nariz achatada, con ventanas enormes. Retrajo los labios y me mostró dos colmillos gigantescos y amarillentos como los de un perro. Las manos que salían de las mangas escarlatas eran deformes, y también estaban cubiertas de pelo negro. Lo vi un instante, y luego el horror me venció. Perdí el conocimiento y caí desvanecido.

—¿Qué pasó después? —preguntó Conan, intranquilo.

—Acabo de despertar. El monstruo debe de haberme arrojado a estas catacumbas. Sospecho que Nabonidus no es del todo humano. Es un demonio, un cambiaformas. Durante el día alterna con la humanidad bajo el disfraz de un hombre, pero de noche recupera su verdadero aspecto.

—No es tan raro —respondió Conan—. Todo el mundo sabe que hay personas que pueden transformarse en lobos a voluntad. Pero ¿por qué mataría a sus sirvientes?

—¿Quién sabe qué se agazapa en la mente de un diablo? Lo que tenemos que hacer es salir de aquí. Las armas humanas no pueden hacer nada contra un cambiaformas. ¿Cómo has entrado?

—Por las cloacas. Supuse que los jardines estarían vigilados. Las alcantarillas conectan con un túnel que lleva a estas catacumbas. Esperaba encontrar una puerta abierta que llevara a la casa.

—¡Huyamos por donde has venido! —exclamó Murilo—. ¡Al infierno con todo esto! En cuanto salgamos de este nido de serpientes, intentaremos evitar a la guardia real y escaparemos de la ciudad. ¡Guíame!

—Es inútil —gruñó el cimerio—. El camino a las cloacas está fuera de nuestro alcance. Mientras entraba en el túnel, una reja de hierro cayó del techo. Si no me hubiera movido como un relámpago, habría quedado ensartado en el suelo como un gusano. Intenté levantarla, pero no se movía. Creo que ni un elefante podría moverla. Y nada mayor que un conejo podría escabullirse entre los barrotes.

Murilo lanzó una maldición y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Debería haber supuesto que Nabonidus no iba a dejar sin vigilancia una de las entradas de su hogar. De no haber poseído Conan los reflejos de un animal salvaje, el rastrillo lo habría

ensartado. Sin duda, sus pasos por el túnel habían activado algún resorte oculto que lo liberó del techo. Ambos estaban atrapados.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo Murilo, sudando cada vez más—. Hay que buscar otra salida. Seguramente todas esconden alguna trampa, pero no tenemos otra opción.

El bárbaro manifestó su acuerdo y siguieron caminando al azar por el pasillo. En ese momento, una idea asaltó a Murilo.

—¿Cómo me has reconocido en la oscuridad? —quiso saber.

—Me fijé en el perfume que llevabas en el pelo cuando fuiste a mi celda —respondió Conan—. Y volví a olerlo hace un rato, cuando me agachaba en la oscuridad dispuesto a ensartarte.

Murilo se llevó a la nariz un bucle del negro cabello. El aroma, casi imperceptible para sus sentidos de hombre civilizado, le dio una idea de lo afinados que debían de estar los del bárbaro.

Instintivamente, se llevó la mano a la vaina mientras caminaban, pero descubrió que estaba vacía. Vio entonces un débil resplandor frente a sí y se dio cuenta de que llegaban a un recodo del pasillo, más allá de la cual se filtraba la luz. Doblaron la esquina. Murilo, pegado a su compañero, sintió como este se ponía rígido. El joven aristócrata divisó también lo que había visto Conan: el cadáver de un hombre medio desnudo tirado junto a la esquina, vagamente iluminado por un resplandor que parecía emanar de un ancho disco de plata, en la pared más lejana. Había algo familiar en la figura yacente. Estaba boca abajo, y al verla, Murilo se lanzó a un frenesí de conjeturas descabelladas y monstruosas. Le hizo una seña al cimerio para que lo siguiera, se agachó junto al cuerpo y, no sin cierta renuencia, le dio la vuelta. Se le escapó un juramento de incredulidad mientras el cimerio lanzaba un bufido.

—¡Nabonidus! ¡El Sacerdote Rojo! —exclamó Murilo, aturdido en un remolino de asombro—. Entonces ¿quién...?, ¿qué...?

El sacerdote gimió y se revolvió. Con la rapidez de un gato, Conan saltó sobre él y le puso el cuchillo en el corazón. Murilo lo agarró por la muñeca.

—¡Espera! ¡No lo mates aún!

—¿Por qué? —quiso saber el cimerio—. Ha abandonado su otra forma y está dormido. ¿Quieres que despierte y nos haga pedazos?

—¡Espera! —apremió Murilo, intentando pensar con claridad—. ¡Mira! No está dormido; mira qué cardenal tiene en la sien. Lo han dejado inconsciente. Puede que lleve horas aquí.

—Creía que lo habías visto en su forma bestial en la casa —dijo Conan.

—Lo vi. O quizá... ¡Espera, vuelve en sí! Refrena el puñal, Conan; hay aquí un misterio más siniestro aún de lo que pensaba. Debo hablar con él antes de que lo matemos.

Nabonidus se llevó una mano vacilante a la cabeza rapada, murmuró algo y abrió los ojos. Durante un instante parecieron vacuos; luego, la vida volvió a ellos, y se sentó mientras miraba al cimerio y al noble. Por fuerte que hubiera sido el golpe que había dejado fuera de juego su ágil mente, esta funcionaba de nuevo sin problemas. Recorrió con la vista cuanto lo rodeaba y luego clavó la mirada en el rostro de Murilo.

—Honras mi pobre morada con tu presencia, joven señor —dijo con una sonrisa fría mientras contemplaba la enorme silueta que asomaba tras el hombro del aristócrata—. Y

veo que has traído un adalid. ¿Quizá tu espada no estaba lo bastante afilada para cortar el hilo de mi pobre vida?

—Basta —dijo Murilo con impaciencia—. ¿Cuánto llevas aquí?

—Una pregunta curiosa para plantear a alguien que acaba de recobrar la consciencia —respondió el sacerdote—. Ni siquiera sé qué hora es. Pero faltaría una hora para la medianoche cuando me golpearon.

—Entonces, ¿quién es ese que se hace pasar por ti y viste tu ropa en tu propia casa? —quiso saber Murilo.

—Tiene que ser Thak —respondió Nabonidus, sin dejar de frotarse los moratones—. Sí, sin duda es Thak. ¿Con mi ropa? ¡Perro!

Conan, que no comprendía nada de aquello, se movió con incomodidad y gruñó algo en su propio idioma. Nabonidus lo contempló con desdén.

—El cuchillo de tu matón ansía mi corazón, Murilo —dijo—. Creí que eras lo bastante listo para hacer caso de mi advertencia y abandonar la ciudad.

—¿Cómo iba a saber que se me permitiría? —preguntó Murilo—. Y en cualquier caso, mis asuntos están aquí.

—La compañía de ese asesino te sienta bien —murmuró Nabonidus—. Llevo tiempo sospechando de ti. Por eso hice desaparecer a aquel pálido secretario de la corte. Antes de morir me dijo muchas cosas, entre ellas el nombre del joven aristócrata que lo había sobornado para que le revelara secretos de estado, con el fin de venderlos a potencias rivales. ¿No te da vergüenza, Murilo, ladrón de guante blanco?

—No tengo más motivos para avergonzarme que tú, saqueador de corazón carroñero —respondió Murilo inmediatamente—. Explotas todo un reino para tu propio beneficio y, bajo el disfraz de estadista desinteresado, manipulas al rey, empobreces a los ricos, oprimes a los pobres y sacrificas el futuro de la nación en el altar de tu ambición despiadada. No eres más que un cerdo bien cebado con el hocico metido hasta el fondo en el comedero. Eres más ladrón de lo que yo seré jamás. Este cimero es el más honrado de los tres; al fin y al cabo, roba y mata sin disimulos.

—Vaya, vaya, parece que somos un hatajo de rufianes —concedió Nabonidus con ecuanimidad—. Y ahora, ¿qué? ¿Mi vida?

—Cuando vi la oreja del secretario desaparecido supe que estaba condenado —dijo Murilo de repente—. Creí que invocarías la autoridad del rey. ¿Me equivocaba?

—Más o menos —respondió el sacerdote—. Es fácil deshacerse de un secretario de la corte, pero tú eres demasiado notorio. Tenía intención de contarle al rey un chiste sobre ti por la mañana.

—Un chiste que me habría costado la cabeza —murmuró Murilo—. ¿El rey está al tanto de mis asuntos... foráneos?

—Aún no —suspiró Nabonidus—. Y puesto que tu compañero tiene un cuchillo, sospecho que nunca contaré ese chiste.

—Supongo que sabes cómo salir de este nido de ratas —dijo Murilo—. Digamos que accedo a perdonarte la vida. ¿Nos ayudarías a escapar y guardarías silencio sobre mis actividades?

—¿Cuándo ha cumplido su palabra un sacerdote? —se lamentó Conan, al comprender por dónde iba la conversación—. Déjame degollarlo; quiero ver de qué color tiene la sangre. Dicen en el Laberinto que tiene el corazón negro, así que su sangre también debe

de serlo...

—Tranquilo —susurró Murilo—. Si no nos muestra la salida de estas catacumbas, nos pudriremos aquí. Bien, Nabonidus, ¿qué me dices?

—¿Qué dice un lobo con la pata en una trampa? —El sacerdote soltó una carcajada—. Estoy en vuestro poder y, si hemos de escapar, tendremos que ayudarnos. Juro que si sobrevivimos a esta empresa olvidaré tus manejos. ¡Lo juro por el alma de Mitra!

—Suficiente para mí —murmuró Murilo—. Ni siquiera el Sacerdote Rojo rompería ese juramento. Vámonos de aquí. Mi compañero ha entrado por el túnel, pero una reja cayó tras él y bloqueó el camino. ¿Hay forma de alzarla de nuevo?

—No desde aquí —respondió el sacerdote—. La palanca que la controla está en la habitación superior. Solo hay una forma de salir de estas catacumbas, y es la que os voy a mostrar. Pero dime, ¿cómo viniste a parar aquí?

Murilo se lo explicó con brevedad y Nabonidus asintió, envarado. Avanzó cojeando por el pasillo, que se abrió a una vasta sala, y se acercó al disco de plata del otro extremo. Mientras caminaban, la luz aumentó de intensidad, aunque siguió siendo mortecina. Junto al disco vieron una estrecha escalera que llevaba hacia lo alto.

—Esta es la otra salida —dijo Nabonidus—. No creo que la puerta de arriba esté atrancada. Pero sospecho que quien salga por ella haría mejor en cortarse él mismo garganta. Mirad el disco.

Lo que parecía una bandeja de plata era en realidad un enorme espejo. Un complejo sistema de tubos de cobre, doblados en ángulo recto, salía de la pared por encima. Murilo echó un vistazo dentro de los tubos y vio un sorprendente conjunto de pequeños espejos. Volvió su atención al que colgaba de la pared y contuvo un grito de asombro. Conan, que miraba desde detrás de Murilo, gruñó confundido.

Era como si mirasen por una amplia ventana que se abría a una habitación bien iluminada. Había grandes espejos en las paredes, con tapices de terciopelo entre ellos, junto a divanes de seda, sillas de ébano y marfil, y varias puertas cubiertas por cortinas. Frente a una puerta descubierta había algo negro y voluminoso que contrastaba de forma grotesca con el lujo de la habitación.

Murilo sintió que se le congelaba de nuevo la sangre mientras contemplaba aquel horror que parecía mirarlo directamente a los ojos. Se echó atrás sin querer y Conan adelantó la cabeza abruptamente hasta que su rostro casi rozó la superficie del espejo, sin dejar de gruñir alguna amenaza o desafío en su gutural lengua bárbara.

—En el nombre de Mitra, Nabonidus —jadeó Murilo, conmocionado—. ¿Qué es eso?

—Thak —respondió el sacerdote mientras se frotaba la cabeza—. Hay quien diría que es un simio, pero es tan distinto de un simio de verdad como de un auténtico hombre. Su pueblo mora en el lejano este, en las montañas que guardan las fronteras orientales de Zamora. No hay muchos; pero si no los exterminan, creo que se convertirán en humanos en unos cientos de miles de años. Aún están en su etapa de formación; ya no son simios, como lo fueron sus remotos ancestros, ni aún del todo humanos, como tal vez lo sean sus descendientes. Habitan los altos riscos de las montañas más inaccesibles y no saben nada del fuego ni de fabricar herramientas o ropajes; mucho menos del uso de las armas. Pero tienen una suerte de idioma, consistente sobre todo en gruñidos y chasquidos.

»Lo recogí cuando no era más que un cachorro y aprendió lo que le enseñaba mucho mejor y más deprisa que ningún animal. Era al mismo tiempo mi sirviente y mi

guardaespaldas. Pero me olvidé de que, al ser humano en parte, no podía pasarse la vida convertido en una sombra de mí, como un verdadero animal. Su cerebro es capaz de odiar y experimentar resentimiento, y tiene sus propias ambiciones a su modo bestial.

»Atacó cuando menos lo esperaba. Anoche pareció volverse loco. Sus actos parecían fruto de la locura más salvaje, y sin embargo, ahora me doy cuenta de que seguían un cuidadoso plan.

»Oí un forcejeo en el jardín, y al ir a investigar, pues creí que se trataba de ti y que te habías tropezado con mi perro, vi a Thak emerger de entre los arbustos chorreando sangre. Antes de que comprendiera lo que pretendía, se lanzó sobre mí y me dejó inconsciente de un golpe. No recuerdo nada más, pero supongo que llevado por un capricho de su mente semihumana me arrancó la ropa y me arrojó con vida a las catacumbas, solo los dioses saben por qué. Debí de matar al perro cuando salió al jardín y, tras golpearme, supongo que mató a Joka, ya que lo viste muerto en la casa. Me habría ayudado de haber podido, incluso contra Thak, al que siempre odió.

Murilo contempló en el espejo a la criatura sentada con monstruosa paciencia frente a la puerta cerrada. Sintió un escalofrío al ver las enormes manos negras, cubiertas de un pelaje espeso. El cuerpo era grueso, amplio, encorvado. Los hombros imposiblemente anchos habían reventado la túnica escarlata, y entre las costuras asomaba el mismo pelaje negro y denso. El rostro que miraba desde la capucha escarlata era totalmente bestial, y sin embargo Murilo se dio cuenta de que Nabonidus no mentía al decir que Thak no era del todo un animal. Había algo en los turbios ojos rojizos, algo en su torpe postura, algo en su aspecto general, que lo separaban de los animales. El cuerpo monstruoso albergaba una mente y un alma que empezaban a tomar una forma vagamente humana. Murilo se quedó espantado al reconocer el débil y horrible parentesco que existía entre su propia especie y aquella bestia acuclillada, y sintió náuseas al comprender de qué abismos de salvajismo atroz había salido penosamente la humanidad.

—Seguro que nos ve —murmuró Conan—. ¿Por qué no nos ataca? Podría romper la ventana fácilmente.

Murilo comprendió que Conan pensaba que el espejo era una ventana.

—No nos ve —respondió el sacerdote—. Lo que vemos es la habitación que hay sobre nosotros. La puerta que guarda Thak es la que hay al final de las escaleras. Es un simple juego de espejos. ¿Ves esos que hay en las paredes? Transmiten el reflejo de la habitación por estos tubos, en los que hay más espejos que transmiten la imagen y la amplían en este.

Murilo se dio cuenta de que el sacerdote estaba siglos por delante de su tiempo, como demostraba la perfección de aquel invento. Pero Conan lo descartó como simple brujería y no le dio más vueltas.

—Construí estas catacumbas como refugio, no solo como mazmorras —decía el sacerdote—. A veces me he ocultado aquí y, a través de los espejos, he visto como el destino golpeaba a aquellos que me deseaban algún mal.

—Pero ¿qué hace Thak frente a esa puerta? —quiso saber Murilo.

—Debe de haber oído caer la reja en el túnel. Está conectada mediante campanillas a las habitaciones de arriba. Sabe que hay alguien en las catacumbas y está esperando a que suba por las escaleras. Bien ha aprendido lo que le enseñé: ha visto lo que les pasa a los que cruzan esa puerta cuando tiro de la cuerda que cuelga de aquella pared y está esperando para imitarme.

—¿Y qué hacemos mientras espera? —preguntó Murilo.

—No hay nada que podamos hacer, salvo vigilarlo. Mientras esté en esa habitación no es seguro subir por las escaleras. Tiene la fuerza de un gorila y podría hacernos pedazos a los tres. Pero ni siquiera tiene que molestarse; si abrimos esa puerta, le bastará con tirar de la cuerda para deshacerse de nosotros.

—¿Cómo?

—He accedido a ayudarlos a escapar —respondió el sacerdote—, no a revelar mis secretos.

Murilo dio inicio a una réplica y se detuvo de pronto. Una mano cautelosa había apartado las cortinas de una puerta. Ante ellos apareció un rostro cetrino cuyos ojos se clavaban amenazadores en la figura encorvada envuelta en la túnica escarlata.

—¡Petreus! —siseó Nabonidus—. ¡Por Mitra, menudo cónclave de buitres tenemos esta noche!

El rostro permaneció entre las cortinas. Sobre los hombros del intruso asomaron otras caras, oscuras, delgadas, borrachas de ansia.

—¿A qué han venido? —Murilo bajó la voz sin darse cuenta, aunque sabía que no podían oírlo.

—Bueno, ¿qué podrían hacer Petreus y su grupo de jóvenes y ardientes nacionalistas en casa del Sacerdote Rojo? —Nabonidus se rio—. Mira con qué ansia contemplan la figura que creen de su archienemigo. Han caído en el mismo error que tú. Será divertido ver su expresión cuando descubran lo equivocados que están.

Murilo no respondió. Toda la escena parecía teñida de una atmósfera irreal. Le pareció que contemplaba un espectáculo de títeres, o que era un fantasma sin cuerpo que se asomaba impersonalmente a los actos de los vivos, sin que su presencia fuera vista ni sospechada.

Vio como Petreus se llevaba el dedo a los labios y asentía en dirección a sus camaradas. El joven aristócrata no sabía si Thak era consciente de la presencia de los intrusos. La posición del hombre mono no había variado; seguía sentado de espaldas al pasaje por el que entraban los conspiradores.

—Han tenido la misma idea que tú —le susurraba Nabonidus al oído—. Aunque sus razones son más patrióticas y menos egoístas. Es fácil entrar en mi casa, con el perro muerto. ¡Ah, menuda oportunidad para librarme de ellos de una vez por todas! Si estuviera sentado donde Thak..., un salto a la pared..., un tirón de la soga...

Petreus había colocado un pie en el umbral de la habitación, con sus camaradas a los talones, puñal en mano. De pronto, Thak se incorporó y giró hacia él. El horror inesperado de su aspecto, allí donde esperaban encontrar el rostro odiado pero familiar de Nabonidus, sumió en el caos sus nervios, como había ocurrido con Murilo. Petreus retrocedió con un chillido, empujando a sus camaradas. Tropezaron y cayeron unos encima de otros, y en ese instante, Thak cubrió de un salto prodigioso y grotesco la distancia que lo separaba de la pared y tiró del grueso cordón de terciopelo que colgaba junto a la puerta.

Al instante las cortinas se abrieron por completo, dejando el pasaje totalmente descubierto. A lo lejos, algo brillaba con una extraña luz plateada.

—¡Lo ha recordado! —exclamó Nabonidus, jubiloso—. ¡La maldita bestia es casi un hombre! ¡Me vio ejecutar la maldición y lo recuerda! ¡Mirad lo que va a pasar! ¡Mirad!

Murilo vio que un grueso panel de cristal había caído sobre el pórtico y, a través de él, vio los rostros cerúleos de los conspiradores. Petreus se arrojó hacia delante, como si quisiera cargar contra Thak, topó con la barrera transparente y dijo algo a sus compañeros, a juzgar por sus gestos. Ahora que las cortinas estaban descorridas, Murilo y los demás pudieron ver todo lo que sucedía en la habitación en la que estaban los nacionalistas. Fuera de sí, corrían hacia la puerta por la que habían entrado, solo para ser detenidos bruscamente, como si una barrera invisible los hubiera parado.

—El tirón de la soga sella el pasaje —dijo Nabonidus entre risas—. Es sencillo: los paneles de cristal se ocultan en surcos, en los marcos, y cuando se tira del cordón se retira el muelle que los sostiene; se deslizan hasta encajar en su sitio y solo pueden volver a alzarse desde el exterior. El cristal es irrompible; ni siquiera con un mazo lo podrían astillar. ¡Ah!

Los conspiradores atrapados cayeron en un terror histérico. Corrían de un lado para otro, golpeaban el cristal sin resultado y agitaban los puños hacia la implacable figura negra encorvada del otro lado. Entonces uno de ellos alzó la cabeza, miró hacia lo alto y, a juzgar por el movimiento de los labios, empezó a aullar mientras señalaba el techo.

—La caída de los paneles ha liberado las nubes de la maldición —dijo el Sacerdote Rojo con una risa cruel—. Es el polvo del loto gris, cosechado en los Pantanos de los Muertos, más allá de Khitai.

En medio del techo colgaba un racimo de botones dorados que se abrieron como los pétalos de una enorme rosa, y de ellos surgió una niebla grisácea que llenó rápidamente la habitación. La histeria dio paso a la locura y el terror. Los conspiradores se tambaleaban; corrían en círculos como si estuvieran borrachos; les salían espumarajos por la boca torcida en una risa grotesca. De pronto se lanzaron unos contra otros con puñales y dientes, y empezaron a sajarse, morderse y destrozarse entre ellos en un holocausto de demencia. Murilo sintió náuseas y dio gracias por no poder oír los gritos y aullidos que estarían resonando en aquella habitación maldita. Como si fueran imágenes en una pantalla, todo transcurría en silencio.

Fuera de la habitación del horror, Thak saltaba de un lado a otro de puro júbilo bestial y alzaba los enormes brazos peludos hacia el techo. Junto a Murilo, Nabonidus no dejaba de reírse como un endemoniado.

—¡Ah, buen golpe, Petreus! ¡Seguro que eso lo ha destripado! ¡Ahora recibe tú, mi patriótico amigo! ¡Ajá! Han caído todos, y los vivos arrancan la carne de los muertos con dientes ansiosos.

Murilo se estremeció. Tras él, el cimerio lanzó un juramento en su lengua gutural. Lo único que quedaba en la habitación del polvo gris era la muerte; destripados, destrozados, mutilados, los conspiradores yacían en un confuso montón rojizo, las bocas abiertas y los rostros salpicados de sangre, los ojos vidriosos y apagados clavados en el techo del que seguían cayendo volutas grises.

Thak, encorvado como un gnomo gigantesco, se acercó a la pared donde estaba la soga y le dio un curioso tirón lateral.

—Está abriendo la puerta del lado más lejano —dijo Nabonidus—. Por Mitra, es más humano de lo que creía posible. Ved como la nube de polvo sale de la sala y se disipa. Aún espera un rato más para estar seguro. Y ahora alza el otro panel. Es cauto. Conoce la maldición del loto gris, que trae la locura y la muerte. ¡Por Mitra!

Murilo se estremeció ante lo exaltado de la exclamación.

—¡Es nuestra única oportunidad! —dijo Nabonidus—. Si abandona la habitación unos minutos, podemos arriesgarnos a subir por las escaleras.

Rígidos, contemplaron como el monstruo cruzaba el pórtico y desaparecía. Al subir el panel, las cortinas se habían corrido de nuevo, ocultando la sala de la muerte.

—¡Hay que arriesgarse! —jadeó Nabonidus. Murilo vio el sudor que corría por su rostro—. Quizá esté deshaciéndose de los cadáveres, como me ha visto hacer a mí. ¡Rápido! ¡Seguidme!

Echó a correr escaleras arriba con una agilidad que asombró a Murilo. El joven aristócrata y el bárbaro le pisaron los talones y lo oyeron respirar aliviado cuando cruzó la puerta de la parte superior. Entraron en la amplia sala que habían visto en el espejo. No se veía a Thak por ninguna parte.

—¡Está en esa habitación con los cadáveres! —exclamó Murilo—. ¿Por qué no lo atrapamos, como ha hecho él?

—¡No, no! —protestó Nabonidus, con una extraña palidez en el rostro—. No es seguro que esté ahí. Y puede volver antes de que alcancemos la soga. Seguidme por el pasillo; debo llegar a mis aposentos y hacerme con armas que puedan hacerle frente. Este pasillo es la única salida de la habitación en la que no hay ninguna trampa.

Lo siguieron con rapidez por un pasaje cortinado, frente a la puerta de la cámara de la muerte, y salieron a un pasillo en el que desembocaban varias habitaciones. De un modo apresurado y confuso, Nabonidus se puso a probar las puertas a un lado y al otro. Estaban cerradas, igual que la que había al final del pasillo.

—¡Dioses! —El Sacerdote Rojo se apoyó en la pared, tembloroso—. Todas las puertas están cerradas. ¡Thak tiene las llaves! Estamos atrapados.

Murilo se quedó horrorizado al verlo convertido en un amasijo de nervios. Con un esfuerzo, Nabonidus recobró la compostura.

—Me he dejado llevar por el pánico —dijo—. Maldita bestia. Si lo hubierais visto descuartizar a un hombre, como lo he visto yo... No importa. Que Mitra nos auxilie, pues tendremos que hacerle frente con lo que tengamos a mano. ¡Vamos!

Los llevó de vuelta al pasaje cortinado y echó un vistazo al interior de la habitación, justo a tiempo de ver como Thak entraba por la puerta de enfrente. Era evidente que el hombre mono sospechaba algo; tenía los ojillos entrecerrados y miraba con rabia a su alrededor. Tras aproximarse al pasaje más cercano, arrancó las cortinas y atisbó más allá.

Nabonidus retrocedió, tembloroso. Se agarró al hombro de Conan.

—¿Te atreverías a probar tu cuchillo contra esas fauces?

Los ojos del cimero relampaguearon como única respuesta.

—¡Rápido! —susurró el Sacerdote Rojo empujándolo tras las cortinas, pegado a la pared—. Nos encontrará enseguida, así que lo atraeremos hacia nosotros. En cuanto pase a tu lado, clávale el puñal en la espalda si puedes. Murilo, muéstrate ante él y huye por el pasillo. Bien sabe Mitra que no tenemos posibilidades en una lucha cuerpo a cuerpo, pero estamos condenados de cualquier modo si nos encuentra.

Murilo sintió que se le helaba la sangre en las venas, pero hizo acopio de valor y atravesó la puerta. Thak, desde el otro lado de la habitación, se dio la vuelta al instante y cargó con un rugido estruendoso. La capucha escarlata se le había caído, mostrando por completo la deforme cabeza. Las negras manos y el hábito escarlata estaban salpicados de

rojo. Era como una pesadilla carmesí y negra que corría por la habitación, las fauces abiertas, las piernas arqueadas impulsando el enorme cuerpo a una velocidad aterradora.

Murilo dio media vuelta y echó a correr por el pasillo y, aunque iba tan rápido como podía, comprendió que aquel horror peludo le pisaba los talones. El monstruo cruzó corriendo las cortinas y de ellas salió catapultado un cuerpo enorme que se lanzó sobre sus hombros a la vez que le clavaba el puñal en la espalda. Thak lanzó un grito espantoso mientras se tambaleaba a causa del golpe. Ambos contendientes cayeron al suelo. La lucha se convirtió enseguida en un remolino de golpes y brazos, una batalla diabólica de garras, fauces y puñales.

Murilo se dio cuenta de que el bárbaro apresaba con las piernas el torso del simio y luchaba por no perder la posición sobre su espalda mientras lo acuchillaba una y otra vez. Thak, por otro lado, intentaba zafarse de su adversario, hacerlo girar hasta el frente y ponerlo al alcance de sus enormes colmillos listos para desgarrar la carne. Rodaron por el pasillo en un torbellino de golpes y jirones escarlata, tan veloces que Murilo no se atrevió a usar la silla que había levantado por miedo de dar al cimerio. Vio que, a pesar de que Conan contaba con la ventaja del primer golpe y tenía aprisionados el cuerpo y los brazos de la bestia, la fuerza increíble de esta iba ganando terreno poco a poco. De forma lenta pero inexorable arrastraba al cimerio hacia su pecho, a pesar de haber recibido castigo suficiente para haber matado a una docena de hombres. El puñal de Conan se clavaba una y otra vez en el torso, en los hombros, en el cuello de toro. La sangre le salía a borbotones, pero a menos que la hoja alcanzase pronto un punto vital, la resistencia sobrehumana de Thak lo mantendría vivo lo suficiente para matar al cimerio. Y luego a sus compañeros.

Conan luchaba como una bestia, en un silencio solo roto por ocasionales jadeos. Las zarpas deformes del monstruo lo agarraban y tiraban de él mientras las fauces abiertas buscaban su garganta. De pronto Murilo vio un espacio abierto y golpeó con la silla con todas sus fuerzas, suficientes para abrirle la cabeza a un humano. La silla resbaló por el cráneo inclinado de Thak, que, desorientado de repente, soltó su presa, y Conan aprovechó el momento, jadeante y ensangrentado, para saltar hacia delante y hundir el puñal en el corazón del hombre mono.

Temblando convulsamente, la bestia se incorporó a medias para luego desplomarse sobre la espalda. Los fieros ojos se vidriaron; los gruesos brazos temblaron, y de pronto quedó rígido.

Conan se puso en pie tambaleante, y se enjugó el sudor y la sangre de los ojos. El líquido rojo goteaba del puñal y de sus dedos, y trazaba espirales descendentes en muslos, brazos y pecho. Murilo hizo ademán de sostenerlo, pero el bárbaro se lo quitó de encima con impaciencia.

—Cuando no pueda tenerme en pie, será el momento de morir —masculló a través de los labios machacados—. Pero me bebería un galón de vino.

Nabonidus contemplaba la mole inmóvil como si no diera crédito a sus ojos. Negro, peludo, grotesco, el monstruo yacía envuelto en los jirones del hábito escarlata. Incluso así parecía más humano que bestia y despertaba una extraña y confusa compasión.

Hasta el cimerio la sintió cuando balbuceó:

—He matado a un hombre esta noche, no a una bestia. Lo contaré entre los caudillos cuyas almas he enviado a las tinieblas, y mis mujeres cantarán canciones sobre él.

Nabonidus se agachó y recogió un manojito de llaves sujetas con una cadena dorada.

Habían caído del cinturón del hombre mono durante la pelea. Indicó a sus compañeros que lo siguieran y los condujo a una sala, abrió la puerta y los hizo pasar al interior. Estaba iluminada como las otras. El Sacerdote Rojo tomó una jarra de vino de una mesa y llenó tres vasos de cristal. Mientras sus compañeros bebían con ansia, murmuró:

—¡Menuda noche! Casi amanece, por lo que veo. ¿Qué haréis ahora, amigos míos?

—Curaré las heridas de Conan, si puedes proporcionarme vendas o algo parecido —dijo Murilo, y Nabonidus asintió y se dirigió hacia la puerta que daba al pasillo.

Algo en sus movimientos hizo que Murilo lo mirase con desconfianza. En la puerta, el Sacerdote Rojo se giró de repente. Su rostro había cambiado por completo. Los ojos brillaban con el antiguo fuego y de sus labios salía una risa silenciosa.

—¡Un hatajo de rufianes! —La voz sonó con su acostumbrado tono burlón—. ¡Pero no un hatajo de idiotas! ¡El idiota eres tú, Murilo!

—¿Qué quieres decir? —El joven aristócrata empezó a adelantarse.

—¡Atrás! —La voz de Nabonidus restalló como un látigo—. ¡Un paso más y te reviento!

Murilo quedó paralizado cuando vio que la mano del Sacerdote Rojo agarraba una soga de terciopelo que colgaba junto a las cortinas de la puerta.

—¿Qué traición es esta? —gritó Murilo—. Juraste...

—¡Juré que no le diría nada al rey de tus asuntos! No juré no encargarme personalmente de ti si podía. ¿Crees que voy a dejar pasar esta oportunidad? En circunstancias normales no me atrevería a matarte yo mismo sin autorización del rey, pero en este caso nadie lo sabrá. Desaparecerás en los tanques de ácido junto a Thak y esos necios nacionalistas; todos sois de inteligencia equivalente, al fin y al cabo. ¡Menuda noche, sí, menuda noche! He perdido valiosos sirvientes, pero me he deshecho de enemigos peligrosos. ¡Atrás! Estoy en el umbral y no me puedes alcanzar antes de que tire de la cuerda y te mande al infierno. Esta vez no va a ser el loto gris, sino algo más eficaz. Casi todas las habitaciones de mi casa son una trampa. En cuanto ti, Murilo, idiota, eres...

Demasiado rápido para seguirlo con la vista, Conan agarró un taburete y lo lanzó. Nabonidus levantó el brazo instintivamente con un grito, pero no llegó a tiempo. El proyectil se estrelló contra la cabeza del Sacerdote Rojo, que se tambaleó y cayó de bruces sobre un charco carmesí que iba creciendo poco a poco.

—Así que tenía la sangre roja, después de todo —dijo Conan.

Murilo se pasó una mano temblorosa por el pelo apelmazado, y se apoyó en la mesa con las piernas temblándole de puro alivio.

—Ha amanecido —dijo—. Vámonos de aquí antes de topar con otra condenada maldición. Si logramos escalar el muro exterior sin que nos vean, nadie nos relacionará con lo ocurrido esta noche. Que la policía invente su propia explicación.

Contempló el cadáver del Sacerdote Rojo, tirado en el suelo sobre un fondo carmesí, y se encogió de hombros.

—Era un idiota, después de todo. Si no se hubiera parado a pavonearse, nos habría atrapado con facilidad.

—Bueno —dijo el cimerio, imperturbable—. Ha seguido el camino que acaban por seguir todos los rufianes. Me encantaría saquear la casa, pero supongo que es mejor que nos vayamos.

Mientras salían de la oscuridad al jardín bañado por la luz matutina, Murilo dijo:

—El Sacerdote Rojo se ha ido a las tinieblas, así que mi camino en la ciudad está libre de obstáculos y no tengo nada que temer. Pero ¿qué hay de ti? Está el asunto del sacerdote del Laberinto, y...

—Estoy harto de esta ciudad, de todos modos —gruñó el cimerio—. Dijiste algo de un caballo en el Nido de Ratas. Tengo curiosidad por ver la rapidez con que puede llevarme a otro reino. Hay muchos caminos que quiero recorrer antes de seguir el que Nabonidus ha cruzado esta noche.

LA REINA DE LA COSTA NEGRA



Conan se une a los piratas

*¿Crees que acaba el invierno sombrío,
que ceden las sombras su reino escarchado,
que lavan las lluvias el mar encrespado
y tiembla la luz entre niebla y rocío?*

*¿Crees que el oro sin fin del verano
se vierte en un pardo apagado y tardío,
preñado de sombra, temores y hastío,
que trae un otoño gastado y temprano?*

*Pues cree que el paso que en mí desemboca,
que lleva a mi alma, mi rostro, mi boca,
cerrado estará si así yo lo quiero.*

*Será precipicio cercado de espinas,
que solo abrirá sus negras esquinas
al hombre salvaje que ansío y espero.*

—La canción de Bêlit

Los cascos del caballo resonaban en la calle que bajaba al puerto. Mientras gritaban y se apartaban, los transeúntes vieron de refilón una figura en cota de malla sobre un semental negro con una amplia capa escarlata ondeando al viento. Se oían a lo lejos el estrépito y los gritos de una persecución, pero el jinete no se volvió a mirar. Se lanzó hacia los muelles y detuvo bruscamente al caballo justo al borde del malecón, encabritándolo. Los marineros lo contemplaron asombrados, distribuidos entre los remos y bajo la vela de rayas de una ancha galera de proa alta que salía del puerto. El capitán, un hombre robusto de barba negra, estaba junto al bauprés, apartando el bajel del muelle con un bichero. Lanzó un grito de enojo cuando el jinete desmontó y aterrizó de un largo salto en plena cubierta.

—¿Quién te ha invitado a bordo?

—¡Zarpa de una vez! —rugió el intruso. Con un gesto feroz, agitó la espada que blandía y esparció gotas rojas por todas partes.

—Pero... ¡vamos a las costas de Kush! —manifestó el patrón.

—¡Pues voy a Kush! ¡Zarpa de una vez, maldición!

Lanzó un rápido vistazo a la calle, por la que descendía al galope un grupo de jinetes. Por detrás se acercaban a pie varios hombres, ballesta al hombro.

—¿Cómo vas a pagar tu pasaje? —quiso saber el capitán.

—¡Con acero! —rugió el desconocido, sin dejar de blandir la enorme espada que arrancaba destellos azules del sol—. ¡Por Crom que si no zarpas de una vez, empaparé la galera con la sangre de la tripulación!

El capitán, que no era tonto, lanzó una mirada al rostro crispado de cólera y cruzado de cicatrices del espadachín y ladró una orden mientras seguía empujando con el bichero los pilones del malecón. La galera se apartó del muelle y los remos empezaron a moverse rítmicamente. Un golpe de viento llenó la vela y empujó el ligero bajel, que surcó elegantemente las olas rumbo al mar.

En el muelle, los jinetes blandían las espadas, lanzaban amenazas, ordenaban que el barco diera media vuelta y gritaban a los ballesteros que se apresurasen antes de que la nave estuviera fuera de alcance.

—Que rabien —gruñó el espadachín—. Tú mantén el rumbo.

El capitán abandonó el pequeño puente, bajó a proa, se desplazó entre las filas de remeros y subió a cubierta. El extranjero tenía la espalda apoyada en el mástil, los ojos entrecerrados y la espada desenvainada. El patrón no dejaba de mirarlo, con cuidado de no hacer ningún movimiento hacia el largo cuchillo que pendía de su cinturón. El extranjero era alto y robusto, y vestía coraza de escamas negras, grebas relucientes y un casco de acero azul del que sobresalían dos cuernos pulidos. Por los hombros le caía una capa escarlata que ondeaba al viento. La vaina de la espada pendía de un amplio cinturón de cuero con hebilla dorada. Bajo el yelmo astado se desparramaba una espesa melena negra de corte recto que contrastaba con el azul intenso de los ojos.

—Ya que tenemos que viajar juntos —dijo el capitán—, será mejor que nos llevemos bien. Me llamo Tito, capitán con licencia de los puertos de Argos. Vamos hacia Kush a comerciar con los reinos negros. Llevamos abalorios, seda, azúcar y espadas con empuñadura de bronce. Lo cambiaremos por marfil, copra, cobre bruto, esclavos y perlas.

El espadachín miró hacia el puerto cada vez más lejano, donde diminutas figuras gesticulaban impotentes. Era evidente que les costaba trabajo encontrar un bote suficientemente rápido para alcanzar la galera.

—Soy Conan. Soy cimerio —respondió—. Vine a Argos a buscar trabajo, pero parece que las guerras han acabado y no había nada en lo que emplear mi espada.

—¿Por qué te perseguían los guardias? —preguntó Tito—. No es que sea asunto mío, pero a lo mejor...

—No tengo nada que ocultar —replicó el cimerio—. Por Crom, he pasado bastante tiempo en la civilización, pero sigo sin comprender muchas de vuestras costumbres.

»Anoche, un capitán de la Guardia Real ofendió en la taberna a la amante de un joven soldado, quien naturalmente se lo hizo pagar. Al parecer existe una absurda ley que prohíbe matar guardias, y la pareja de mozos tuvo que poner pies en polvorosa. Corrió la voz de que se me había visto con ellos, así que hoy me llevaron ante el juez, que me preguntó por su paradero. Le respondí que, dado que el soldado era mi amigo, no podía delatarlo. El tribunal se encabritó de rabia y el juez se puso a perorar sobre mi deber hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó revelarles adónde había huido mi amigo. Yo empezaba a enfadarme; ya había dejado clara mi postura, al fin y al cabo.

»Me tragué la cólera mientras el juez berreaba que había incurrido en desacato al tribunal y que debía pudrirme en una mazmorra hasta que delatase a mi amigo. Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada, le partí la crisma al juez y me abrí paso a estocadas hasta salir del juzgado. Vi el semental del jefe de alguaciles atado cerca y me lancé al galope a los muelles, a ver si encontraba un barco que me llevara lejos de aquí.

—Ya veo —dijo Tito, lacónico—. Los tribunales me han esquilado más de una vez en mis pleitos con los comerciantes, así que no les guardo el menor aprecio. Tendré que responder a algunas preguntas cuando volvamos a ese puerto, pero puedo demostrar que actué bajo coacción. Puedes guardar la espada, por cierto. Somos marineros pacíficos y no

tenemos nada contra ti. De hecho, nos vendrá bien tener un espadachín como tú a bordo. Ven a la popa y nos tomaremos una jarra de cerveza.

—Me parece bien —respondió el cimerio mientras envainaba la espada.

El *Argus* era una nave pequeña y robusta, representante típica de los barcos mercantes que partían de los puertos de Zingaria y Argos hacia el sur. No solían apartarse de la costa y pocas veces se aventuraban a mar abierto. Era de popa alta y proa curva, afilada. Ancha de manga, se curvaba grácilmente hacia los extremos. Marcaba el rumbo el largo remo de la popa, y navegaba propulsada principalmente por la enorme vela cuadrada de seda, complementada con un foque. Usaban los remos para las maniobras del puerto y en periodos de calma chicha. Había diez en cada lado, cinco a proa y otros tantos más cerca de la popa; bajo estas cubiertas se estibaba el cargamento más valioso. La tripulación dormía en cubierta o entre las bancadas de remos, y se protegía del mal tiempo con toldos. Veinte remeros, tres timoneles y el capitán completaban la tripulación.

El tiempo era bueno y el *Argus* navegaba veloz hacia el sur. El sol golpeaba inclemente día tras día, así que alzaron los toldos, de seda con rayas que combinaba con la vela mayor y los dorados de la proa y la borda.

Divisaron la costa de Shem, amplias praderas coronadas en la distancia por las blancas torres de las ciudades. Vieron jinetes de barba negroazulada y nariz ganchuda que contemplaban con suspicacia el paso de la galera. No desembarcaron allí, pues poco provecho había en el comercio con los hijos de Shem.

Tito tampoco echó el ancla en el golfo donde el río Estigio vaciaba su gigantesco caudal, junto a los castillos negros de Jemi que dominaban las aguas azuladas. No se desembarcaba sin permiso en aquel puerto, donde se decía que oscuros sacerdotes trenzaban terribles sortilegios inmersos en el humo de los sacrificios, sobre altares eternamente manchados de sangre en los que gritaban las mujeres desnudas y Set, la vieja serpiente, archidemonio de los hibóreos y dios de los estigios, retorció los brillantes anillos en medio de sus adoradores.

Tito pasó junto a aquel golfo de aguas cristalinas dando un amplio rodeo y no se detuvo ni siquiera cuando una góndola con proa en forma de serpiente salió de la costa almenada con la cubierta repleta de mujeres desnudas con enormes flores rojas en el pelo, que no dejaban de llamar a los marineros en poses seductoramente obscenas.

El paisaje cambió y dejaron de verse las torres en tierra firme. Habían cruzado la frontera meridional de Estigia y navegaban frente a las costas de Kush.

El mar y las costumbres de los marineros eran misterios insondables para Conan, cuyo hogar estaba entre las elevadas colinas de las tierras altas septentrionales. La recia tripulación lo contemplaba con interés y fascinación, pues pocos de ellos habían visto a nadie de su raza.

Eran típicos marineros argóseos, bajos y robustos. Conan destacaba en altura, y pocos podían igualar su fuerza. Eran fuertes y recios, pero el bárbaro tenía la resistencia y la vitalidad de un lobo, con músculos de acero y nervios aguzados por la dureza de la vida en tierras salvajes. Era de risa rápida y de ira veloz y aterradora. Comía vorazmente, y la bebida fuerte era su pasión y su debilidad. Ingenuo como un niño en muchos aspectos, no acostumbrado del todo a las triquiñuelas del mundo civilizado, era de inteligencia despierta, defensor de sus derechos y peligroso como un tigre hambriento. Aún era joven,

pero las guerras y los viajes lo habían curtido y su paso por numerosos países saltaba a la vista en su atuendo. El yelmo astado era característico de los rubios aesires de Nordheim; la coraza y las grebas eran muestras de la fina artesanía kothiana; la delicada cota de malla que le cubría brazos y piernas era nemedica; la espada que llevaba al cinto procedía de Aquilonia, y la espléndida capa escarlata solo podía haberse tejido en Ofir.

Siguieron hacia el sur y el capitán Tito se mantuvo ojo avizor, en busca las aldeas rodeadas de empalizadas de madera de los negros, pero en su lugar encontró ruinas humeantes sobre las que yacían decenas de cadáveres. Tito lanzó una maldición.

—En otros tiempos hice buenos tratos aquí. Esto es obra de piratas.

—¿Qué pasa si los encontramos? —preguntó Conan mientras desenvainaba.

—La mía no es una nave de guerra. Huimos; no luchamos. Pero si hubiera un enfrentamiento, no sería la primera vez que derrotáramos a los saqueadores. A menos que sea la *Tigresa* de Bêlit.

—¿Quién es Bêlit?

—La diablesa más salvaje que puedas imaginar. Si no me equivoco, fueron sus matarifes los que destruyeron la aldea. ¡Ojalá algún día la veamos colgada de la amura! La llaman la Reina de la Costa Negra. Es una shemita que capitanea un barco de negros. Hostigan la navegación y han enviado al fondo del mar a muchos buenos comerciantes.

Tito sacó de debajo de la cubierta de popa varios jubones acolchados, cascos de acero, arcos y flechas.

—Si nos alcanzan, la resistencia no tendrá mucho sentido—gruñó—. Pero me parte el alma la idea de entregar la vida sin luchar.

El vigía dio la alarma justo al amanecer. En el extremo de una isla, a estribor, divisó una silueta esbelta y letal: una galera serpentina con una cubierta alta que la recorría de proa a popa. Cuarenta remos a cada lado la empujaban velozmente por las aguas, y la borda baja bullía de negros desnudos que cantaban y golpeaban con las lanzas los escudos ovalados. Del palo mayor pendía un largo estandarte escarlata.

—¡Bêlit! —gritó Tito, pálido—. ¡Timonel! ¡Media vuelta! ¡Hacia la desembocadura de ese río! Si conseguimos embarrancar antes de que nos alcancen, tendremos una posibilidad de salir con vida.

El *Argus* viró velozmente y enfiló las olas que rompían contra la playa rematada por palmeras. Tito iba de un lado a otro exhortando a los remeros. El capitán tenía la barba negra erizada y le brillaban los ojos.

—Dame un arco —pidió Conan—. Nunca me ha parecido un arma de hombres, pero aprendí a usarlo entre los hirkanios y malo será que no acierte a uno o dos de esos piratas.

Tomó posición en la popa y contempló la figura serpentina que se deslizaba sobre las aguas. Incluso a él, hombre de tierra firme, le pareció evidente que el *Argus* no ganaría la carrera. Del barco pirata surgieron varias flechas que se hundieron inocuamente en el agua, a menos de veinte pasos de la popa.

—Es mejor que les hagamos frente —gruñó el cimerio—. O nos acribillarán por la espalda sin que podamos devolverles el golpe.

—¡Más de prisa, perros! —rugió Tito con un gesto airado del puño.

Los barbudos remeros gruñeron, se agarraron con más fuerza a los remos y forzaron los músculos cuanto podían, bañados por un copioso sudor. El maderamen de la recia galera

se lamentó ante el fiero empuje de los marineros. El viento había cesado y la vela colgaba flácida del mástil. Los piratas estaban cada vez más cerca y aún les quedaba una milla hasta la costa cuando uno de los timoneles cayó entre gorgoteos, con una larga flecha clavada en el cuello. Tito tomó su lugar y Conan, tras afirmar los pies en la bamboleante cubierta, alzó el arco. Podía ver perfectamente el barco pirata: los remeros se protegían con una hilera de manteletes alzados por toda la borda, pero distinguía sin problemas a los guerreros que bailaban en la estrecha cubierta. Estaban pintados y se adornaban con plumas; iban desnudos casi por completo, blandían lanzas y llevaban escudos moteados.

En lo alto de la proa se divisaba un figura esbelta cuya blancura contrastaba con las lustrosas pieles de ébano que la rodeaban. Era Bêlit, sin duda. Conan se llevó la cuerda a la oreja y apuntó. Unos escrúpulos que no llegó a comprender le desviaron la mano en el último momento, y la flecha acabó clavada en el cuerpo de un lancero emplumado, junto a la mujer.

Palmo a palmo, la galera pirata iba dando alcance al otro barco. Una lluvia de flechas cayó sobre el *Argus* y los marineros estallaron en gritos. Los timoneles habían sido abatidos y solo Tito manejaba el enorme remo, sin dejar de proferir maldiciones, los brazos nudosos totalmente rígidos. De pronto lanzó un suspiro y cayó, el recio corazón atravesado por una flecha. El *Argus* quedó a la deriva. La tripulación, desconcertada, se puso a gritar, y Conan se hizo cargo de la situación a su característica manera.

—¡Vamos, muchachos! —rugió mientras soltaba la cuerda del arco—. ¡Agarrad las espadas y dadles a esos perros unas cuantas estocadas antes de que os degüellen! ¡Es inútil que os sigáis deslomando! ¡Nos abordarán antes de que recorramos cincuenta pasos!

Los marineros abandonaron sus puestos y se lanzaron desesperados a por las armas, tan valiente como inútilmente. Una nueva lluvia de flechas cayó sobre ellos antes de que los piratas los abordasen. Sin nadie al timón, el *Argus* se desvió a un costado y la afilada proa del barco pirata se incrustó en medio. Los garfios de abordaje hicieron presa en la galera, y los piratas negros arrojaron una andanada de lanzas que atravesó los jubones acolchados de los marineros, tras lo cual se lanzaron al otro barco para terminar la matanza. En la cubierta del barco pirata yacía media docena de cadáveres, tributo a la puntería de Conan.

La lucha por el *Argus* fue breve y sangrienta. Los robustos marineros no eran rivales para los altos bárbaros, que los despedazaron sin miramientos. En la otra punta del barco, sin embargo, la batalla había dado un curioso giro. Conan, en la elevada popa, estaba al nivel de la cubierta pirata. Mientras la afilada proa atravesaba el *Argus*, soltó el arco, se preparó para el impacto y se mantuvo en pie. Un alto corsario que se lanzó desde la borda fue recibido en pleno salto por la espada del cimerio, que lo cortó limpiamente por la mitad, de modo que el torso cayó a un lado y las piernas al otro. Tras esto, con un estallido de furia que dejó un montón de cuerpos destrozados en cubierta, Conan saltó por la borda y aterrizó en el puente de la *Tigresa*.

De pronto se convirtió en el ojo de un huracán de lanzas y porras. Pero se movía a una velocidad cegadora, de modo que las lanzas resbalaban en su coraza o se clavaban en el aire, mientras su espada entonaba una canción de muerte y destrucción. Envuelto en la locura homicida característica de su pueblo y con la vista velada por una rabia roja e irracional, abrió cráneos, aplastó pechos, cortó brazos, desparramó entrañas, y colmó la

cubierta de una cosecha de sesos y sangre.

Con la espalda contra el mástil y protegido por la coraza, amontonó cuerpos destrozados a sus pies hasta que sus enemigos retrocedieron, jadeantes de furia y miedo. De pronto, mientras preparaban las lanzas para acometerlo y él se disponía a saltar y morir entre ellos, un grito congeló la escena. Todos quedaron inmóviles como estatuas, los gigantescos negros agarrados a sus lanzas; el espadachín acorazado, a su hoja goteante.

Bêlit se abrió paso entre los negros, que abatían sus lanzas. Se volvió hacia Conan, el pecho jadeante, los ojos en llamas. Fieros dedos de admiración hacían presa en su alma. Era esbelta, esculpida como una diosa: flexible y de curvas generosas a un tiempo, ataviada únicamente con un amplio ceñidor de seda. Los miembros marfileños y los blanquísimos pechos alborotaron la sangre del cimero a pesar de la furia del combate. El sedoso pelo, negro como una noche estigia, se desparramaba en ondas bruñidas por la espalda. Los ojos oscuros y fieros se clavaron en el bárbaro.

Era indómita como un viento del desierto, ágil y peligrosa como una pantera. Haciendo caso omiso de la enorme espada, de la que goteaba la sangre de sus guerreros, se acercó Conan hasta rozar la hoja con el muslo. Los rojos labios se separaron mientras hundía la mirada en los sombríos y amenazadores ojos del bárbaro.

—¿Quién eres? —preguntó—. Por Istar, nunca había visto nada igual, aunque he asolado este mar desde las costas de Zingaria hasta los fuegos del extremo sur. ¿De dónde vienes?

—De Argos —respondió lacónico, atento a la menor traición.

Si la esbelta mano de la mujer se hubiera movido hacia el puñal enjovado que llevaba al cinto, un manotazo la habría enviado inconsciente al suelo. Pero en el fondo, Conan no tenía miedo; había estrechado en sus brazos de hierro a demasiadas mujeres, civilizadas o no, para no reconocer la luz que ardía en los ojos de aquella.

—¡No eres un hibóreo blanducho! —exclamó Bêlit—. Eres fiero y duro como un lobo gris. Esos ojos nunca han sido velados por las luces de la ciudad; esos músculos nunca se han anquilosado entre paredes de mármol.

—Soy Conan. Cimerio.

Para los habitantes de aquellas regiones exóticas, el norte era un reino medio legendario poblado de gigantes feroces de ojos azules que en ocasiones descendían de sus fortalezas heladas con antorchas y espadas. Sus incursiones nunca habían llegado lo bastante al sur para alcanzar Shem, y aquella mujer shemita no hacía distinción entre vanires, aesires y cimérios. Con el instinto inequívoco de la feminidad, sabía que había encontrado a su amante, y la raza a la que perteneciese le importaba menos que nada, salvo para recubrirlo con el encanto de las tierras lejanas.

—Soy Bêlit —gritó en un tono en el que lo mismo podía haber dicho: «Soy una reina»—. ¡Mírame, Conan! —Abrió los brazos—. Eres frío como las montañas que te criaron, tigre del norte. ¡Tómame y aplástame con tu fiero amor! ¡Ven conmigo a los confines del mundo, hasta el borde mismo del mar! ¡Soy reina por derecho de fuego, acero y muerte! ¡Sé mi rey!

Los ojos de Conan examinaron las hileras de guerreros cubiertos de sangre, en busca de expresiones de ira o celos. No había rabia alguna en los negros rostros. Comprendió que para aquellos hombres Bêlit era más que una mujer: era una diosa de voluntad

incuestionable. Miró hacia el *Argus*, que cabeceaba escorado entre aguas carmesíes, con la cubierta inundada, sujeto solo por los garfios de abordaje. Contempló la costa y las lejanas brumas del mar, y por último miró la figura trémula que tenía enfrente. Su espíritu bárbaro se estremeció de emoción. Recorrer aquel reino azul con aquella joven tigresa de piel blanca; amarla, reír, viajar y saquear...

—Navegaré contigo —gruñó mientras sacudía la sangre de su espada.

—¡Eh, N'Yaga! —La voz vibró como una cuerda de arco—. ¡Trae hierbas y venda las heridas de tu amo! Los demás, traed a bordo el botín y soltad amarras.

Mientras Conan, sentado con la espalda apoyada en la popa, dejaba que el viejo chamán le curase los cortes de manos y brazos, la carga del malhadado *Argus* fue estibada en la *Tigresa*, en los pequeños camarotes que había bajo la cubierta. Los cadáveres de la tripulación y de los piratas caídos en el combate se arrojaron al mar, donde ya se arracimaba un enjambre de tiburones, mientras los heridos yacían en cubierta esperando su turno. Se retiraron los garfios de abordaje del *Argus* y, mientras la galera se hundía en silencio en las aguas ensangrentadas, la *Tigresa* se dirigió hacia el sur impulsada por el golpeteo rítmico de los remos.

Mientras surcaban las cristalinas profundidades azules, Bêlit se acercó a la popa. Los ojos le ardían como los de una pantera en la oscuridad al quitarse el ceñidor, los adornos y las sandalias. Los apartó de una patada. De puntillas y con los brazos en alto, una esbelta silueta blanca y trémula, gritó en dirección a la horda que la observaba:

—¡Lobos de mar! ¡Contemplad la danza de apareamiento de Bêlit, cuyos padres fueron reyes en Askalón!

Se puso a bailar, girando como un torbellino, vibrante como una llama inextinguible, fiera como el ansia de vida y el deseo de muerte. Los blancos pies volaban sobre la cubierta manchada de sangre, y los moribundos olvidaban la muerte con solo mirarla. De pronto, como las estrellas que asoman a través del manto de terciopelo del ocaso, su cuerpo se convirtió en un borrón de fuego marfileño que se arrojó a los pies de Conan. El torrente cegador del deseo del cimerio hizo desaparecer todo lo demás mientras estrechaba aquel cuerpo jadeante contra las placas negras de su armadura.

El loto negro

*La muerte me aguarda, en fango velada,
oculta en ciudades de piedras roídas,
paciente y hambrienta de sangre y de vidas,
de diente aguzado y garra afilada.*

*Impía visión que nubla mis ojos,
deforme y siniestra, hedionda y maldita,
que vuelve mi alma pesada y marchita,
y deja a su paso tan solo despojos.*

*Con fauces rabiosas, con besos cortantes,
con garras hambrientas, con dedos sajantes
en negra demencia mi alma zambullo.*

*¿Es miedo, zozobra o amor lo que siento?
¿Es rabia aquello que suena en el viento?
¿O es la locura haciéndome suyo?
—La canción de Bêlit*

La *Tigresa* cruzaba el mar y las aldeas negras temblaban. Los tambores sonaban en la noche y relataban cómo la diablesa del mar había encontrado pareja, un hombre de hierro cuya ira era la de un león herido. Los supervivientes de las naves estigias destrozadas maldecían a Bêlit y al guerrero blanco de fieros ojos azules. Los príncipes estigios tardarían en olvidarlo y su recuerdo se convertiría en un árbol amargo de fruta carmesí en los siguientes años.

Despreocupada como el viento errante, la *Tigresa* recorrió las costas meridionales hasta que echó el ancla a orillas de un río ancho y sombrío, de orillas ocultas tras una misteriosa selva multicolor.

—Ese es el río Zarjiba, cuyo nombre significa «muerte» —dijo Bêlit—. Sus aguas son venenosas. ¿Ves lo oscuras y turbias que bajan? Solo viven en él reptiles venenosos. Los negros lo evitan. Una vez, una galera estigia lo remontó para huir de mí y le perdí la pista. Anclé aquí mismo, y varios días más tarde vimos volver la galera por las negras aguas, con la cubierta desierta y manchada de sangre. Solo había un hombre a bordo; había perdido la razón y murió poco después entre balbuceos. El cargamento estaba intacto, pero la tripulación se había esfumado en el silencio y el misterio.

»Mi amor, creo que hay una ciudad río arriba. Los marinos que se han atrevido a adentrarse hablan de murallas y torres gigantescas divisadas a lo lejos. Juntos no tememos nada, Conan. Vamos a saquear esa ciudad.

Conan se mostró de acuerdo, tal como solía hacer. Era ella quien planeaba y dirigía los ataques, y él, quien llevaba a cabo los planes. No le importaba gran cosa adónde navegaban o contra quién luchaban, en tanto navegasen y luchasen. Le parecía que llevaba una buena vida.

Las batallas y las incursiones habían hecho mella en la tripulación. Solo quedaban unos ochenta lanceros, apenas suficientes para manejar la larga galera. Pero Bêlit no quería perder tiempo viajando a los reinos insulares del sur en los que reclutaba a sus bucaneros. Estaba impaciente por lanzarse a una nueva empresa, así que la *Tigresa* se internó en la boca del río. Los remeros bogaban con brío para enfrentarse a su caudal.

Rebasaron el extraño recodo que cerraba la vista al mar, y el ocaso los encontró luchando contra la perezosa corriente y evitando bancos de arena en los que se enroscaban extraños reptiles. No vieron cocodrilos ni ninguna otra bestia de cuatro patas; tampoco divisaron ningún pájaro que descendiera a beber. Siguieron río arriba atravesando la oscuridad que precede a la salida de la luna, flanqueados por orillas que parecían empalizadas de oscuridad. De allí salían misteriosos susurros y el sonido de pisadas furtivas, y a veces asomaban siniestros ojos resplandecientes. En una ocasión se oyó una voz inhumana de tono burlón que Bêlit identificó como la de un mono, y añadió que las almas de los perversos quedaban atrapadas en aquellas criaturas de aspecto semihumano como castigo por sus crímenes. Conan no estaba tan seguro, pues una vez había visto en una ciudad hirkania un animal de ojos infinitamente tristes, que al parecer era un mono, entre los barrotes de una jaula; no había percibido en él la malevolencia demoniaca que vibraba en la risotada que resonaba en la negra selva.

Salió la luna, un círculo rojizo veteado de ébano, y la selva entera se convirtió en una algarabía espantosa. Los guerreros negros se estremecieron ante los rugidos, aullidos y chillidos, pero Conan se dio cuenta de que procedían de la espesura, como si las bestias temieran tanto como los hombres las negras aguas del Zarjiba.

Sobre la densa y oscura masa de árboles la luna teñía el río de plata, y la estela del barco se convirtió en una ondulación de burbujas fosforescentes que se ensanchaban como una calzada empedrada de diamantes. Los remos se hundían en el agua brillante y se alzaban bañados en plata escarchada. Las plumas de los tocados de los guerreros se mecían al viento, y relucían las gemas de las empuñaduras y arneses.

La fría luz arrancaba fuego de las joyas encastradas en los negros rizos de Bêlit, tumbaba en una piel de leopardo en la cubierta. Apoyada en los codos, la barbilla sobre las delicadas manos, no apartaba la vista de Conan, tendido a su lado. Los ojos de Bêlit eran como diamantes negros que relucían a la luz de la luna.

—Estamos rodeados de misterio y terror, Conan, y nos adentramos en un reino de horror y muerte —dijo—. ¿Tienes miedo?

La única respuesta que recibió fue un encogimiento de hombros.

—Tampoco lo tengo yo —añadió meditabunda—. Nunca lo he tenido. Me he asomado demasiadas veces a las fauces desnudas de la muerte. Dime, Conan, ¿temes a los dioses?

—No pisaría su sombra —dijo el bárbaro con cautela—. Algunos dioses disfrutan ayudando y otros haciendo daño, o al menos eso dicen los sacerdotes. El Mitra de los hibóreos debe de ser poderoso, pues su gente construyó ciudades por todas partes. Pero hasta los hibóreos temen a Set. Bel, el dios de los ladrones, es un buen dios. Cuando era ladrón en Zamora aprendí mucho de él.

—¿Qué hay de tus dioses? Nunca te he oído invocarlos.

—El principal es Crom. Mora en una gran montaña. ¿De qué serviría invocarlo? Le importa poco si vivimos o morimos. Mejor pasar desapercibido que atraer su atención,

pues lo que envía son maldiciones, no fortuna. Es frío y taciturno, pero cuando nacemos nos insufla en el alma poder para luchar y matar. ¿Qué más puede pedir un hombre a los dioses?

—¿Y qué me dices de los mundos de más allá del río de la muerte? —insistió.

—En la religión de mi pueblo no hay esperanza, ni aquí ni en el más allá —respondió Conan—. En esta vida la gente lucha y sufre en vano, y solo encuentra placer en la resplandeciente locura de la batalla. Tras la muerte, las almas van a parar a un reino gris cubierto de niebla, nubes y vientos helados, por el que vagan desconsoladas durante toda la eternidad.

Bêlit se estremeció.

—La vida, por mala que sea, es mejor que un destino como ese. ¿En qué crees tú, Conan?

El cimerio encogió los anchos hombros.

—He conocido muchos dioses. Aquel que niegue su existencia está tan ciego como aquel que confíe en ellos sin dudar. No busco nada al otro lado de la muerte. Quizá no haya más que la negrura infinita que proclaman los escépticos nemedios, o el reino de hielo y nubes de Crom, o las llanuras nevadas y los salones abovedados del Valhala de los hombres de Nordheim. No lo sé ni me importa. Quiero vivir con intensidad mientras pueda; saborear la carne roja y sentir el picor del vino en el paladar; notar el abrazo cálido de un cuerpo acogedor; experimentar el júbilo enloquecedor de la batalla, cuando las espadas brillan azules y carmesíes. Eso me basta. Que los sabios, los filósofos y los sacerdotes se devanen los sesos dilucidando qué es realidad y qué es ficticio. Solo sé una cosa: si la vida es una quimera, también lo soy yo; por tanto, la quimera es real para mí. Vivo, me abraso en la vida, amo, mato... Es suficiente.

—Pero los dioses son reales. —Ella seguía su propia línea de pensamiento—. Y por encima de todos están los dioses de los semitas: Istar, Ashtoreth, Derketo y Adonis. Bel también es semita, pues nació en la antigua Shumir hace mucho tiempo y se fue de allí entre risas, con su barba rizada y sus ojos burlones y sabios, para robar las gemas de los reyes de antaño.

»Hay vida más allá de la muerte, de eso estoy segura. Y también de otra cosa, Conan de Cimeria. —Se puso de rodillas y lo abrazó con un ansia felina—. ¡Mi amor es más fuerte que la muerte! He yacido entre tus brazos; he gemido con la violencia de tu amor; me has tomado, aplastado, conquistado; has arrastrado mi alma a tus labios con la fiera pasión de tus besos. Mi corazón está engarzado en el tuyo. ¡Mi alma es parte de tu alma! Si estuviera muerta y luchases por tu vida, volvería de los abismos para ayudarte. ¡Sí!, ¡aunque mi espíritu flotara con velas púrpuras por el mar de cristal del paraíso o se retorciera entre las llamas abrasadoras del infierno! Soy tuya, y ni todos los dioses del mundo, ni siquiera la eternidad misma, pueden separarnos.

Se oyó un grito procedente del vigía de proa. Conan apartó a Bêlit, se puso en pie y trazó con la espada un arco de plata bajo la luna mientras la desenvainaba. Se le pusieron los pelos de punta al ver que el guerrero negro colgaba sobre la cubierta, sujeto por lo que parecía la flexible rama negra de un árbol que se arqueaba sobre la borda. Se dio cuenta en ese momento de que se trataba de una serpiente gigantesca que había subido a cubierta y había agarrado al desgraciado vigía con las fauces. Las chorreantes escamas brillaban pálidas bajo la luz de la luna mientras la criatura se erguía sobre la cubierta, donde el pobre

diablo gritaba y se debatía como un ratoncillo a merced de una pitón. Conan echó a correr hacia la proa y de un golpe de espada atravesó casi por completo el enorme cuerpo, más ancho que el de un hombre. La sangre salpicó la cubierta mientras el monstruo agonizante se deslizaba fuera del barco, aún con su víctima agarrada, y se sumergía en el río, llenando el agua de una espuma sanguinolenta bajo la que hombre y reptil acabaron por desvanecerse.

Conan se encargó de la guardia siguiente, pero ningún otro horror trepó de las turbias profundidades y, mientras el amanecer iluminaba la selva, divisó entre los árboles los negros colmillos de un grupo de torres. Llamó a Bêlit, que dormía en cubierta envuelta en su capa escarlata; la mujer echó a correr hacia él con los ojos resplandecientes. Abrió los labios para ordenar a sus guerreros que cogieran los arcos y las lanzas y, de pronto, se quedó inmóvil.

No era más que el fantasma de una ciudad lo que vieron cuando la selva se abrió en un claro, tras un recodo del río. Los destartados muelles de piedra estaban cubiertos de algas y malas hierbas, igual que el pavimento destrozado de lo que habían sido anchas calles, espaciosas plazas y amplios patios. La selva había tomado la ciudad por todos lados excepto el que daba al río, cubriendo las columnas desmoronadas y los montículos de cascotes de un verde ponzoñoso. Aquí y allá se alzaban tambaleantes torres hacia el cielo de la mañana y pilares destrozados sobresalían entre los muros medio caídos. En el centro había una pirámide de mármol coronada por una fina columna en cuyo pináculo se encontraba sentado o agachado lo que Conan supuso que era una estatua, hasta que sus agudos ojos detectaron que estaba vivo.

—Es un gran pájaro —dijo uno de los guerreros, mirando desde la proa.

—Es un murciélago gigante —replicó otro.

—No es más que un simio —dijo Bêlit.

Justo en ese momento, la criatura extendió unas alas enormes y echó a volar hacia la selva.

—Un mono alado —dijo inquieto el viejo N'Yaga—. Más nos valdría degollarnos que ir a ese lugar. Está hechizado.

Bêlit se burló de sus temores supersticiosos, y ordenó tomar tierra y amarrar la galera a los muelles en ruinas. Fue la primera en desembarcar, seguida de cerca por Conan. Tras ellos se arracimaban los piratas de piel de ébano, las blancas plumas mecidas por el viento matutino, las lanzas listas y los ojos clavados en la selva con temor.

Sobre ellos se extendía un silencio tan siniestro como una serpiente dormida. Bêlit caminaba entre los escombros; su cuerpo vital y esbelto contrastaba extrañamente con la desolación y la ruina que la rodeaban. El sol subía lentamente en el cielo, arrancaba desgastados destellos de oro de las torres y poblaba de sombras acechantes las paredes desmoronadas. Bêlit señaló una estrecha torre redonda que se tambaleaba sobre su base medio podrida. Un grupo de losas medio rotas y cubiertas de hierba conducían a ella, flanqueadas por columnas caídas, y ante la torre se alzaba un enorme altar. Bêlit cruzó el antiquísimo suelo y se detuvo ante él.

—Es un templo de los antiguos —dijo—. Mirad, podéis ver las acanaladuras por las que fluía la sangre a los lados del altar. Ni diez mil años de lluvias han podido borrar las manchas oscuras que lo cubren. Quizá hayan caído las murallas, pero este bloque de piedra desafía el tiempo y los elementos.

—Pero ¿dónde están esos antiguos? —quiso saber Conan.

Ella abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Ni siquiera en las leyendas más arcanas se menciona esta ciudad. ¡Mira los asideros de los lados del altar! Los sacerdotes solían ocultar sus tesoros bajo ellos. Cuatro de vosotros, probad a ver si podéis moverlo.

Se hizo a un lado para dejarles sitio, sin apartar la vista de la torre que se inclinaba sobre ellos. Tres de los negros más fuertes habían agarrado los asideros, curiosamente inadecuados para manos humanas, cuando de pronto Bêlit soltó un agudo grito. Se quedaron inmóviles y Conan, que iba a ayudarlos, dio media vuelta entre maldiciones.

—Una serpiente en la hierba —dijo ella mientras retrocedía—. Ven a matarla. Los demás, empujad la piedra con la espalda.

Conan se acercó rápidamente a Bêlit y otro tripulante ocupó su puesto. Mientras examinaba la hierba con impaciencia en busca del reptil, los enormes negros asentaron firmemente los pies, gruñeron y empujaron con toda la fuerza de sus músculos, rígidos bajo la piel de ébano. El altar no se elevó, sino que giró. Al mismo tiempo se oyó un estruendo y la torre se derrumbó sobre los cuatro piratas, que quedaron destrozados bajo la mampostería destrozada.

Un grito de horror salió de las bocas de sus camaradas. Los finos dedos de Bêlit se clavaron en el brazo de Conan.

—No había ninguna serpiente —susurró—. Era una excusa para apartarte. Tenía miedo. Los antiguos guardaban bien sus tesoros. Vamos a apartar los cascotes.

Así lo hicieron, y no fue fácil. Luego retiraron los cuerpos destrozados de los cuatro piratas. Bajo ellos, manchada de sangre, descubrieron una cripta excavada en la piedra maciza. El altar, que tenía curiosos rodamientos y rieles de piedra en un lado, era la losa que la sellaba. De un solo vistazo comprobaron que la cripta estaba llena de un fuego líquido que atrapaba la luz del día con un millón de facetas relucientes. Ante los ojos de los boquiabiertos piratas se extendía riqueza que sobrepasaba sus sueños: diamantes, rubíes, sanguinarias, zafiros, turquesas, espectrolitas, ópalos, esmeraldas, amatistas y hasta gemas desconocidas que brillaban como los ojos de una mujer aviesa. La cripta estaba llena hasta los bordes de piedras resplandecientes a las que el sol de la mañana arrancaba destellos de fuego.

Con un grito, Bêlit cayó de rodillas entre los escombros manchados de sangre e introdujo los pálidos brazos en aquel estanque de esplendor. Cuando los retiró agarraba algo que le provocó un nuevo grito, una larga ristra de piedras carmesíes como coágulos de sangre congelada colgados de una cadena de oro. Su brillo convertía la luz dorada del sol en un resplandor sanguíneo.

A juzgar por sus ojos, Bêlit estaba en trance. El corazón shemita cae con facilidad en la borrachera cegadora de la riqueza y el esplendor material, y la visión de aquel tesoro habría hecho tambalearse incluso el alma del ahíto emperador de Shushan.

—¡Coged las joyas, perros! —La voz le temblaba de avaricia.

—¡Mirad!

Un musculoso brazo negro señaló la *Tigresa* y Bêlit dio media vuelta con un gruñido en los rojos labios, como si esperase encontrar un corsario rival que fuera a arrebatarse el botín. Pero por la borda de la nave asomó una figura oscura que echó a volar hacia la selva.

—El demonio ha estado en el barco —murmuraban los negros, intranquilos.

—¿Y qué? —dijo Bêlit entre maldiciones mientras se apartaba un mechón rebelde con una mano impaciente—. Haced una litera con los mantos y las lanzas para que podamos transportar las joyas. ¿Adónde diablos vas?

—A echar un vistazo a la galera —gruñó Conan—. Esa especie de murciélago podría haber abierto una vía de agua.

Echó a correr por el ruinoso muelle y saltó a bordo. Examinó con rapidez el casco y lanzó un juramento mientras contemplaba el lugar por el que se había desvanecido aquella criatura.

Volvió al lugar en el que estaba Bêlit, que supervisaba el saqueo de la cripta. Se había puesto el collar, y aquellos grumos rojos brillaban siniestros sobre el blanco pecho. Un enorme negro desnudo se había metido en la cripta y sacaba a puñados joyas que pasaba a las manos impacientes del exterior. Hileras de iridiscencia helada colgaban entre los negros dedos, gotas de fuego rojo caían de sus manos, chorros de luz estelar y arcoíris amontonados. Era como si un titán negro estuviera agazapado sobre el ardiente foso del infierno con las manos llenas de estrellas.

—Ese demonio volador ha roto los barriles de agua —dijo Conan—. Si no hubiéramos estado tan obnubilados por las piedras lo habríamos oído. Fuimos idiotas al no dejar a nadie de guardia. No podemos beber el agua del río. Iré con veinte hombres a buscar agua fresca en la selva.

Ella lo miró sin interés, los ojos nublados por una pasión arrebatadora, los dedos jugando con las gemas sobre el pecho.

—Muy bien —dijo ausente, casi sin hacerle caso—. Llevaré el botín a bordo.

La selva se cerró a su alrededor y volvió gris la dorada luz del día. En las arqueadas ramas verdes, las enredaderas se enroscaban como pitones. Los guerreros caminaban en fila, atravesando el crepúsculo primordial como fantasmas negros guiados por un espectro blanco.

La maleza no era tan densa como Conan esperaba. El suelo estaba húmedo, pero no embarrado. Al alejarse del río empezaba a ascender poco a poco. Se fueron internando más y más en las verdes profundidades ondulantes sin encontrar el menor rastro de agua: ni un arroyo ni un estanque. Conan se detuvo de pronto y los guerreros, tras él, se quedaron como estatuas. En el tenso silencio que siguió, el cimero meneó la cabeza con irritación.

—Seguid adelante —le dijo a N’Gora, el jefe—. Caminad hasta que no me veáis. Parad entonces y esperadme. Creo que nos siguen. He oído algo.

Los negros se agitaron, inquietos, pero hicieron lo que les ordenaba. Mientras se iban, Conan se ocultó rápidamente tras un enorme árbol y se quedó mirando el camino que habían recorrido. Cualquier cosa podía salir de aquella maraña densa y verde. Pero no ocurrió nada, y los sonidos de marcha de los lanceros se desvanecieron en la distancia. Conan se dio cuenta de pronto de que el aire estaba impregnado de un aroma extraño y exótico. Algo le acarició la frente, y dio media vuelta. En un grupo de troncos verdes de extrañas hojas, enormes flores se volvían hacia él. Parecía como si le hicieran señas mientras doblaban los tallos flexibles en su dirección. Se abrieron y se oyó un susurro, aunque no soplaban brisa alguna.

Retrocedió al darse cuenta de que se trataba del loto negro, cuyo jugo era la muerte y cuyo aroma provocaba un sopor atormentado. Pero ya sentía los efectos y, aunque intentó

echar mano de la espada para cortar los tallos serpentinos, tenía el brazo dormido. Abrió la boca e intentó avisar a los guerreros, pero solo fue capaz de articular un gemido. De pronto, la selva empezó a girar a su alrededor y se volvió borrosa. No oyó los gritos que estallaban cerca de él mientras caía de rodillas y se desplomaba en el suelo. Sobre su cuerpo tumbado, las enormes flores cabeceaban en medio del aire inmóvil.

El horror de la selva

*El loto negro trajo un sueño fútil
poblado de fantasmas arruinados,
de regios chapiteles devastados
y gloria evanescida, rota, inútil.*

*Maldigo el sueño que extravió mi paso
que robó mi mundo con helados dedos,
escarbó con saña en antiguos miedos
y tiñó de sangre el sombrío ocaso.*

*Maldigo el tiempo en soñar usado,
en delirios sin sentido malgastado,
perdido en mil abismos sin luz y sin final.*

*Habré de enmendarlo con rabia y porfía
y borrar su imagen en la roja agonía
que sangra viscosa en mi fiero puñal.
—La canción de Bêlit*

Viajaba en la oscuridad total de un vacío perfecto por el que soplaban los vientos del cosmos. Luego aparecieron imágenes vagas, evanescentes, monstruosas, que giraban en un paisaje siniestro que surgió de la nada, como si la propia oscuridad tomara forma. Los vientos soplaron y crearon un vórtice, un torbellino piramidal que oscuridad rugiente. De allí salieron la Forma y las Dimensiones. De pronto, como nubes que se dispersan, la oscuridad desapareció y una ciudad inmensa de oscura piedra verde se alzó a orillas de un ancho río que fluía por una llanura sin fronteras. Por la ciudad vagaban seres de aspecto extraño.

Aunque creados en el mismo molde que la humanidad, no eran humanos. Tenían alas y eran de proporciones gigantescas; no eran una rama del misterioso tronco de la evolución que habría de culminar en el hombre, sino el fruto maduro de un árbol ajeno, independiente. Se parecían al hombre en la misma medida en que este se asemejaba a los grandes simios. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran tan superiores al hombre como este al gorila. Pero cuando erigieron su ciudad colosal, los primitivos ancestros del hombre aún no habían salido del limo de los mares primigenios.

Eran mortales, como todo lo que es de carne y hueso. Vivían, amaban y morían, aunque la duración de sus vidas era inmensa. Tras incontables millones de años, empezó a producirse un cambio. La visión tembló como un cuadro pintado en una cortina agitada por el viento. Sobre la ciudad y el terreno pasaron las eras como las olas por una playa, y cada una de ellas transportaba modificaciones. De algún modo, el magnetismo del planeta cambiaba, y los glaciares y las planicies heladas se desplazaron hacia los nuevos polos.

Los alrededores del gran río se vieron alterados. Las llanuras se convirtieron en pantanos que bullían de apestosa vida reptiliana. Donde se habían extendido fértiles prados se alzaron bosques y densas selvas. El paso del tiempo también cambió a los

habitantes de la ciudad. No se trasladaron a tierras mejores; razones incomprensibles para la humanidad los anclaban a la antigua ciudad y a su destino. Y mientras la tierra otrora fértil se hundía más y más en el fango negro de la sombría selva, las gentes de la ciudad se hundieron en el caos de la vida salvaje. La tierra se vio sacudida por terribles convulsiones; las noches estaban iluminadas por erupciones volcánicas que tachonaban el oscuro horizonte con columnas rojizas.

Tras un terremoto que echó abajo la muralla y las torres más altas de la ciudad, el río bajó negro durante días, lleno de una sustancia mortífera procedente de las profundidades subterráneas. No tardó en quedar claro que un aterrador cambio químico se había producido en las aguas que habían bebido durante incontables milenios.

Muchos murieron; en los supervivientes, el agua produjo modificaciones sutiles, graduales y siniestras. Al adaptarse a las condiciones del entorno, habían descendido muy por debajo de lo que habían sido. Pero las aguas letales los alteraron de un modo más terrible, de generación en generación, cada vez más bestiales. Ellos, que habían sido dioses alados, se convirtieron en demonios maniatados. Lo que quedaba del vasto conocimiento de sus antepasados estaba distorsionado y pervertido de una forma atroz. Habían llegado más arriba de lo que la humanidad podía soñar y se hundieron por debajo de las peores pesadillas del hombre. Murieron con rapidez, devorándose unos a otros, enzarzados en disputas sangrientas en la oscuridad de la selva a medianoche, hasta que solo quedó uno en las ruinas cubiertas de líquenes de la ciudad, una deforme aberración de la naturaleza.

Llegaron entonces los humanos. Hombres de rostro de halcón y piel oscura cubiertos de cobre y cuero, con arcos en la mano, guerreros de la Estigia prehistórica. Solo eran cincuenta, demacrados y hambrientos tras el largo viaje a través de la selva, cubiertos de vendajes manchados de sangre, indicios de una lucha encarnizada. En sus recuerdos se podía leer un relato de guerra y derrota, de huida ante una tribu más fuerte que los había empujado más y más al sur, hasta que se perdieron en el confuso océano verde de la selva y el río.

Agotados, se tumbaron entre las ruinas donde los capullos rojos que florecían una vez por siglo se mecían a la luz de la luna llena, y cayeron dormidos sobre ellos. Mientras dormían, una figura horrenda de ojos rojos salió reptando de entre las sombras y ejecutó ritos impíos sobre cada uno de los durmientes. La luna estaba alta en el cielo y pintaba la selva de rojo y negro. Sobre los durmientes pendían los capullos carmesíes, como coágulos de sangre. Luego, la luna se puso y los ojos del nigromante brillaron como gemas rojas en medio del ébano de la noche.

Cuando el alba extendió su manto blanco sobre el río no se veía hombre alguno; solo un peludo horror alado agazapado en mitad de un anillo de cincuenta hienas moteadas que alzaban el hocico hacia el cielo y aullaban como almas en pena.

Una escena siguió a la otra, tan deprisa que cada una le pisaba los talones a su predecesora. Hubo un manchón de movimiento, sombras que se retorcían y se mezclaban contra el fondo de la selva, la piedra verdosa y el turbio río. Hombres negros llegaban en largos botes con calaveras sonrientes en la proa, o atravesaban la selva a golpe de lanza. Huyeron entre gritos en la oscuridad, perseguidos por ojos rojos y colmillos babeantes. Los aullidos de los moribundos se perdían en las sombras; pies sigilosos surcaban las tinieblas y ojos de vampiro resplandecían con luz roja. Hubo banquetes macabros bajo la luna, cuyo disco cruzaba una y otra vez una silueta de murciélago que aleteaba incansable.

De pronto, nítida en contraste con aquellos atisbos impresionistas, apareció una larga galera por el recodo del río, cubierta de brillantes cuerpos de ébano y con un fantasma blanco de acero azul sobre la proa.

En ese momento, Conan se dio cuenta de que estaba soñando. Hasta entonces no había sido consciente de su propia existencia, pero al verse en la proa de la *Tigresa* supo quién era y comprendió que soñaba, aunque no despertó.

Mientras se preguntaba qué ocurría, la escena cambió de repente a un claro de la selva donde N'Gora y diecinueve lanceros parecían esperar a alguien. Comprendió que lo esperaban a él y, justo en ese momento, el horror atacó desde el cielo y el ánimo de los piratas se desbarató en aullidos de pánico. Enloquecidos de terror, tiraron las armas y echaron a correr sin orden ni concierto por la selva, seguidos de cerca por la oscura monstruosidad que batía las alas sobre ellos.

El caos y la confusión siguieron a estas imágenes, y Conan luchó débilmente por despertarse. De pronto se vio bajo un grupo de flores negras cabeceantes, mientras una figura horrenda reptaba hacia él desde los arbustos. Con un tremendo esfuerzo, rompió los hilos invisibles que lo ataban al sueño y se puso en pie.

Perplejo, descubrió que estaba en el lugar en el que había soñado consigo mismo. Cerca de él se balanceaba el loto negro, y se apresuró a apartarse.

En el esponjoso suelo había huellas, como si un animal se hubiera parado allí, preparado para salir de un salto de entre los arbustos, y luego hubiera retrocedido. Parecía el rastro de una hiena increíblemente grande.

Llamó a N'Gora a gritos. Un silencio primigenio se cernía sobre la selva, y sus gritos resonaron huecos y burlones. No podía ver el sol, pero sus bien entrenados instintos de salvaje le dijeron que faltaba poco para el anochecer. Sintió pánico al darse cuenta de que había pasado varias horas inconsciente. Siguió a toda velocidad las huellas de los lanceros, que se veían con claridad en el suelo húmedo. Corrían en fila de a uno, y no tardó en salir a un claro que reconoció con un escalofrío como el que había visto en sus sueños de loto. Escudos y lanzas estaban tirados por todas partes, como si se hubieran deshecho de ellos en su huida.

Por las huellas que salían del claro y se adentraban en la espesura, Conan supo que los lanceros habían huido en desbandada. Las pisadas se superponían y serpenteaban sin sentido entre los árboles. De pronto, el cimero salió de la selva y se encontró en una colina de roca que ascendía abruptamente hasta morir en un empinado precipicio de más de quince varas de altura. Había algo acuclillado justo al borde.

Al principio creyó que se trataba de un enorme gorila negro, pero luego vio que era un hombre gigantesco agachado como un mono, con los largos brazos colgando; le salía espuma de los labios abiertos. Hasta que la criatura alzó las enormes manos y se lanzó en su dirección con un sollozo, Conan no reconoció a N'Gora. Este no prestó atención al grito del cimero mientras cargaba, con los ojos desorbitados, los dientes apretados y el rostro convertido en una máscara inhumana.

Con todo el vello erizado a causa del horror que la locura inspira en los cuerdos, Conan atravesó al negro con la espada. Luego, esquivando las manos engarfiadas que intentaban agarrarlo mientras caían, se acercó al borde del precipicio.

Contempló las afiladas rocas de abajo donde yacían los lanceros de N'Gora en posturas

rotas y torcidas, indicios claros de extremidades aplastadas y huesos rotos. Ninguno se movía. Una nube de moscardones zumbaba sobre las piedras manchadas de sangre, y las hormigas ya correteaban hacia los cadáveres. En los árboles de alrededor se veían aves rapaces; un chacal, tras alzar la vista y divisar al hombre en la cima, se escabulló furtivamente.

Conan se quedó inmóvil un rato. Luego dio media vuelta y echó a correr sobre sus pasos, atravesando la alta hierba y los arbustos sin pararse a considerar los riesgos, cortando las enredaderas que encontraba a su camino tendidas como serpientes. La espada murmuraba ronca en su mano derecha, y su rostro estaba cubierto de una palidez inusitada.

Nada rompió el silencio que reinaba en la selva. El sol se había puesto, y enormes sombras surgían del limo y la tierra negra. Conan cruzaba las fantasmales tinieblas llenas de muerte reptante y siniestra desolación como un relámpago de escarlata y acero azul. No se oía más sonido que el de su respiración rápida y jadeante mientras salía de la penumbra a la luz vacilante del ocaso en la orilla del río.

Vio la galera amarrada en el muelle medio desmoronado y las ruinas tambaleantes a la luz mortecina del anochecer.

Dispersas entre las rocas atisbó manchas de un color intenso, como si una mano descuidada hubiera lanzado brochazos de pintura carmesí.

De nuevo contemplaba la muerte y la destrucción. Ante él yacían sus lanceros; ninguno se levantó a darle la bienvenida. Los veía al borde de la selva, junto a la orilla, entre las columnas podridas y los malecones rotos. Estaban destrozados, mutilados, devorados a medias; parodias de hombres masticados.

Alrededor de los cadáveres y sus fragmentos se veía un enjambre de huellas enormes, parecidas a las de las hienas.

Conan caminó en silencio hasta el malecón y se aproximó a la galera, sobre cuya cubierta colgaba algo que desprendía un brillo marfileño a la luz del ocaso. Estupefacto, contempló a la Reina de la Costa Negra colgada del palo mayor de su propia galera. Entre el mástil y la blanca garganta, una hilera de grumos carmesíes brillaban como coágulos de sangre a la luz cenicienta.

El ataque aéreo

*De crespo pelaje, de fétido aliento,
de fauces hambrientas de carne y de vida,
feroces en loca y brutal embestida,
las sombras cerraban su cerco sangriento.*

*Erguido en silencio, trabado en combate,
la sangre manando espesa y oscura,
rodeado de odio, de rabia y locura,
mi amor aguantaba bravío el embate.*

*Oculta en el negro blusón de la muerte,
prendida en su abrazo, maldita mi suerte,
¿podría yo acaso ayudar a mi amado?*

*Por altos que fueran de Infierno los muros,
por firmes que fueran, cerrados y oscuros,
veloz volaría al instante a su lado.*

—La canción de Bêlit

La selva era un coloso negro que mecía con brazos de ébano el claro cubierto de ruinas. No había salido la luna, y las estrellas eran motas de ámbar caliente en un cielo mudo que apestaba a muerte. En la pirámide rodeada de torres desmoronadas estaba sentado Conan de Cimeria como una estatua de acero, con la barbilla apoyada en los inmensos puños. Entre las sombras negras vagaban pies sigilosos y resplandecían ojos rojizos. Los muertos seguían como los había encontrado. Pero en la cubierta de la *Tigresa*, sobre una pira de bancos rotos, astas de lanza y pieles de leopardo, yacía la Reina de la Costa Negra en su último sueño, envuelta en la capa escarlata de Conan. Como una auténtica reina, con el botín amontonado a su alrededor: sedas, paño de oro, trenzados de plata, barriles de gemas y monedas oro, lingotes de plata, puñales enjoyadas y figurillas de oro.

Pero solo las turbias aguas del Zarjiba sabían dónde había arrojado Conan el botín de la ciudad maldita mientras profería maldiciones. Ahora, acongojado, esperaba en la pirámide la llegada de sus enemigos invisibles. La negra furia que devoraba su corazón había barrido cualquier rastro de miedo. No sabía qué podía salir de la oscuridad. No le importaba.

Ya no dudaba de las visiones del loto negro. Se daba cuenta de que, mientras lo esperaban en el claro, N'Gora y sus hombres se habían dejado llevar por el pánico al ver al monstruo que revoloteaba sobre ellos y, en su alocada huida, habían caído por el precipicio. Todos menos su líder, que había logrado escapado a aquel destino, aunque no a la locura. Entre tanto, o quizá justo después, habían perecido los que estaban en la orilla. Conan no dudaba que aquello había tenido más de matanza que de batalla. Atrapados en sus miedos supersticiosos, los negros habrían muerto casi sin oponer resistencia cuando los atacó el monstruo.

No entendía por qué lo habían dejado para el final, a menos que la entidad maligna que gobernaba el río pretendiera mantenerlo con vida para torturarlo con la pena y el miedo. Todo apuntaba a una inteligencia humana o sobrehumana: la rotura de los barriles de agua para dividir las fuerzas, la forma en que los negros se dirigieron al precipicio y, por último, el gesto siniestro del collar carmesí anudado como una horca alrededor del blanco cuello de Bêlit.

Aparentemente se había reservado al cimerio para el plato fuerte y, tras exprimir hasta la última gota de exquisita tortura mental, lo más probable era que el enemigo terminase el drama dándole el mismo destino que a las otras víctimas. El pensamiento no provocó ninguna sonrisa en los taciturnos labios de Conan, pero en sus ojos brilló una risa de hierro.

Salió la luna, que arrancó fuego del yelmo astado. Ningún grito despertó los ecos, pero de pronto la noche se volvió tensa y la selva contuvo el aliento. Conan desenvainó instintivamente la enorme espada. La pirámide en la que se encontraba tenía cuatro lados, y el que encaraba la selva tenía amplios escalones labrados. Llevaba en la mano un arco shemita, como el que Bêlit había enseñado a usar a sus piratas. A sus pies había un racimo de flechas, con el extremo emplumado hacía él. Apoyó una rodilla en tierra.

Algo se movió en la oscuridad, bajo los árboles. Conan vio los contornos de una cabeza y unos hombros bestiales, iluminados de repente por la luna. Varias figuras oscuras salieron de entre las sombras, desplazándose rápidamente y en silencio: veinte enormes hienas moteadas. Las fauces babeantes brillaron a la luz de la luna y los ojos resplandecieron como no resplandecerían los de ningún animal.

Veinte. Así que las flechas de los piratas habían dado cuenta de algunos, después de todo. Mientras pensaba esto, Conan tensó la cuerda hasta la oreja y la soltó; una sombra de ojos llameantes saltó y cayó entre convulsiones. Las demás no se inmutaron; siguieron acercándose, y las flechas del cimerio cayeron entre ellos como una lluvia mortífera, guiadas con toda la fuerza y la puntería de unos músculos de acero y un odio comparable a las llamas del infierno.

La cegadora rabia no le quitó precisión, y el aire se llenó de muerte emplumada. El caos que se desató entre la manada fue devastador. Menos de la mitad alcanzó el pie de la pirámide; los demás yacían ante los escalones. Conan miró hacia abajo con ojos llameantes y comprendió que aquellas criaturas no eran bestias, que no era su increíble tamaño lo único que las convertía en horrendas blasfemias. Emanaba de ellas un aura casi tangible, como los vapores humeantes de un pantano atestado de cadáveres. No tenía ni idea de por qué medios impíos se habían creado aquellas criaturas, pero sabía que se enfrentaba a algo más diabólico que el Pozo de Skelos.

Se puso en pie, tensó el arcó y lanzó su última flecha contra una enorme figura peluda que se le lanzaba al cuello. La flecha, un rayo de luz plateada a la luz de la luna, cruzó vertiginosa la noche y la enorme bestia se estremeció en el aire antes de caer, atravesada de parte a parte.

El resto se lanzó contra él, una pesadilla de ojos refulgentes y fauces babeantes. Un certero golpe de espada detuvo al primer atacante, pero el desesperado empuje de los demás lo tiró al suelo. Partió un cráneo con la empuñadura, y sintió como el hueso se astillaba y la sangre y los sesos se le derramaban por la mano. Tiró luego la espada, inútil a tan corta y letal distancia, y se lanzó a las gargantas de los dos horrores que lo atacaban

con furia silenciosa. Un olor acre e infecto estuvo a punto de ahogarlo mientras su propio sudor lo cegaba. Solo la coraza lo salvó de ser despedazado en ese mismo instante. Al siguiente, su mano derecha hizo presa en una garganta peluda y la hizo jirones. La mano izquierda no alcanzó el cuello de la otra bestia, pero agarró una pata delantera y la rompió. Un breve gañido que sonó lastimeramente humano, el único grito en aquella siniestra batalla, escapó de la bestia mutilada. Horrorizado por aquel grito que salía de la garganta bestial, Conan relajó la presa sin querer.

Una de las hienas, chorreando sangre por la yugular desgarrada, se lanzó hacia él en un último espasmo de ferocidad y le cerró las mandíbulas alrededor del cuello, para caer muerta al instante, antes de haber cerrado las fauces.

La otra, a tres patas, se lanzó hacia él como un lobo, intentando arrancarle las escamas de la coraza. Conan se echó a un lado, agarró al monstruo lisiado y, con un esfuerzo que arrancó un gruñido de sus labios ensangrentados, alzó hacia sí a aquel diablo pataleante con toda la fuerza de sus brazos. Estuvo a punto de perder el equilibrio cuando el fétido olor de la criatura le golpeó la nariz mientras los colmillos buscaban su garganta, pero consiguió apartarla y le aplastó la cabeza con todas sus fuerzas contra los escalones de mármol.

Mientras se tambaleaba sobre las amplias piernas y recuperaba el aliento, la selva y la luna bailando enloquecidas a su alrededor, oyó un batir de alas de murciélago. Se agachó, agarró la espada y, tras incorporarse, afirmó los pies lo mejor que pudo y alzó la enorme hoja por encima de la cabeza con ambas manos, mientras se sacudía la sangre de los ojos sin dejar de escudriñar el aire en busca de su enemigo.

Pero no lo atacó desde el aire. Sintió que la pirámide temblaba bajo sus pies, oyó un crujido ominoso y vio como la alta columna que se erguía sobre él se agitaba como una caña. De un salto instintivo, se apartó cuanto pudo y cayó en un escalón a mitad de camino hacia el suelo que se estremeció bajo él. Volvió a saltar, desesperado, y cayó fuera de la pirámide. En ese preciso momento, esta se estremeció como una montaña sacudida por un terremoto y la columna se vino abajo en fragmentos rugientes. Durante un instante terrible pareció que llovían astillas de mármol. Luego, el polvo se asentó y la luna iluminó un paisaje de escombros.

Conan se sacudió las astillas que lo cubrían parcialmente. Un trozo algo mayor le había golpeado el yelmo y lo había aturcido momentáneamente; también le había caído sobre las piernas un enorme pedazo de columna que lo inmovilizaba. Ni siquiera estaba seguro de no tenerlas rotas. Tenía el pelo apelmazado por el sudor y le manaba sangre de las heridas de cuello y manos. Se apoyó en un brazo, intentando quitarse de encima los restos que lo aprisionaban.

Algo pasó bajo las estrellas y se posó en la hierba, a su lado. Dio la vuelta y lo vio. ¡La criatura alada!

Corría hacia él a una velocidad diabólica, y Conan solo pudo ver, borrosa, una gigantesca silueta humana que se desplazaba sobre unas piernas encorvadas y grotescamente cortas; unos brazos peludos, largos y amorfos, rematados por garras de uñas negras; una cabeza deforme en las que lo único reconocible eran dos ojos rojos inyectados en sangre. No era ni hombre ni bestia ni demonio, sino una mezcla de características subhumanas y sobrehumanas.

Pero Conan no tenía tiempo para pensar. Se lanzó hacia la espada tirada en el suelo, pero

no la alcanzaba. Empujó desesperadamente la mole que le atenazaba las piernas, y las venas de las sienes se hincharon por el esfuerzo. Cedía poco a poco, pero supo que el monstruo caería sobre él antes de que lograra liberarse y que aquellas garras negras serían su muerte.

La criatura alada seguía lanzándose en una carrera frenética hacia el postrado cimerio, como una sombra con los brazos abiertos.

Un relámpago blanco surcó el aire entre el monstruo y su víctima.

De pronto allí estaba ella, una figura tensa y blanca, trémula de amor y fiera como una pantera. El asombrado cimerio la vio interponerse entre él y la muerte que lo atacaba. Su esbelto cuerpo brillaba como el marfil bajo la luna. Vio el brillo en los ojos oscuros, la mata de pelo negro, el pecho erguido, los rojos labios separados que gritaban con un sonido cortante y musical mientras se lanzaba hacia el pecho del monstruo alado.

—¡Bêlit! —exclamó.

Ella le lanzó una mirada de refilón y en sus ojos oscuros vio arder un amor que era como una fuerza elemental de fuego rabioso y lava fundida. De pronto desapareció, y el cimerio vio solo a su enemigo, que retrocedía atemorizado, con los brazos levantados para repeler un ataque. Y supo que Bêlit estaba en realidad en la pira de la cubierta de la *Tigresa*. En sus oídos resonó su grito apasionado: «Si estuviera muerta y luchases por tu vida, volvería de los abismos...».

Con grito terrible, consiguió apartar la piedra. El monstruo alado corría de nuevo hacia él, pero Conan estaba de pie, preparado para recibirlo, con las venas ardiendo de cólera y los músculos tensos como cables mientras blandía la enorme espada y pivotaba sobre los talones para ganar impulso. Golpeó a la criatura justo encima de las caderas; las piernas cayeron a un lado y el torso al otro cuando la hoja atravesó el cuerpo peludo.

Se quedó inmóvil bajo la silenciosa luz de la luna, la espada goteante en la mano, sin apartar la vista de los restos de su enemigo. Los ojos rojos lo contemplaron, llenos de horripilante vida, y a continuación se vidriaron y se apagaron. Las enormes manos se agitaron de forma espasmódica y se quedaron quietas. Así se extinguió la especie más antigua del mundo.

Conan alzó la vista y buscó a las bestias que habían sido sus esclavos y ejecutores. No vio ninguna. Los cadáveres que divisó en la hierba iluminada por la luna eran de hombres, no de bestias: hombres de rostro de halcón y piel oscura, desnudos y atravesados por flechas o heridos por la espada. Se deshicieron en polvo ante sus ojos.

¿Por qué el amo alado no había acudido a ayudar a sus esclavos cuando peleaba contra ellos? ¿Tendría miedo de ponerse al alcance de sus fauces? En aquel cráneo deforme, la habilidad y la cautela habían ido parejas, pero de nada habían servido al final.

Dio media vuelta, recorrió el muelle en ruinas y subió a la galera. Un par de tajos de espada la desamarraron, y se puso al timón. La *Tigresa* cabeceaba indolente en el agua turbia, avanzando perezosa hacia el centro del río, donde la corriente se hizo cargo de ella. Conan se apoyó en el timón, la mirada taciturna clavada en la figura envuelta en una capa escarlata que yacía en lo alto de la pira, rodeada de riquezas comparables al rescate de una emperatriz.

La pira funeraria

*Ya no va a cruzar el mar encrespado,
cortando con gozo las olas bravías,
su fin han hallado los prósperos días
de mar y de remo, de viento acerado.*

*Ya no va a gozar de presa y pillaje,
del suave satén y el oro brillante.
Su alma afilada se eleva y, errante,
ya busca el descanso del último viaje.*

*Brillante de espuma, al mar se la doy.
Con paso cansado a pie firme voy
a darle el adiós que no pude dar.*

*Al mar la devuelvo que él me la dio,
al mar se la entrego, pues la reclamó,
y desde la playa la veo zarpar.
—La canción de Bêlit*

De nuevo, el amanecer teñía el océano. Un resplandor rojizo iluminaba la desembocadura del río. Conan el cimerio se apoyó en la espada, clavada en la blanca playa, y miró a la *Tigresa*, que emprendía su último viaje. No había luz en sus ojos mientras contemplaba las aguas cristalinas. Toda la gloria y la maravilla de las olas habían desaparecido para siempre. Observó con repulsión la verde marejada que se desvanecía entre las brumas del misterio.

Bêlit era del mar, al que confería su esplendor y su atractivo. Sin ella, era una desolación estéril y triste que se extendía de polo a polo. El lugar de Bêlit era el mar y a sus misterios insondables volvía. En cuanto a él, aquel esplendor azulado le resultaba menos atractivo que la frondosa maleza que crujía y susurraba a sus espaldas, llena de misterios vastos y salvajes, en la que debía adentrarse.

No había mano alguna al timón de la *Tigresa*, ni remos que la impulsaran por las verdes aguas, pero un viento limpio y continuo henchía su vela de seda y, como un cisne salvaje que volara hacia su nido, se internó en el mar mientras las llamas se alzaban cada vez más altas en la cubierta, lamían el mástil y se enroscaban alrededor de la figura que yacía en la pira envuelta en escarlata.

Así dejó este mundo la Reina de la Costa Negra. Apoyado en la espada teñida de sangre, Conan la contempló en silencio hasta que el rojo resplandor se desvaneció en medio de las brumas azules y el amanecer derramó su luz rosada y dorada sobre el océano.

EL VALLE DE LAS MUJERES PERDIDAS

El retumbar de los tambores y la fanfarria de los grandes cuernos elaborados con colmillos de elefante resultaban ensordecedores, pero en los oídos de Livia aquel clamor no era más que un murmullo apagado, sordo y lejano. Tumbada en un camastro dentro de la gran cabaña, pasaba del delirio a la semiinconsciencia. Sus sentidos no percibían apenas los sonidos y movimientos del exterior. Toda su atención, confusa y embotada, estaba centrada en la imagen desnuda y retorcida de su hermano y en la sangre que le corría por los temblorosos muslos. Siluetas negras se recortaban con claridad implacable contra un pesadillesco fondo de formas oscuras entrelazadas, y el aire se estremecía con un estertor, mezclado y entretejido obscenamente con el susurro de una risa diabólica.

No era consciente de sí misma, de aquello que la separaba del resto del cosmos. Se ahogaba en un abismo de dolor, como si ella no fuera más que dolor cristalizado y manifestado en la carne. Yacía sin pensar ni moverse mientras los tambores redoblaban, los cuernos resonaban, las voces bárbaras entonaban cantos siniestros, los pies marcaban el ritmo contra el duro suelo y las palmas batían frenéticas.

Al cabo, la conciencia fue volviendo poco a poco a su mente paralizada. Sintió un vago asombro al comprobar que no tenía ningún daño físico. Aceptó el milagro sin experimentar agradecimiento. No parecía importante. De forma mecánica, se sentó en el camastro y miró a su alrededor, aturdida, mientras sus extremidades se movían indecisas, obedeciendo al despertar de los centros nerviosos. Posó unos pies descalzos y nerviosos en el suelo de tierra batida; sus dedos tiraron de forma espasmódica de la exigua camisola que era su única indumentaria. Le pareció recordar, como si hubiera contemplado la escena desde fuera, que hacía mucho tiempo unas manos bastas le habían arrancado el resto de la ropa, y que se había puesto a llorar de miedo y vergüenza. Le pareció sorprendente que algo tan nimio le hubiera causado tanto dolor. La magnitud de las atrocidades y las indignidades, como todo lo demás, era relativa después de todo.

Se abrió la puerta de la cabaña y entró una mujer negra, una criatura esbelta como una pantera, con un cuerpo flexible que brillaba como el ébano pulido. Solo llevaba una tira de seda, alrededor de las cimbreantes caderas. El blanco de sus ojos, que giró con expresión taimada, reflejaba la hoguera del exterior.

Llevaba un plato de bambú con comida: carne humeante, gachas, batatas asadas y barritas del duro pan nativo, además de una jarra de oro batido llena de cerveza yarati. Lo posó todo en el camastro, pero Livia no le prestó atención. Estaba sentada en el otro extremo de la cabaña, apoyada contra la pared cubierta de esteras de bambú. La joven negra dejó escapar una risa maligna y mostró los blancos dientes, los ojos ardientes de desprecio. Luego siseó una obscenidad y realizó un gesto de burla más grosero aún que sus palabras, tras lo cual dio media vuelta y salió de la cabaña. Había más insolencia en el bamboleo de sus caderas de la que habría sido capaz de expresar verbalmente una mujer civilizada.

Ni las palabras de la moza ni sus actos rozaron la superficie de la conciencia de Livia. Todas sus sensaciones se enfocaban aún hacia el interior. La intensidad de sus imágenes mentales convertía el mundo visible en un paisaje irreal poblado de sombras y fantasmas. Comió y bebió de modo mecánico, sin saborear.

También de forma mecánica, se incorporó por fin y cruzó la cabaña con pasos

inestables, para asomarse por una grieta entre los bambúes. Un cambio brusco en el timbre de tambores y cuernos despertó alguna parte recóndita de su mente y le hizo buscar la causa sin voluntad perceptible.

Al principio no comprendió nada de lo que veía; todo era caótico y sombrío, lleno de siluetas que se movían y se entremezclaban, se retorcían y giraban, bloques negros sin forma definida recortados contra un borroso resplandor rojo sangre. Poco a poco, los objetos y los movimientos recuperaron sus proporciones normales y supo que contemplaba a un grupo de hombres y mujeres que se movían alrededor de las hogueras. La luz roja arrancaba destellos de los adornos de plata y marfil; manojos de plumas blancas cabeceaban hacia el resplandor. Los cuerpos desnudos se contorneaban y se detenían, como siluetas talladas en oscuridad y ribeteadas de carmesí.

Sobre un escabel de ébano, rodeado de gigantes con tocados de plumas y ceñidores de piel de pantera, reposaba una figura rechoncha, abismal, repulsiva, un grumo de negrura en forma de sapo que apestaba como la encharcada selva putrefacta y los inmundos pantanos. Las manos gordezuelas de la criatura reposaban en su prominente barriga. Su nuca era un rollo de grasa negra que parecía empujar hacia delante la cabeza picuda. Como ascuas en un tronco negro, los ojillos brillaban a la luz de la hoguera con una vitalidad que desmentía el aspecto apoltronado del grueso cuerpo.

Cuando la joven clavó la vista en aquella imagen repelente, su cuerpo se tensó como si la vida volviera a ella de pronto. Ya no era una autómatas sin mente, sino un recipiente colmado de vida y cubierto de piel trémula, ardiente, punzante. El dolor se disolvió en un odio tan intenso que se convirtió a su vez en dolor. Se sintió fuerte y frágil a la vez, como si su cuerpo trocará en acero, y notó como el odio de su interior fluía casi tangible en la dirección de su mirada, tanto que le pareció que, por fuerza, el objetivo de tal emoción debería caer fulminado.

Pero si Bajujh, rey de los bakalah, sintió alguna incomodidad a causa de la concentración de su cautiva, no dio muestras de ello. Siguió atiborrando hasta el límite su boca de batracio con puñados de gachas de un recipiente que una mujer arrodillada sostenía a su lado. Alzó la vista de pronto y contempló el amplio pasillo que crearon sus súbditos al echarse hacia atrás.

Livia se dio cuenta vagamente de que iba a llegar alguien importante por aquel pasillo flanqueado por un muro de sudorosa humanidad, a juzgar por el clamor estridente de tambores y cuernos. En efecto, alguien apareció.

Un grupo de guerreros en fila de a tres avanzaba hacia el escabel de ébano, una apretada fila de plumas ondeantes y lanzas brillantes que se desplazaba a través de la multitud. A la cabeza de los lanceros de ébano iba una figura cuya visión sobresaltó violentamente a Livia. El corazón se le detuvo y luego volvió a latir, acelerado. Aquel individuo resaltaba con nitidez sobre el fondo oscuro. Llevaba pieles de leopardo y un tocado de plumas, igual que sus seguidores, pero era blanco.

La forma en que avanzaba hacia el escabel de ébano no era la de un peticionario o un subordinado, y un tenso silencio se hizo a su alrededor mientras se detenía frente a la figura reclinada. Livia pudo sentir la tensión, aunque apenas adivinaba qué estaba pasando. Bajujh siguió sentado un momento, con el corto cuello estirado, como una rana enorme. Luego, como si lo obligase la tranquila mirada del recién llegado, se puso en pie sin dejar de menear grotescamente la cabeza rapada.

La tensión se rompió al instante. Un clamor salió de la masa que se apretujaba alrededor y, a un gesto del guerrero blanco, sus guerreros humillaron las lanzas y se postraron ante el rey Bajujh. Fuera quien fuese, Livia estaba segura de que aquel individuo era alguien respetado en las tierras salvajes, o Bajujh no se habría puesto en pie para recibirlo. Y respeto, en aquel caso, significaba poder militar. La violencia era lo único que respetaba aquella gente feroz.

Después, Livia ya no pudo apartar los ojos de la grieta de la pared de la cabaña. Los guerreros del extranjero blanco se mezclaron con los bakalah, y se unieron al baile y la fiesta entre grandes tragos de cerveza. Él mismo, junto a algunos de sus lugartenientes, se sentó junto a Bajujh y los bakalah principales y, cruzado de piernas en la estera, comió y bebió hasta hartarse. Lo vio hundir las manos en las ollas, como los demás, e introducir el morro en la jarra de cerveza de la que también bebía Bajujh. Se dio cuenta de que se le brindaba el respeto debido a un rey. Como no tenía escabel, Bajujh renunció al suyo y se sentó en la estera junto a su invitado. Cuando llevaron otra jarra de cerveza, el rey de los bakalah apenas la probó antes de pasársela al blanco. ¡Poder! Toda aquella cortesía ceremonial apuntaba al mismo sitio. ¡Poder, fuerza, prestigio! Livia se estremeció de emoción mientras un plan empezaba a tomar forma en su cabeza.

Siguió contemplando al hombre blanco con una intensidad dolorosa, memorizando hasta el último detalle. Era alto. Pocos de los gigantescos negros lo sobrepasaban en estatura o corpulencia. Se movía con la flexibilidad relajada de una enorme pantera. Cuando la luz de la hoguera cayó sobre sus ojos, estos ardieron con un fuego azul. Altas sandalias cubrían sus pies, y del amplio cinturón colgaba una espada en una vaina de cuero. Su aspecto era extraño y desconocido para Livia; nunca había visto a nadie igual. Pero no intentó clasificarlo en ninguna raza humana: le bastaba con que fuera blanco.

Pasaron las horas y, poco a poco, el rugido de la fiesta se aplacó a medida que hombres y mujeres caían en un sueño ebrio. Por último, Bajujh se puso en pie, tambaleante, y alzó las manos, no tanto para indicar que se había acabado el banquete como para reconocer su derrota en aquel concurso de glotonería. Tropezó, pero su séquito lo recogió y se lo llevó a dormir la mona a la cabaña real. El hombre blanco también se puso en pie, como si la enorme cantidad de cerveza que había trasegado no le hubiera hecho el menor efecto, y los caudillos bakalah que aún podían tenerse en pie lo escoltaron a la cabaña de invitados. Desapareció en su interior, y Livia vio que una docena de sus guerreros se apostaban alrededor, lanza en ristre. Evidentemente, el extranjero no estaba dispuesto a correr riesgos pese a la amistad de Bajujh.

Livia echó un vistazo al poblado, que parecía un apocalipsis negro, con el suelo cubierto de cuerpos ebrios y despatarrados. Sabía que guerreros en plena posesión de sus facultades montaban guardia en el exterior de la boma, pero los únicos hombres despiertos que vio en el poblado eran los lanceros que rodeaban la cabaña del blanco..., e incluso alguno de ellos cabeceaba agarrado a la lanza.

Con el corazón martilleando en el pecho, se dirigió hacia la parte de atrás de su cárcel y cruzó la puerta, sin despertar al guardia que le había puesto Bajujh, que roncaba sonoramente. Se deslizó como una sombra de marfil por el espacio que separaba su cabaña de la del extranjero, y gateó hacia la parte trasera. Un gigantesco negro montaba guardia en cuclillas, pero el tocado de plumas le rozaba los muslos. Pasó furtivamente a su lado y se acercó a la pared. Había estado cautiva en aquella cabaña al principio, y sabía que en la

pared había una estrecha abertura oculta por una esterilla, fruto de su ridículo e inútil intento de fuga. La encontró, se puso de lado y contorsionó el delgado cuerpo hacia el interior mientras apartaba la esterilla.

El resplandor de las hogueras iluminaba débilmente el interior de la cabaña. Mientras volvía a poner la esterilla en su sitio oyó que musitaban una maldición. Una mano la agarró por el cabello, la arrastró por la abertura y la lanzó al suelo.

Sobresaltada, trató de hacer acopio de valor, se apartó los mechones desordenados que le caían por los ojos y alzó la vista hacia el individuo que la contemplaba desde lo alto, con el asombro pintado en el rostro curtido y surcado de cicatrices. Llevaba la espada en la mano y los ojos le brillaban como carbones, aunque no estaba claro si a causa de la furia, la sospecha o la sorpresa. Dijo algo en un idioma que ella no entendía; no era la lengua gutural de los negros, pero tampoco contenía sonidos civilizados.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡No tan alto! ¡Van a oírte!

—¿Quién eres? —preguntó él. Hablaba el ofíreo con acento bárbaro—. ¡Por Crom, nunca pensé que encontraría una mujer blanca en esta condenada tierra!

—Me llamo Livia —respondió—. Bajujh me tiene cautiva. ¡Por favor, oh, por favor, escúchame! No puedo seguir aquí mucho tiempo; debo volver a mi cabaña antes de que me echen en falta.

»Mi hermano... —Se interrumpió con un sollozo y luego siguió—: Mi hermano era Theteles, y pertenecíamos a la casa de Chelkus, científicos y aristócratas de Ofir. Mi hermano obtuvo un permiso extraordinario del rey de Estigia para ir a Jeshatta, la ciudad de los magos, a estudiar sus artes, y yo lo acompañé. Solo era un muchacho, más joven que yo... —Se le quebró la voz. El extranjero no dijo nada, pero la miraba con ojos llameantes y el ceño fruncido e inescrutable. Había en él algo indómito que la asustaba y le hacía sentirse nerviosa e insegura—. Los kushitas atacaron Jeshatta —siguió—. Nos acercábamos a la ciudad en una caravana de camellos; nuestra escolta huyó y nos dejó a merced de los atacantes, que nos llevaron. No nos causaron daño alguno y nos hicieron saber que hablarían con los estigios para pedir un rescate por nosotros. Pero uno de los jefes quería todo el rescate para sí y, con los suyos, nos sacó del campamento una noche y huyó al sureste con nosotros, hasta la frontera de Kush. Allí los atacó una partida de bakalah que los degolló. Nos trajeron a Theteles y a mí a este cubil de salvajes... —Se echó a llorar, temblorosa—. Esta mañana han mutilado y descuartizado a mí hermano delante de mí... —Se ahogó y cerró los ojos ante el recuerdo—. Tiraron su cadáver a los chacales. No sé cuánto tiempo he pasado desmayada...

Le fallaron las palabras y alzó la vista hacia el rostro ceñudo del extranjero. Devorada por una furia enloquecida, cerró los puños y empezó a golpear el enorme pecho, que lo notó tanto como el zumbido de una mosca.

—¿Cómo puedes quedarte indiferente como una bestia? —gritó en susurros—. ¿Eres un animal, como esos otros? Ay, Mitra, y yo que pensaba que había honor en el corazón de los hombres. Ahora sé que todo el mundo tiene su precio. ¿Qué sabes tú de honor, piedad o decencia? Eres tan bárbaro como los demás; aunque tu piel sea blanca, tu alma es igual de negra.

»No te importa lo más mínimo que un hombre blanco haya sido descuartizado por esos perros negros, ni que una mujer blanca sea su esclava. Sea, pues.

Se apartó de él, jadeante, transfigurada por la emoción.

—Te daré un precio. —Se abrió la túnica y mostró los pechos marfileños—. ¿No soy hermosa? ¿No soy más deseable que esas perras del color del hollín? ¿No soy un botín deseable? ¿Es que una virgen de piel blanca no es un premio suficiente para ti? ¿No merece la pena matar por mí?

»¡Mata a ese perro negro de Bajujh! ¡Quiero ver su maldita cabeza rodar por el suelo ensangrentado! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —Golpeó un puño contra otro, llevada por el arrebato—. Luego, tómame y haz lo que quieras. ¡Seré tu esclava!

Él no dijo nada. Se quedó mirándola como un enorme ídolo cejijunto de matanza y destrucción, con los pulgares en el cinto.

—Hablas como estuvieras en posición de entregarte —respondió al fin—, como si el regalo de tu cuerpo tuviera el poder de estremecer las naciones. ¿Por qué iba a matar a Bajujh para conseguirte? En esta tierra, las mujeres son más fáciles de obtener que los plátanos, y lo que quieran o dejen de querer no importa. Tienes una idea demasiado elevada de ti misma. Si te deseara, no tendría que luchar con Bajujh por ti. Preferiría entregarte antes que enfrentarse a mí.

Livia jadeó. Todo el fuego que la animaba se desvaneció, y la cabaña giró a su alrededor. Se tambaleó y cayó al camastro hecha un ovillo. Una confusa amargura le mordió el alma cuando asumió lo desesperado de su situación. La mente humana se agarra con tenacidad a las ideas y valores que conoce, incluso en entornos y situaciones desconocidos y opuestos a aquellos en los que tales ideas y valores tienen sentido. Pese a todo lo que Livia había experimentado, seguía suponiendo que el consentimiento de la mujer era determinante en el juego que proponía, y se había quedado paralizada ante la constatación de que nada dependía de ella. No podía controlar a los hombres como si fueran peones; ella era el peón.

—Me doy cuenta de que es absurdo suponer que ningún hombre de este extremo del mundo actúe según las reglas y costumbres de otras partes —murmuró con voz apagada, apenas consciente de lo que decía, limitándose a articular los pensamientos que cruzaban su mente. Aturdida ante el último giro de su destino, se quedó allí tirada hasta que los dedos de hierro del extranjero se cerraron alrededor de sus hombros y la hicieron incorporarse.

—Me has llamado bárbaro —dijo con severidad—, y sin duda lo soy, gracias a Crom. Si hubierais viajado escoltados por hombres de las tierras del norte, en vez de blandengues civilizados de culo gordo, no serías esclava de ese cerdo negro. Soy cimero y me llamo Conan, y vivo del filo de mi espada. Pero no soy un perro que vaya a dejar a una mujer blanca en las garras de un negro. Aunque los tuyos me llaman salteador, jamás he forzado a una mujer en contra de sus deseos. Las costumbres pueden variar de un país a otro, pero si un hombre lo es de verdad, puede imponer las suyas allí donde vaya. ¡Y ningún hombre me ha llamado débil jamás!

»Aunque fueras vieja y arrugada como una arpía, te apartaría de Bajujh simplemente por el color de tu piel.

»Pero eres joven y hermosa, y he visto mujerzuelas negras hasta el hartazgo, así que jugaré a tu juego, aunque solo sea porque tus intenciones encajan en parte con las mías. Vuelve a tu cabaña. Bajujh está demasiado borracho para ir a verte esta noche, y yo me ocuparé de que esté atareado mañana. Y mañana por la noche será la cama de Conan la que calientes, no la de Bajujh.

—¿Cómo lo harás? —El cuerpo de la joven se estremecía, lleno de emociones encontradas—. ¿Esos son todos tus guerreros?

—Son más que suficientes —gruñó—. Son bamulas, hasta el último de ellos, criados a las ubres de la guerra. He venido a petición de Bajujh. Quiere que participemos en un ataque conjunto a los jihji. Esta noche hemos celebrado un banquete, pero mañana negociaremos. Cuando haya acabado con él, estará negociando en el infierno.

—¿Vas a romper la tregua?

—Las treguas en este país están hechas para romperlas —respondió hosco—. Él va a romper la suya con los jihji. Y en cuanto los hubiéramos masacrado, habría intentado acabar conmigo a la primera oportunidad. Lo que sería la traición más taimada en otras tierras, aquí se considera sabiduría. No me he abierto camino hasta ser el caudillo de guerra de los bamulas sin aprender unas cuantas de las lecciones que enseña esta tierra negra. Vuelve a tu cabaña y duerme; no es ya para Bajujh para quien preservas tu belleza, sino para Conan.

* * *

Temblorosa, Livia miraba una y otra vez por la grieta de la pared de bambú, los nervios crispados. Los negros se habían despertado más bien tarde de la bacanal nocturna, embotados y sudorosos, y se habían puesto a preparar la fiesta para la noche siguiente. Conan se había pasado todo el día en la cabaña de Bajujh, y Livia no tenía ni idea de lo que había ocurrido entre ellos. Tuvo que esforzarse para ocultar sus emociones a la única persona que la visitó, la sañuda moza negra que le llevaba comida y bebida. Pero la malhablada joven estaba aún demasiado resacosa tras la fiesta y no notó nada raro en el comportamiento de la cautiva.

Cuando volvió a caer la noche, se encendieron las hogueras. Los caudillos dejaron una vez más la cabaña del rey y se sentaron en el espacio abierto, entre las cabañas, para festejar y celebrar un último consejo ceremonial. Livia se dio cuenta de que se bebía bastante menos cerveza y de que los bamulas se acercaban como quien no quiere la cosa al círculo de los caudillos. Vio a Bajujh, y a Conan sentado frente a él, con las ollas humeantes de por medio. Se reía y hablaba animadamente con el gigantesco Aja, caudillo de guerra de Bajujh.

El cimero mordisqueaba un enorme hueso de vaca y, mientras Livia lo contemplaba, echó un vistazo a su espalda. Como si fuera la señal que esperaban, los bamulas centraron la atención en su caudillo. Conan se puso en pie, aún sonriente, como si fuera a echar mano a una olla cercana, y con una rapidez felina asestó un tremendo golpe a Aja con el hueso. El caudillo de guerra de los bakalah se desplomó con la cabeza abierta; al instante, un aullido rasgó la noche mientras los bamulas entraban en acción como panteras sedientas de sangre.

Se volcaron las ollas, escaldando a las mujeres sentadas, y las paredes de bambú crujieron por el impacto de los cuerpos. Gritos de dolor cruzaron la noche, ahogados por el exultante «¡Yi!, ¡yi!, ¡yi!» de los enloquecidos bamulas que blandían lanzas bañadas en carmesí al resplandor de la hoguera.

La aldea bakalah se convirtió en una locura que desembocó en carnicería. La acción de los invasores, repentina e inesperada, paralizó a los desgraciados lugareños. Ni se les había pasado por la cabeza que sus huéspedes fueran a atacarlos; casi todas las lanzas

descansaban en las cabañas y buena parte de los guerreros estaban medio borrachos. La caída de Aja fue la señal para que las resplandecientes armas de los bamulas se hundieran en un centenar de cuerpos desprevenidos. El resto fue una masacre.

Junto al agujero de la pared, Livia se quedó helada, convertida en una estatua blanca, con las manos en las sienes apretándose el pelo dorado. Tenía los ojos desorbitados y todo el cuerpo rígido. Los gritos de furia y dolor estremecían sus nervios torturados como si la golpearan; sombras borrosas se sacudían y retorcían frente a ella, y de pronto se volvían terriblemente nítidas. Contempló como las lanzas se hundían en los temblorosos cuerpos negros y salían con un chorro de sangre. Vio porras alzarse y descender con fuerza brutal sobre cabezas rizadas. Pateaban la hoguera, y las chispas se extendían por todas partes; las cabañas empezaron a arder. Un clamor de angustia se superpuso a los gritos cuando arrastraron a quienes quedaban con vida hacia las construcciones llameantes. El olor de la carne carbonizada inundó el aire, ya impregnado de sudor y sangre fresca.

Los sobrecargados nervios de Livia no pudieron más. Gritaba una y otra vez, aullidos de puro tormento que se perdían en el estrépito de las llamas y la matanza. Se golpeaba las sienes con los puños. La razón la abandonó, y los gritos se convirtieron en carcajadas histéricas. En vano intentó decirse que eran sus enemigos los que estaban muriendo de aquella horrible manera, que eso era lo que ella había deseado y tramado, que aquel horrendo sacrificio no era más que la justa retribución por lo que les habían hecho a ella y a los suyos. El terror desatado la meció en su enloquecido regazo.

No la embargaba la piedad por las víctimas que morían bajo las lanzas chorreantes. La única emoción que sentía era un miedo ciego, afilado, irracional. Vio a Conan, un cuerpo blanco que destacaba entre los negros. Vio el brillo de su espada, vio caer a la gente a su alrededor. Se produjo un tumulto junto a una hoguera, y Livia divisó una forma rechoncha que se retorció entre las llamas. Conan saltó hacia allá, y un grupo de frenéticas figuras negras lo ocultó de su vista. Se oyeron unos chillidos agudos, insoportables. La masa negra se apartó un instante y vio fugazmente un cuerpo agachado y tembloroso del que manaba sangre. Luego, la marea humana se interpuso de nuevo en su campo de visión y lo único que vio fue un relámpago de acero en la oscuridad.

Se oyó un aullido bestial, terrorífico por lo salvaje y primitivo. El alto cuerpo de Conan atravesó la multitud en dirección al lugar donde se ocultaba la joven con una horripilante reliquia en la mano. La luz del fuego jugaba burlona con la cabeza del rey Bajujh. Los ojos negros, vidriosos, girados hacia arriba, mostraban solo el blanco; la mandíbula colgaba en una mueca de imbecilidad babeante; gotas rojas trazaban un sendero macabro en el suelo.

Livia retrocedió con un alarido. Conan había pagado el precio y se disponía a reclamarla con la horripilante prueba de la palabra cumplida. La agarraría con aquellos dedos ensangrentados y le aplastaría los labios con los suyos, aún jadeantes por la matanza. El pensamiento la enloquecía.

Con un grito, cruzó la cabaña corriendo y se lanzó contra la puerta trasera, que se abrió sin oponer resistencia. Salió al espacio abierto, un aterrado fantasma blanco en un reino de sombras negras y llamas rojas.

Algún instinto latente la llevó al establo. Un guerrero estaba abriendo la empalizada y gritó asombrado al verla. Su mano oscura se lanzó hacia ella y le aferró la camisola. Con un giro frenético, se zafó de la presa y dejó la prenda en la mano del negro. Los caballos resoplaron y pasaron junto a ella de estampida, arrollando al hombre. El fuego y el olor de

la sangre habían enloquecido a los nervudos y fibrosos corceles kushitas.

Se agarró a ciegas a una crin que pasaba a su lado. El frenético caballo la zarandó; tocó el suelo con la punta de los pies, saltó y trepó hasta acabar temblorosa sobre la grupa. Presa del pánico, la manada saltó sobre el incendio; los delicados cascos lanzaban chispas cegadoras. Los asombrados negros vieron de refilón a la joven blanca, la rubia melena al viento, agarrada a la crin de un animal que galopaba como el viento. El corcel hizo un quiebro hacia el boma, dio un salto espectacular y desapareció en la noche.

* * *

Livia no hacía el menor intento de guiar al caballo, ni sentía la menor necesidad. Los gritos y el resplandor del incendio iban desvaneciéndose a su espalda, mientras el viento le alborotaba el cabello y acariciaba su cuerpo desnudo. Solo pensaba en no soltar la espesa crin del caballo y en seguir cabalgando sin parar; en llegar hasta el borde del mundo y saltar más allá, para dejar atrás todo el dolor, la pena y el horror.

El brioso corcel galopó durante horas, hasta que tropezó al saltar un montículo iluminado por las estrellas y lanzó hacia delante a su jinete.

Livia cayó sobre un mullido césped y allí se quedó un rato aturdida, consciente a medias de que su montura se marchaba. Se puso en pie tambaleante, impresionada por el silencio. Era casi tangible, como delicado terciopelo negro, después del incesante bramido de los cuernos bárbaros y los terribles tambores que la habían enloquecido los días anteriores. Alzó la vista y contempló las estrellas que se arracimaban en el cielo azul oscuro. Sin luna, iluminaban el terreno de un modo ilusorio, creando sombras caprichosas a su alrededor. Se encontraba en lo alto de un promontorio que descendía en una pendiente suave como la seda. A lo lejos distinguió una espesa línea de árboles que marcaban la linde de un bosque distante. Donde estaba ella no había nada más que la noche y una tranquilidad casi irreal en la que solo se oía la débil brisa que soplaba bajo las estrellas.

La tierra parecía vasta y dormida. La cálida caricia de la brisa le recordó su desnudez y se estremeció, incómoda, mientras se frotaba el cuerpo con las manos. Sintió entonces la soledad de la noche, total e inquebrantable. Estaba sola, desnuda sobre la tierra sin nadie más alrededor. Solo la noche y el susurro del viento.

Agradeció la noche y la soledad. No había nadie que la amenazase o la agarrase con manos toscas y violentas. Miró al frente y vio que la loma descendía hacia un ancho valle, donde los matorrales se mecían en densos macizos y la luz de las estrellas se reflejaba en un montón de pequeños objetos esparcidos por toda su superficie. Le pareció que eran flores blancas y eso despertó en ella un vago recuerdo. Le acudió a la memoria la historia de un valle del que los negros hablaban con miedo, un valle al que habían huido las jóvenes de una extraña raza de piel marrón que había habitado aquella tierra antes de que llegasen los antepasados de los bakalah. Allí, se decía, se habían convertido en flores blancas, transmutadas por los antiguos dioses para salvarlas de sus perseguidores. Ningún negro se atrevía a acercarse.

Ella sí se atrevía. Descendería por la ladera cubierta de hierba cuyo tacto, estaba segura, sería como terciopelo bajo sus tiernos pies. Moraría allí entre las flores blancas que se mecían en la brisa y ningún hombre pondría sus ansiosas y toscas manos sobre ella. Conan había dicho que los pactos se hacían para romperse; ella rompería el que había cerrado con él. Entraría en el valle de las mujeres perdidas, se perdería en la soledad y la quietud...

Sumida en esos pensamientos soñadores e inconexos empezó a descender por la suave loma y, poco a poco, las paredes del valle se alzaron cada vez más altas a su alrededor.

Pero la pendiente era tan suave que cuando llegó al fondo no tuvo la sensación de estar atrapada en el fondo de un cuenco. A su alrededor, todo flotaba en un mar de sombras y las enormes flores blancas cabeceaban y le hablaban en susurros. Vagó sin rumbo fijo, apartando la maleza con las delicadas manos, atenta al susurro del viento entre las hojas, sumergida en el placer infantil del murmullo cantarín de un arroyo cercano. Se movía como en un sueño, rodeada de un paisaje irreal. Solo un pensamiento giraba una y otra vez en su mente: estaba a salvo de la brutalidad de los hombres. Lloró, pero eran lágrimas de alegría. Se tendió en la hierba y la agarró como si quisiera estrechar aquel nuevo refugio contra su pecho y mantenerlo allí para siempre.

Arrancó pétalos de las enormes flores blancas y se fabricó con ellos una guirnalda para el pelo. Su perfume era como el resto del valle: sutil, soñador, encantador.

Llegó a un claro en medio del valle y allí divisó una enorme piedra con aspecto de haber sido erigida por manos humanas, adornada con helechos, capullos y guirnaldas de flores. Se quedó mirándola con la sensación de que algo vivo se agitaba. Cuando dio la vuelta vio varias figuras que destacaban entre las sombras. Eran mujeres morenas y esbeltas, delgadas y desnudas, con flores en el pelo negro como la noche. Se le acercaron como surgidas de un sueño, siempre en silencio. De pronto, el terror hizo presa en su carne cuando las miró a los ojos. Eran luminosos, radiantes bajo el resplandor de las estrellas, pero no eran humanos. Los cuerpos podían serlo, pero un extraño cambio se había producido en aquellas almas, un cambio que se reflejaba en los ojos resplandecientes. El miedo la atrapó como un animal ansioso. Acababa de toparse con la serpiente en su recién encontrado paraíso.

No tenía escapatoria. Las menudas mujercitas morenas la rodeaban. Una, la más adorable, se acercó en silencio a la temblorosa joven y la abrazó con sus delicados brazos cetrinos. Su aliento estaba perfumado con el aroma de las flores blancas que se abrían a la luz de las estrellas. Sus labios presionaron los de Livia en un terrible e interminable beso. La ofírea sintió que la sangre se le helaba en las venas y se le dormían los brazos y las piernas. Era como una estatua de mármol en los brazos de su captora, incapaz de hablar o de moverse.

Rápida y delicadamente, los suaves brazos la alzaron y la depositaron en el altar de piedra, sobre un lecho de flores. Las mujeres morenas juntaron las manos en un anillo y se movieron rítmicamente alrededor del altar, bailando extraños pasos. Ni el sol ni la luna habían contemplado nunca una danza tal, solo las blancas estrellas que parecían refulgir con más intensidad, como si respondieran a una oscura brujería primordial y cósmica.

Se oyó una letanía, menos humana que el suave gorgoteo de un arroyo distante; un susurro parecido al arrullo de las flores blancas que se mecían entre las estrellas. Livia, consciente pero incapaz de moverse, no dudó de su cordura. No intentó analizar ni racionalizar la situación; estaban ella y aquellas extrañas criaturas que bailaban a su alrededor. Era vagamente consciente de la atroz realidad de la pesadilla que la poseía mientras yacía indefensa contemplando el cielo estrellado; y supo de un modo instintivo que algo llegaría en su busca, como había llegado hacía mucho tiempo para transformar a las mujeres morenas en aquellas criaturas sin alma.

Vio en lo alto, justo encima, un punto negro que crecía entre las estrellas y se expandía a

medida que se acercaba. Se hinchó y adoptó la forma de un murciélago; luego siguió creciendo sin que su forma cambiara. Se mecía sobre ella bajo las estrellas, flotando hacia abajo como una pluma, las enormes alas extendidas sobre la joven que yacía entre las sombras. La letanía se hizo más intensa y un timbre de frío regocijo resonó en las voces, que daban la bienvenida al dios que acudía a reclamar el sacrificio recién cosechado, fresco y rosado como una flor en el rocío de la mañana.

Colgaba justo sobre ella, y su alma se estremeció y empequeñeció ante la visión. Las alas eran como las de un murciélago, pero el cuerpo y el rostro tenebroso que la contemplaba desde arriba no se parecían a nada que hubiera sobre la tierra, en el fondo del mar ni en el aire. Supo que estaba contemplando el horror absoluto, una sombra cósmica nacida en la noche insondable de los abismos, más allá de los sueños más enloquecidos del hombre.

Consiguió romper los hilos invisibles que la mantenían inmóvil y lanzó un grito de terror que fue respondido por un aullido de amenaza. Oyó el sonido de pies que corrían y, a su alrededor, un remolino de aguas embravecidas. Las flores blancas se agitaron y las mujeres morenas desaparecieron. Sobre ella se cernía la enorme sombra negra, y a un lado vio una figura blanca que corría en su dirección con un penacho de plumas que se balanceaba bajo las estrellas.

—¡Conan!

El grito salió de sus labios sin pensarlo. Con un aullido salvaje e inarticulado, el cimero saltó blandiendo la espada, que brillaba como una llama azul.

Las grandes alas se alzaron y cayeron. Livia, horrorizada, contempló al cimero envuelto en la enorme sombra que colgaba en el aire. La respiración del bárbaro se convirtió en un jadeo, pero plantó los pies en la tierra, aplastando las flores contra el suelo. El terrible impacto de los golpes resonó en medio de la noche. Fue zarandeado de un lado a otro como un rata atrapada por un sabueso. La sangre cayó espesa sobre la hierba, salpicando la alfombra de pétalos blancos.

Incapaz de apartar la vista de aquella diabólica batalla, la joven vio como la sombra alada vacilaba y se estremecía en el aire. Se oyó el batir de las alas desgarradas, y el monstruo herido alzó el vuelo y se elevó hasta perderse entre las estrellas. Su vencedor se mantenía en pie con torpeza, la espada en alto, las piernas separadas; miraba hacia arriba perplejo, asombrado de su victoria y preparado para retomar la terrible batalla si era necesario.

Luego se aproximó al altar, jadeante, sangrando a cada paso. El gigantesco pecho subía y bajaba, reluciente de sudor. La sangre le corría en arroyuelos por los brazos, el cuello y los hombros. Cuando tocó a la joven, el hechizo se rompió, y saltó temblorosa del altar para apartarse de la mano extendida de Conan. Este se apoyó en el altar sin dejar de mirarla, encogida a sus pies.

—Te vieron huir del poblado —explicó—. Partí en tu busca en cuanto pude. Encontré tu rastro, aunque no fue fácil a la luz de las antorchas; lo seguí hasta el lugar donde el caballo te tiró al suelo y, aunque las antorchas ya se habían apagado y no pude ver tus huellas en la hierba, supuse que habías bajado al valle. Mis hombres se han negado a seguirme, así que vengo solo. ¿Qué condenado valle es este? ¿Qué era esa cosa?

—Un dios —susurró ella—. Los negros hablaban de él... Un dios del pasado remoto.

—Un demonio de la oscuridad exterior —gruñó él—. No son tan infrecuentes. Acechan

como racimos de moscas en las fronteras del cinturón de luz que rodea el mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos encuentran la forma de llegar la tierra, aunque para ello deben tomar forma física. Un hombre como yo, armado con una espada, puede enfrentarse a cualquier cosa con colmillos o garras, sea mundana o infernal. Ven. Mis hombres esperan más allá del límite del valle.

Livia se encogió, inmóvil, incapaz de articular palabra, mientras él se agachaba a recogerla. Entonces dijo:

—Huía de ti. Iba a traicionarte. No pensaba mantener mi promesa. Según nuestro trato, soy tuya, pero habría escapado de ti si hubiera podido. Castígame como desees.

Él se sacudió el sudor y la sangre del pelo, y envainó la espada.

—Levántate. No fue un trato justo. No me arrepiento de haber matado a ese perro de Bajujh, pero no eres una mercancía que se compre y se venda. Las costumbres pueden variar de un lugar a otro, pero un hombre no debe comportarse como un cerdo, esté donde esté. Tras pensarlo un poco me di cuenta de que obligarte a mantener tu parte del acuerdo equivaldría a forzarte. Además, no eres bastante dura para esta tierra. Eres hija de las ciudades, los libros y las costumbres civilizadas... No es culpa tuya, pero no tardarías en morir con la vida que llevo, y una mujer muerta nunca es buena cosa. Te llevaré a la frontera de Estigia, y los estigios te enviarán a tu casa, en Ofir.

Lo miró como si no hubiera oído bien.

—¿A casa? —repitió mecánicamente—. ¿A casa? ¿A Ofir? ¿Con mi gente? ¿Ciudades, torres, paz? ¿Con mi gente?

De pronto se echó a llorar, cayó de rodillas y se abrazó a las piernas del cimero.

—Por Crom, muchacha —masculló Conan, avergonzado—, no hagas eso. Ni que te estuviera haciendo un favor al echarte de aquí. ¿No te he explicado que no eres la mujer adecuada para el caudillo de guerra de los bamulas?

NATOHK EL VELADO
(COLOSO NEGRO)



Un silencio primigenio se extendía sobre las misteriosas ruinas de Kuthchemes, pero había algo más. Miedo. El miedo que se agazapaba en la mente de Shevatas el ladrón, que respiraba agitadamente con los dientes apretados.

Era la única chispa de vida entre los colosales monumentos a la desolación y la decadencia. Ni siquiera se veía un buitres que interrumpiera como un lejano punto negro la amplia bóveda azul del cielo calentado por el sol. Podían verse por todas partes los restos siniestros de un tiempo olvidado: enormes pilares rotos que alzaban sus pináculos mellados hacia el cielo; muros desmoronados; cíclopes de piedra caídos; imágenes destrozadas con las horripilantes facciones medio devoradas por el viento y las tormentas de arena. No había el menor signo de vida en parte alguna; el desierto se extendía interminable hasta el horizonte, roto solo por la línea serpenteante del cauce seco de un río. En medio de aquella vastedad desolada de ruinas como dientes mellados y columnas que parecían los mástiles de un barco hundido se alzaba una alta cúpula de marfil, ante la que se encontraba el tembloroso Shevatas.

La base de aquella cúpula era un gigantesco pedestal de mármol situado sobre lo que había sido una terraza a orillas del antiguo río. Anchos escalones llevaban a la enorme puerta de bronce de la cúpula, que reposaba en la base como la mitad de un huevo titánico. Era de marfil, y resplandecía como si la pulieran continuamente manos invisibles. Igual de brillantes eran el remate de oro de la cúpula y los dorados y largos jeroglíficos que la circundaban. Nadie sabía qué significaban aquellas inscripciones, pero Shevatas se estremeció, lleno de sospechas siniestras, pues el suyo era un pueblo antiguo cuyos mitos se remontaban a épocas inimaginables para otras tribus.

Era ágil y fibroso, como corresponde a un maestro ladrón de Zamora. De cabeza redonda y pequeña, la llevaba rapada y su única prenda era un taparrabos de seda escarlata. Como todo su pueblo, era de piel muy oscura, con un afilado rostro de rapaz presidido por dos ojos negros y penetrantes. Los dedos, largos, delgados y diestros, eran rápidos y nerviosos como el aleteo de una polilla. De un cinturón de escamas doradas le pendía una espada corta y estrecha de empuñadura enjovada en una vaina de cuero repujado. La manejaba con un cuidado que parecía excesivo; el simple roce de la vaina contra el muslo desnudo lo hacía retroceder. Había un buen motivo para tantas precauciones.

Así era Shevatas, ladrón de ladrones, cuyo nombre se pronunciaba con admiración en los antros del Mazo y en las oscuras y sombrías catacumbas, bajo los templos de Bel. Se hablaba de él en canciones y relatos que se recordarían durante mil años. Sin embargo, el miedo le roía el corazón mientras contemplaba la cúpula de marfil de Kuthchemes. Hasta un idiota habría visto que había algo antinatural en aquella construcción; pese al azote de los vientos y los soles de tres mil años, su brillo dorado y marfileño era tan intenso como el día en que manos anónimas la alzaron a las orillas de aquel río innominado.

Aquella aura antinatural estaba en consonancia con la atmósfera de aquellas ruinas demoniacas. A su alrededor se extendía el misterioso desierto del sureste de las tierras de Shem. Shevatas sabía que bastaba con retroceder hacia el oeste unos días a lomo de caballo

para llegar al punto donde el río Estigio giraba en ángulo recto y se lanzaba hacia el oeste para morir en el lejano mar. Allí empezaba la tierra de Estigia, la señora de oscuro pecho del sur cuyos dominios, bañados por el gran río, surgían del desierto circundante.

Al este, el desierto desembocaba en las estepas que se dilataban hasta el reino hirkano de Turán, cuyo bárbaro esplendor se extendía por las costas del gran mar interior. A una semana a caballo en dirección norte se llegaba a las estériles colinas tras las cuales se encontraban las fértiles mesetas de Koth, el más meridional de los reinos hibóreos. Al oeste, el desierto se mezclaba con las praderas de Shem, que llegaban hasta el mar.

Shevatas sabía todo esto sin ser realmente consciente de ello, igual que otros hombres habrían conocido las calles de su ciudad. Había viajado a tierras distantes y había saqueado los tesoros de numerosos reinos. Pero ahora dudaba y se estremecía antes de emprender la aventura más trepidante en busca del mayor tesoro imaginable.

Bajo aquella cúpula de marfil reposaban los huesos de Thugra Khotan, el nigromante que había reinado en Kuthchemes hacía tres mil años, cuando el reino de Estigia llegaba mucho más al norte del gran río, cruzaba las tierras de Shem y llegaba incluso a las mesetas. Luego, los hibóreos llegaron al sur procedentes de su tierra natal, cercana al polo norte. Fue una migración titánica, que abarcó varios siglos. Los bárbaros de ojos grises y melena leonada, vestidos con pieles de lobo y cotas de malla, surgieron de Koth espada en mano y cayeron sobre el reino de Thugra Khotan, el último mago de Kuthchemes, como un tifón que bañó de sangre las torres de mármol. Así pereció el reino septentrional estigio, entre fuego y destrucción.

Pero mientras destrozaban las calles de la ciudad y abatían a los arqueros como si segasen trigo, Thugra Khotan tomó un veneno terrible y misterioso, y sus sacerdotes enmascarados lo encerraron en la tumba que él mismo había dispuesto. Sus acólitos murieron alrededor en un sangriento holocausto, pero los bárbaros no pudieron derribar la puerta; ni siquiera el fuego o el mazo lograron arañar las paredes. Así que se fueron, dejando a sus espaldas la ciudad en ruinas, y el gran Thugra Khotan yació tranquilo en su abovedado sepulcro de marfil, mientras los lagartos de la desolación reptaban por los pilares derruidos y río que había regado aquellas tierras se convertía en un cauce seco.

Muchos ladrones habían buscado el tesoro que, según las fábulas, se amontonaba bajo la cúpula alrededor de los polvorientos huesos. Muchos habían muerto a los pies de la puerta; otros habían huido acosados por sueños monstruosos para luego morir balbuceando incoherencias.

Así que Shevatas temblaba ante la tumba, aunque no por la leyenda de que los huesos del hechicero estaban custodiados por una serpiente. El horror y la muerte se aferraban como un sudario a los mitos de Thugra Khotan. Desde donde se encontraba podía ver las ruinas del gran salón donde los cautivos encadenados se habían arrodillado por cientos durante los festivales para que el rey sacerdote los decapitara en honor de Set, el dios serpiente de Estigia. Cerca de allí estuvo el foso, hediondo y oscuro, al que arrojaban entre gritos a las víctimas para que las devorase la amorfa monstruosidad que yacía en una caverna profunda. La leyenda había convertido a Thugra Khotan en sobrehumano; había sectas mestizas y degeneradas que aún lo adoraban y cuyos acólitos acuñaban monedas con el rostro del hechicero para pagar el paso del gran río de la muerte del que el Estigio, se decía, no era más que una sombra terrenal. Shevatas había visto aquel rostro en monedas robadas de debajo de la lengua de los muertos, y la imagen se le había quedado grabada a

fuego en la memoria.

Desechó los miedos y ascendió hasta la puerta de bronce, cuya pulida superficie no mostraba aldaba ni cerrojo alguno. Pero para algo se había infiltrado en sectas tenebrosas, había oído a medianoche los siniestros susurros de los acólitos de Skelos entre los árboles y había leído los volúmenes prohibidos encuadernados en hierro de Vathelos el Ciego.

Se arrodilló ante el portal y lo exploró con los ágiles dedos; las sensibles yemas encontraron protuberancias demasiado pequeñas para distinguirlas a simple vista y que habrían pasado desapercibidas a manos de menor habilidad. Las presionó con cuidado y siguiendo un orden concreto sin dejar de murmurar un encantamiento olvidado mucho tiempo atrás. Tras presionar la última protuberancia se puso en pie de un salto frenético y golpeó con la palma el centro exacto de la puerta.

No se oyó ruido de muelles o bisagras, pero la puerta se deslizó hacia dentro y Shevatas soltó el aire de forma abrupta entre los dientes apretados. Ante él se extendía un estrecho pasillo, por el que había avanzado la puerta, que se veía ahora al otro extremo. El suelo, el techo y las paredes eran de marfil y de una abertura lateral surgió un silencioso horror reptante que alzó la cabeza y contempló al intruso con ojos luminosos y terribles; una serpiente de escamas iridiscentes de más de siete varas.

El ladrón no perdió el tiempo preguntándose de qué oscuros abismos subterráneos que se encontraban bajo la cúpula había surgido aquel monstruo. Desenvainó con extremo cuidado; de la hoja goteaba un líquido verdoso idéntico al que corría por los afilados colmillos del reptil. La espada estaba bañada en el veneno que destilaban aquellas serpientes, y su obtención en los infernales pantanos de Zingaria habría constituido en sí misma una saga digna de ser narrada.

Shevatas avanzó de puntillas, con las rodillas ligeramente temblorosas, preparado para saltar a un lado u otro en cualquier momento. Tuvo que emplear toda su coordinación y rapidez cuando la serpiente levantó la cabeza y atacó, lanzándose adelante cuanto larga era, veloz como el rayo. Pese a sus agudos reflejos, Shevatas habría muerto en aquel momento si no lo hubiera salvado la suerte. Su plan de echarse a un lado y golpear el cuello extendido no sirvió de nada ante la mortífera velocidad del reptil. Apenas tuvo tiempo de extender la espada frente a sí mientras cerraba sin querer los ojos y lanzaba un grito. De pronto sintió que le arrancaban la espada de las manos y el pasillo se llenaba de latigazos y golpes.

Abrió los ojos, asombrado de estar aún con vida, y vio al monstruo estremeciéndose y enroscándose, convulso e irreal, con la espada clavada en la enorme mandíbula. El puro azar había hecho que se lanzara de lleno contra la punta que él extendía a ciegas. Poco después, la serpiente se hundió en un ovillo que temblaba cada vez menos a medida que el veneno de la espada surtía efecto.

Pasó por encima con infinito cuidado y empujó la puerta, que se apartó y reveló el interior de la cúpula. Shevatas lanzó un grito de sorpresa. En lugar de la espesa oscuridad que esperaba, entró en un lugar bañado por una luz carmesí que palpitaba con un resplandor casi insoportable para el ojo humano. Procedía de una enorme gema que colgaba del arco de la cúpula. Shevatas se quedó boquiabierto, habituado como estaba a la visión de la riqueza. Allí estaba el tesoro, de una magnificencia asombrosa: pilas de diamantes, zafiros, rubíes, turquesas, ópalos y esmeraldas; zigurats de jade, azabache y lapislázuli; pirámides de ladrillos de oro; teocallis de lingotes de plata; espadas de

empuñadura en joyas en vainas de hilo de oro; yelmos dorados rematados por crines de colores o plumas negras y escarlatas; corazas de escamas de plata; arneses con incrustaciones de piedras preciosas usados como mortaja por antiguos reyes guerreros; cálices tallados en una sola gema; calaveras bañadas en oro con ópalos por ojos; collares de dientes humanos y perlas. El suelo de marfil estaba cubierto por polvo de oro que relucía bajo el resplandor carmesí con un millón de destellos. El ladrón entraba en una tierra maravillosa llena de magia y esplendor, el suelo cuajado de estrellas bajo sus sandalias.

No apartaba los ojos del estrado de cristal que se elevaba, justo bajo la gema roja, de la pila de riquezas y sobre el que deberían reposar los huesos secos, convertidos en polvo por el paso de los siglos. Shevatas siguió mirando y de pronto la sangre huyó de las facciones cetrinas, se le congelaron los huesos y se le puso la piel de gallina. Horrorizado, abrió la boca pero ningún sonido salió de sus labios. De repente, recobró la voz en un grito horripilante que resonó bajo la cúpula. Luego, el silencio de miles de años volvió a apropiarse de las misteriosas ruinas de Kuthchemes.

Los rumores atravesaron las praderas y no tardaron en llegar a las ciudades hibóreas. Circularon entre las largas caravanas de camellos que cruzaban las arenas, guiadas por hombres enjutos de ojos de halcón y caftanes blancos; los transmitieron los pastores de nariz ganchuda de las tierras de pasto; de los que moraban en tiendas pasaron a los que moraban en casas de piedra en las rechonchas ciudades donde reyes de rizada barba negroazulada adoraban dioses barrigudos en extrañas ceremonias. Atravesaron la frontera de las colinas donde tribus demacradas imponían tributo a las caravanas; llegaron a las fértiles mesetas cuajadas de ciudades construidas junto a lagos azules y ríos caudalosos, y por último recorrieron las amplias calzadas blancas abarrotadas de carretas de bueyes, rebaños trashumantes, ricos mercaderes, jinetes con armadura, arqueros y sacerdotes.

Provenían del desierto del este de Estigia, muy al sur de las colinas de Koth. Un nuevo profeta había aparecido entre los nómadas. Se hablaba de guerras tribales, de banquetes de buitres y de un caudillo despiadado que guiada a sus crecientes huestes de victoria en victoria. Los estigios, una amenaza omnipresente para las naciones septentrionales, no parecían guardar relación con aquel movimiento; se decía que estaban reuniendo sus ejércitos en la frontera oriental y que sus sacerdotes preparaban su magia para guerrear contra el hechicero del desierto al que llamaban Natohk el Velado, pues siempre iba con el rostro cubierto.

La marea se dirigió al noreste; los reyes de barba negroazulada murieron junto a los altares de sus dioses barrigudos y las rechonchas ciudades se inundaron de sangre. Se decía que las mesetas de los hibóreas eran el objetivo de Natohk y sus acólitos.

Las incursiones procedentes del desierto no eran infrecuentes, pero esta prometía ser distinta. Según los rumores, Natohk había unido bajo su férula treinta tribus nómadas y quince ciudades, y hasta un príncipe estigio rebelde se había incorporado a sus filas. Ese último detalle confería al asunto el aspecto de una auténtica guerra.

Por lo general, la mayoría de las naciones hibóreas preferían pasar por alto la amenaza, pero en Khoraja, arrancada de manos de los semitas por las espadas de aventureros kothianos, se le prestaba atención. Enclavada al sudeste de Koth, se llevaría la peor parte en caso de invasión. Su joven rey era cautivo del traicionero monarca de Ofir, quien dudaba entre devolverlo a cambio de un cuantioso rescate y entregarlo a su enemigo, el mezquino rey de Koth, que no ofrecía oro, pero sí un ventajoso tratado. Entre tanto, el gobierno del tumultuoso reino recaía en las blancas manos de la joven princesa Yasmela, hermana del rey.

Los juglares glosaban su belleza a lo largo del mundo occidental, y su orgullo era el que correspondía a una dinastía real. Pero aquella noche se lo habían arrancado como si fuera una capa. En su habitación de bóveda de lapislázuli, suelo de mármol cubierto de pieles exóticas y paredes abarrotadas de frisos de oro, diez jóvenes hijas de la nobleza, de esbeltas extremidades cubiertas de brazales y tobilleras de oro y gemas, dormían en divanes de terciopelo alrededor del lecho real de tarima de oro y doseles de seda. Pero la princesa Yasmela no estaba recostada en él; yacía desnuda en el frío mármol, tendida boca abajo,

con el pelo desparramado por los blancos hombros y los delicados dedos entrelazados. Se retorció de puro horror, la sangre helada en los esbeltos miembros y los hermosos ojos desorbitados; un horror indescriptible erizaba la raíz de su negro pelo y le ponía la carne de gallina en la espalda.

Sobre ella, en la esquina más oscura de la cámara de mármol, se arrastraba una gran sombra informe. No era una criatura viva ni un ser de carne y hueso; parecía un manchón de oscuridad, un punto ciego borroso, un ícubo monstruoso surgido de la noche, quizá el fruto de una mente febril y drogada, salvo por los puntos de ardiente amarillo que brillaban como dos ojos en la oscuridad.

Una voz salía de ella, un sonido grave y sibilante que parecía el siseo abominable de una serpiente y que, en apariencia, no podía salir de nada con labios humanos. El sonido y el aspecto de aquella criatura imbuían a Yasmela de un horror tan intolerable que se estremecía y temblaba como si estuviera bajo el látigo, como si de ese modo pudiera escapar a la insinuante vileza de la voz.

—Estás señalada para ser mía, princesa —susurraba la oscuridad insinuante—. Te había señalado antes de despertar de mi largo sueño, y en él te anhelaba, pero me contenía el arcano hechizo que me permitió escapar de mis enemigos. ¡Soy el alma de Natohk el Velado! ¡Mírame bien, princesa! Pronto me presentaré ante ti en mi forma corpórea y me amarás.

El siseo fantasmal se desvaneció en una distante risa lujuriosa, y Yasmela gimió y golpeó las losas de mármol con sus delicados puños en un éxtasis de terror.

—Duermo en el palacio de Akbatana —continuó el siseo—. Allí yace mi cuerpo en su carcasa de carne y hueso. Pero no es más que un recipiente del que el espíritu se ha ausentado de momento. Si pudieras mirar desde las ventanas de ese palacio te darías cuenta de lo inútil de tu resistencia. A la luz de la luna, el desierto es un jardín de rosas donde florecen los fuegos de cien mil guerreros. Así como cae un alud, cobrando velocidad y empuje, me derramaré sobre las tierras de mis antiguos enemigos. Me haré copas con los cráneos de sus reyes, y sus mujeres e hijos serán los esclavos de los esclavos de mis esclavos. Mi poder ha crecido durante mis largos años de sueño...

»¡Pero tú serás mi reina, princesa! Te mostraré formas arcanas y olvidadas de placer. Yaceremos...

Ante la avalancha de obscenidades cósmicas que derramó el coloso de sombras, Yasmela se encogió y retorció como si un látigo hubiera golpeado su delicada piel desnuda.

—¡Recuerda! —susurró la monstruosidad—. No tardaré mucho en venir a reclamarte.

Yasmela, con el rostro apretado contra las losas y tapándose las rosadas orejas con los delicados dedos, creyó oír un extraño aleteo, como el de un murciélago. Alzó la vista con temor y solo vio un haz de luz de luna allí donde había acechado el fantasma. Se incorporó temblando y se dejó caer en un diván de satén, donde se echó a llorar de histeria. Todas las jóvenes siguieron durmiendo excepto una, que bostezó, se desperezó y miró a su alrededor. Al instante se puso en pie, se arrojó a los pies del diván y pasó los brazos alrededor de la esbelta cintura de Yasmela.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha...?

Tenía los ojos oscuros agrandados por el temor. De pronto, Yasmela la abrazó fuertemente.

—¡Oh, Vateesa! ¡Ha vuelto! ¡Lo he visto!, ¡lo he oído! ¡Ha dicho su nombre..., Natohk!

¡Es Natohk! No es ninguna pesadilla, se me ha acercado mientras dormíais como si estuvierais drogadas. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

Vateesa dio vueltas a un brazalete dorado, meditabunda.

—Está claro, alteza, que no lidias con un simple mortal y que el talismán que te dieron los sacerdotes de Istar es inútil —dijo al fin—. Debes consultar al oráculo olvidado de Mitra.

Yasmela se estremeció, incluso con la pesadilla que acababa de vivir. Los dioses de ayer se convierten en los demonios de hoy, y hacía tiempo que los kothios habían abandonado el culto a Mitra y olvidado al dios principal hibóreo. Yasmela tenía la vaga idea de que se trataba de alguien muy antiguo y, por tanto, terrible. La propia Istar debía ser temida, como todos los dioses de Koth. La cultura y la religión kothias eran fruto de una sutil mezcla de influencias semitas y estigias. Los modos sencillos de los hibóreos se habían adaptado con el correr de los siglos a las costumbres más sensuales, lujuriosas y despóticas de oriente.

—¿Mitra me ayudará? —Yasmela agarró a Vateesa por la muñeca—. Hemos adorado a Istar durante tanto tiempo...

—¡Claro que sí! —Vateesa era hija de un sacerdote ofíreo que no había abandonado sus costumbres al huir de sus enemigos políticos hacia Khoraja—. ¡Busca el santuario! Te acompaño.

—¡Sí! —Yasmela se incorporó, pero rechazó el vestido que Vateesa le tendía—. No es correcto que vaya al santuario vestida de seda. Iré desnuda y de rodillas, como una suplicante, no vaya a pensar Mitra que me falta humildad.

—¡Tonterías! —Vateesa no sentía mucho respeto por las costumbres de lo que consideraba una fe falsa—. Mitra desea que estemos de pie ante él, no que reptemos como gusanos ni que reguemos sus altares con sangre de animales.

Tras esta reprimenda, Yasmela permitió que la joven le pusiera una ligera camisola de seda sin mangas, sobre la que colocó una túnica de seda, entallada por un ancho cinturón de terciopelo. Vateesa colocó las zapatillas de satén en los delicados pies y, con un par de toques de sus expertos dedos, arregló el alborotado cabello negro de Yasmela. Tras esto, la princesa siguió a la joven, quien apartó un pesado tapiz y abrió la puerta que ocultaba. Cruzaron un estrecho pasillo hasta llegar a una puerta que se abrió a un amplio vestíbulo. Había allí un guardia con un yelmo de penacho dorado, una coraza de plata y grebas bañadas en oro, con un hacha de combate de largo mástil en la mano.

Un gesto de Yasmela interrumpió su exclamación de asombro y, tras saludar, se echó a un lado y se quedó inmóvil como una estatua. Las jóvenes cruzaron el vestíbulo, que parecía enorme y tenebroso a la luz vacilante de los candiles de las paredes, y descendieron por una escalera. Yasmela se estremecía cada vez que veía sombras en una esquina. Bajaron tres pisos y se detuvieron junto a un estrecho pasillo de techo abovedado cubierto de piedras preciosas, suelo de losas de cristal y paredes con frisos dorados. Lo cruzaron, cogidas de la mano, hasta llegar a un ancho portal dorado.

Vateesa empujó la puerta, que reveló una capilla que solo recordaban unos pocos fieles y los visitantes reales de la corte de Khoraja, para los cuales se mantenía abierta. Yasmela no había entrado nunca, aunque había nacido en palacio. Desnuda y sin adornos en comparación con el fastuoso santuario de Istar, su sencillez desprendía la dignidad y la belleza características de la religión mitraíca.

El techo era elevado, pero sin cúpula, de mármol desnudo, como el suelo y las paredes, estas últimas recorridas por un estrecho friso de oro. Tras el altar de jade transparente, limpio de sacrificios, se alzaba el pedestal donde se situaba la manifestación de la deidad. Yasmela contempló maravillada los magníficos hombros, las facciones limpias y claras, los grandes ojos que miraban sin doblez, la barba patriarcal, los espesos rizos sujetos con una sencilla cinta alrededor de las sienas. Aunque no lo sabía, era arte en su máxima expresión, la cristalización directa, libre y sin retorcimientos de una raza de elevado sentido estético, sin las constricciones del simbolismo convencional.

Pese a los consejos de Vateesa, cayó de rodillas y se postró; su joven acompañante, por si acaso, siguió su ejemplo. A fin de cuentas, no era más que una muchacha, y la figura de Mitra imponía respeto. Pese a todo, no pudo evitar susurrarle a Yasmela:

—No es más que una imagen del dios. Nadie afirma saber qué aspecto tiene Mitra. Esto solo es una forma humana idealizada, lo más cercano a la perfección que puede concebir la mente del hombre. Pero no vive en esta fría piedra, como afirman tus sacerdotes sobre Istar. Está en todas partes, encima de nosotras, a nuestro alrededor, y sueña entre las estrellas. Pero aquí concentra su atención; así pues, llámalo.

—Pero ¿qué digo? —susurró Yasmela, aterrada.

—Antes de que hables, Mitra sabrá qué tienes en la mente —empezó a decir Vateesa.

Ambas se sobresaltaron violentamente al oír una voz sobre ellas, en el aire. Aquel sonido profundo, calmado, bien timbrado, procedía tanto de la imagen como de cualquier otra parte de la habitación. De nuevo, Yasmela se echó a temblar ante aquella voz incorpórea, pero ya no era de horror ni de repulsión.

—Habla, hija mía, pues sé de tu necesidad. —El tono era como las olas que batieran suavemente contra la playa—. De un solo modo puedes salvar tu reino y, con ello, librar al mundo de los colmillos de la serpiente que reptaba en la oscuridad. Sal a la calle tú sola y pon tu reino en las manos del primer hombre que encuentres.

El tono melodioso cesó, y las muchachas se miraron. Después se incorporaron y salieron de la capilla; no dijeron una sola palabra hasta que llegaron a los aposentos de Yasmela. La princesa se asomó a la ventana enrejada de oro. La luna se había puesto, y la medianoche había quedado atrás hacía un buen rato. Los sonidos del jolgorio y la jarana se habían desvanecido en los jardines y las terrazas de la ciudad. Khoraja dormía bajo las estrellas, que parecían reflejadas en los fanales que parpadeaban entre los jardines, en las calles y en las azoteas de las casas donde dormía la gente.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Vateesa, temblorosa.

—Dame la capa —respondió Yasmela entre dientes.

—¡No! ¡Sola en la calle, a estas horas!

—Mitra ha hablado —replicó la princesa—. No sé si ha sido la voz de un dios o el truco de un sacerdote, pero no importa. ¡Iré!

Se echó encima una voluminosa capa de seda y se caló la capucha de terciopelo, de la que colgaba un fino velo. Luego recorrió a toda prisa los pasillos hasta llegar a la puerta de bronce donde una docena de alabarderos la contemplaron boquiabiertos. Aquel ala de palacio daba directamente a la calle; el resto estaba rodeado de jardines, confinados por altos muros. Salió a la calle, iluminada por candiles a intervalos regulares.

Vaciló un instante, y luego, antes de que su resolución se quebrase, cerró la puerta a su espalda. Se estremeció al contemplar la calle silenciosa y vacía. Hija de aristócratas como

era, jamás había abandonado el palacio sin escolta.

Sin pensarlo más, echó a andar. Sus pies cubiertos de satén recorrían con ligereza el empedrado, pero hasta el menor ruido le desbocaba el corazón. El sonido de sus pies se le antojaba estruendoso en las cavernosas calles; sin duda sacaría harapientas figuras de ojos de rata de sus guaridas, en las cloacas. Cada sombra parecía ocultar un asesino al acecho; cada pórtico escondía una jauría de sabuesos de las tinieblas.

Se detuvo repentinamente. Frente a ella, en la calle solitaria, apareció una figura. Con el pulso acelerado, se escabulló rápidamente entre las sombras, que de pronto le parecían un refugio. Quien se acercaba no caminaba furtivamente, como un ladrón, ni con cautela, como un viajero temeroso. Recorría la calle en penumbra sin el menor intento de pasar desapercibido. Había un contoneo involuntario en sus pasos, y los pies resonaban contra el suelo. Cuando pasó junto a un candil lo vio con claridad: un hombre alto, con la coraza de cota de malla de un mercenario. Hizo acopio de valor y se lanzó hacia la luz, embozada en la capa.

—¡Alto!

La espada brilló a medio desenvainar. Su portador se detuvo al darse cuenta de que se trataba tan solo de una mujer, pero escrutó las sombras más allá, en busca de posibles enemigos.

Se quedó mirándola, con la mano en la larga empuñadura que sobresalía bajo la capa escarlata echada descuidadamente por sus hombros cubiertos de metal. La luz del candil se reflejó en el pulido azul de las grebas y el bacinete. Un fuego azul brillaba fiero en sus ojos. Yasmela se dio cuenta al primer golpe de vista de que no era kothio y, cuando lo oyó hablar, supo ni siquiera era hibóreo. Vestía como un capitán de mercenarios, y en aquellas compañías de hombres desesperados había gentes de muchos países, tanto bárbaros como civilizados. Tenía un aire lobuno que lo señalaba como bárbaro. Los ojos de un hombre civilizado, por salvaje o criminal que fuese, jamás habrían brillado con ese fuego. El aliento le olía a vino, pero no se tambaleaba ni vacilaba al hablar.

—¿Te han dejado fuera? —preguntó en kothio con acento bárbaro. Alargó la mano y cerró los dedos con suavidad alrededor de la muñeca de Yasmela; ella se dio cuenta de que podía rompérsela sin esfuerzo—. Acabo de salir de la última vinatería que había abierta. ¡Istar maldiga a esos condenados reformistas empeñados en cerrar las casas de vino! «Que la gente no beba y que no ande trasegando», dicen. Claro, para que puedan trabajar y luchar mejor por sus malditos amos. Eunucos de tripa fofa, eso es lo que son. Cuando servía con los mercenarios de Corintia nos pasábamos la noche bebiendo y encamados, y el día entero, peleando con las espadas empapadas de sangre. Pero ¿qué hay de ti, muchacha? Quítate esa condenada máscara...

Yasmela evitó su mano con un quiebro, intentando no dar la impresión de que lo encontraba repulsivo. Se daba cuenta del peligro que corría, a solas con un bárbaro borracho. Si revelaba su identidad, podría reírse de ella o llevársela; quizá hasta la degollaba. Los bárbaros hacían cosas inexplicables y pintorescas.

—Aquí no —dijo entre risas, luchando con el miedo que sentía—. Ven conmigo...

—¿Adónde? —Le ardía la sangre, pero era precavido como un lobo—. ¿Me llevas a algún cuchitril a que me desplumen?

—¡No!, ¡lo juro!

Le costaba esquivar la mano que, de nuevo, intentaba quitarle el velo.

—¡Serás desvergonzada...! —gruñó, disgustado—. Eres peor que una hirkania, con ese condenado velo. Al menos déjame ver qué pinta tienes.

Antes de que pudiera impedirlo, le arrancó la capa y lanzó un siseo entre dientes. Se quedó inmóvil con la prenda en la mano, contemplándola como si la visión de sus suntuosos ropajes y ornamentos le hubiera borrado la borrachera. Vio asomar la sospecha a los ojos fieros.

—¿Quién demonios eres? —murmuró—. No eres ninguna buscona callejera..., a menos que hayas asaltado el guardarropa del serrallo del rey.

—No importa. —Se atrevió a posar la blanca mano en el enorme brazo forrado de acero—. Vámonos de la calle.

Dudó y luego encogió los enormes hombros. Seguramente pensaba que Yasmela era alguna noble que, harta de amantes delicados, buscaba una diversión algo más ruda. Le devolvió la capa y fue tras ella.

Yasmela lo contempló de reojo mientras recorrían juntos la calle. La coraza no podía ocultar las poderosas líneas de fuerza felina. Todo en él era salvaje, elemental, indómito. Le era tan ajeno como la selva, diametralmente distinto de los elegantes cortesanos a los que estaba acostumbrada. Lo temía; se decía que era por su fuerza bruta y su salvajismo indisimulados, pero había algo peligroso en él que le quitaba el aliento y le hacía querer acercarse más; el oculto acorde primitivo que se agazapa en el corazón de toda mujer resonaba con él y obtenía respuesta. Había sentido su mano en el brazo y algo dentro de ella hormigueaba al recuerdo del contacto. Muchos hombres se habían arrodillado ante Yasmela; a su lado iba uno que estaba segura de que jamás se arrodillaría ante nadie. Era como guiar a un tigre desencadenado; estaba aterrada y fascinada a la vez.

Se detuvo en la puerta de palacio y llamó con suavidad. Miró de reojo a su compañero y no vio duda ni sospecha en sus ojos.

—Así que el palacio —masculló—. ¿Qué eres?, ¿una doncella de la corte?

Se preguntó, asaltada por unos extraños celos, si alguna de sus doncellas habría llevado a aquel halcón de guerra al palacio. Los guardias no hicieron gesto alguno mientras pasaban entre ellos, pero él los contempló como un fiero perro rodeado de una jauría extraña. Lo guio a través del pórtico cortinado hacia una sala interior, donde se quedó contemplando los tapices con tranquilidad hasta que vio una jarra de vino en una mesa de ébano. La cogió con un suspiro agradecido y se la llevó a los labios. Vateesa apareció de repente, al borde las lágrimas:

—¡Oh, alteza...!

—¡Alteza!

La jarra cayó al suelo. Demasiado rápido para que la vista pudiera seguirlo, el mercenario arrancó el velo del rostro de Yasmela de un zarpazo. Retrocedió con una maldición, y la espada saltó a su mano con un destello de acero azul. Sus ojos brillaban como los de un tigre acorralado. El aire estaba cargado de tensión, como ocurre instantes antes de que se desencadene una tormenta. Vateesa se dejó caer, muda de terror, pero Yasmela se enfrentó al furioso bárbaro sin parpadear. Se daba cuenta de que su vida pendía de un hilo: enloquecido por la sospecha y el pánico, estaba listo para matarla a la menor provocación. De algún modo, todo aquello la hacía sentirse viva como nunca.

—No tengas miedo —dijo—. Soy Yasmela, pero no hay motivo para temerme.

—¿Por qué me has traído?—preguntó él, con los ojos saltando de un lado a otro de la

habitación—. ¿Qué trampa es esta?

—No es ninguna trampa. Te he traído porque creo que puedes ayudarme. Les pedí consejo a los dioses, a Mitra, y me dijo que saliera a la calle y pidiera ayuda al primer hombre que encontrara.

Sorprendentemente, lo entendió sin problemas. Los bárbaros tenían también sus oráculos, al fin y al cabo. Bajó la espada, aunque no la envainó.

—Desde luego, si eres Yasmela, necesitas ayuda —gruñó—. Tu reino es un condenado desastre. Pero ¿cómo puedo ayudarte? Si quieres que le corte la garganta a alguien, no hay problema...

—Siéntate. Vateesa, tráele vino.

Obedeció, con cuidado de tener la espalda contra una pared sólida y poder controlar toda la habitación, cosa que no se le escapó a Yasmela. Se apoyó la espada desenvainada en las rodillas enfundadas de acero. Ella no dejaba de mirar la hoja, fascinada. Su apagado reflejo parecía relatar historias de sangre y rapiña. Yasmela no se consideraba capaz de levantarla, aunque sabía que el mercenario podía blandirla con una sola mano con la facilidad con que otros manejarían una fusta. Observó la amplitud y la fuerza de sus manos, que estaban lejos de ser las torpes garras de un cavernícola. Con un estremecimiento culpable, se descubrió imaginándose aquellos fuertes dedos enredados en el pelo.

Pareció tranquilizarse cuando la princesa se tendió en un diván de satén frente a él. Se quitó el bacinete y lo dejó en la mesa, y luego se echó hacia atrás la cofia y dejó caer la malla sobre sus enormes hombros. Yasmela comprobó lo distinto que era de los hibóreos. En su rostro curtido y cubierto de cicatrices había un vestigio de melancolía y, sin que hubiera nada depravado o maligno en sus rasgos, emanaba un aire siniestro, atenuado por los ardientes ojos azules. La amplia frente estaba coronada por una melena de corte recto, negra como ala de cuervo.

—¿Quién eres? —preguntó Yasmela sin rodeos.

—Conan. Capitán de los lanceros mercenarios —respondió mientras vaciaba de un trago la copa de vino y la tendía para que le sirvieran más—. Nací en Cimeria.

Aquel nombre no significaba gran cosa para ella. Sabía de un modo vago que se trataba de una tierra sombría y cubierta de colinas del lejano norte, a mucha distancia de los últimos puestos avanzados de los hibóreos, poblada por una raza fiera y melancólica. Nunca había visto a uno de ellos.

Apoyó la barbilla en las manos y lo contempló con aquellos ojos oscuros y profundos que habían esclavizado tantos corazones.

—Conan de Cimeria. Dices que necesito ayuda. ¿Por qué?

—Salta a la vista. Tu hermano, el rey, está en una cárcel ofírea, y los kothios conspiran para esclavizarte. También está ese condenado hechicero que habla a gritos de fuego y destrucción desde Sem... Y para colmo, cada día que pasa desertan más soldados.

No replicó al momento. Para ella era una toda una experiencia estar con alguien que le hablaba de forma tan directa, sin andarse con cortesías.

—¿Por qué desertan mis soldados, Conan? —preguntó.

—A algunos los contrata Koth —respondió mientras cogía la jarra de vino con satisfacción—. Muchos creen que Khoraja está perdida como estado independiente. Y muchos están asustados por las historias que cuentan de ese perro de Natohk.

—¿Los mercenarios se quedarían? —preguntó con ansia.

—Mientras nos pagues bien —respondió él con franqueza—. Tu política no nos interesa. Para eso puedes contar con Amalric, nuestro general, pero los demás somos gente normal que está aquí por el botín. Se dice que, si entregas el rescate que pide Ofir, no tendrás con qué pagarnos. En ese caso, quizá nos pasemos al rey de Koth, aunque ese condenado tacaño no es santo de mi devoción. O podríamos saquear la ciudad. En una guerra civil hay botín para todos.

—¿No os pasaríais a Natohk? —quiso saber ella.

—¿Con qué nos iba a pagar? —respondió, burlón—. ¿Con los ídolos barrigones que saqueó de las ciudades semitas? Mientras luches contra Natohk, puedes contar con nosotros.

—¿Te seguirían tus camaradas? —preguntó de pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —replicó muy despacio— que voy a nombrarte comandante en jefe de los ejércitos de Khoraja.

Conan se quedó inmóvil con la copa en los labios, que se curvaron en una sonrisa. Una nueva luz brillaba en sus ojos.

—¿Comandante en jefe? ¡Por Crom! ¿Y qué dirán tus perfumados nobles?

—¡Me obedecerán! —Dio unas palmadas para llamar un esclavo, que entró de inmediato e hizo una profunda reverencia—. Que vengan el conde Théspides, con el canciller Taurus, el general Amalric y el agha Shupras.

»Confío en Mitra —añadió cuando se fue el esclavo. Conan devoraba la comida que le había servido la temblorosa Vateesa—. ¿Has visto muchas guerras?

—Nací en un campo de batalla —respondió mientras arrancaba un buen pedazo de carne de un hueso con los fuertes dientes—. Lo primero que oí fue el repiquetear de las espadas y los gritos de los moribundos. He combatido en peleas de clanes, en combates tribales y en campañas imperiales.

—Pero ¿puedes organizar las líneas de batalla y dirigir a los soldados?

—Puedo intentarlo —respondió, imperturbable—. No es más que esgrima a gran escala. Se desestabiliza la guardia del enemigo, se lanzan tajos y estocadas, y cae la cabeza de uno de los dos.

El esclavo volvió y anunció la llegada de las personas que Yasmela había hecho llamar. La princesa salió a la habitación exterior y cerró las cortinas a su paso. Los nobles hincaron la rodilla, claramente sorprendidos por haber sido convocados aquellas horas.

—Os he llamado para comunicaros mi decisión —dijo Yasmela—. El reino está en peligro...

—Ciertamente, alteza. —Era el conde Théspides quien hablaba; un hombre alto de rizos negros perfumados. Se acariciaba el bigote con una mano pálida y sujetaba con la otra un chaperón de terciopelo, con una pluma escarlata sujeta con un broche dorado. Calzaba zapatos de satén puntiagudos y llevaba una cotardía de terciopelo hilado en oro. Era de gestos ligeramente afectados, pero los músculos, bajo la seda, eran de acero—. Sería buena cosa ofrecer más oro a Ofir a cambio de la liberación de tu real hermano.

—No podría estar más en desacuerdo —interrumpió el canciller Taurus, un anciano de túnica de armiño y rasgos marcados por años de servicio—. Ya hemos ofrecido más de lo que podemos permitirnos. Ofrecer más solo serviría para estimular la avaricia de Ofir.

Alteza, digo lo mismo que siempre: Ofir no moverá un dedo hasta que nos las hayamos visto con el ejército invasor. Si perdemos, entregará al rey Khossus a Koth; si ganamos, sin duda nos devolverá a su majestad tras el pago del rescate.

—Y mientras tanto —intervino Amalric—, los soldados desertan a diario y los mercenarios se preguntan por qué perdemos tanto tiempo. —Era un nemedio corpulento de rubia melena leonina—. Debemos actuar cuanto antes.

—Mañana marchamos al sur —respondió Yasmela—. ¡He aquí al hombre que os guiará!

Apartó las cortinas y señaló teatralmente al cimerio, aunque quizá no fuera el momento más apropiado: Conan estaba repantigado en la silla, con los pies en la mesa de ébano y toda su atención centrada en roer el hueso que sujetaba firmemente con ambas manos. Lanzó una mirada indiferente a los asombrados nobles, gruñó en dirección a Amalric y siguió comiendo con evidente placer.

—¡Mitra nos guarde! —estalló Amalric—. ¡Es Conan el norteño, el más pendenciero de todos mis rufianes! Lo habría colgado hace tiempo si no fuera el mejor espadachín que jamás se haya puesto una cota de malla.

—¡Su alteza bromea, sin duda! —dijo Théspides, con el ceño fruncido en el aristocrático rostro—. Ese tipo es un salvaje... un don nadie. ¡Es un insulto para un caballero servir a sus órdenes! ¡Jamás...!

—Conde Théspides —dijo Yasmela—, llevas mi guante bajo el tahalí. Dámelo, por favor, y vete.

—¿Irme? —preguntó, incrédulo—. Irme, ¿adónde?

—¡A Koth o al infierno! Si no me sirves como deseo, no me sirves para nada.

—Me juzgas mal, alteza —dijo él, con una profunda reverencia y el gesto dolido—. No puedo abandonarte. Por tu bien estoy dispuesto a poner mi espada al servicio de ese salvaje.

—¿Y tú, general Amalric?

Amalric contuvo un juramento y sonrió. Como buen soldado de fortuna, ningún giro de la suerte, por estrambótico que fuese, lo sorprendía demasiado.

—Serviré a sus órdenes. Siempre he aspirado a una vida corta y feliz, y a las órdenes de Conan el degollador, sin duda será ambas cosas. ¡Por Mitra! Si ese perro ha dirigido alguna vez algo más que una compañía de degolladores, me lo comeré con armadura y todo.

—¿Y tú, mi agha? —Yasmela se volvió hacia Shupras.

Este se encogió de hombros con resignación. Era un representante típico de la raza que poblaba la frontera meridional de Koth, alto y enjuto, de aflados rasgos de halcón, más aún que sus primos de sangre pura del desierto.

—Istar es quien decide, alteza. —El fatalismo de sus antepasados hablaba por él.

—Esperad aquí —ordenó ella.

Mientras Théspides resoplaba y retorció su capa de terciopelo, Taurus murmuraba por lo bajo y Amalric iba de un lado a otro, dándose tirones de la rubia barba y gruñendo como un león hambriento, Yasmela desapareció de nuevo tras las cortinas y dio unas palmadas para llamar a los esclavos.

A sus órdenes, llevaron una armadura para reemplazar la cota de malla de Conan: gorguera, escarpes, coraza, hombreras, grebas, musleras y celada. Cuando Yasmela recorrió de nuevo las cortinas, un Conan enfundado en acero bruñido contemplaba a su público. Con la armadura completa y el visor del yelmo levantado, transmitía una cruda

impresión de poder que hasta Théspides notó a regañadientes. Una burla murió en los labios de Amalric:

—Por Mitra —dijo con lentitud—, jamás esperé verte con armadura de caballero, pero confieso que no te sienta mal. Por mis huesos, Conan, he visto a reyes llevar sus arreos mucho menos regiamente que tú.

Conan no dijo nada. Una sombra, fugaz como una profecía, cruzó su mente. En los años venideros recordaría las palabras de Amalric, cuando el sueño se hiciera realidad.

Aún no se había disipado la neblina del amanecer, pero las calles de Khoraja estaban cubiertas de una multitud que contemplaba la partida del ejército por la puerta sur. Al fin se ponía en marcha. Al frente iban los caballeros de brillante armadura y pulido yelmo coronado de plumas de colores, a lomos de corceles enjaezados en seda, cuero lacado y arreos de oro que no paraban de caracolear y corcovar. La luz matutina arrancaba destellos de las puntas de lanza que se erguían sobre la columna como un bosque, mientras los pendones flotaban en la brisa. Cada jinete llevaba encima la prenda de alguna dama, ya fuera un guante, un pañuelo o una rosa, anudada al yelmo o fijada al cinto. Componían la caballería pesada de Khoraja quinientos jinetes comandados por el conde Thésrides, de quien se decía que aspiraba a la mano de la mismísima Yasmela.

Tras ellos avanzaba la caballería ligera, en caballos más altos y esbeltos, representantes típicos de los montañeses, enjutos y con facciones de halcón. Llevaban cascos rematados en punta, y el acero de las cotas de malla brillaba bajo los caftanes. Su arma principal era el temible arco shemita, que podía clavar una flecha a quinientos pasos. Eran cinco mil, con Shupras a la cabeza, quien fruncía el ceño bajo el yelmo puntiagudo.

Les pisaban los talones los piqueros de Khoraja, siempre relativamente escasos en las naciones hibóreas, donde se consideraba a la caballería la única rama honorable del servicio militar. Los piqueros, al igual que la caballería pesada, estaban formados sobre todo por representantes de la antigua sangre kothia: hijos de familias arruinadas; gente sin recursos; jóvenes sin dinero suficiente para comprarse el caballo y la armadura. Eran quinientos.

A retaguardia iban los mercenarios, mil jinetes y dos mil piqueros. Los enormes caballos parecían tan fieros e indómitos como los jinetes, y no perdían el tiempo caracoleando o exhibiéndose. Eran gente de aspecto siniestro, guerreros profesionales, veteranos de sangrientas campañas. Vestían cota de malla de la cabeza a los pies y llevaban yelmo sin visera. Los escudos no tenían adorno alguno, y en las largas lanzas no flameaba ningún pendón. De las sillas colgaban hachas de combate o mazas de acero, y todos llevaban una larga espada al costado. Los piqueros mostraban idéntico atavío, aunque con picas en lugar de lanzas de caballería.

Eran de muchas razas y culpables de numerosos crímenes. Había hiperbóreos altos y enjutos de huesos recios, habla vacilante y comportamiento violento; gunderios de melena leonada de las colinas del noroeste; corintios renegados y fanfarrones; zingarios atezados de erizado mostacho negro y temperamento feroz; aquilonios del lejano oeste. Todos, salvo los zingarios, eran hibóreos.

Al final iba un camello ricamente enjaezado, precedido por el jinete de un enorme caballo de guerra, rodeado de un grupo de piqueros de las tropas reales. A sus lomos, medio oculto por el baldaquín de seda, viajaba una figura esbelta vestida de seda, y a su paso, el populacho siempre ávido de realeza se quitaba los gorros de cuero y estallaba en gritos entusiastas.

Conan el cimerio, incómodo en su armadura, contemplaba el engalanado camello con desaprobación. Amalric cabalgaba a su lado, resplandeciente con su cota de malla bañada

de oro, su coraza dorada y su yelmo rematado en una cimera de crines de caballo.

—La princesa quería venir con nosotros —le dijo Conan—. Es flexible, pero demasiado blanda para esto. En cualquier caso, tendrá que cambiarse de ropa.

Amalric se atusó el bigote rubio para ocultar una sonrisa. Evidentemente, Conan creía que Yasmela pretendía ponerse una espada al cinto y tomar parte en la batalla, como solían hacer las mujeres bárbaras.

—Las hibóreas no luchan como las cimerias, Conan —dijo—. Yasmela nos acompaña solo para ver la batalla. En cualquier caso, y entre tú y yo —se inclinó en la silla y bajó la voz—, me parece que la princesa no se atreve a quedarse aquí. Tiene miedo de algo.

—¿Una revuelta? Igual no sería mala idea colgar a un ciudadano o dos antes de irnos.

—No, no es eso. Una de sus doncellas me habló, entre balbuceos, de algo que la visitó de noche en el palacio y la dejó aterrorizada. Alguna hechicería de Natohk, sospecho. ¡Luchamos contra algo más que la carne y el hueso, Conan!

—Como sea, es mejor ir al encuentro del enemigo que quedarse esperando —gruñó el cimerio.

Contempló la larga hilera de carromatos, alcahuetes y vivanderas; sujetó las riendas con la mano enguantada y soltó sin pensar la frase habitual de los mercenarios en movimiento:

—¡Botín o perdición, camaradas! ¡Adelante!

Las recias puertas de Khoraja se cerraron tras ellos. Desde la muralla los contemplaban rostros ansiosos; los ciudadanos sabían que se lo estaban jugando todo a una carta. Si el ejército era derrotado, el futuro de Khoraja se escribiría con sangre. Las hordas que llegaban del salvaje sur poco sabían de piedad o compasión.

Las columnas marcharon durante todo el día por las llanas praderas, interrumpidas aquí y allá por riachuelos. Poco a poco, el terreno empezó a ascender. Frente a ellos se alzaba un grupo de colinas bajas que se extendían sin fisuras de este a oeste. Acamparon aquella noche en las laderas septentrionales, y grupos de fieros tribeños de las tierras altas se acercaron al campamento, se sentaron junto a las hogueras y transmitieron las noticias llegadas del misterioso desierto. El nombre de Natohk se arrastraba por sus palabras como una serpiente. Decían que a sus órdenes los demonios del aire lanzaban truenos, viento y niebla, y que los diablos del inframundo sacudían la tierra y la hacían rugir. Del aire caía fuego que consumía las puertas de las ciudades amuralladas y carbonizaba a los soldados. Sus guerreros se extendían incontables por las arenas del desierto, y tenía a su servicio cinco mil combatientes estigios en carros de guerra, comandados por el príncipe rebelde Kutamún.

Conan ni se inmutó ante la noticia. La guerra era su negocio, y la vida, una batalla continua desde el preciso momento del nacimiento. La muerte lo había acompañado toda su vida. Acechaba a su lado, atisbaba por encima de él en las mesas de juego, y sus huesudos dedos sacudían las copas de vino. Se cernía sobre él, una sombra monstruosa y encapuchada, cuando dormía. No daba a su presencia más importancia que la que un rey daría a la de un copero. Algún día sentiría su huesudo abrazo y todo se acabaría. Vivir el momento era más que suficiente.

Mas había otros menos preocupados. Conan volvía de inspeccionar a los centinelas cuando se cruzó con una esbelta figura embozada que le hacía señas con la mano extendida.

—¡Alteza! Deberías estar en tu tienda.

—No podía dormir. —Los ojos oscuros parecían fascinados por las sombras—. ¡Tengo

miedo, Conan!

—¿De alguien de este ejército? —Alargó la mano hacia la espada.

—No —La joven se estremeció—. ¿No tienes miedo de nada?

Conan llevó la mano a la barbilla mientras sopesaba la cuestión.

—Sí —reconoció por último—: de que me maldigan los dioses.

Ella volvió a temblar.

—Estoy maldita. Un demonio de los abismos ha puesto su marca en mí. Noche tras noche acecha entre las sombras y me susurra secretos espantosos. Me obligará a ser su reina en el infierno. No me atrevo a dormir... Acudiría a mi pabellón, como ya acudí en palacio. ¡Eres fuerte, Conan!, ¡no te separes de mí! ¡Tengo tanto miedo...!

Ya no era una princesa, solo una joven aterrorizada. Su orgullo había desaparecido, dejándola desnuda y sin subterfugios. Llevada por el pánico, había buscado la protección del más fuerte. El poder desatado que antes la habría repelido la atraía ahora.

La respuesta de Conan fue quitarse la capa escarlata y envolver con rudeza a la joven, como si la ternura le estuviera vedada. El puño de hierro descansó un momento en el esbelto hombro, y ella tembló otra vez, pero no de miedo. Una descarga de salvaje vitalidad la recorrió electrizándola, como si algo de la imparable fuerza del bárbaro hubiera pasado a su cuerpo con aquel contacto.

—Túmbate aquí.

Le señalaba un espacio vacío, junto a una pequeña hoguera. No veía nada incongruente en que una princesa se tendiera en el suelo junto a un fuego de campamento, envuelta en la capa de un soldado. Pero Yasmela obedeció sin más.

Él se sentó a su lado en una roca, con el mandoble en las rodillas. El reflejo del fuego en la armadura lo hacía parecer una estatua de hierro, un remolino de energía detenido en un instante; sin descansar, simplemente inmóvil de momento, dispuesto a zambullirse en un frenesí de violencia a la menor señal. La luz de la hoguera bailaba en su rostro y hacía que sus rasgos parecieran tallados en una sustancia quimérica, pero dura como el acero. No hacía el menor gesto, pero los ojos azules brillaban feroces. No era simplemente un salvaje; formaba parte de todo lo agreste; era uno con los elementos más indómitos de la vida; por sus venas corría sangre de lobos; en su mente acechaban las siniestras profundidades de las noches septentrionales; su corazón latía con el fuego de los bosques sombríos.

Así, medio pensando, medio soñando, Yasmela se dejó llevar por el sopor, envuelta en una deliciosa sensación de seguridad. De algún modo supo que ninguna sombra de ojos amarillos caería sobre ella desde las tinieblas, en tanto aquella adusta figura salvaje montase guardia sobre ella.

Despertó algo después, estremecida de terror cósmico, aunque no a causa de nada que hubiese visto. Lo que la había despertado era un murmullo ronco, y al abrir los ojos comprobó que el fuego menguaba y se oía el alba en el aire. Pudo ver la silueta borrosa de Conan, aún sentado en el peñasco y divisó el estilizado brillo azul de la espada. A su lado, agachada, otra figura se recortaba vagamente contra el fuego. Yasmela distinguió el pico ganchudo de una nariz y el brillo de un ojo bajo un turbante blanco. Hablaba con rapidez en un dialecto shemita que a Yasmela le costaba comprender.

—¡Que Bel me pudra el brazo si no digo la verdad! Por Derketo, Conan, puede que sea el príncipe de los ladrones, pero jamás mentiría a un viejo camarada. Te lo juro por los

días en los que fuimos ladrones en Zamora, antes de que vistieras armadura.

»He visto a Natohk. He hincado la rodilla ante él como todo el mundo mientras recitaba sortilegios dedicados a Set. Pero no enterré la nariz en el suelo, como los demás. Soy un ladrón de Shumir y tengo la vista más aguda que una comadreja. Entrecerré los ojos y vi su velo ondeando al viento. El rostro quedó al descubierto y vi... ¡Que Bel me asista, Conan! Se me puso la carne de gallina y se me heló la sangre en las venas. Lo que vi me quemó el alma como un hierro candente.

»No cejé hasta confirmar mis sospechas. Fui a las ruinas de Kuthchemes y vi la puerta de marfil abierta. Había una serpiente enorme en el pórtico, atravesada por una espada. En el interior, bajo la cúpula, había un muerto, tan desfigurado y retorcido que al principio no lo reconocí. Era Shevatas el Zamorio, el único ladrón de todo el mundo al que reconozco como superior. El tesoro estaba intacto, distribuido en montones alrededor del cadáver. Y eso era todo.

—No había huesos —dijo Conan.

—¡No había nada! —exclamó el shemita, frenético—. ¡Nada! ¡Solo ese cadáver!

El silencio cayó sobre ellos, y Yasmela se encogió de terror.

—¿De dónde viene Natohk? —susurró el shemita—. Dejó el desierto una noche en la que el mundo estaba cubierto de nubes oscuras y enloquecidas que ocultaban las estrellas, y el aullido del viento se mezclaba con los gritos de los espectros de los condenados. Los vampiros salieron esa noche, y las brujas cabalgaron el viento desnudas, y los hombres lobos aullaron por todo el desierto. Vino en un camello negro, veloz como un relámpago, rodeado de un fuego impío; las pezuñas hendidas del camello dejaban un rastro luminoso en la arena. Cuando Natohk desmontó ante el santuario de Set, en el oasis de Aphaka, la bestia se internó en la noche y desapareció. He hablado con beduinos que juran que de pronto extendió unas alas gigantescas y voló hacia las nubes, dejando tras sí un rastro de fuego. Nadie ha vuelto a ver ese camello, pero un hombre de aspecto brutal se arrastra en ocasiones a la tienda de Natohk y ambos susurran en la oscuridad que precede al alba. Voy a explicarte cómo es Natohk. Te mostraré una imagen de lo que vi aquel día en Shushan cuando el viento apartó el velo que llevaba.

Yasmela vio un brillo de oro en la mano del shemita, mientras los hombres se inclinaban sobre algo. Oyó gruñir a Conan. De pronto, la oscuridad cayó sobre ella. Por primera vez en su vida, la princesa Yasmela se desmayó.

El amanecer era poco más que una mancha de claridad en el este cuando el ejército volvió a ponerse en marcha. Los tribeños habían vuelto al campamento y, mientras los caballos descansaban de la larga cabalgada, informaron de que la horda del desierto acampaba en el Pozo de Altaku. Así, los soldados forzaron el paso por las colinas, dejando atrás las carretas de suministros. Yasmela iba con ellos, los ojos desorbitados de pánico. Lo que había sido un horror sin nombre había tomado forma y se había convertido en algo aún más terrible, desde que había reconocido la pasada noche la moneda que el shemita tenía en la mano; una moneda acuñada en secreto por una degenerada secta zugita, que mostraba los rasgos de un hombre muerto tres mil años atrás.

El camino serpenteaba entre acantilados mellados y riscos desolados que se alzaban sobre los angostos valles. Aquí y allá se encaramaba alguna aldea, poco más que un montón de chozas de piedra y adobe. Muchos montañeses se unieron a sus compatriotas a su paso, por lo que, antes de que hubieran cruzado las colinas, el ejército se había visto engrosado por poco más de tres mil arqueros salvajes.

Cuando, de pronto, coronaron las colinas, contuvieron el aliento ante la vasta llanura que se extendía hacia el sur. En la ladera meridional, la pendiente descendía de forma abrupta, marcando con claridad la división entre la meseta de Koth y el desierto del sur. Las colinas formaban la frontera de la meseta, como una muralla casi ininterrumpida. En aquel lado estaban desnudas y desoladas y sus únicos habitantes eran los miembros del clan zaheemi, cuya misión era vigilar la pista de caravanas. Más allá de las colinas se extendía el desierto desnudo, arenoso, sin vida. Y allende el horizonte se encontraban el Pozo de Altaku... y el ejército de Natohk.

Contemplaban el paso de Shamla, por el cual fluía la riqueza del norte y del sur, igual que los ejércitos de Koth, Khoraja, Shem, Turán y Estigia. En aquella zona se interrumpía la abrupta muralla formada por las colinas, y los promontorios descendían hacia el desierto y creaban valles, todos excepto uno cerrados en el extremo norte por los acantilados. Aquel era el paso; parecía una enorme mano extendida sobre las colinas; dos dedos, separados del resto, formaban un valle en forma de abanico, flanqueado por amplias crestas de paredes exteriores escarpadas y paredes interiores que descendían en suave pendiente. El valle se estrechaba hacia el norte hasta formar una meseta rodeada de barrancos. Había un pozo allí, junto a un puñado de torres de piedra ocupadas por los zaheemis.

Conan detuvo la columna y saltó del caballo. Se había quitado la armadura y llevaba la cota de malla, con la que se sentía más cómodo. Théspides se le acercó y dijo, en tono imperioso:

—¿Por qué te detienes?

—Los esperaremos aquí —respondió Conan.

—Sería más honorable ir cabalgando a su encuentro —recalcó el conde.

—Son muchos más que nosotros —respondió el cimero—. Además, allí no hay agua. Acamparemos en la meseta.

—Mis hombres y yo iremos al valle —replicó Théspides con desprecio—. Somos la vanguardia y no tenemos miedo de esa horda andrajosa del desierto.

Conan se encogió de hombros, y el enfurecido aristócrata partió al galope. Amalric se detuvo mientras gritaba una orden y se quedó mirando la resplandeciente compañía que bajaba hacia el valle.

—¡Idiotas! Pronto se les vaciarán las cantimploras, y tendrán que volver al pozo a abreviar los caballos.

—Déjalos —respondió Conan—. No les resulta fácil aceptar mis órdenes. Di a nuestros hermanos que se aflojen los arneses y descansen. Hemos marchado rápido y duro; que abreen los caballos y que coman algo.

No era necesario enviar exploradores: el desierto era visible de extremo a extremo, aunque ahora quedaba oculto en parte por las nubes bajas que se apelotonaban, densas y oscuras, en el horizonte meridional. La monotonía del paisaje solo se interrumpía por un amasijo de ruinas, a unas millas desierto adentro, al parecer los restos de algún antiguo templo estigio. Conan hizo desmontar a los arqueros y los distribuyó por los riscos, junto a los montañeses. Dispuso a los piqueros, tanto mercenarios como khorajíes, alrededor del pozo de la meseta. El pabellón de Yasmela estaba algo más atrás, junto al recodo en que descendía la colina.

Sin enemigos a la vista, los soldados se relajaron. Se quitaron los bacinetes y las cofias, y se aflojaron los cinturones. Intercambiaron bromas groseras mientras devoraban la cena y metían el morro en las jarras de cerveza. A lo largo de las laderas, los hombres de las colinas mordisqueaban con tranquilidad su magra cena de olivas y dátiles. Amalric se acercó al peñasco en el que se había sentado Conan, con la cabeza descubierta.

—¿Has oído lo que dicen los montañeses de Natohk? Dicen... Por Mitra, es demasiado absurdo para repetirlo. ¿Qué opinas?

—Hay semillas que han aguantado siglos sin pudrirse —respondió Conan—. Pero Natohk es un hombre.

—No estoy tan seguro —gruñó Amalric—. En cualquier caso, tengo que reconocer que has desplegado a los hombres igual que un general experimentado. Los demonios de Natohk no nos pillarán desprevenidos. ¡Por Mitra, menuda niebla!

—Al principio creía que se trataba de nubes —respondió Conan—. Mira cómo se mueven.

La densa niebla que habían tomado por nubes se desplazaba hacia el norte como un océano embravecido, ocultando rápidamente el desierto. No tardó en cubrir las ruinas estigias, y siguió avanzando. El ejército, asombrado, no apartaba la vista. Se trataba de algo sin precedentes, antinatural e inexplicable.

—No nos servirá de nada mandar exploradores —dijo Amalric, disgustado—. No podrían ver nada. La niebla ya alcanza los primeros riscos. No tardará en ocultar todo el paso y las colinas...

Conan, que había estado contemplando la niebla cada vez más intranquilo, se tendió de pronto en el suelo y pegó la oreja; a continuación se puso en pie de un salto, entre maldiciones.

—¡Carros y caballos, por miles! ¡El suelo vibra con los cascos! ¡Eh, vosotros! —Su voz retumbó por todo el valle y galvanizó a los soldados que descansaban—. ¡Poneos esos bacinetes y agarrad las picas, perros! ¡A vuestros puestos!

Mientras los soldados se apresuraban a adoptar sus posiciones, se colocaban el yelmo y agarraban el escudo, la niebla se desvaneció, como si ya no fuera necesaria. No se fue atenuando como una niebla natural, sino que desapareció de repente, como de un soplido. Un instante antes, el desierto estaba oculto tras las olas algodonosas, apiladas estrato sobre estrato. Y de pronto el sol brillaba en un cielo sin nubes sobre el desierto desnudo... pero ya no vacío. El fiero espectáculo de la guerra se desparramaba por él. Un grito hizo estremecerse las colinas.

Lo que veían los asombrados soldados parecía un mar reluciente de bronce y oro, punteado con los destellos de mil estrellas. Al alzarse la niebla, los invasores se habían detenido y permanecían en largas y apretadas hileras, encarados al sol.

En primera línea se veían los carros, guiados por los enormes y fieros caballos estigios, con plumas sobre la cabeza, que resoplaban y piafaban mientras los desnudos aurigas intentaban contenerlos, con las poderosas piernas firmemente plantadas y los músculos tensos en los brazos morenos. Los guerreros de los carros era altos, con rostro de halcón bajo yelmos puntiagudos rematados por una bola de oro. Llevaban arcos en las manos. No se trataba de arqueros convencionales, sino nobles del sur criados para la guerra y la caza, acostumbrados a abatir leones con sus flechas.

Tras ellos se extendía una abigarrada multitud de salvajes en caballos a medio domar. Guerreros de Kush, el principal reino negro de las sabanas al sur de Estigia. De piel brillante como el ébano, eran flexibles y esbeltos; montaban desnudos y a pelo, sin silla ni bridas.

Más atrás se arracimaba una horda que parecía abarcar todo el desierto. Miles y miles de belicosos hijos de Shem, fila tras fila de jinetes con coraza de escamas y yelmo cilíndrico: los ashuri de Nippur, Shumir, Eruk y sus ciudades hermanas; hordas de blancas túnicas. Los clanes nómadas.

Las filas giraron y se arremolinaron. Los carros se apartaron mientras la hueste principal se movía indecisa hacia delante.

En el valle, los caballeros ya habían montado, y el conde Théspides galopaba hacia la ladera en la que estaba Conan. No se dignó desmontar sino que habló con rudeza desde la silla.

—¡La disipación de la niebla los ha confundido! ¡Este es el momento de cargar! Los kushitas no tienen arcos y refrenan cualquier avance. Una carga de mis caballeros los aplastará contra las filas de los shemitas y romperá la formación. ¡Seguidme! ¡Ganaremos la batalla con una sola carga!

Conan meneó la cabeza.

—Si estuviéramos luchando contra algo natural, estaría de acuerdo. Pero esa confusión es más fingida que real, como si nos estuvieran provocando para que cargásemos. Creo que es una trampa.

—Entonces, ¿te niegas a avanzar? —gritó Théspides, con el rostro enrojecido de ira.

—Sé razonable —dijo Conan—. Tenemos la ventaja de la posición y...

Con un juramento rabioso, Théspides dio media vuelta y galopó de vuelta al valle, donde los caballeros lo esperaban impacientes.

Amalric sacudió la cabeza.

—No deberías haberlo dejado volver, Conan. Creo que... ¡Mira!

Conan se puso en pie entre maldiciones. Théspides estaba en medio de sus caballeros.

No se llegaban a entender sus gritos, pero los gestos que dirigía a la horda que se aproximaba eran bastante explícitos. En un instante, quinientas lanzas se enristrarían y la caballería pesada galoparía furiosa valle abajo.

Un joven paje se acercó desde el pabellón de Yasmela y dijo con voz estridente y ansiosa:

—Excelencia, la princesa quiere saber por qué no ayudas al conde Théspides.

—Porque no soy tan estúpido como él —gruñó Conan mientras volvía a sentarse en el peñasco para roer un enorme hueso de vaca.

—La autoridad te ha vuelto sensato —señaló Amalric—. Las locuras como esta eran tu especialidad.

—Sí, cuando solo arriesgaba mi propia vida —respondió Conan—. Pero ahora... ¿Qué demonios?

La horda se había detenido. De un extremo salió un carro, el desnudo auriga azotando los caballos como un poseso. El otro ocupante era una alta figura cuyo manto flotaba espectralmente al viento. Llevaba una enorme jarra de oro en las manos, y vertió un fino chorro que brilló a la luz del sol. El carro cruzó todo el frente de la horda y tras sus ruedas, como si fuera la estela de un barco, se extendía una línea larga y delgada de arena brillante, como el rastro fosforescente de una víbora.

—¡Es Natohk! —exclamó Amalric—. ¿Qué semilla infernal está plantando?

Los jinetes que cargaban no habían frenado el ritmo. Cincuenta pasos más y chocarían contra las desiguales filas kushitas, que seguían inmóviles con las lanzas alzadas. La vanguardia de jinetes alcanzó la delgada línea que brillaba sobre la arena, sin prestar la menor atención a aquella amenaza reptante, pero cuando los cascos herrados de los caballos la pisaron fue como raspar yesca y pedernal, pero con un resultado más terrible. Una tremenda explosión estremeció el desierto, que pareció partirse en dos, con una horrible llama blanca, a lo largo de la línea brillante.

En ese momento se vio a la vanguardia de la caballería engullida por la llama; los caballos y los caballeros acorazados se agitaban en su resplandor como insectos en el fuego. De pronto quedaron convertidos en una pila de cadáveres carbonizados. Incapaces de frenar la carga, hilera tras hilera de jinetes chocó contra aquel muro de llamas. En un instante, la carga quedó convertida en una carnicería en la que cuerpos con armadura morían rodeados de los gritos de agonía de los caballos.

La falsa confusión desapareció de la horda del desierto cuando se dispuso de forma ordenada y avanzó. Los salvajes kushitas corrieron hacia la matanza para alcanzar a los heridos y destrozar los yelmos de los caballeros con mazas de piedra y hierro. Sucedió tan deprisa que los vigías de las laderas aún no comprendían qué había pasado. De nuevo, la horda avanzó, bifurcándose para evitar el montón de cadáveres carbonizados. Un grito salió de las colinas:

—¡No luchamos contra hombres! ¡Son demonios!

A ambos lados de cresta, los montañeses se estremecían. Uno de ellos corrió hacia la meseta, echando espumarajos por la boca.

—¡Huid! ¡Huid! —babeaba—. ¿Quién pude luchar contra la magia de Natohk?

Con un gruñido, Conan se incorporó y le lanzó el hueso roído. El montañés cayó al suelo, con la nariz y la boca ensangrentadas. El cimero desenvainó la espada, los ojos convertidos en dos esferas de fuego azul.

—¡Mantened la posición! —gritó—. ¡Al próximo que retroceda le abro la cabeza! ¡Luchad, malditos!

La desbandada terminó tan rápidamente como había empezado. La feroz personalidad de Conan había sido como un cubo de agua fría para el fuego frenético del terror.

—Mantened la posición —repitió—. ¡Mantenedla! ¡Ni un hombre ni un diablo cruzará hoy el paso de Shamla!

Allí donde la meseta descendía hacia el valle, los mercenarios se ciñeron los cintos y agarraron las picas. Tras ellos, los lanceros aguardaban en sus corceles, y en un flanco, los piqueros de Khoraja quedaban como reserva. A ojos de Yasmela, pálida y muda en la entrada de su tienda, el ejército parecía un lastimero puñado de hombres en comparación con la atestada horda del desierto.

Conan se plantó entre los piqueros. Sabía que los invasores no intentarían cargar con los carros ladera arriba bajo la mordedura de los arqueros, pero dejó escapar un gruñido de sorpresa al ver desmontar a los jinetes. Aquellos salvajes montañeses no cargaban con suministros de más; de sus sillas colgaban cantimploras y pellejos, y los vaciaron hasta la última gota para luego deshacerse de ellos.

—Esto va a ser el abrazo de la muerte —murmuró Conan mientras las líneas formaban a pie—. Preferiría una carga de caballería; los caballos heridos siembran el caos en sus filas.

La horda había formado una enorme cuña, cuya punta se componía de estigios y cuyo cuerpo estaba formado por los asshuri, flanqueados por los nómadas. Avanzaban en formación cerrada, con los escudos al frente; tras ellos, elevada en un carro inmóvil una figura alzaba los brazos en una tenebrosa invocación.

Cuando la horda llegó a la boca del valle, los arcos montañeses entraron en juego. Pese a la formación defensiva, los hombres caían como moscas. Los estigios habían tirado los arcos; con la cabeza acorazada en la dirección de las flechas, los ojos oscuros brillando por encima del escudo, avanzaban como una oleada inexorable, pasando por encima de sus camaradas caídos. Pero los shemitas devolvieron el fuego, y las nubes de flechas oscurecieron el cielo. Conan alzó la vista más allá del ondulante mar de picas y se preguntó qué nuevo horror invocaría el hechicero. De algún modo sentía que Natohk, como todos los de su clase, era mucho más temible en defensa que en ataque; tomar la ofensiva contra él era una invitación al desastre.

Pero sin duda era la magia lo que empujaba a la horda a los brazos de la muerte. Conan contuvo el aliento ante el caos generado en las filas atacantes. Los bordes de la cuña parecían derretirse, y el valle estaba alfombrado de cadáveres. Sin embargo, los supervivientes seguían avanzando como dementes incapaces de percibir la muerte. Por la pura superioridad numérica de sus arcos, empezaron a hacer mella en los arqueros de las colinas. Nubes de flechas caían sobre los montañeses, obligándolos a buscar refugio. El pánico hizo presa en sus corazones al ver que la carga no se detenía, y manejaban los arcos torpemente, con ojos de lobo acorralado.

Cuando la horda se acercaba al estrecho cuello del paso empezaron a llover rocas que aplastaban a los atacantes por docenas, sin que eso detuviera la carga. Los lobos de Conan se prepararon para la inevitable conclusión. En formación cerrada y con armadura superior a la de los atacantes, no hacían gran caso de las flechas. Lo que temía Conan era el impacto de la carga, cuando la enorme cuña chocase contra sus filas. Y se dio cuenta de que nada detendría aquel embate. Agarró por el hombro a un zaheemi que tenía al lado.

—¿Hay algún modo de llegar a caballo a ese valle ciego que se extiende más allá de la cresta occidental?

—Sí. Hay un paso empinado y peligroso, secreto y bien guardado. Pero...

Conan ya lo arrastraba hacia donde esperaba Amalric, a lomos de su caballo de guerra.

—¡Amalric! ¡Sigue a este hombre! Te llevará a aquel valle. Cabalga, rodea el risco y ataca la horda por retaguardia. No digas nada, ¡ve! Sé que es una locura, pero estamos condenados hagamos lo que hagamos. Al menos les causaremos un daño considerable antes de morir. ¡Vamos, date prisa!

El bigote de Amalric se enderezó en una sonrisa fiera, y poco después sus lanceros seguían al guía en dirección a una maraña de desfiladeros que salían de la meseta. Conan volvió junto a los piqueros espada en mano.

Llegó justo a tiempo. A ambos lados, en los riscos, los montañeses de Shupras, enloquecidos ante la derrota inevitable, abatieron los arcos. Los soldados caían como moscas en el valle y las laderas; con un rugido y una acometida irresistible, la marejada estigia chocó contra los mercenarios.

En medio de un huracán de acero resplandeciente, la línea se retorció y se tambaleó. Aristócratas criados para la guerra contra soldados profesionales.

Los escudos chocaban contra los escudos; entre ellos se clavaban las picas, y brotaba la sangre.

Conan vio el poderoso cuerpo del príncipe Kutamún al otro lado del mar de espadas, pero apenas podía moverse, pecho contra pecho como estaba, rodeado de formas oscuras que jadeaban y lanzaban estocadas. Tras los estigios corrían, entre aullidos, los asshuri.

A los lados, los nómadas subían por las colinas y se enzarzaban en combate cuerpo a cuerpo con los montañeses. La lucha rugía en las cimas, feroz, ciega y jadeante. Enloquecidos de rabia fanática y viejas querellas, los tribeños se defendían con uñas y dientes y caían uno por uno. Con el pelo alborotado al viento, los desnudos kushitas se lanzaron a la refriega.

Con la vista borrosa por el sudor, Conan tuvo la sensación de que estaba contemplando un océano de acero que hervía y se agitaba, llenando el valle de peña a peña. La lucha había alcanzado un sangriento punto muerto. Los montañeses seguían en los riscos y los mercenarios, agarrados a las picas ensangrentadas, los pies clavados con firmeza en la tierra resbaladiza de sangre, defendían el paso. La posición elevada y la protección de las rocas mantenía a raya de momento a la horda que los superaba en número, pero no duraría. Oleada tras oleada de rostros aulladores y lanzas brillantes se lanzaban contra la ladera, y los asshuri cubrían los huecos que dejaban los estigios.

Conan miraba continuamente hacia el risco occidental, por si aparecían los jinetes de Amalric. Pero no llegaba nadie, y los piqueros empezaban a retroceder bajo el empuje de los atacantes. Abandonó toda esperanza de victoria y de vida. Gritó una orden a sus jadeantes capitanes, abandonó la formación y echó a correr por la meseta hacia las reservas de Khoraja, que aguardaban impacientes el momento de entrar en batalla. Ni siquiera miró hacia el pabellón de Yasmela. Había olvidado a la princesa y solo ocupaba su mente el deseo salvaje de morir matando.

—¡Hoy os convertís en caballeros! —gritó entre fieras carcajadas mientras señalaba con la espada chorreante a los caballos de los montañeses, que pastaban allí cerca—. ¡Montad y seguidme al infierno!

Los corceles de las colinas se encabritaron ante el ruido desconocido del choque de la armadura kothiana, y la borrascosa risa de Conan se alzó por encima del estruendo mientras los guiaba hacia el lugar donde el risco oriental se separaba de la meseta. Quinientos soldados de infantería, patricios arruinados, hijos menores, ovejas negras, bajaban hacia la batalla a lomos de caballos shemitas medio salvajes por una pendiente por la que ninguna caballería había osado descender jamás.

Cruzaron la boca del paso ahogada por la batalla y la cresta cubierta de cadáveres. Galoparon como demonios ladera abajo; muchos perdieron el equilibrio y cayeron bajo los cascos de sus camaradas. Bajo ellos, los hombres gritaban y soltaban las armas mientras la estruendosa carga los aplastaba como una avalancha en un bosque de árboles jóvenes. Los khorajies atravesaron la densa multitud y a su paso dejaron el suelo alfombrado de cadáveres.

De pronto, mientras la horda se retorció e intentaba dar la vuelta, aparecieron los hombres de Amalric. Tras enfrentarse a un retén de jinetes que habían encontrado en el valle exterior, acababan de rodear el risco occidental y caían sobre la horda como una cuña de acero, haciéndola pedazos. El ataque desmoralizó a la retaguardia. Creyéndose flanqueados por una fuerza superior y aterrados ante la idea de quedar separados del desierto, enjambres de nómadas rompieron filas y corrieron en estampida, sembrando el caos entre sus camaradas. La horda se tambaleó y la caballería la atravesó. En los riscos, los nómadas perdían ímpetu de pronto, y los montañeses caían sobre ellos con furia renovada y los lanzaban ladera abajo.

Tomada por sorpresa, la horda se desbandó antes de ver que sus atacantes no eran sino un puñado. Una vez desbandados, ni siquiera un mago podía volver a unirlos. Por encima del mar de cabezas y lanzas, los enloquecidos hombres de Conan vieron a los jinetes de Amalric cruzando el paso con seguridad, las hachas y las mazas subiendo y bajando. El salvaje júbilo de la victoria llenó el corazón de cada uno de los soldados y le convirtió el brazo en acero.

Los piqueros afirmaron los pies en el resbaladizo mar de sangre, cuyas olas carmesíes les lamían los tobillos, y empezaron a avanzar, aplastando las desordenadas filas del enemigo. Los estigios seguían en posición, pero a sus espaldas se desvaneció la presión de los asshuri y los mercenarios avanzaron sobre los cuerpos de los aristócratas del sur, en sus puestos hasta el final, para atacar y destrozar la confusa turba de detrás.

En las colinas, el viejo Shupras yacía con una flecha en el corazón. Amalric había caído, maldiciendo como un pirata, con una flecha clavada en la malla del muslo. De la infantería montada de Conan quedaban poco más de ciento cincuenta hombres en la silla. Pero la horda estaba destrozada. Nómadas y piqueros huían en dirección al campamento en busca de sus caballos, y los montañeses descendían por las laderas, alanceando a los fugitivos por la espalda y degollando a los heridos.

En aquel caos sangriento, ante el rabioso corcel de Conan se mostró una aparición repentina. Era el príncipe Kutamún, sin más atuendo que un taparrabos, sin arnés y con el yelmo mellado, con todo el cuerpo salpicado de sangre. Con un aullido, lanzó la empuñadura rota de la espada a la cara de Conan y, de un salto, agarró la brida del semental. El cimero se tambaleó en la silla, aturdido, y con una fuerza terrible, el gigante de piel oscura hizo oscilar al aterrado caballo hasta que perdió pie y cayó al suelo cubierto de arena ensangrentada y cuerpos destrozados.

Conan saltó del caballo justo a tiempo, y Kutamún se lanzó gritando hacia él. La batalla se convirtió en una pesadilla enloquecida y Conan no llegó a enterarse de cómo había conseguido matar a su enemigo. Solo sabía que una piedra, en la mano del estigio, le golpeaba sin cesar el casco y le llenaba su vista de chispas, mientras él clavaba una y otra vez el puñal en el cuerpo del enemigo sin que pareciera surtir el menor efecto. El mundo giraba a su alrededor y, de pronto, con un estremecimiento convulso, el cuerpo del estigio quedó inerte.

Se puso en pie, tambaleante, la sangre corriéndole por la cara, y contempló la terrible destrucción que lo rodeaba. De cresta a cresta, el valle estaba alfombrado de muertos, como un mar rojo en el que cada ola fuera una inmensa hilera de cadáveres. Llenaban el cuello del paso y se amontonaban en las laderas. Y abajo, en el desierto, continuaba la matanza; los supervivientes de la horda habían llegado a sus caballos e intentaban huir al desierto profundo, perseguidos por los agotados vencedores. Conan se quedó horrorizado al ver cuán pocos de estos quedaban.

De pronto, un horrible grito se sobrepuso a todo lo demás. Un carro subía por el valle a una velocidad de vértigo, ajeno a los cadáveres amontonados. No lo guiaba caballo alguno, sino una criatura negra parecida a un camello. En el carro iba Natohk, el manto ondeando al viento. A las riendas, manejando la fusta frenéticamente, había agazapada una forma antropomórfica que podría haber sido un horripilante simio.

Con una ráfaga de viento ardiente, el carro atravesó la ladera cubierta de cadáveres, directo al pabellón de la princesa. Yasmela estaba sola, pues sus guardias se habían unido al frenesí de la matanza. Conan se quedó helado al oír su grito de terror mientras el largo brazo de Natohk la agarraba y la subía al carro. Entonces el siniestro corcel dio media vuelta y regresó hacia el valle. Nadie se atrevió a tirarle una lanza o una flecha por miedo a dar a Yasmela, que forcejaba entre los brazos de Natohk.

Con un grito de rabia enfurecido, Conan recogió la espada del suelo y se interpuso en la trayectoria del aquel horror sobre ruedas. Pero mientras alzaba la espada, los cascos delanteros de la bestia negra lo golpearon como un rayo y lo lanzaron violentamente a varios pies de distancia, herido y aturdido. El grito de Yasmela resonó desesperado en sus oídos mientras el carro se alejaba.

Un grito que no tenía nada de humano salió de los labios de Conan mientras se ponía en pie y alcanzaba las riendas de un caballo sin jinete que corría a su lado. Se lanzó a la silla sin detener la montura, y galopó con una despreocupación enloquecida hacia el veloz carro. Llegó a la llanura como un torbellino y cruzó el campamento shemita. Se adentró al galope en el desierto, dejando atrás a sus jinetes y a los nómadas que huían.

Como una centella se desplazaba el carro, y Conan seguía su estela, aunque el caballo empezaba a temblar. Ante ellos se abría el desierto profundo, bañado en el esplendor desolado y misterioso del ocaso. Delante se alzaban unas antiguas ruinas y, con un aullido que heló la sangre en las venas de Conan, el inhumano auriga lanzó a la joven y a Natohk fuera del carro. Rodaron por la arena y, ante la asombrada mirada del bárbaro, el carro y su corcel empezaron a cambiar de un modo espantoso. Grandes alas salieron de aquel horror negro que ya no se parecía en nada a un camello, y montura y carruaje saltaron hacia el cielo, dejando una estela de fuego cegador en el que podía verse una figura negra de aspecto humano que farfullaba triunfante. Pasó tan deprisa que fue como una pesadilla fugaz en medio de un sueño emponzoñado.

Natohk se levantó de un salto y lanzó una mirada ceñuda a su sombrío perseguidor, que seguía cabalgando sin detenerse, la espalda goteando sangre. El hechicero agarró a la tambaleante joven y corrió con ella por las ruinas.

Conan saltó del caballo y se lanzó tras ellos. Llegó a una sala que brillaba con un resplandor impío, aunque en el exterior el crepúsculo se iba adueñando del mundo. Yasmela yacía en un altar de jade negro, el cuerpo desnudo reluciente como el marfil bajo aquella extraña luz. Su ropa desgarrada estaba en el suelo, como si se la hubieran arrancado de un tirón brutal. Natohk se encaró con el cimerio. Era increíblemente alto y delgado, cubierto de reluciente seda verde. Se apartó el velo del rostro, y Conan contempló los rasgos que había visto representados en la moneda zugita.

—¡Sí, perro, retrocede! —La voz era como el siseo de una serpiente gigante—. ¡Soy Thugra Khotan! Durante mucho tiempo yací en mi tumba, en espera del día en que me despertasen y liberasen. Las artes que me salvaron de los bárbaros hace muchos años me mantenían preso, pero sabía que alguien acabaría por llegar. ¡Y llegó, y cumplió su destino, y murió como nadie ha muerto en tres mil años!

»¡Idiota! ¿Crees que me has vencido porque has desbandado a mi pueblo? ¿Porque me ha traicionado y abandonado el demonio al que esclavicé? Soy Thugra Khotan, y gobernaré el mundo a pesar de vuestros mezquinos dioses. El desierto está poblado por mi gente, y los demonios de la tierra cumplirán mis órdenes, como las cumplen los reptiles. Mi deseo por una mujer debilitó mi hechicería. Pero ahora la mujer es mía y, en cuanto me solace con su alma, seré invencible. ¡Atrás, idiota! ¡No has conquistado a Thugra Khotan!

Lanzó el báculo a los pies de Conan, quien retrocedió con un grito involuntario. El cayado pareció fundirse y estremecerse, hasta que de pronto una cobra alzó la siseante cabeza frente al cimerio. Este atacó con un juramento rabioso, y la espada cortó al reptil por la mitad. Pero lo que tenía a los pies eran simplemente dos trozos de un báculo de ébano. Thugra Khotan reía enloquecido. Dio media vuelta y agarró algo repugnante que reptaba por el polvo del suelo.

En la mano extendida había algo vivo que se retorció y babeaba. No era un truco de espejos o sombras chinescas, como antes. En la mano desnuda, Thugra Khotan sujetaba un escorpión negro de más de un pie de largo, la criatura más mortífera del desierto, cuya picadura significaba la muerte instantánea. Al rostro cadavérico de Thugra Khotan asomó una sonrisa momificada. Conan vaciló y de pronto, sin dudarlo, lanzó la espada.

Pillado por sorpresa, Thugra Khotan no pudo evitar el golpe. La punta le atravesó el corazón y le salió entre los hombros. Al caer al suelo aplastó al ponzoñoso monstruo.

Conan corrió hacia el altar y cogió a Yasmela con los brazos ensangrentados. Ella se le abrazó temblorosa l cuello forrado de acero, sin dejar de sollozar histérica, y no hubo manera de apartarla.

—¡Por los huesos de Crom, niña! —gruñó—. ¡Suéltame! Hoy han muerto cincuenta mil hombres y aún me queda mucho por hacer.

—¡No! —jadeó ella, agarrándolo con todas sus fuerzas, tan salvaje como él en su miedo y su deseo—. ¡No pienso soltarte! ¡Soy tuya y eres mío, a través del fuego, el acero y la sangre! ¡Eres mío! Fuera de aquí pertenezco a otros. ¡Aquí soy mía y tuya! ¡No puedes irte!

Conan dudó, el sentido común vencido por la violencia de la pasión. El brillo siniestro y fantasmal aún iluminaba la sala sombría y caía espectral sobre el rostro muerto de

Thugra Khotan, que parecía contemplarlos adusto y ceñudo. Más allá del desierto, en las colinas cubiertas de un océano de cadáveres, los soldados morían entre aullidos de locura y sed insaciable, y los reinos se tambaleaban. Todo eso desapareció, barrido por la marea carmesí que se alzó enloquecida en el corazón de Conan mientras estrechaba salvajemente entre sus brazos el cuerpo esbelto y blanco que temblaba como una llama junto a él.

SOMBRAS A LA LUZ DE LA LUNA



Un repentino choque de caballos entre las altas cañas; una caída estruendosa; un grito de desesperación. Quien iba a lomos del caballo moribundo se puso en pie tambaleante; era una esbelta joven calzada con sandalias y vestida con una túnica ceñida. El pelo negro se le desparramaba por los blancos hombros, y sus ojos eran los de un animal acorralado. No miró hacia el cañaveral que llenaba el claro ni hacia las aguas azules que bañaban la costa, a sus espaldas. Sus ojos estaban fijos con una intensidad agónica en el jinete que se acercaba atravesando el cañaveral y que desmontó al llegar a su lado.

Era alto y delgado, pero duro como el acero. Estaba cubierto de la cabeza a los pies por una cota de malla plateada que se adaptaba como un guante a su cuerpo flexible. Bajo el casco dorado con forma de cúpula, dos ojos pardos la contemplaban burlones.

—¡Atrás! —La voz de la joven temblaba de terror—. ¡No me toques, Shah Amurath, o me lanzaré al agua y me ahogaré!

El hombre soltó una carcajada; su risa era como el ronroneo de una espada contra una vaina de seda.

—No, no te ahogará, Olivia, mi dulce cabeza hueca. Junto a la orilla no es suficientemente profunda, y te puedo alcanzar antes de que te alejes. Me has proporcionado una caza interesante, por los dioses; tanto que hemos dejado a mis hombres muy atrás. Pero no hay caballo al oeste de Vilayet que pueda superar a Item. —Señaló al esbelto semental del desierto, a sus espaldas.

—¡Déjame! —suplicó la joven, con el rostro cubierto de lágrimas de desesperación—. ¿No me has hecho ya bastante daño? ¿Hay alguna humillación, dolor o degradación que no me hayas infligido? ¿Cuánto más va a durar esta tortura?

—Hasta que deje de encontrar placer en tus lloriqueos, tus súplicas, tus lágrimas y tus estremecimientos —respondió él con una sonrisa que habría parecido tierna a quien no lo conociese—. Eres sorprendentemente excitante, Olivia. Creo que nunca me cansaré de ti como me he cansado de otras mujeres. Siempre pareces fresca e inmaculada, te haga lo que te haga. Cada día a tu lado me trae nuevos placeres.

»Vamos, volvamos a Akif, donde el pueblo festeja al conquistador de esos miserables kozakis, mientras este está ocupado recapturando a una miserable fugitiva. Una fugitiva imprudente, encantadora y estúpida.

—No.

La joven retrocedió hacia las aguas azules que lamían las cañas.

—¡Sí!

El relámpago de ira desatada en su voz fue como chispas que saltasen del pedernal. Con una velocidad que los delicados miembros de la joven no podían igualar, la agarró por la muñeca y se la retorció con malignidad hasta hacerla caer de rodillas con un grito.

—¡Perra! Debería llevarte de vuelta a Akif atada a la cola del caballo, pero seré piadoso y te llevaré en la parte delantera de la silla. Deberías estarme agradecida por ello, maldita...

La soltó de pronto mientras dejaba escapar un juramento, retrocedía y desenvainaba el

sable. De los cañaverales surgió una aparición terrible que lanzó un grito inarticulado de puro odio.

En el el suelo, Olivia contempló lo que le pareció un salvaje o un loco que avanzaba hacia Shah Amurath de forma amenazadora. Era un individuo fuerte, desnudo excepto por un ceñido taparrabos manchado de sangre y fango seco. Su negra melena estaba llena de pegotes de limo y barro, y tenía regueros de sangre seca en el pecho y los brazos, así como en el mandoble que llevaba en la mano derecha. Sus ojos inyectados en sangre brillaban como brasas de fuego azul.

—¡Perro hirkanio! —rugió la aparición con acento bárbaro—. ¡La venganza del infierno te ha traído hasta mí!

—¡Un kozaki! —exclamó Shah Amurath, retrocediendo—. ¡No sabía que hubiera escapado uno de vosotros! Os hacía a todos pudriéndoos en la estepa junto al río Ilbars.

—¡Todos menos yo, maldito! Ah, he soñado con este momento mientras me arrastraba por las zarzas, mientras yacía bajo las rocas y las hormigas me roían la carne, mientras me agazapaba con el fango a la altura de la boca. Sí, soñé con ello, pero nunca me atreví a suponer que pasaría. ¡Ah, dioses del infierno, cuánto he deseado este momento!

El ansia de sangre del desconocido era un espectáculo terrible. Chasqueaba la mandíbula de modo espasmódico, y la espuma asomaba por la comisura de sus labios ennegrecidos.

—¡Atrás! —ordenó Shah Amurath, con los ojos entrecerrados.

—¡Ja! —Era como el gañido de un lobo gris—. ¡Shah Amurath, el gran señor de Akif! Ah, maldito, no tienes ni idea de cuánto me alegro de verte. Alimentaste a los buitres con mis camaradas, los hiciste descuartizar con caballos, los cegaste, los mutilaste y los dejaste lisiados. ¡Perro! ¡Puerco!

A pesar de lo terrorífico de su aspecto, Olivia estaba segura de que caería al primer cruce de espadas. Loco o salvaje, ¿qué podía hacer desnudo frente al acorazado amo de Akif?

Durante un instante pareció que las espadas llameaban y se besaban, como si apenas se tocasen antes de volver a separarse. De pronto, el mandoble sobrepasó al sable y descargó un golpe letal en el hombro de Shah Amurath. Olivia gritó ante la furia que entrañaba. Por encima del crujido de la cota de malla distinguió con claridad el ruido del hueso al romperse. El hirkanio retrocedió, pálido; la sangre corría entre los anillos de la cota de malla; el sable se le escurrió de los dedos inertes.

—¡Cuartel! —jadeó.

—¿Cuartel? —Había un deje de delirio en la voz del desconocido—. ¡Como el que tú nos diste, cerdo!

Olivia cerró los ojos. Aquello ya no era una batalla, sino una carnicería; frenética, sangrienta, gobernada por la histeria de la rabia y el odio. En ella culminaban los sufrimientos de la batalla, la matanza y la tortura, y volaba sobre las alas del miedo, la sed de venganza y el ansia de muerte. Aunque Olivia sabía que Shah Amurath no merecía la menor compasión de ninguna criatura viviente, cerró los ojos y se llevó las manos a los oídos para no oír como la espada caía una y otra vez con el sonido de un hacha de carnicero ni oír los gritos que poco a poco iban apagándose.

Abrió los ojos y vio al desconocido alejándose de aquella parodia sangrienta que apenas recordaba un ser humano. El pecho le subía y le bajaba por la emoción o el agotamiento; tenía la frente perlada de sudor y la mano derecha salpicada de sangre.

No le dijo nada; ni siquiera miró en su dirección. Olivia vio como cruzaba las cañas hasta la orilla y daba un tirón a algo. Un bote salió de su escondite entre los tallos. En cuanto comprendió lo que pretendía, Olivia se puso en pie como si la hubiera alcanzado un rayo.

—¡Espera! —gimió, echando a correr en su dirección—. ¡No me dejes! ¡Llévame!

Él dio la vuelta y la miró. Parecía distinto. Ya no brillaba la demencia en sus ojos inyectados en sangre. Era como si la que acababa de derramar le hubiese devuelto la cordura.

—¿Quién eres? —quiso saber.

—Me llamo Olivia. Era su prisionera y hui. Él me siguió y dio aquí conmigo. ¡No me dejes, por favor! Sus soldados no estarán muy lejos. Encontrarán su cadáver, y a mí junto a él... ¡Oh!

Gimió de terror y se estrujó las blancas manos. Él la contemplaba perplejo.

—¿Y estarás mejor conmigo? Soy un bárbaro. Y se ve a la legua que me tienes miedo.

—Sí, te temo —respondió ella, demasiado asustada para disimular—. Me tiembla la carne solo con verte. Pero temo más a los hirkanios. ¡Déjame ir contigo! Me torturarán si me encuentran junto al cadáver de su amo.

—Ven si quieres.

Se echó a un lado y ella se apresuró a subir al bote, procurando no tocar al bárbaro. Se sentó en la proa mientras él cogía un remo para, usándolo de pala, abrirse camino con dificultad entre los altos tallos. Cuando dejaron atrás los cañaverales, se sentó y usó ambos remos. Remaba de un modo preciso, regular, poderoso, los músculos de los brazos y los hombros se movían al ritmo del esfuerzo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato; la joven estaba agazapada en la proa y el hombre manejaba los remos. Ella lo contemplaba con timorata fascinación. Era evidente que no era hirkanio, y tampoco parecía de raza hibórea. Tenía el rostro cubierto de barro y mugre, y el cansancio de la batalla y la fuga hacían mella en él; era un rostro salvaje, indómito, pero no había nada maligno ni degenerado en sus facciones.

—¿Quién eres? —preguntó Olivia de pronto—. Shah Amurath te ha llamado kozaki. ¿Eres uno de ellos?

—Soy Conan. Soy de Cimeria —gruñó—. Estaba con los kozakis, como nos llamaban los perros hirkanios.

Ella sabía que aquella tierra quedaba hacia el noroeste, mucho más allá de las fronteras de los reinos que conocía.

—Soy hija del rey de Ofir —dijo—. Mi padre me vendió a un jeque shemita porque no quise casarme con un príncipe de Koth.—El cimero gruñó, sorprendido. Ella torció los labios en una sonrisa amarga—. Ah, sí; a veces, los hombres civilizados venden a sus hijos como esclavos a los salvajes. Y os llaman bárbaros a vosotros, Conan de Cimeria.

—Nosotros no vendemos a nuestros hijos —masculló él entre dientes.

—Pues a mí me vendieron, al menos. El beduino que me compró no abusó de mí. Quería ganarse el favor de Shah Amurath y fui uno de los regalos que llevó a Akif, la de los jardines morados. Luego... —Se estremeció y ocultó el rostro entre las manos—. Ya ni siquiera debería importarme. Pero cada recuerdo se me clava como un latigazo. Viví en el palacio de Shah Amurath hasta que, hace unas semanas, salió con su ejército para combatir a un grupo de invasores que estaban saqueando las fronteras de Turán. Ayer volvió

triunfante y se preparó un gran festín en su honor. Aproveché el jolgorio y la borrachera para huir de la ciudad en un caballo robado. Creí que había logrado escapar, pero me siguió, y a mediodía me había alcanzado. Fui más rápida que sus vasallos, pero de él no pude escapar. Luego apareciste tú.

—Estaba escondido entre los cañaverales —masculló el cimero—. Era uno de esos invasores que saqueaban las fronteras. Nos hacíamos llamar los Compañeros Libres. Éramos cinco mil, de muchas razas y tribus distintas. Casi todos estábamos sirviendo como mercenarios al mando de un príncipe rebelde de Koth oriental cuando decidió hacer las paces con su condenado soberano y nos dejó sin empleo. Así que nos pusimos a saquear la periferia de Koth, Zamora y Turán. No hacíamos grandes distinciones entre unos y otros. Hace una semana, Shah Amurath nos atrapó en la orilla del Ilbars con quince mil de sus hombres. ¡Por Mitra! Los cielos se oscurecieron con los buitres. Cuando rompió la línea, tras casi un día de combate, algunos intentaron huir hacia el norte y otros hacia el oeste. No creo que escapase ninguno. Las estepas estaban llenas de jinetes que perseguían a los fugitivos. Decidí ir hacia el este y llegué a las marismas que delimitan esta parte del Vilayet.

»He estado escondido en el cenagal hasta ahora. No fue hasta anteayer que dejaron de batir los cañaverales en busca de fugitivos. Me retorcí y me oculté como una serpiente, y me alimente de las ratas almizcleras que pude atrapar. Crudas, porque no tenía manera de encender fuego. Esta mañana he encontrado el bote oculto entre las cañas. No pensaba hacerme a la mar hasta esta noche, pero después de matar a Shah Amurath he comprendido que esos perros con armadura no andarían lejos.

—¿Y ahora?

—Seguramente nos perseguirán. Aunque no vean la marca del bote, que he intentado cubrir como he podido, supondrán de todos modos que nos hemos hecho a la mar en cuanto no den con nosotros en la marisma. Pero les llevamos ventaja, y no pararé de remar hasta que llegemos a un lugar seguro.

—¿Y dónde lo encontraremos? —preguntó ella, descorazonada—. Vilayet es un estanque hirkanio.

—No todos lo ven así —dijo Conan con una sonrisa siniestra—. Y mucho menos los esclavos que han escapado de las galeras y se han hecho piratas.

—Pero ¿qué planes tienes?

—La costa suroeste está en manos de los hirkanios a lo largo de cientos de millas. Aún nos queda mucho para llegar más allá de sus fronteras septentrionales. Pretendo ir hacia el norte hasta estar seguro de haberlas dejado atrás. Luego giraré al oeste e intentaré desembarcar en la costa que bordea la estepa.

—¿Y si nos encontramos con piratas o con una tormenta? Además, moriremos de hambre en la estepa.

—No te he pedido que vinieras conmigo —le recordó.

—Lo siento. —Inclinó hacia adelante la bien proporcionada cabeza—. Piratas, tormentas, hambre... Son todos preferibles a los habitantes de Turán.

—Sí. —La expresión de Conan se tornó sombría—. Aún no he acabado con ellos. Pero no te preocupes, muchacha. Las tormentas no son frecuentes en el Vilayet en esta época del año. Y si llegamos a la estepa no moriremos de hambre. Me crié en una tierra igual de desolada. Fueron esas malditas marismas, con su hedor y sus enjambres de moscas, las que

casi acaban conmigo. En las tierras altas me siento como en casa. En cuanto a los piratas... —Esbozó una sonrisa enigmática y siguió remando.

El sol se hundió en el horizonte como una bola de cobre candente en un lago de fuego. El azul del mar se mezcló con el del cielo, y ambos se convirtieron en terciopelo oscuro tachonado de estrellas y sus reflejos. Olivia se reclinó en la proa del bote, que se mecía suavemente, y cayó en un estado de ensueño irreal. Le pareció que flotaba en el aire, con estrellas tanto por encima como a sus pies. Su silencioso acompañante se recortaba vagamente contra la suave oscuridad. El ritmo de los remos no se detenía ni se alteraba; parecía un barquero fantasmal que guiase la barca por el río de la muerte. Pero la idea no despertó miedo alguno en ella y, llevada por el ritmo monótono y estable, cayó en un sueño apacible.

La luz del amanecer le alcanzaba los ojos cuando despertó, repentinamente hambrienta. El bote no se movía al mismo ritmo, y se dio cuenta de que Conan había dejado de remar y miraba por encima de ella. Comprendió también que había estado remando toda la noche sin detenerse, y se maravilló ante aquella resistencia increíble. Se giró para seguir su mirada y divisó la muralla verde de un bosque que asomaba sobre las aguas y luego en una amplia curva que abarcaba una pequeña bahía de aguas tranquilas como cristal azul.

—Es una de las muchas islas de este mar interior —dijo Conan—. Se supone que están deshabitadas y, por lo que he oído, los hirkanios rara vez las visitan. Además, normalmente no se alejan de la costa con sus galeras, y nosotros hemos viajado un buen trecho. Antes del anochecer habremos perdido de vista el continente.

Con un par de golpes de remo llevó el bote hacia la costa y lo amarró a una raíz arqueada que asomaba del agua. Saltó a tierra y tendió la mano para ayudar a Olivia a desembarcar. Ella la tomó, contuvo un escalofrío al ver las manchas de sangre y no pudo evitar estremecerse al sentir la fuerza feroz que se agazapaba en los músculos del cimerio.

Un silencio onírico reinaba en el bosque que bordeaba la bahía. Entonces, en algún lugar lejano y perdido entre los árboles, un pájaro entonó su canción matutina, y la brisa susurró entre las hojas y las hizo murmurar. Olivia se dio cuenta de que escuchaba, pero no sabía qué esperaba oír. ¿Qué se arrastraría por aquel ignoto bosque?

Mientras escrutaba las sombras, entre los árboles, algo salió a la luz del sol con un aleteo; un enorme loro que se posó en una frondosa rama se quedó balanceándose, las plumas convertidas en un espectáculo jade y carmesí. Volvió la cabeza crestada y contempló a los invasores con brillantes ojos de azabache.

—¡Por Crom! —murmuró el cimerio—. Es el bisabuelo de todos los loros. ¡Debe tener varios cientos de años! Mira esa sabiduría maligna en sus ojos. ¿Qué misterios guardas, demonio astuto?

De pronto el pájaro extendió las alas, echó a volar y gritó con aspereza: «¡Yagkulan yok tha, xuthala!». Soltó luego un chillido que pareció una risa humana horripilante, y se alejó entre los árboles hasta que se desvaneció en las sombras.

Olivia se quedó mirándolo. Sentía como si una mano helada y desconocida le recorriera la espalda.

—¿Qué ha dicho? —susurró.

—Eran palabras humanas —respondió Conan—, pero desconozco la lengua.

—Yo también. Pero debe de haberlas aprendido de labios humanos. Humanos o... —Contempló la frondosa maraña del bosque y se estremeció sin saber por qué.

—¡Por Crom, tengo hambre! —gruñó el cimerio—. Podría devorar un búfalo. Vamos a buscar fruta. Pero primero me voy quitar de encima toda esta sangre y este barro. Escondarse entre los marjales es un asunto sucio.

Dicho y hecho, dejó a un lado la espada y, tras meterse en el agua hasta los hombros, empezó a lavarse. Cuando salió le brillaban los hombros definidos y bronceados, y su negra melena ya no estaba pegoteada de barro. Los ojos azules, si bien seguían ardiendo indómitos, no estaban inyectados en sangre, pero ni la flexibilidad felina de los miembros ni el aspecto feroz del rostro habían cambiado.

Volvió a coger la espada e indicó a la joven que lo siguiera tierra adentro. Por encima de ellos se alzaban los arcos frondosos de las grandes ramas, y el suelo estaba cubierto de hierba corta y mullida que acolchaba sus pasos. Entre los troncos de los árboles atisbaban fugazmente lo que parecía un paisaje de cuento de hadas.

Conan dejó escapar un gruñido de satisfacción al contemplar los globos dorados y bermejos que pendían en grandes racimos entre las hojas. Indicó a la joven que se sentara en un árbol caído y le llenó el regazo de manjares exóticos. Por último se sentó a su lado y se puso a comer con evidente satisfacción.

—¡Por Istar! —dijo entre bocados—. Desde el Ilbars he vivido de ratas almizcleras y raíces, y me he pasado los días excavando en el barroapestoso. Esto tiene un sabor agradable, aunque no llena gran cosa. Pero nos servirá, si comemos lo suficiente.

Olivia estaba demasiado ocupada para responder. Con el filo del hambre al fin embotado, Conan empezó a observar con más interés a su hermosa compañera. No le pasaron desapercibidos los lustrosos bucles de pelo negro, el tinte de melocotón de la delicada piel ni las curvas de la esbelta figura allí donde la túnica de seda las mostraba con claridad.

El objeto de su escrutinio terminó de comer y alzó la vista. Cuando se encontró con aquellos ojos ardientes, intensos, le cambió el color de la cara y los restos de la fruta se le escurrieron entre los dedos.

Con un gesto y sin decir palabra, Conan le indicó que debían continuar la exploración, así que la joven se puso en pie y lo siguió hacia un claro cuyo extremo más alejado estaba rodeado de espesos matorrales. Cuando salían percibieron un ruido desgarrador procedente de los matorrales, y Conan se apartó rápidamente con la joven en brazos. Ambos se salvaron por los pelos de algo que salió volando de la espesura y se estrelló contra un árbol con un impacto brutal.

Conan desenvainó la espada, cruzó el claro y se hundió entre los matorrales. Agazapada en el suelo, aterrada y maravillada, Olivia no oyó ruido alguno hasta que Conan salió de la espesura, ceñudo y confundido.

—No hay nada en los matorrales —gruñó—. Pero lo había antes...

Examinó el proyectil que no los había alcanzado por tan poco y gruñó de nuevo como si no diera crédito a sus ojos. Era un sillar enorme de piedra verdosa tirado en la hierba, al pie de un árbol al que había arrancado la corteza.

—Una piedra muy rara para una isla deshabitada —masculló.

Los encantadores ojos de Olivia se abrieron de asombro. Era una pieza simétrica, sin la menor duda tallada por manos humanas. Y era asombrosamente enorme. El cimerio la agarró con ambas manos, flexionó las piernas y convirtió los músculos de brazos y espalda en tensos y poderosos nudos. Alzarla sobre la cabeza y lanzarla a lo lejos le costó hasta la

última onza de fuerza y voluntad. Cayó a pocos pies de distancia, y Conan lanzó una maldición.

—Ningún hombre podría lanzar la roca de un lado a otro del claro. Habría que usar máquinas de asedio. Pero no he visto mangoneles ni balistas.

—Quizá la hayan lanzado desde lejos —sugirió ella.

Él meneó la cabeza.

—No ha caído de lo alto. Venía de aquel matorral. ¿Ves las ramas rotas? La han lanzado como una persona lanzaría un guijarro. Pero ¿quién? ¡Ven!

Lo siguió indecisa hacia el matorral, que era menos denso tras el anillo exterior. Un silencio melancólico los rodeaba. La flexible hierba no mostraba signo alguno de pisadas, pero alguien había lanzado aquel peñasco desde allí, con precisión y fuerza. Conan se acercó más y vio que la hierba estaba aplastada aquí y allá. Meneó la cabeza con rabia. Ni siquiera sus agudos ojos eran capaces de descubrir qué o quién había estado allí. Alzó la vista hacia el verde techo que les cubría la cabeza, un espeso enrejado de grandes hojas y ramas entrelazadas.

Se quedó helado.

Se puso en pie, espada en mano, y empezó a retroceder arrastrando a Olivia.

—¡Fuera, rápido! —la urgió en un susurró que le heló la sangre.

—¿Por qué? ¿Qué has visto?

—Nada —respondió con cautela, sin dejar de retroceder.

—Pero entonces, ¿qué pasa? ¿Qué hay en los matorrales?

—¡La muerte! —respondió, con la mirada aún clavada en los arcos de jade que ocultaban el cielo.

Cuando estuvieron fuera de los matorrales, le cogió la mano y la llevó rápidamente por el bosque, hasta que llegaron a una ladera verde en la que raleaban los árboles; desembocaba en una meseta baja casi desnuda, de hierba crecida. En medio se alzaba una enorme estructura resquebrajada de piedra verde.

Se quedaron mirándola, atónitos. Ninguna leyenda hablaba de un edificio como aquel en una isla del Vilayet. Se acercaron con cautela y se dieron cuenta de que el musgo y los líquenes trepaban por las piedras, y de que el tejado roto se abría hacia el cielo. Por todas partes se veían restos de mampostería, medio ocultos entre la hierba, como si en su día se hubieran alzado muchos edificios, tal vez una ciudad entera. Pero solo quedaba en pie aquella estructura parecida a un enorme salón cuyos muros renqueantes se inclinaban entre las enredaderas que lo rodeaban.

Las puertas que pudiera haber tenido se habían podrido tiempo atrás. Conan y su acompañante se acercaron a la amplia entrada. La luz del sol se colaba por las paredes y el techo, convirtiendo el interior en un mar de luces y sombras. Conan agarró la espada con fuerza y dio un paso hacia dentro como si fuera una pantera al acecho, la cabeza agachada y sin hacer el menor ruido. Olivia caminaba de puntillas tras él.

Ya dentro, Conan lanzó una exclamación de sorpresa y Olivia ahogó un grito:

—¡Mira! ¡Mira!

—Ya lo veo —respondió él—. No hay nada que temer. Solo son estatuas.

—Pero parecen llenas de vida. ¡Y diabólicas! —susurró ella, acercándosele.

Estaban en un enorme salón con el suelo de piedra pulida, cubierto de polvo y piedras desprendidas. Las enredaderas que crecían entre las rocas ocultaban las grietas. El alto

techo plano se asentaba sobre gruesas columnas distribuidas en hileras junto a las paredes. En cada espacio entre columnas había una figura sorprendente.

Eran estatuas, al parecer de hierro, negras y brillantes como si las pulieran cada poco. Eran de tamaño natural y representaban hombres altos, delgados y fuertes, de cruel rostro de rapaz. Estaban desnudos, y cada curva y depresión, cada articulación y tendón estaba representado con una minuciosidad y un realismo increíbles. Pero la característica más notable eran los rostros altivos y desaprobadores. No los habían vaciado con el mismo molde; cada uno poseía sus rasgos individuales, aunque había un parecido tribal entre todos ellos. En las estatuas, al menos en los rostros, no había el menor rastro de la uniformidad monótona que preside el arte decorativo.

—Parece como si escucharan... y como si esperasen algo —susurró la joven, intranquila.

Conan pasó la empuñadura de la espada por una estatua.

—Hierro —declaró—. Pero, por Crom, ¿en qué moldes se vaciaron?

Meneó la cabeza y encogió los gigantescos hombros, desconcertado.

Olivia examinó con timidez el gran salón. Lo único que había a la vista eran las piedras tomadas por la hiedra, los pilares cubiertos de enredaderas y las oscuras estatuas erigidas entre ellos. Se agitó inquieta y quiso irse, pero las estatuas tenían fascinado a su acompañante. Las examinó en detalle e intentó arrancar un brazo, pero el material resistió sus intentos. Desistió por fin, entre juramentos de asombro.

—¿Qué clase de hombres fueron los modelos de esto? —preguntó a nadie en particular—. Son de color negro, pero no representan a hombres negros. Nunca he visto nada igual.

—Vamos afuera —apremió Olivia. Conan asintió, tras una última mirada a las estatuas de entre los pilares.

Dejaron el polvoriento salón y salieron a la intensa luz del sol. Olivia se extrañó al ver su posición; habían estado allí dentro más tiempo del que parecía.

—Vamos a volver al bote —sugirió—. Esto me da mala espina. Es un lugar maligno y extraño. No sabemos si quien nos lanzó la roca volverá a atacarnos.

—Creo que estamos a salvo mientras no estemos bajo los árboles —respondió él—. Vamos.

La meseta, cuyos bordes descendían hacia las costas arboladas del este, el oeste y el sur, ascendía hacia el norte para apoyarse en una maraña de acantilados rocosos, el punto más alto de la isla. Conan tomó ese camino, acompasando sus largos pasos al ritmo de su acompañante. De vez en cuando la contemplaba de un modo inescrutable, del que ella era consciente.

Alcanzaron el extremo septentrional de la meseta y se quedaron mirando la empinada altura de los acantilados. En el borde, un lado y al otro, había árboles que se arracimaban contra el escarpado declive. Conan los miró desconfiado, pero emprendió el ascenso, ayudando a subir a la joven. La ladera no caía a pico; se interrumpía aquí y allá por peñascos y repisas. El cimerio, nacido en tierra montañosa, podría haber subido corriendo, pero para Olivia no era fácil. Una y otra vez la levantó como una pluma y la pasó al otro lado de un obstáculo que la habría dejado extenuada; su asombro ante el poderío físico de Conan no hacía más que crecer. Ya no encontraba repugnante su tacto; en aquella garra de hierro se ocultaba una promesa muda de protección.

Al fin, con el pelo alborotado por el viento, coronaron el pináculo más alto. A sus pies,

los acantilados caían más de cien varas casi en vertical hasta un denso bosque que llegaba a la orilla. Mirando hacia sur pudieron ver toda la isla, que parecía un enorme espejo ovalado con el borde tapizado de verde, excepto al pie de los riscos. A su alrededor no se veía más que agua por todas partes: tranquila, plácida, desvaneciéndose ensoñadora poco a poco en la distancia.

—El mar está en calma —suspiró Olivia—. ¿Por qué no reemprendemos el viaje?

Conan señaló hacia el norte y quedó inmóvil como una estatua de bronce. Olivia forzó la vista y vio una mancha blanca que parecía suspendida sobre el agua reverberante.

—¿Qué es?

—Una vela.

—¿Hirkanios?

—No hay manera de saberlo a esta distancia.

—Echarán anclas aquí. ¡Vendrán a buscarnos! —gritó llevada por el pánico.

—No lo creo. Vienen del norte, así que no pueden estar buscándonos. Quizá se detengan por otros motivos, en cuyo caso tendremos que escondernos lo mejor posible. Pero creo que se trata de piratas, o de una galera hirkania que vuelve de algún ataque en el norte. En ese último caso, no creo que atraquen aquí. Pero no podemos hacernos a la mar hasta que se hayan marchado, pues vienen en la dirección en la que queremos ir. Sin duda pasarán junto a la isla esta noche y al amanecer podremos seguir viajando.

—¿Tenemos que hacer noche aquí? —Se estremeció.

—Es lo más seguro.

—Entonces vamos a dormir aquí, entre los riscos —apremió.

Él meneó la cabeza y miró hacia los árboles y a los bosques de abajo, una masa verde que parecía enviar tentáculos que se aferraban a las laderas del acantilado.

—Hay demasiados árboles. Dormiremos en las ruinas.

Ella lanzó un grito de protesta.

—Allí no hay nada que te pueda hacer daño —insistió Conan—. Quienquiera que tirase la piedra no nos siguió fuera del bosque. Nada indicaba que las ruinas fueran la guarida de una bestia salvaje. Además, tienes la piel delicada y acostumbrada a estar a resguardo. Yo podría dormir desnudo en la nieve sin problemas, pero el rocío de la mañana te causaría escalofríos si durmiéramos al aire libre.

Olivia acabó por ceder, y descendieron por el acantilado, cruzaron la meseta y de nuevo se acercaron a las melancólicas ruinas. El sol ya estaba casi al borde de la meseta. Encontraron fruta en los árboles, junto a los acantilados, que les sirvió tanto de cena como de bebida.

La noche meridional cayó con rapidez y tachonó el cielo añil de estrellas blancas. Conan entró en las ruinas en penumbra, con una Olivia mucho menos convencida tras él. Se estremecía a la vista de aquellas tensas sombras negras en sus nichos; con aquella oscuridad solo rota por la luz de las estrellas, no podía distinguir con claridad los contornos. Pero sentía su actitud de tensa espera... como si llevasen esperando durante siglos.

Conan había recogido un enorme manojo de ramas cubiertas de hojas, y las amontonó en un improvisado colchón para Olivia; la joven se tendió sobre ellas con la sensación inquietante de encontrarse en la guarida de una serpiente.

Conan no parecía compartir sus presentimientos. Se sentó a su lado, apoyado en un

pilar con la espada en las rodillas. Sus ojos brillaban como los de una pantera en el ocaso.

—Duerme, niña —dijo—. Tengo el sueño ligero como un lobo. Nada puede entrar sin despertarme.

Olivia no respondió. Desde su lecho de hojas contempló la figura inmóvil, difusa en aquella oscuridad. Qué extraño era todo. Estaba en compañía de un bárbaro, bajo la protección y el cuidado de lo que los cuentos de su infancia describían como un salvaje aterrador. Procedía de un pueblo sangriento, sombrío y feroz. Su cercanía a lo silvestre se hacía evidente en cada gesto y asomaba continuamente a los ojos ardientes. Pero no le había hecho daño, mientras que su peor pesadilla había sido un hombre del supuesto mundo civilizado. Una deliciosa languidez descendió por sus miembros y se hundió en las algodonosas olas del sueño. Su último pensamiento consciente fue un soñoliento repaso del tacto firme de los dedos de Conan sobre su suave piel.

Olivia soñaba, y por sus sueños reptaban ideas diabólicas como serpientes entre las flores. Al principio eran fragmentarias y extrañas, astillas exóticas de pauta rota y desconocida, hasta que de pronto cristalizaron en una escena de horror y locura en medio de un fondo de piedras y pilares ciclópeos.

Vio un enorme salón cuyo elevado techo se sostenía sobre columnas de piedra distribuidas en hileras a lo largo de las enormes paredes. Entre ellas revoloteaban grandes loros verdes y escarlatas, y el salón estaba abarrotado de guerreros de piel negra y rostro de ave rapaz. No eran negros. Ni sus ornamentos ni sus armas se parecían a nada que la soñadora hubiera visto en la vigilia.

Se arracimaban alrededor de alguien atado a una de aquellas columnas, un joven delgado de piel blanca con un manojo de rizos dorados sobre las cejas de alabastro. Su belleza no era completamente humana; era como el sueño de un dios cincelado en mármol viviente.

Los guerreros negros se reían de él; se mofaban y burlaban en su extraña lengua. La delgada figura desnuda se estremecía entre sus crueles manos. La sangre fluía por los mulsos de marfil y caía en goterones al pulido suelo. Los gritos de la víctima resonaban por todo el salón. Alzó de pronto el rostro hacia el techo, y el cielo de más allá, y gritó un nombre con una voz espantosa. Un puñal de ébano interrumpió su grito y la cabeza dorada cayó sobre el pecho marfileño.

Como en respuesta a su grito desesperado, se oyó un trueno parecido al resonar de las ruedas de un carro celeste. Una figura apareció ante los asesinos, aparentemente surgida de la nada. Parecía un hombre, pero ningún hombre mortal había poseído jamás aquella belleza ultraterrena. Guardaba un parecido indudable con el joven inerte y encadenado, pero el toque de humanidad que suavizaba la divinidad del muchacho estaba ausente de las facciones del recién llegado, terrible e inmóvil en su belleza.

Los hombres de piel negra retrocedieron al verlo, con los ojos entrecerrados y brillantes. Tras alzar una mano, el recién llegado habló, y su voz resonó en el silencioso salón en complejas olas de sonido. Los guerreros retrocedieron como si estuvieran en trance hasta quedar contra la pared a intervalos regulares. De los labios cincelados del recién llegado surgió una terrible invocación que era al tiempo una orden: «¡Yagkulan yok tha, xuthala!».

Ante el estallido de aquel grito horrísono, las figuras negras se quedaron paralizadas. Por sus miembros se extendió una extraña rigidez, una petrificación imposible. El desconocido tocó el cuerpo roto del joven y las cadenas cayeron a los lados. Alzó el cadáver con los brazos y se fue, tras lanzar una última mirada imperturbable a las silenciosas hileras de figuras de ébano. Antes de irse, señaló hacia la luna que brillaba entre las ventanas, y aquellas estatuas tensas y expectantes que habían sido hombres comprendieron...

Olivia despertó de pronto y se incorporó en el lecho de ramas, bañada por un sudor frío. Los latidos de su corazón le parecieron atronadores en medio del silencio. Miró a su alrededor, frenética. Conan dormía con la espalda contra la columna y la cabeza caída

sobre el imponente pecho. El brillo plateado de la luna tardía se colaba por el tejado roto y trazaba largas líneas blancas en el suelo polvoriento. Podía ver las estatuas, aunque no con claridad: negras, tensas, expectantes. Luchando contra la creciente histeria, vio como los rayos de luna reposaban suavemente en los pilares y las figuras que había entre ellos.

¿Qué estaba pasando? Percibió un temblor entre las sombras, allí donde caía la luz de la luna. Una garra de terror la paralizó, pues donde no debería haber más que la inmovilidad de la muerte se veía movimiento: una ligera contracción, un temblor de los brazos de ébano... Un grito de horror escapó de sus labios mientras rompía las cadenas que la mantenían muda e inmóvil. Al oír el grito, Conan se puso en pie de un salto, los dientes apretados, la espada en alto.

—¡Las estatuas! ¡Las estatuas! ¡Por Mitra!, ¡las estatuas están vivas!

Saltó de pronto y se lanzó hacia una grieta del muro, atravesó enloquecida la maraña de enredaderas y corrió sin parar, ciega, aterrada, gritando a pleno pulmón... hasta que una presa en el brazo la detuvo repentinamente. Gritó y se debatió contra los brazos que la sujetaban, hasta que una voz conocida penetró la densa bruma de su terror y vio el rostro de Conan, una máscara de perplejidad tallada por la luz de la luna.

—¡En el nombre de Crom! ¿Qué sucede, niña? ¿Has tenido una pesadilla?

La voz sonaba extraña y lejana. Con un sollozo, le lanzó los brazos al cuello y se agarró a él sin dejar de temblar, llorosa y jadeante.

—¿Dónde están? ¿Nos han seguido?

—Nadie nos sigue —respondió él.

Se puso en pie, aún agarrada a Conan, y miró temerosa a su alrededor. Su ciega huida la había llevado al borde meridional de la meseta. Justo a sus pies estaba la ladera, medio oculta por la espesa sombra del bosque. A su espalda se veían las ruinas que acechaban bañadas por la luz de la luna.

—¿No las has visto? Las estatuas. Se movían, levantaban la manos, sus ojos brillaban en la oscuridad.

—No he visto nada —respondió el bárbaro, inquieto—. Había caído en un sopor más profundo de lo habitual, supongo que porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que dormí toda la noche. Pero no creo que nada pudiera entrar sin despertarme.

—No ha entrado nada. —Se le escapó una risa histérica—. Ya estaba ahí. Oh, Mitra, estábamos entre ellos, como ganado tendido entre las ruinas.

—¿De qué hablas? He despertado al oírte gritar, pero antes de que pudiera ver qué pasaba te has lanzado por una grieta de la pared y te he seguido, no fuera a pasarte algo malo. Creía que habías tenido una pesadilla.

—¡Y la he tenido! —Se estremeció—. Pero la realidad era aún más siniestra que el sueño. ¡Escucha!

Le narró lo que había soñado y lo que había creído ver. Conan la escuchó con atención; carecía del escepticismo inherente al hombre civilizado. Su mitología estaba llena de algules, trasgos y nigromantes. Tras oír toda la historia se sentó en silencio, jugando de forma ausente con la espada.

—¿El joven al que torturaban era como el desconocido que apareció luego? —preguntó por último.

—Se parecían como padre e hijo —respondió ella. Y añadió, insegura—: Si fuéramos capaces de imaginar la descendencia que saldría de la unión entre un dios y un mortal, así

sería el joven. Los dioses de antaño se apareaban a veces con mujeres mortales, o eso dicen las leyendas.

—¿Qué dioses? —musitó él.

—Los innominados, los olvidados. ¿Quién sabe? Han regresado a las tranquilas aguas de los lagos, a los silenciosos corazones de las colinas, a las bahías de más allá de las estrellas. Los dioses no son más constantes que los hombres.

—Pero si esas estatuas eran hombres convertidos en de hierro por algún dios o diablo, ¿cómo iban a volver a la vida?

—Hay poder en la luna —dijo ella con un escalofrío—. El desconocido señaló la luna. Mientras brille la luna, estaréis vivos. Creo que quiso decir eso.

—Pero no nos han perseguido —murmuró Conan, echando un vistazo hacia las ruinas—. Quizá hayas soñado que se movían. Creo que voy a volver a comprobarlo.

—¡No, no! —gritó ella, agarrándolo desesperadamente—. Tal vez el hechizo los confine al salón. ¡No vuelvas! ¡Te descuartizarán! Conan, por favor, vamos al bote y huyamos de esta isla horrible. Seguro que los hirkanios ya han pasado de largo. ¡Vámonos!

Las súplicas eran tan frenéticas que Conan estaba impresionado. Su curiosidad hacia las estatuas quedaba equilibrada por la superstición. No temía a los enemigos de carne y hueso, por mucho que las cosas se tornaran en su contra, pero cualquier asomo de lo sobrenatural despertaba los siniestros instintos y miedos que componían su legado como bárbaro.

Tomó la mano de la joven y ambos descendieron por la ladera hacia el denso bosque, donde las hojas susurraban y pájaros nocturnos desconocidos murmuraban soñolientos. Bajo los árboles la sombra era espesa, y Conan se desvió para evitar las zonas más oscuras. Miraba continuamente de un lado a otro y con frecuencia agitaba las ramas que tenían encima. Caminaba deprisa pero con cautela, el brazo alrededor de la cintura de la joven, tan fuertemente apretado que se sentía más arrastrada que guiada. Ninguno hablaba. No había más sonido que el jadeo nervioso de Olivia y el susurro de sus pies por la hierba. Al fin salieron de entre los árboles a la orilla; el agua brillaba como plata fundida bajo la luna.

—Deberíamos haber traído fruta para comer algo —murmuró Conan—, pero ya encontraremos otras islas. Lo mismo da que nos vayamos ahora o más tarde, aunque aún faltan unas horas para el amanecer...

Guardó silencio de repente. La cuerda aún estaba atada a la raíz, pero al otro extremo solo había un pecio astillado y aplastado, medio sumergido.

Un grito ahogado escapó de los labios de Olivia. Conan dio media vuelta y se enfrentó a las densas sombras. Agazapado, parecía la viva imagen del peligro. El canto de los pájaros nocturnos se había interrumpido de repente. Un silencio siniestro se cernía sobre el bosque. No había brisa que moviese las ramas, pero aun así, las hojas se agitaban perezosamente.

Rápido como un gato gigantesco, Conan agarró a Olivia y echó a correr. Atravesó las sombras como un enorme fantasma, mientras a sus espaldas y sobre él algo corría entre las hojas, cada vez más cerca. De pronto, la luz de la luna cayó sobre ellos y vieron que estaban en la ladera de la meseta.

Una vez llegados a la cima, Conan posó a Olivia y dio la vuelta para examinar el pozo de sombras del que acababan de salir. Una brisa repentina movía las hojas. Eso era todo. Agitó la melena con un gruñido de furia. Olivia se arrastraba a sus pies como una niña

aterrada, los ojos clavados en él y convertidos en oscuros pozos de terror.

—¿Qué vamos a hacer, Conan? —susurró.

El cimerio miró hacia las ruinas y luego volvió la vista al bosque.

—Iremos a los acantilados —afirmó, mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Mañana haré una balsa y de nuevo confiaremos nuestra suerte al mar.

—¿No han sido... ellos los que han destruido nuestro bote?

Era medio pregunta medio afirmación, pero Conan se limitó a menear la cabeza, taciturno.

Cada paso por la meseta iluminada por la luna llenaba de terror a Olivia, pero ninguna figura negra surgió de las siniestras ruinas y al fin llegaron al pie de los riscos, que se alzaban erizados y majestuosamente sombríos sobre ellos. Conan se detuvo, indeciso, hasta que eligió un lugar resguardado por una amplia cornisa, lejos de los árboles.

—Duerme si puedes, Olivia —dijo—. Yo montaré guardia.

Pero no pudo dormir, y se quedó echada contemplando las lejanas ruinas y el boscoso borde de la meseta hasta que las estrellas palidecieron, el este se aclaró y el alba rosada incendió el rocío sobre la hierba.

Se puso en pie, rígida, el pensamiento girando alrededor de lo ocurrido durante la noche. Por la mañana, sus terrores parecían en parte engaños de una imaginación desbocada. Conan se le acercó, y lo que dijo la dejó petrificada:

—Justo antes del alba oí el crujir del maderamen, el raspar del cordaje y el batir de los remos. Un barco ha anclado no muy lejos..., seguramente el que vimos ayer. Vamos a subir a los acantilados para echar un vistazo.

Así lo hicieron, y se tendieron boca abajo en lo alto. Divisaron un mástil pintado que asomaba más allá de los árboles del oeste.

—Una nave hirkania, a juzgar por los aparejos —murmuró Conan—. Quién sabe si la tripulación...

Una algarabía distante llegó hasta ellos y, tras asomarse al extremo sur del acantilado, divisaron una horda que salía del bosque del extremo occidental de la meseta y se detenía, aparentemente enzarzada en una discusión. Había mucho alzar de brazos, abundante blandir de espadas, y voces altas y airadas. Luego, todo el grupo echó a andar hacia las ruinas, con un rumbo que lo acercaría al pie del acantilado.

—¡Piratas! —susurró Conan con una sonrisa sombría en los labios—. Han capturado una galera hirkania. Ven, ponte aquí, entre esas rocas.

»No te muestres a menos que te lo diga —le ordenó tras haberla ocultado en la maraña de peñascos que bordeaba la cima del acantilado—. Voy a ver a esos perros. Si mi plan prospera, todo irá bien y nos iremos con ellos. De lo contrario... En fin, ocúltate en las rocas hasta que se hayan ido, porque te aseguro que los diablos de esta isla no son peores que estos lobos de mar.

Se deshizo de su ansioso abrazo y emprendió el descenso.

Desde su escondite, Olivia contempló como el grupo llegaba al borde de los riscos. Mientras miraba, Conan salió de entre unos peñascos y les plantó cara, espada en mano. Dieron la vuelta entre gritos de amenaza y sorpresa, hasta que de pronto se detuvieron, indecisos, sin apartar la mirada de la figura que había surgido tan inesperadamente de entre las rocas. Serían unos setenta hombres, una horda indómita compuesta de representantes de muchas naciones: kothios, zamorios, britunios, corintios, shemitas...

Sus facciones reflejaban su naturaleza salvaje. Muchos lucían las cicatrices del látigo o del hierro al rojo. Había orejas cortadas, narices rebanadas, cuencas vacías, muñecas terminadas en muñones... Marcas del verdugo mezcladas con cicatrices de guerra. Casi todos iban medio desnudos, pero la ropa que llevaban era de calidad: chaquetas con festón de oro, fajas de raso, pantalones de seda harapientos y manchados de sangre o brea, piezas de armadura bañada en plata... En los aros de la nariz y los pendientes de las orejas brillaban piedras preciosas, así como en las empuñaduras de los puñales.

Frente a aquella turba pintoresca, el alto cimerio destacaba con los enormes brazos bronceados y los rasgos limpios y sin doblez.

—¿Quién eres? —rugieron.

—¡Conan el cimerio! —Su voz era como el desafío de un león—. ¡De las Compañías Libres! He decidido probar suerte con la Hermandad Roja. ¿Quién es vuestro jefe?

—¡Yo, por Istar! —aulló una voz de toro mientras un individuo enorme daba un paso adelante.

Era un gigante desnudo de cintura para arriba, el amplio vientre ceñido por una faja que sujetaba los voluminosos pantalones. Llevaba la cabeza afeitada salvo por un mechón trenzado, y los bigotes caían sobre una boca que parecía una ratonera. Llevaba los pies calzados por verdes babuchas shemitas de punta enroscada y agarraba una larga espada recta.

Conan lo examinó con atención.

—¡Sergius de Khrosha, por Crom!

—¡Así es, por Istar! —bramó el gigante, los ojillos brillantes de odio—. ¿Creías que me había olvidado? ¡Ja! Sergius nunca olvida a un enemigo. Te colgaré de los talones y te desollaré vivo. ¡A por él, muchachos!

—¡Eso, mándame a tus perros, barrigón! —se mofó Conan con desdén—. Siempre fuiste un cobarde, miserable kothio.

—¿Cobarde? ¿Yo? —El ancho rostro ennegreció de rabia—. ¡En guardia, perro del norte! ¡Te voy a arrancar el corazón!

Los piratas formaron un círculo alrededor de ambos rivales, los ojos encendidos, el aliento silbando entre los dientes, sedientos de sangre. Entre los riscos, Olivia no apartaba la vista, las uñas clavadas en la palma de las manos de dolorosa emoción.

El combate empezó sin más formalidades. Sergius se lanzó hacia delante, rápido como gato gigantesco, poniendo todo su peso en el esfuerzo. De entre los dientes apretados se le escapaban maldiciones siseantes mientras pivotaba y paraba. Conan luchaba en silencio, los ojos convertidos en dos rendijas de fuego azul.

El kothiano dejó de jurar y reservó su aliento. Solo se oían el movimiento de los pies sobre la hierba, los jadeos del pirata y el choque repiqueteante del acero. Las espadas volaban como fuego blanco en el sol matutino, girando y acometiéndose. Parecía como si evitasen el contacto con su adversario para, de pronto, quedar juntos de un salto. Sergius retrocedía. Solo su increíble pericia lo había salvado hasta el momento de la cegadora velocidad de las estocadas del cimerio. Sonó un golpe atronador de acero; se oyó un arañazo deslizante, y un grito ahogado salió de la horda pirata y resonó en la mañana cuando la espada de Conan atravesó el inmenso cuerpo de su capitán. La punta quedó durante un instante entre los hombros de Sergius, un acerado palmo de fuego blanco bajo el sol. Luego, el cimerio retiró la espada y el caudillo pirata se desplomó pesadamente

sobre un creciente charco de sangre, las enormes manos crispadas para siempre.

Conan se volvió hacia los atónitos corsarios.

—¡Y bien, perros! —rugió—. He enviado al infierno a vuestro cabecilla. ¿Qué dice la ley de la Hermandad Roja?

Antes de que nadie respondiera, un britunio de cara de rata que estaba tras la multitud liberó su honda con una eficacia mortal y precisa. La piedra salió volando como una flecha hacia su blanco, y Conan se tambaleó y cayó como un árbol bajo el hacha del leñador.

La escena se volvió borrosa ante los ojos de Olivia; solo alcanzó a ver fue al cimerio caído en la hierba, la sangre manando de su cabeza.

El cara de rata aulló victorioso y echó a correr para apuñalar al caído, pero un enjuto corintio lo detuvo.

—¿Vas a romper la ley de la Hermandad, Aratus, perro?

—No he roto ninguna ley —gruñó el britunio.

—¿No? ¿Acaso este hombre al que acabas de derribar no era nuestro capitán por derecho de combate?

—¡No! —gritó Aratus—. No era miembro de nuestro grupo, sino un forastero. No formaba parte de la Hermandad. Matar a Sergius no lo convierte en capitán, como habría sido el caso si hubiera sido uno de nosotros.

—Pero quería unírseos —replicó el britunio—. Así lo había dicho.

Se alzó un enorme barullo; algunos estaban de parte de Aratus y otros del corintio, al que llamaban Ivanos. Se lanzaron juramentos; se cruzaron desafíos, y las manos volaron a las espadas.

De pronto, un shemita dijo, por encima del griterío:

—¿Por qué perdemos el tiempo discutiendo por un muerto?

—No está muerto —respondió el corintio, que se había agachado junto al postrado cimerio—. Ha sido un golpe de refilón; solo está aturdido.

El barullo se desató de nuevo. Aratus intentaba llegar al desmayado cimerio e Ivanos se lo impedía, espada en mano, desafiándolos a todos. Olivia tuvo la sensación de que no actuaba tanto en defensa de Conan como en oposición a Aratus. Evidentemente, ambos habían sido lugartenientes de Sergius y no se guardaban el menor aprecio. Al cabo de un rato más de discusión decidieron atar a Conan y llevárselo; su suerte se decidiría más tarde.

Ataron al cimerio, que empezaba a recobrar la consciencia, con tiras de cuero, y cuatro piratas lo alzaron y lo transportaron entre quejas y maldiciones con el resto del grupo, que retomó su recorrido a través de la meseta. El cadáver de Sergius quedó donde había caído, una figura desmadejada y desgarbada sobre la hierba bañada por el sol.

Entre las rocas, Olivia estaba aturdida ante la magnitud del desastre. No podía hablar ni moverse; se limitó a quedarse allí contemplando con ojos horrorizados como la brutal horda se llevaba a su protector.

No sabía cuánto tiempo pasó así. En la meseta, los piratas llegaron a las ruinas y entraron con su cautivo. Los vio entrar y salir por puertas y grietas, examinando los montones de escombros y encaramándose a las paredes. Algo más tarde, un grupo regresó por la meseta y se perdió por el borde occidental, arrastrando el cadáver de Sergius, seguramente para inhumarlo en el mar. Junto a las ruinas, los demás cortaron leña y prepararon una hoguera. Olivia oía sus gritos, ininteligibles a aquella distancia, y también oía resonar entre los árboles las voces de los que se habían internado en el bosque. Se

hicieron visibles de pronto. Llevaban barriles de licor y sacos de comida. Se dirigieron hacia las ruinas, quejándose obscenamente de su carga.

Olivia fue consciente de todo aquello de un modo mecánico. Su mente sobrecargada estaba al borde del colapso. A solas y sin protección, se daba cuenta de lo importante que había sido para ella la presencia del cimero. De forma distante, se maravilló de las burlas del azar, que convertía a la hija de un rey en compañera de un bárbaro ensangrentado. De pronto sintió asco ante los suyos. Su padre y Shah Amurath habían sido hombres civilizados, y de ellos no había obtenido más que dolor y sufrimiento. Jamás había encontrado a un hombre civilizado que la hubiera tratado con delicadeza y respeto, a no ser que pretendiera algo. Conan la había protegido, se había ocupado de ella y, hasta el momento, no había pedido nada a cambio. Enterró la cabeza entre los brazos y se echó a llorar, hasta que los gritos distantes y obscenos de la algarabía de piratas la advirtieron del peligro en que se encontraba.

Contempló las oscuras ruinas en las que las fantasmagóricas figuras, diminutas en la distancia, se tambaleaban y saltaban, y luego dirigió la vista hacia las sombrías profundidades del verde bosque. Incluso si su terror de la noche anterior se había debido a una simple pesadilla, la amenaza que acechaba en aquella fronda no era ninguna jugarreta de su imaginación. Con Conan cautivo o asesinado, sus únicas opciones eran entregarse a aquellos lobos humanos o quedarse sola en aquella isla endemoniada.

Cuando todo el horror de su situación cristalizó en su mente aterrada, se desmayó.

El sol había bajado cuando Olivia recobró la consciencia. Un ligero viento le llevó al oído gritos distantes y retazos de una canción obscena. Se incorporó con cuidado y contempló la meseta. Vio a los piratas arracimados alrededor de una gran hoguera, junto a las ruinas, y el corazón le dio un vuelco cuando vio como un grupo salía del interior arrastrando algo que sabía que era Conan. Lo sujetaron contra la pared, aún atado, y luego se enzarzaron en una larga discusión, en la que hubo mucho blandir de armas. Al final volvieron a llevarlo al salón y se dedicaron de nuevo a trasegar cerveza. Olivia suspiró; al menos sabía que el cimero seguía con vida. Una decisión repentina la asaltó. En cuanto cayese la noche se acercaría a las ruinas y lo liberaría, o la atraparían en el intento. Supo que no era puro interés egoísta lo que motivaba su decisión.

Con esto en mente, se aventuró a salir de su refugio y recoger unas nueces que crecían cerca de su escondite. No probaba bocado desde el día anterior. Mientras comía tuvo la sensación de que la estaban observando. Examinó las rocas, nerviosa, y reptó hasta el extremo norte del acantilado llevada por una sospecha repentina. Desde allí contempló la verde masa que se mecía al viento, casi negra al ocaso. No vio nada; era imposible que nadie la divisara desde aquellos bosques siniestros si no estaba al borde del acantilado. Pese a todo, percibió el brillo distintivo de unos ojos ocultos y le pareció que algo vivo era consciente de su presencia en aquel escondite.

Volvió a él y se tendió con la vista clavada en las ruinas distantes hasta que el crepúsculo las ocultó y su situación quedó marcada solo por las llamas, alrededor de las que docenas de siluetas negras saltaban y hacían cabriolas de borracho.

Se puso en pie. Había llegado el momento de intentarlo. Pero primero se desplazó hasta el extremo norte del acantilado y examinó el bosque que bordeaba la playa. Mientras forzaba los ojos en la oscuridad, se puso rígida y una mano helada le tocó el corazón.

Algo se movía a lo lejos. Era una sombra negra que destacaba sobre el pozo de sombras que tenía debajo. Avanzaba poco a poco, escalando la accidentada pared del acantilado; un bulto indistinguible, informe en aquella semioscuridad. El pánico hizo presa en su garganta y luchó contra el grito que pugnaba por salir de sus labios. Dio media vuelta y echó a correr hacia la ladera sur.

Aquella carrera por el sombrío acantilado fue una pesadilla en la que resbalaba, tropezaba y se agarraba a las rocas con los dedos helados. Mientras se arañaba la delicada piel y se llenaba brazos y piernas de moratones en los afilados peñascos por los que Conan había trepado con tanta facilidad, fue consciente de nuevo de cuánto dependía de aquel bárbaro de músculos de acero. Pero ese pensamiento era una gota en un torbellino enloquecido de terror mareante.

El descenso parecía interminable, pero al fin sus pies se posaron en los niveles inferiores, cubiertos de hierba. Frenética, echó a correr hacia el fuego que ardía como el rojo corazón de la noche. Oyó a su espalda un ruido de guijarros que caían por la ladera y eso dio alas a sus pies. No quiso saber qué siniestro escalador había arrancado aquellas piedras.

De algún modo, el esfuerzo físico disipó el terror ciego, y antes de alcanzar las ruinas tenía la mente despejada y alerta, aunque le temblaban las piernas por el esfuerzo.

Se arrojó al suelo y reptó por la hierba hasta que pudo contemplar a sus enemigos desde un pequeño árbol que había escapado a las hachas de los piratas. Habían terminado de cenar, pero seguían bebiendo, sumergiendo tazas de peltre y cálices enjovados en los barriles abiertos. Algunos ya roncaban sonoramente en el suelo, mientras que otros se tambaleaban entre las ruinas. No veía a Conan. Se quedó allí un buen rato mientras el rocío se formaba en la hierba de su alrededor y las hojas que tenía encima; junto a la hoguera, los piratas maldecían, jugaban y discutían. Solo quedaban unos pocos; la mayoría había entrado a dormir en las ruinas.

No dejó de mirarlos, los nervios agarrotados por la tensión de la espera, el cuerpo tembloroso ante la idea de lo que podía estar mirándola a ella... o se deslizaba a sus espaldas. El tiempo se arrastraba sobre pies plomizos. Uno a uno, los piratas fueron cayendo en el sueño de la borrachera, hasta que todos yacían sin sentido alrededor del fuego.

Olivia dudaba... hasta que la decidió un resplandor repentino que asomó entre los árboles. ¡Salía la luna!

Ahogando una exclamación, se puso en pie y echó a correr hacia las ruinas. La piel se le erizaba mientras caminaba de puntillas entre los cuerpos dormidos que desparramados ante el pórtico abierto. Había muchos más dentro; se agitaban y murmuraban en sus sueños de embriaguez, pero ninguno despertó mientras pasaba entre ellos. Un suspiro de alegría subió a sus labios cuando vio a Conan. El cimero estaba despierto, amarrado a un pilar, los ojos brillantes por el débil reflejo del fuego del exterior.

Se le acercó caminando entre los cuerpos dormidos. Por muy silenciosa que fuera, él la había oído enseguida y la había visto cuando se asomó al pórtico. Una débil sonrisa afloró en sus labios.

Llegó junto a él y se le abrazó al cuello brevemente. El bárbaro sintió el veloz latido de su corazón contra el pecho. La luna se colaba por una ancha grieta de la pared y el aire estaba cargado de una tensión insoportable. Conan la sintió y se puso rígido. Olivia también la sintió y ahogó un grito. Los durmientes roncaban. Se agachó, cogió un puñal del cinturón de su dueño inconsciente y se puso a cortar las ligaduras de Conan. Eran cuerdas marineras, gruesas y recias, y estaban atadas con la habilidad de un marino experto. Olivia se afanaba desesperadamente mientras la luz de la luna se acercaba en silencio por el suelo hacia los pies de las figuras negras agazapadas entre los pilares.

Jadeaba. Las muñecas de Conan estaban libres, pero aún tenía los codos y las piernas atados fuertemente. Lanzó una mirada hacia las estatuas de las paredes..., expectantes, expectantes. Parecían contemplarla con la espantosa paciencia de lo que ha vuelto de la muerte. Los borrachos, a sus pies, se estiraban y gruñían en sueños. La luna reptó por el salón y alcanzó los pies negros. La cuerda cayó de los brazos de Conan, quien cogió el puñal Olivia y se cortó las ligaduras de las piernas de un único y veloz tajo. Dio un paso al frente y flexionó los miembros, soportando con paciencia el dolor de la circulación que volvía a ellos. Olivia se agazapó a su lado, temblando. ¿Era un simple efecto de la luna que los ojos de las estatuas parecieran arder, que brillasen rojizos en las sombras?

Conan se movió con la velocidad de un gato selvático. Sacó su espada del montón de armas en que se encontraba, se echó a Olivia al hombro y se escabulló por una rendija que

se abría en el muro cubierto de hiedra.

Ninguna palabra se cruzó entre ellos. Con Olivia en brazos, atravesó rápidamente el prado bañado por la luz de la luna. Olivia tenía los ojos cerrados, los brazos alrededor del cuello férreo, los rizos oscuros apoyados en el hombro gigantesco. Una deliciosa sensación de seguridad la embargaba.

Como si no fuera cargado, el cimero cruzó rápidamente la meseta; Olivia abrió los ojos y vio que avanzaban a la sombra de los acantilados.

—Algo subía por los riscos —susurró—. Lo he oído arrastrarse detrás de mí mientras bajaba.

—Tendremos que arriesgarnos —gruñó él.

—No tengo miedo. Ya no —suspiró ella.

—Tampoco lo tenías cuando has venido a liberarme. ¡Por Crom, menudo día! ¡No he oído tantas riñas y regateos en mi vida! Casi me quedo sordo. Aratus quería arrancarme el corazón e Ivanos estaba en contra. Sobre todo para fastidiar a Aratus, al que odia. Se han pasado todo el día gruñéndose y escupiéndose, y la tripulación no ha tardado en estar demasiado borracha para votar...

Se detuvo de pronto, como una estatua de bronce a la luz de la luna. De un gesto veloz, posó a la joven y la echó a un lado. Ella se puso de rodillas en la hierba y gritó ante lo que veía.

De las sombras de los riscos salía medio arrastrándose una mole monstruosa, un horror antropomórfico, una parodia grotesca de la creación.

Su aspecto general no era muy distinto del de un humano, pero su rostro, dibujado por la resplandeciente luna, era bestial, de orejas pequeñas y pegadas al cráneo, nariz de anchos agujeros que se dilataban con la respiración y una boca de labios fofos de la que asomaban unos colmillos blancos propios de un animal. Lo cubría un pelaje grisáceo entreverado de plata que brillaba a la luz de la luna, y sus grandes y deformes zarpas colgaban muy cerca del suelo. Su tamaño era tremendo; alzado sobre sus cortas piernas arqueadas, su cabeza redondeada sobrepasaba la del hombre que tenía delante; la amplitud del pecho peludo y los hombros gigantescos quitaba el aliento. Los enormes brazos eran como árboles nudosos.

A la luz de la luna, la escena pareció girar ante los ojos de Olivia. Aquello era el final, pues ¿qué humano podía hacer frente a la furia de aquella montaña peluda de músculos y ferocidad? No apartó la vista de la figura bronceada que la encaraba, y sintió entre ambos antagonistas un parentesco que casi resultaba aterrador. Era menos una lucha entre hombre y bestia que un conflicto entre dos criaturas salvajes, igualmente fieras y despiadadas. Con un destello de los blancos colmillos, el monstruo atacó.

Los poderosos brazos se abrieron mientras la bestia cargaba, increíblemente deprisa a pesar de su tamaño y las piernas deformes.

Conan se convirtió en un borrón frenético que los ojos de Olivia no podían seguir. Solo vio como se zafaba del mortal abrazo y como la espada, brillante como un chorro de luz blanca, cercenaba uno de los inmensos brazos entre el hombro y el codo. Un inmenso chorro de sangre manchó la hierba mientras caía el miembro cortado entre horribles convulsiones, pero cuando la espada volvía a alzarse, la otra mano deforme hizo presa en la negra melena de Conan.

Solo los músculos de acero del cuello del cimero lo salvaron de la muerte. Lanzó la

mano izquierda hacia la garganta de la bestia y apoyó la rodilla contra el peludo vientre. La lucha que siguió fue terrible y, aunque duró unos instantes, le pareció eterna a la aterrada joven.

El simio mantenía su presa en el pelo de Conan y lo atraía hacia los colmillos relucientes. El cimerio se resistía, con el brazo izquierdo rígido como el acero, mientras la espada que blandía en la mano derecha como un cuchillo de carnicero se hundía una y otra vez hasta la empuñadura en el pecho y el vientre de su captor. El bruto soportaba el castigo en un silencio escalofriante, sin que la pérdida de sangre ni las numerosas heridas parecieran hacerle mella. Le terrible fuerza del antropoide no tardó en superar la palanca del brazo y la rodilla. El brazo de Conan se dobló inexorablemente bajo la presión; se veía arrastrado cada vez más cerca de aquellas fauces babeantes que deseaban su vida. Los ojos brillantes del bárbaro se clavaron en los del simio, inyectados en sangre. Mientras Conan intentaba alcanzar su espada, hundida hasta la cruz en el peludo cuerpo, las mandíbulas se cerraron de forma espasmódica a escasa distancia del rostro del cimerio, que cayó al suelo arrastrado por las convulsiones agónicas del monstruo.

Olivia, medio desvanecida, vio al simio estremecerse, temblar y retorcerse, intentando agarrar la empuñadura que le sobresalía del cuerpo. La mole tembló una última vez y quedó inmóvil.

Conan se puso en pie y se acercó cojeando al cadáver. El cimerio respiraba entre jadeos y caminaba como alguien cuyas articulaciones y músculos hubieran sido tensados y golpeados casi hasta el límite de su resistencia. Se tanteó el sangrante cuero cabelludo y lanzó un juramento a la vista del largo mechón negro que agarraba la peluda mano del monstruo.

—¡Crom! —jadeó—. ¡Es como si me hubieran puesto en el potro! Preferiría luchar contra una docena de hombres. Un momento más y me habría arrancado la cabeza. Condenado monstruo, se ha quedado con un buen puñado de pelo.

Agarró la empuñadura con ambas manos y liberó el arma. Olivia se aferró a su brazo y contempló boquiabierto al monstruo muerto.

—¿Qué..., qué es? —susurró.

—Un hombre mono gris —gruñó Conan—. Mudo. Y devorador de hombres. Moran en las colinas de la costa oriental de este mar. No sé cómo llegaría este a esta isla; quizá sobre madera a la deriva, arrancado de tierra firme por una tormenta.

—¿Fue él quien lanzó la piedra?

—Sí. Lo sospeché cuando estábamos en el claro y vi las ramas curvarse sobre nosotros. Estas criaturas siempre acechan en lo más profundo del bosque y rara vez salen de él. No sé qué lo impulsó a aventurarse fuera, pero ha sido una suerte para nosotros. No habríamos tenido la menor oportunidad en el bosque.

—Me ha seguido. —Olivia se estremeció—. Lo vi escalar los riscos.

—Siguiendo sus instintos, se arrastró entre las sombras del acantilado, en lugar de seguirte por la meseta. Su raza gusta de las sombras y los lugares silenciosos; odia el sol y la luna.

—¿Crees que habrá más?

—No, o habrían atacado a los piratas cuando cruzaron el bosque. El mono gris es cauteloso a pesar de su fuerza, como ha demostrado cuando dudaba si atacarnos entre los matorrales. Creo que debía de sentir hacia ti un deseo extraordinario, para habernos

atacado a cielo abierto. ¿Qué...?

De repente se detuvo y giró sobre sus pasos. Un grito horrible procedente de las ruinas atravesó la noche.

Al instante siguiente, una confusa algarabía de aullidos y estertores blasfemos llenó el aire. Aunque se oía el tintineo del acero, los ruidos parecían más de masacre que de batalla.

Conan se quedó helado, y la joven se agarró aterrada a su brazo. El clamor aumentó en un crescendo enloquecido, y entonces, el cimerio dio la vuelta y echó a andar rápidamente hacia el linde de la meseta, bordeado de árboles iluminados por la luna. Las piernas de Olivia temblaban tanto que no podía andar, así que cargó con ella. El corazón de la joven apaciguó su frenético latir cuando ella se vio acurrucada entre sus brazos.

Pasaron bajo el oscuro dosel del bosque, pero las sombras ya no ocultaban terror alguno y los rayos de plata no revelaban ninguna figura peluda. Los pájaros nocturnos murmuraban con tranquilidad. Los aullidos de la matanza se desvanecieron a sus espaldas, convertidos por la distancia en un confuso revoltijo de sonido. En alguna parte un loro dijo, como un eco escalofriante: «¡Yagkulan yok tha, xuthala!». Al fin llegaron a la orilla y vieron la galera anclada, la vela brillando blanca bajo la luna. Las estrellas empezaban a apagarse a medida que se acercaba el alba.

En la fantasmal luz del amanecer, un puñado de figuras andrajosas y ensangrentadas salieron tambaleándose a la estrecha playa, de entre los árboles. Eran cuarenta y cuatro, un grupo acobardado y desmoralizado. Se lanzaron al agua jadeantes y ansiosos, y empezaban a vadear hacia la galera cuando un desafío surgido de la popa los dejó paralizados.

Vieron a Conan el cimero sobre la borda, recortado contra el cielo blanquecino, espada en mano y con la negra melena al viento.

—¡Alto! —ordenó—. No os acerquéis más. ¿Qué queréis, perros?

—Déjanos subir a bordo —croó una figura andrajosa, señalándose el muñón de la oreja—. ¡Queremos salir de esta isla maldita!

—Al primero que intente trepar por la borda le abro la cabeza —prometió Conan.

Eran cuarenta y cuatro contra uno, pero era la mano del cimero la que manejaba el látigo. Todo deseo de luchar había desaparecido de ellos.

—Déjanos subir a bordo, buen Conan —gimoteó un zamorio de faja roja que no paraba de mirar a sus espaldas, hacia el silencioso bosque—. Estamos destrozados, machacados y agotados, y hartos de luchar y correr. Ninguno de nosotros tiene fuerzas para blandir una espada.

—¿Dónde está ese perro de Aratus? —quiso saber Conan.

—¡Muerto, igual que todos los demás! ¡Eran demonios! Nos descuartizaron antes de que pudiéramos despertar... Casi una docena de compadres murieron dormidos. Las ruinas estaban llenas de sombras de ojos rojos, todo colmillos y garras.

—Sí —dijo otro corsario—. Eran los demonios de la isla, que habían adoptado la forma de estatuas para engañarnos. ¡Istar! Y dormimos entre ellos. No somos ningunos cobardes. Plantamos tanta cara como puede plantar un hombre contra los poderes de las tinieblas. Luego echamos a correr y los dejamos allí, destrozando los cadáveres como chacales. Pero seguramente nos perseguirán.

—¡Sí, déjanos subir a bordo! —gritó un enjuto shemita—. Déjanos subir por las buenas o subiremos espada en mano, y aunque sin duda matarás a muchos de nosotros, no podrás con todos.

—Entonces abriré una vía de agua y hundiré el barco —respondió Conan, ceñudo.

Se alzó un clamor de protesta, pero Conan lo silenció con un rugido leonino.

—¡Perros! ¿Debo ayudar a mis enemigos? ¿Voy a dejaros subir a bordo para que me arranquéis el corazón?

—¡No, no! —gritaron, ansiosos—. Amigos..., amigos. Conan. ¡Somos tus camaradas! Seremos como hermanos. Odiamos al rey de Turán, no unos a otros.

Los contempló uno por uno, el rostro pétreo.

—Entonces, si soy miembro de la Hermandad —gruñó—, se me aplican las Reglas del Comercio. Y puesto que maté a vuestro caudillo en justo combate, soy vuestro capitán.

Nadie le llevó la contraria. Estaban demasiado acobardados y maltrechos para pensar en nada que no fuese marcharse de aquella isla aterradora. Conan clavó la vista en una figura manchada de sangre y reconoció al corintio.

—¡Ivanos! —dijo—. ¡Una vez tomaste partido por mí! ¿Lo harás de nuevo?

—¡Sí, por Mitra! —El pirata se mostraba desesperado por congraciarse con el cimerio—. Tiene razón, compadres. Es nuestro legítimo capitán.

Se alzó un murmullo de asentimiento, quizá sin demasiado entusiasmo, pero con una sinceridad acentuada por la sensación de que los silenciosos bosques de sus espaldas ocultaban docenas de diablos de ébano de ojos rojos y garras afiladas.

—Juradlo por vuestras empuñadura —ordenó Conan.

Cuarenta y cuatro empuñaduras se alzaron hacia él, y cuarenta y cuatro voces recitaron el juramento corsario de lealtad.

Conan sonrió y envainó la espada.

—Subid a bordo, bravucones míos, y tomad los remos.

Dio media vuelta y ayudó a Olivia, agazapada tras la borda, a ponerse en pie.

—¿Y qué será de mí? —preguntó ella.

—¿Qué quieres? —preguntó él, sin dejar de mirarla.

—¡Ir contigo adonde quiera que vayas! —gritó, y arrojó sus blancos brazos alrededor del cuello bronceado de Conan.

Los piratas, que subían a bordo, se quedaron boquiabiertos.

—¿Quieres navegar por un río de sangre y muerte? —preguntó Conan—. Esta quilla teñirá de rojo las aguas, allá por donde pase.

—Sí, navegaré contigo. Por mares azules o rojos —respondió Olivia con ardor—. Eres un bárbaro y yo una proscrita, repudiada por mi propio pueblo. Ambos somos parias, vagabundos. ¡Llévame contigo!

Con una risa borrascosa, la alzó hasta su feroces labios.

—¡Te hare reina del mar azul! ¡Levad anclas, perros! ¡Todavía chamuscaremos los calzones del rey Yildiz, por Crom!

NACERÁ UNA BRUJA



La media luna roja

Taramis, reina de Khauran, despertó de un sueño desapacible sumida en un silencio que parecía más la quietud de una catacumba que la tranquilidad propia de un lugar de descanso. Se quedó mirando las tinieblas, preguntándose por qué se habían apagado las velas del candelabro de oro. Un racimo de estrellas iluminaba una ventana cruzada por una barra dorada, pero su luz apenas alcanzaba la habitación. Poco a poco, Taramis se dio cuenta de que había un punto luminoso en la oscuridad, frente a ella. Atónita, no podía apartar la vista. El punto creció, y su brillo se hizo más intenso a medida que se expandía y se convertía en un disco de luz fantasmal que flotaba frente a las cortinas de terciopelo. Taramis contuvo el aliento y se incorporó a medias. Un objeto más oscuro se hizo visible en el círculo de luz: una cabeza humana.

Llevada por el pánico, fue a llamar a sus doncellas, pero se tranquilizó y examinó la aparición. El brillo era aún más fantasmal que antes, y la cabeza se perfilaba con claridad. Era una mujer menuda de facciones delicadas e increíblemente serenas, con el rostro coronado por una lustrosa mata de pelo negro. Los rasgos se fueron volviendo más nítidos y su aspecto arrancó un grito de la garganta de Taramis. ¡Eran los suyos! Era como si contemplase un espejo que alterase sutilmente su reflejo para añadirle un brillo de tigresa en los ojos y la sombra de una sonrisa vengativa en los labios.

—¡Istar! —jadeó Taramis—. ¡Estoy embrujada!

La aparición se puso a hablar, con una voz que era como miel envenenada.

—¿Embrujada? ¡No, querida hermanita! No hay hechicería alguna aquí.

—¿Hermanita? —balbuceó la asombrada joven—. No tengo ninguna hermana.

—¿No la has tenido nunca? —preguntó la dulce voz, cargada de burla y veneno—. ¿Una gemela cuya carne era tan deliciosa como la tuya, ya fuera para las caricias o para los azotes?

—Sí, tuve una hermana —respondió Taramis, aún convencida de que todo aquello era una extraña pesadilla—. Pero murió.

El hermoso rostro del disco se torció en un rictus de furia. La expresión era tan temible que Taramis se echó hacia atrás, medio esperando ver el pelo de la imagen lanzarse hacia delante entre siseos.

—¡Mientes! —La acusación fue como una explosión que atravesase los labios—. ¡No murió! ¡Necia! ¡Esta farsa ha durado demasiado! Contempla la verdad, y que te revienten los ojos.

La luz culebreó de repente entre las cortinas como una serpiente en llamas e, increíblemente, las velas volvieron a encenderse en los candelabros de oro. Taramis se encogió en la tumbona de terciopelo, las esbeltas piernas plegadas bajo el cuerpo, incapaz de apartar la vista de la imagen felina que la miraba con desdén. Era como contemplar otra Taramis, idéntica hasta el último detalle en cuerpo y rostro, pero dotada de una personalidad ajena y maligna. Cada expresión del semblante de la desconocida era exactamente la opuesta a la que había en las facciones de la reina. En los ojos centelleantes brillaban la lujuria y los secretos, y la crueldad se agazapaba en la comisura de sus labios perfectos. Cada movimiento del esbelto cuerpo era pura insinuación. Su peinado imitaba

el de la reina, y calzaba sandalias doradas idénticas a las de Taramis. La larga túnica de seda sin mangas, sujeta a la cintura por un ceñidor de hilo de oro, era un duplicado de la ropa de noche de la reina.

—¿Quién eres? —preguntó Taramis, jadeante, mientras contenía un escalofrío—. Explica tu presencia antes de que llame a mis camareras para que hagan venir a la guardia.

—Grita hasta que se caiga el techo —respondió la desconocida con desdén—. Tus zorras no se despertarán hasta el amanecer ni aunque el palacio estalle en llamas a su alrededor. Y tus guardias no oirán tus gritos; los han enviado al ala opuesta del palacio.

—¿Qué? —exclamó Taramis, envarada y regia—. ¿Quién ha osado dar tal orden a mis guardias?

—Yo misma, hermanita —se burló la otra—. Hace poco, antes de entrar. Me han tomado por su adorada reina. ¡Ja! ¡Y bien que he interpretado el papel! El toque justo de imperiosa dignidad suavizado con una pizca de dulzura femenina, y esos patanes de armadura y yelmo emplumado han hincado la rodilla ante mí.

Era como si una red sofocante de desconcierto se tejiera alrededor de Taramis.

—¿Quién eres? —gritó, desesperada—. ¿Qué locura es está? ¿Por qué has venido?

—¿Quién soy? —La pregunta sonó como el siseo de una serpiente. La joven se acercó al pie de la cama, agarró el hombro de la reina con dedos engarfiados y se inclinó hasta que los ojos de ambas quedaron a la misma altura. Bajo el hechizo de aquella mirada hipnótica, la reina olvidó el ultraje sin precedentes que suponía poner las manos con violencia sobre la carne real—. ¡Idiota! —rechinó entre dientes—. ¿Todavía lo preguntas? ¿Es que no lo sabes? ¡Soy Salomé!

—¡Salomé! —Taramis aspiró la palabra, y se le erizó el vello mientras aceptaba la verdad increíble y paralizadora de aquel nombre—. Creí que habías muerto al nacer —dijo en un susurro.

—Como muchos otros. Me llevaron al desierto para morir. ¡Perros! Un bebé sollozante cuya vida no era ni la llamita de una vela. ¿Y sabes por qué querían darme muerte?

—Oí..., oí la historia... —tartamudeó Taramis.

Salomé lanzó una carcajada rabiosa y se golpeó el pecho. El escote de la túnica mostró la parte superior de los firmes senos, y entre ellos asomó una extraña marca: una media luna, roja como la sangre.

—¡La marca de la bruja! —gritó Taramis, echándose hacia atrás.

—¡Sí! —La risa de Salomé cortaba como un puñal emponzonado—. ¡La maldición de los reyes de Khauran! En los mercados relatan la historia, hermanita, y menean la barba y ponen los ojos en blanco. ¡Meapilas cobardes! Dicen que la primera reina de nuestro linaje yació con un demonio de las tinieblas, que le dio una hija cuyo recuerdo perdura en las leyendas más tenebrosas. Y a partir de entonces, en la dinastía askhaurana nace cada siglo una niña con una media luna escarlata entre los pechos, que marca su destino.

»“Cada siglo nacerá una bruja”, dice la antigua maldición. Y así sucede siempre. A algunas las mataron al nacer, como pretendían hacer conmigo. Otras vagaron por el mundo como brujas, altivas hijas de Khauran, con la luna infernal ardiendo entre los pechos de marfil. Todas se llaman Salomé. Como yo. Siempre es Salomé, la bruja. Siempre será Salomé, la bruja, aunque las montañas de hielo desciendan del polo y suman en ruinas la civilización, y un nuevo mundo se alce de las cenizas del antiguo. Incluso entonces habrá Salomés que recorran el mundo para atrapar los corazones de los hombres con su magia,

para bailar ante los reyes, para ver caer las cabezas de los sabios a su placer.

—Pero... pero... —tartamudeó Taramis.

—¿Sí? —Los ojos brillantes ardían como fuegos secretos—. Me llevaron al desierto, más allá de los límites de la ciudad, y me dejaron desnuda en la arena ardiente bajo el sol abrasador. Se fueron y quedé a merced de los chacales, los buitres y los lobos del desierto.

»Pero la vida se aferraba a mí con más fuerza que a la gente común, pues participa de la esencia de las fuerzas que burbujan en los negros abismos de lo ignoto. Pasaban las horas y el sol me azotaba como las llamas del infierno, pero no morí, y aún recuerdo parte de ese tormento, de un modo confuso y lejano, como se recuerda un sueño. De pronto llegaron camellos y a sus lomos había hombres de piel amarilla con túnicas de seda, que hablaban una lengua extraña. Se habían alejado de la pista de las caravanas. Pasaron a mi lado; su caudillo me vio y reconoció el cuarto creciente escarlata de mi pecho. Me recogió y salvó mi vida.

»Era un mago de la lejana Khitai, que volvía a su reino tras un viaje a Estigia. Me llevó a Paikang, la de torres moradas cuyos minaretes se alzan entre las selvas de bambú festoneadas de enredaderas. Allí crecí, y me hice mujer bajo su tutela. La edad había aumentado su negra sabiduría y no había debilitado sus poderes malignos. Me enseñó muchas cosas...

Se detuvo con una sonrisa enigmática, que le llenó los ojos de un brillo taimado y misterioso. Luego meneó la cabeza.

—Acabó alejándome de sí, diciendo que nunca sería nada más que una vulgar bruja a pesar de sus enseñanzas y que no era digna de recibir la poderosa magia que podía enseñarme. Podría haberme hecho reina del universo y haber gobernado el mundo entero a través de mí, dijo, pero no era más que una zorra de las tinieblas. ¿Y qué? Nunca soporté estar encerrada en una torre de oro, horas y horas con la vista clavada en un globo de cristal, murmurando encantamientos escritos en piel de serpiente con sangre de virgen, encorvada sobre polvorientos volúmenes escritos en lenguas olvidadas.

»Me dijo que era una criatura demasiado terrenal y que no era digna de rozar los abismos cósmicos de la alta hechicería. Sea. Este mundo tiene todo lo que deseo: poder; pompa y boato; hombres hermosos y mujeres delicadas; amantes y esclavos. Me dijo lo que era yo y me habló de la maldición de mi legado. Por eso he vuelto, para tomar aquello que me pertenece tanto como a ti. Y ahora es mío por derecho de posesión.

—¿Qué quieres decir? —Taramis se incorporó, ya liberada del estupor y el miedo, y se enfrentó a su hermana—. ¿Crees que por haber drogado a unas pocas doncellas y haber engañado a un puñado de mis guardias ya tienes el trono de Khauran? ¡Aún soy la reina! Te concederé un puesto de honor como mi hermana, pero...

Salomé rio, llena de odio.

—¡Qué generoso por tu parte, hermanita! Pero antes de que me pongas en mi lugar, ¿querías tal vez hablarme de esos soldados que acampan en la llanura, frente a los muros de la ciudad?

—Son los mercenarios shemitas de Constantius, el voivoda kothio de las Compañías Libres.

—¿Y qué hacen en Khauran? —susurró Salomé.

Taramis comprendió que se estaba burlando de ella de alguna manera que no entendía, pero respondió con toda la dignidad que pudo reunir:

—Constantius ha pedido permiso para cruzar las fronteras de Khauran de camino a Turán. Se ha puesto bajo nuestra custodia para responder del buen comportamiento de sus tropas mientras estas estén en mis dominios.

—¿Y acaso Constantius no ha pedido tu mano hoy mismo? —siguió Salomé.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Taramis, desconcertada, a lo que Salomé encogió con los esbeltos hombros.

—¿Rehusaste, hermanita?

—¡Pues claro! —exclamó Taramis, rabiosa—. Tú misma eres una princesa askhaurana. ¿Supones acaso que la reina de Khauran podría recibir una proposición semejante con algo que no fuera desdén? ¿Esposa de un aventurero sanguinario, un hombre exiliado de su propio reino a causa de sus crímenes, caudillo de una simple banda organizada de saqueadores y asesinos a sueldo?

»Nunca debería haberle permitido traer a sus barbudos matones a Khauran. Pero está prácticamente preso en la torre sur, custodiado por mis soldados. Mañana le diré que ordene a sus tropas que abandonen el reino. Seguirá cautivo hasta que hayan cruzado la frontera. Entre tanto, mis soldados vigilan las murallas, y lo he advertido de que responderá de cualquier atropello perpetrado contra los aldeanos o los pastores por sus mercenarios.

—¿Confinado en la torre sur, dices?

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

Como única respuesta, Salomé dio una palmada y, alzando la voz con un gorgoteo de cruel diversión, proclamó:

—La reina te concede audiencia, Halcón.

Se abrió una puerta cubierta de arabescos dorados y una esbelta figura entró en la habitación. Al verla, Taramis lanzó un grito de furia y asombro.

—¡Constantius! ¡Osas entrar en mis aposentos!

—Así es, majestad. —Inclinó la morena cabeza de rapaz en una reverencia burlona.

Constantius, también conocido como Halcón, era alto, de espaldas amplias y cintura estrecha, elegante y fuerte como acero flexible. Era bien parecido, a su manera aquilina y despiadada. Tenía el rostro oscurecido por el sol, y el pelo, que caía abundante desde una frente elevada y estrecha, era negro como ala de cuervo. Los ojos oscuros eran penetrantes y agudos, y el fino bigote negro acentuaba la línea despiadada de los labios. Llevaba botas de cuero de Kórdava, y medias y jubón de seda oscura, deslustrados por el uso y las manchas de óxido de la armadura.

Torció el bigote y sus ojos examinaron a la encogida reina con un descaro que le hizo estremecerse.

—Por Istar, Taramis —dijo con voz sedosa—. Te encuentro mucho más apetecible con tu ropa de dormir que con tus vestiduras regias. ¡Sin duda esta será una noche auspiciosa!

El miedo asomó a los oscuros ojos de la reina. No era tonta; sabía que Constantius nunca se habría atrevido a ultrajarla de aquel modo de no jugar sobre seguro.

—¡Estás loco! Puede que esté a tu merced en esta habitación, pero tú lo estás a la de mis súbditos, que te harán pedazos si me pones un dedo encima. Vete si quieres vivir.

Salomé y Constantius lanzaron una carcajada burlona, y la primera hizo un gesto de impaciencia.

—Basta ya de esta farsa y pasemos al acto siguiente. Escucha, hermanita: fui yo quien

trajo a Constantius. Cuando decidí hacerme con el trono de Khauran busqué a alguien que me ayudase y elegí al Halcón, básicamente por su carencia de todo lo que se suelen considerar cualidades honradas.

—Estoy sobrecogido, alteza —murmuró Constantius sardónicamente, mientras hacía una reverencia.

—Lo envié a Khauran y, en cuanto sus hombres estuvieron acampados más allá de las murallas y él en palacio, entré en la ciudad por la poterna del muro occidental. Los idiotas que la guardaban creyeron que eras tú, que regresabas de alguna aventura nocturna...

—¡Maldita! —La mejillas de Taramis se inflamaron de resentimiento, y la rabia dio al traste con su flema real.

Salomé sonrió.

—Estaban tan sorprendidos y asombrados como cabía esperar, pero me dejaron pasar sin hacer preguntas. Entré en palacio del mismo modo y ordené a los atónitos guardias que se fueran, igual que a los que vigilaban a Constantius en la torre sur. Luego he venido y me he ocupado de las camareras de la antecámara.

Los dedos de Taramis se engarfiaron.

—¿Y ahora, qué? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Escucha! —Salomé ladeó la cabeza. Por las ventanas entraba un sonido metálico, como si pasasen cerca hombres cubiertos de armadura. Se oyeron voces hoscas que hablaban en una lengua extranjera, y gritos de alarma mezclados con ellas.

—El pueblo despierta y está intranquilo —dijo Constantius, sardónico—. Mejor que vayas a calmarlos, Salomé.

—Llámame Taramis. Tenemos que acostumbrarnos.

—¿Qué has hecho? —gritó Taramis—. ¿Qué has hecho?

—He ido a las puertas y he ordenado que las abran —respondió Salomé—. Estaban perplejos, pero han obedecido. Lo que oyes es el ejército de Halcón, que entra en la ciudad.

—¡Demonio! —gritó Taramis—. ¡Has traicionado a mi pueblo haciéndote pasar por mí! ¡Me has convertido en una traidora! No, iré y les hablaré...

Con una risa perversa, Salomé la agarró de la muñeca y la empujó hacia atrás. La magnífica flexibilidad de la reina era inútil contra la fuerza vengativa que animaba los delgados brazos de Salomé.

—¿Sabes cómo llegar a las mazmorras del palacio, Constantius? —dijo la bruja—. Bien. Llévate a este volcán y enciérralo en la celda mejor guardada. Los carceleros están drogados; ya me he ocupado de ello. Envía a alguien a que los degüelle antes de que despierten. Nadie debe saber lo que ha ocurrido esta noche. A partir de ahora soy Taramis, y Taramis no es más que una prisionera sin nombre en un calabozo desconocido.

Constantius sonrió y mostró los blancos dientes bajo el bigote.

—Bien, pero supongo que no me negarás un poco de... diversión, ¿no?

—¿Yo? ¡No! Doma a esa perra desdeñosa como te plazca.

Con una risa perversa, Salomé arrojó a su hermana en brazos del kothio, dio media vuelta y salió por la puerta que daba al pasillo exterior.

El terror abrió de par en par los hermosos ojos de Taramis mientras forcejeaba, rígida, entre los brazos de Constantius. Ante la amenaza contra su cuerpo había olvidado al ejército de las calles y el insulto a su realeza. Lo único que podía sentir era miedo y

vergüenza mientras encaraba el cinismo desatado en los ojos ardientes y burlones de Constantius, y notaba los rudos brazos que la aplastaban.

Salome recorría a toda prisa el pasillo exterior. Sonrió malévola al oír el grito de desesperación que resonó por todo el palacio.

El árbol de la muerte

Las calzas y camisa del joven soldado estaban manchadas de sangre seca, cubiertas de sudor y sucias de tierra. Le brotaba sangre de un profundo tajo en el muslo, y de los cortes del pecho y el hombro. El sudor hacía relucir el rostro lívido, y tenía los dedos engarfiados alrededor de la cubierta del diván sobre el que yacía. Sus palabras reflejaban un sufrimiento mental muy superior al puro dolor físico.

—¡Tiene que haberse vuelto loca! —repetía una y otra vez, como si aún no terminara de creer lo que había ocurrido—. ¡Es como una pesadilla! ¡Taramis, amada por toda Khauran, traicionando a su pueblo por ese diablo de Koth! Ay, Istar, ¿por qué no he muerto? Mejor morir que ver a nuestra reina convertida en una traidora y una ramera.

—No hables, Valerius —le rogó la joven que lo lavaba y vendaba con manos temblorosas—. Por favor, amor mío, no hables. Harás que se te reabran las heridas. No me atrevo a convocar a una sanguijuela...

—No —murmuró el joven herido—. Los demonios de barba azul de Constantius están registrando la ciudad en busca de khauraníes heridos. Colgarán a todo aquel cuyas heridas indiquen que ha luchado contra ellos. Oh, Taramis, ¿cómo has podido traicionar a un pueblo que te adoraba?

Se estremeció de dolor y rompió a llorar de pura rabia y vergüenza. La aterrada joven lo abrazó y apoyó su cabeza en el pecho, mientras le suplicaba que guardase silencio.

—Mejor muerto que soportar la negra vergüenza que ha caído hoy sobre Khauran —gruñó él—. ¿No lo has visto, Ivga?

—No, Valerius. —Los finos y delicados dedos se pusieron de nuevo a la tarea, limpiando con cuidado las heridas y cerrando los bordes abiertos—. Me ha despertado el ruido de la lucha en las calles. Al mirar por la ventana he visto a los shemitas atacando a la gente. Y luego he oído que me llamabas desde la puerta del callejón.

—No podía más —murmuró él—. Caí en el callejón y ya no pude ponerme en pie. Sabía que acabarían por encontrarme si me quedaba ahí... Maté a tres de esos perros barbudos, por Istar. ¡Ya no irán pavoneándose por las calles de Khauran, por los dioses! ¡Los demonios les arranquen el corazón en el infierno!

La temblorosa muchacha lo arrulló con un murmullo cantarín, como habría hecho con un niño, y luego le cerró los labios con su propia boca, fresca y dulce. Pero el fuego que ardía en el alma del joven no le dejaba guardar silencio.

—No estaba en la muralla cuando entraron los shemitas —dijo de repente—. Dormía en los barracones, como los demás que no estaban de servicio. Acababa de amanecer cuando entró nuestro capitán, con la cara pálida bajo el yelmo, y dijo: “Los shemitas están en la ciudad. La reina se ha presentado en la puerta sur y ha dado órdenes de que los dejen pasar. Ha hecho bajar a los guardias de las murallas, que custodiaban desde que Constantius llegó al reino. No lo entiendo, nadie lo entiende, pero ella misma ha dado el orden y hemos obedecido, como hacemos siempre. Nos ha ordenado reunirnos en la plaza de enfrente del palacio. Formad frente a los barracones e id para allá... Dejad aquí las

armas y armaduras. No sé qué pretende, pero esas son las órdenes de la reina”.

»Cuando llegamos a la plaza, los shemitas se habían ido situando frente al palacio, diez mil demonios de barba azul armados hasta los dientes. La gente se asomaba a las puertas y las ventanas para ver qué ocurría, y las calles que llevaban a la plaza estaban repletas de personas que no comprendían qué pasaba. Taramis estaba en lo alto de las escaleras de palacio, acompañada solo por Constantius, quien se acariciaba el bigote como un gato enorme que acabase de devorar a un canario. Bajo ellos formaban cincuenta shemitas con arcos en las manos.

»Ahí es donde debería haber estado la guardia de la reina, pero los habían colocado a los pies de las escaleras y estaban tan asombrados como nosotros, aunque ellos sí que estaban armados a pesar de las órdenes de la reina.

»Taramis se dirigió a nosotros y nos dijo que había reconsiderado la propuesta de matrimonio de Constantius, esa que había rechazado públicamente ayer mismo, y había decidido convertirlo en su real consorte. No nos dio explicación alguna sobre el motivo de que hubiera introducido de un modo tan traicionero a los shemitas en la ciudad, pero afirmó que, dado que Constantius dirigía un grupo de soldados profesionales, el ejército de Khauran ya no era necesario, por lo que lo licenciaba y nos ordenaba irnos a casa ordenadamente.

»La obediencia a la reina es una segunda naturaleza para nosotros, pero lo que oímos nos dejó aturdidos y no supimos cómo reaccionar. Rompimos filas sin saber realmente qué hacíamos, como idiotizados.

»Pero cuando la reina ordenaba a la guardia de palacio que depusiera armas y se fuera apareció Conan, el capitán. Dicen que anoche estaba fuera de servicio y borracho como una cuba, pero en aquel momento estaba bien despierto. Gritó a los guardias que mantuvieran sus puestos hasta nuevas órdenes suyas, y es tal su dominio sobre ellos que obedecieron pese a lo dicho por la reina. Subió por las escaleras de palacio, examinó a Taramis y rugió: “¡Esa no es la reina! ¡No es Taramis! ¡Es algún demonio disfrazado!”.

»¡Aquello desató el infierno! No sé cómo empezó exactamente, pero creo que un shemita atacó a Conan y este lo mató. Al instante, la plaza se había convertido en un campo de batalla. Los shemitas cayeron sobre los guardias, y sus lanzas y flechas abatieron a muchos soldados que ya habían roto filas.

»Unos cuantos nos hicimos con las armas que pudimos encontrar y contraatacamos. No sabíamos realmente por qué luchábamos, pero era contra Constantius y sus demonios, nunca contra Taramis. ¡Lo juro! Constantius gritaba que abatieran a los traidores, pero no éramos traidores.

Le temblaba la voz de pura desesperación y ofuscamiento. La joven murmuró unas palabras de ánimo. No comprendía del todo lo que pasaba; tan solo intentaba aliviar el sufrimiento de su amante.

—Nadie sabía qué partido tomar; la plaza era jaula de grillos; no había más que confusión y desconcierto. Los que luchábamos no teníamos la menor posibilidad de vencer, medio desbandados, sin armadura y con armas inadecuadas. Los guardias sí que estaban armados y en formación de bloque, pero solo eran quinientos. Causaron abundantes bajas antes de que los abatieran, pero el resultado de la batalla era inevitable. Y mientras descuartizaban a su pueblo delante de ella, Taramis seguía en las escaleras con el brazo de Constantius alrededor de la cintura. ¡No paraba de reírse! Parecía un diablo

hermoso y desalmado ¡Dioses, es una locura!, ¡una locura!

»Nunca he visto a nadie luchar como Conan. Se puso contra el muro del patio y, antes de que lo redujeran, los cadáveres se amontonaban a sus pies en pilas que le llegaban al muslo. Pero al fin lo abatieron, cien contra uno. Verlo caer fue como si el mundo se me escurriera de entre los dedos abrasados. Mientras se atusaba el bigote con una sonrisa detestable en los labios, oí a Constantius gritar a sus perros que lo quería con vida.

Esa misma sonrisa curvaba en aquellos momentos los labios de Constantius. Cabalgaba rodeado de un puñado de sus hombres, recios shemitas de barba rizada y nariz ganchuda. El sol poniente arrancaba reflejos de los yelmos picudos y las escamas plateadas de las corazas. A menos de un tercio de legua a sus espaldas, los muros y las torres de Khauran destacaban en medio de la pradera.

A un lado de la pista de caravanas se había erigido una pesada cruz un hombre colgaba de ella, con manos y pies atravesados por clavos de hierro. Desnudo excepto por un taparrabos, era un gigante de piel tostada por el sol. El sudor de la agonía le corría por el rostro y el enorme pecho, pero bajo la enmarañada melena que caía sobre su amplia frente, dos ojos azules relucían con fuego indómito. La sangre manaba con desgana de las heridas de manos y pies

Constantius lo saludó con un gesto burlón.

—Me temo que no puedo quedarme a hacer más llevaderas tus últimas horas, capitán, pero me aguardan tareas ineludibles en la ciudad. ¡No debo hacer esperar a esa deliciosa reina tuya! —Se rio por lo bajo—. Así que te dejó a tu suerte... ¡y a la de esas bellezas!— Señaló las sombras negras que se agitaban en lo alto del cielo.

»De no ser por ellos, imagino que un bruto como tú duraría varios días en la cruz. Yo en tu lugar no alimentaría esperanza alguna de rescate, aunque no haya guardias que te vigilen. He dejado bien claro que cualquiera que intente arrancar tu cuerpo de la cruz, vivo o muerto, será desollado vivo junto a toda su familia en la plaza pública. Mi poder en Khauran está establecido con tal firmeza que esas palabras son más eficaces que un regimiento de guardias. No dejo a nadie aquí porque los buitres no se acercarían, y no deseo poner obstáculo alguno en su camino. Por eso te he traído tan lejos de la ciudad. Los buitres del desierto no se acercan más a los muros.

»¡Adiós, mi bravo capitán! Te recordaré cuando, dentro de una hora, Taramis esté en mis brazos.

La sangre brotó de las palmas perforadas cuando los puños como mazos del cautivo se cerraron alrededor de las cabezas de los clavos. Los titánicos músculos de los brazos se contrajeron, y Conan echó hacia adelante la cabeza y lanzó un escupitajo al rostro de Constantius. El voivoda se rio entre dientes, se limpió la saliva de la gorguera y refrenó el caballo.

—Recuérdame cuando los buitres se alimenten de tu carne—dijo burlón—. Los carroñeros del desierto son particularmente voraces. He visto a hombres colgar en la cruz durante horas e ir quedándose sin ojos, oídos ni cuero cabelludo antes de que esos agudos picos llegasen a puntos vitales.

Dio media vuelta y emprendió el camino hacia la ciudad sin mirar atrás, una figura delgada y erguida de armadura brillante, sus estólidos secuaces barbudos trotando tras él.

Una débil nube de polvo en el camino marcaba su paso.

El crucificado era lo único vivo que había en aquel paisaje desolado en el atardecer. Khauran, a menos de un tercio de legua, podría haber estado al otro lado del mundo y en otro tiempo.

Conan sacudió la cabeza para quitarse el sudor de los ojos y miró sin ver a su alrededor. A los lados de la ciudad y tras ella se extendían fértiles praderas, llenas de ganado que pastaba en la distancia, donde se confundían con las viñas y los campos de labranza. El horizonte occidental estaba salpicado de pueblos que parecían miniaturas a aquella distancia; lo mismo ocurría al norte. Algo más cerca, hacia el sur, un resplandor plateado señalaba el curso de un río, más allá del cual empezaba inesperadamente un desierto de arena que se extendía hasta más allá del horizonte. Conan examinaba aquel vasto resplandor, de color caramelo al sol del ocaso, como un halcón cautivo examinaría el cielo abierto. Se vio sacudido por el asco cuando contempló las torres resplandecientes de Khauran. La ciudad lo había traicionado, lo había atrapado como una ratonera y ahora lo dejaba colgado de una cruz de madera como una liebre clavada a un árbol.

Un ansia roja de venganza barrió todo pensamiento. Un puñado de maldiciones quedó al borde de sus labios. Todo su universo se contrajo, enfocado únicamente en los cuatro clavos de hierro que lo apartaban de la vida y la libertad. Sus poderosos músculos se estremecieron, rígidos como cables de acero. El sudor perló todo su cuerpo mientras intentaba hacer palanca y arrancar los clavos. Fue inútil; estaban hundidos con firmeza en la madera. Intentó luego liberar las manos; no fue el dolor afilado y abismal lo que lo hizo desistir, sino la futilidad del intento. Las cabezas de los clavos eran demasiado gruesas; no podía pasarlas a través de las heridas. Por primera vez en su vida lo envolvió una marea de desesperación, y se quedó inmóvil, la cabeza contra el pecho, los ojos cerrados para protegerse del sol.

Los entreabrió al oír un batir de alas y distinguió una sombra emplumada que caía del cielo. Un pico afilado que buscaba los ojos le cortó la mejilla; Conan volvió la cabeza y cerró los ojos involuntariamente. Lanzó un grito roto y desesperado de amenaza, y los buitres revolotearon y retrocedieron, asustados por el sonido. De nuevo volaban en círculos sobre él. La sangre caía a la boca de Conan; se lamió los labios sin querer y escupió ante el sabor salado.

Sentía una sed atroz. Había bebido vino hasta hartarse la noche anterior, y el agua no tocaba sus labios desde antes de la batalla de la plaza, al amanecer. Y matar deshidrataba. Contempló el distante río como un condenado que mirase hacia fuera por la puerta del infierno. Pensó en los cientos de litros de agua en los que se había bañado, hundido hasta los hombros en jade líquido. Recordó los enormes cuernos de cerveza espumeante, las jarras de vino que había trasegado sin pensar o derramado en el suelo de la taberna. Se mordió la lengua para aplacar aquella angustia insoportable y resopló como un animal torturado.

El sol se ponía, una ardiente bola de fuego que se hundía en un salvaje mar de sangre. Contra la muralla carmesí que cruzaba el horizonte, las torres de la ciudad flotaban irreales, como en un sueño. El cielo entero estaba bañado de sangre a sus ojos nublados. Se lamió los labios reseco y contempló el distante río con ojos inyectados en sangre. También parecía teñido de carmesí, y las sombras que reptaban hacia él desde el cielo eran negras como el ébano.

De nuevo, el batir de unas alas llegó a sus oídos entumecidos. Alzó la cabeza y examinó, rabioso como un lobo, las sombras que giraban a su alrededor. Sabía que sus gritos ya no los espantarían. Uno de ellos descendía, cada vez más. Conan echó la cabeza hacia atrás tanto como pudo y se dispuso a esperar. El buitre se posó con un revoloteo; el pico bajó y arrancó una tira de carne de la mejilla mientras Conan volvía el rostro a un lado. Luego, antes de que el ave pudiera apartarse, la cabeza del cimero saltó hacia adelante impulsada por los poderosos músculos del cuello, y sus dientes, chasqueando como los de un lobo, hicieron presa en el cuello desnudo del buitre.

Al instante, el ave estalló en un frenesí de graznidos y aleteos. Las alas cegaron al bárbaro y las patas le desgarraron el pecho, pero Conan no soltaba la presa, con las mandíbulas firmemente apretadas. Las vértebras del carroñero crujieron bajo el empuje de aquellos dientes, hasta que con un aleteo espasmódico, quedó flácido e inmóvil. Conan lo soltó, escupiendo sangre por la boca. Los otros buitres, aterrados por la suerte de su compañero, volaron hacia un árbol distante, donde se posaron como un cónclave de demonios negros.

Una fiera sensación de victoria llenó la aturdida mente de Conan. La vida fluía salvaje y enérgica por sus venas. Aún podía enfrentarse a la muerte, aún seguía con vida. Cada punzada, cada pequeña sensación, incluso de dolor, era una negación de la muerte.

—¡Por Mitra! —O alguien hablaba, o el bárbaro tenía alucinaciones—. ¡En toda mi vida había visto nada igual!

Conan se sacudió la sangre de los ojos y vio a cuatro jinetes recortados contra el ocaso. No apartaban la vista de él. Tres de ellos eran halcones enjutos de blanco ropaje, beduinos zuagires sin la menor duda, nómadas de más allá del río. El cuarto vestía como ellos, la cintura ceñida por un khalat y un ondeante turbante en la cabeza que le llegaba a los hombros, sujeto en las sienes por tres cordones de pelo de camello trenzado. Pero no era un shemita; ni el polvo era tan denso ni la vista de Conan estaba tan nublada que no pudiera distinguir su facciones.

Era tan alto como el cimero, aunque de miembros menos imponentes. Era ancho de espaldas, con un cuerpo esbelto duro como el acero y flexible como las barbas de ballena. La perilla negra recortada no ocultaba del todo la línea agresiva de su mandíbula, y tenía unos ojos grises, fríos y acerados, que brillaban como una espada bajo la sombra del kafeh. Refrenó su inquieto corcel con mano firme y decidida, y dijo:

—¡Por Mitra, juraría que conozco a este tipo!

—¡Sí! ¡Es el cimero que era capitán de la guardia de la reina! —dijo otro, con el acento gutural de los zuagires.

—Debe de estar deshaciéndose de sus antiguos favoritos —murmuró el jinete—. Quién iba a pensarlo de la reina Taramis. Habría preferido una guerra larga y sangrienta; nos habría dado a los del desierto una oportunidad para el pillaje. Tal como están las cosas, nos hemos acercado tanto las murallas solo para encontrar este rocín. —Echó un vistazo al caballo castrado que uno de los nómadas llevaba de las riendas—. Bueno, y a este perro moribundo.

Conan alzó el rostro ensangrentado.

—¡Si te acercas un poco más haré de ti un perro moribundo, ladrón zaporosko! —masculló entre los labios ennegrecidos.

—¡Por Mitra, el bribón me conoce! ¿Cómo es que sabes de mí, rufián?

—Solo hay uno de tu raza por estas tierras —murmuró Conan—. Eres Olgerd Vladislav, caudillo de los forajidos.

—Sí, y fui atamán de los kozaki del río Zaporosko, tal como has adivinado. ¿Quieres vivir?

—Solo un idiota preguntaría eso —jadeó Conan.

—Soy duro —dijo Olgerd—, y la única cualidad que respeto en los demás es la dureza. Juzgaré si eres un hombre o solo un perro, en cuyo caso aquí quedarás y morirás.

—Si lo bajamos de la cruz, nos verán desde las murallas —objetó uno de los nómadas.

Olgerd meneó la cabeza.

—Casi ha anochecido. Toma, Diebal, usa esta hacha y corta la cruz por la base.

—Si cae hacia adelante, lo aplastará —objeto Diebal—. Puedo arreglármelas para que caiga hacia atrás, pero el golpe puede romperle el cráneo, y quién sabe si esparcirle las tripas.

—Si es digno de cabalgar a mi lado, sobrevivirá —respondió Olgerd imperturbable—. Y si no lo es, no merece vivir. ¡Vamos!

El primer impacto del hacha de batalla contra la madera, y las vibraciones que lo acompañaron, lanzaron ejércitos de dolor a través de los hinchados pies y las agarrotadas manos de Conan. Una y otra vez cayó la hoja, y cada golpe reverberaba en su mente atormentada y hacía estremecer sus nervios. Pero apretó los dientes y no dejó escapar ni un sonido. El hacha terminó su trabajo; la cruz se balanceó sobre la base astillada y cayó hacia atrás. Conan convirtió todo su cuerpo en un sólido nudo de músculos de hierro; apretó la cabeza contra la madera y la mantuvo rígida. El tronco golpeó el suelo con fuerza y rebotó. El impacto desgarró las heridas del bárbaro y lo aturdió un instante. Luchó contra la creciente marea de oscuridad que asaltaba sus ojos, mareado y con náuseas, pero se dio cuenta de que los músculos de hierro le habían protegido las partes vitales y lo habían salvado de un daño permanente.

No emitió el menor sonido, a pesar de que le sangraba la nariz y le temblaban los abdominales por las náuseas. Con un gruñido de aprobación, Diebal se inclinó sobre él con unas tenazas de las que se usaban para sacar los clavos de las herraduras y agarró la cabeza del que sujetaba la mano derecha de Conan, hundiéndose en la piel para lograr el agarre más firme posible. Las tenazas eran demasiado pequeñas para aquella tarea, y Diebal sudaba y se afanaba, lanzando maldiciones contra aquel condenado clavo, empujando atrás y adelante, hurgando tanto en la inflamada carne como en la madera. La sangre se derramó por los dedos del cimero. Estaba tan quieto que habría parecido muerto de no haber sido por el movimiento espasmódico del enorme pecho. Al fin, el clavo salió y Diebal lo contempló con un gruñido de satisfacción, antes de deshacerse de él y ponerse con otro.

Se repitió el proceso, y luego Diebal centró su atención en los pies ensartados. Pero el cimero se obligó a sentarse, arrancó las tenazas de las manos del shemita y lo apartó de un violento empujón. Conan tenía las manos tan inflamadas que parecían dos veces mayores de lo normal. Sentía los dedos como pulgares deformes, y cerrar los puños era tan doloroso que le salía sangre de entre los dientes apretados. Pero de algún modo, agarrando las tenazas con ambas manos, se las apañó para desclavar primero un clavo y después el otro. No estaban tan hundidos en la madera como los de las manos.

Se alzó tambaleante y afirmó en el suelo los pies inflamados y lacerados. Un sudor

helado le cubría el rostro y el cuerpo, sacudido por calambres. Apretó la mandíbula y luchó contra el deseo de vomitar.

Olgerd, que lo contemplaba impertérrito, señaló con un gesto el caballo robado. Conan caminó dando tumbos hacia él; cada paso era un infierno afilado que le llenó los labios de espuma sanguinolenta. Una mano deforme, temblorosa, cayó en el pomo de la silla, y un pie ensangrentado alcanzó a encontrar un estribo. Apretando los dientes, logró montar, aunque estuvo a punto de caer desmayado. En ese momento, Olgerd azotó al caballo con el látigo. La asustada bestia se encabritó, y el hombre de la silla se balanceó como un saco de arena, a punto de caer. Conan se había enrollado una rienda alrededor cada mano y las sujetaba con los pulgares. Tensó con fuerza los poderosos bíceps y forzó al caballo hacia abajo. La bestia gritó, la mandíbula casi dislocada.

Uno de los shemitas alzó un pellejo con agua en un gesto interrogativo. Olgerd negó con la cabeza.

—Espera a que lleguemos al campamento. Solo son tres leguas. Si está hecho para vivir en el desierto, seguro que aguanta ese trecho sin beber.

Como fantasmas fugaces, se dirigieron al galope hacia el río. Conan iba entre ellos, tambaleándose como un borracho en la silla, los ojos brillantes e inyectados en sangre, la espuma secándose poco a poco en sus labios tumefactos.

3

Carta a Nemedía

El sabio Astreas, en su interminable viaje hacia el este en busca de conocimientos y sabiduría, escribió una carta a su amigo el filósofo Alcémides, residente en Nemedía. Esa carta constituye todo lo que llegaron a saber las naciones del oeste de los acontecimientos de aquellos días en el este, para ellos una región nebulosa y medio mítica.

He aquí parte de lo que contaba Astreas:

Jamás podrías imaginar, mi viejo amigo, las condiciones que imperan en este pequeño reino desde que Taramis aceptó a Constantius y a sus mercenarios, tal como te describí brevemente en mi última y apresurada misiva. Siete meses han pasado desde entonces, y en ese tiempo pareciera que el mismísimo diablo se ha enseñoreado de este infortunado reino. Taramis da muestras de haber perdido el juicio; parangón de virtud, justicia y equidad como era antes, se ha vuelto notoria precisamente por las características opuestas a las que acabo de enumerar. Su vida privada es un escándalo... Y quizá «privada» no sea el término más adecuado, visto que no hace el menor intento por ocultar el libertinaje que impera en su corte. Continuamente se celebran orgías de lo más escandaloso e infame, y se obliga a participar en ellas a las infortunadas damas de la corte, así sean vírgenes o recién casadas.

Ni siquiera se ha molestado en casarse con su amante, Constantius, quien se sienta a su lado en el trono y gobierna como consorte real. Sus esbirros siguen su ejemplo y no dudan en injuriar y tomar a cualquier mujer que deseen, sin atender a su estado o posición. El reino, arruinado, gime aplastado por impuestos desorbitantes; se han esquilado las granjas hasta lo imposible, y los comerciantes van cubiertos de harapos, que es cuanto les han dejado los recaudadores. Si son afortunados, consiguen salir con la piel intacta.

Percibo tu escepticismo, mi buen Alcémides; sin duda crees que exagero la situación de Khauran. Cierto es que lo que acabo de describirte sería inconcebible en las naciones occidentales, pero debes comprender que las cosas son muy distintas en Oriente, sobre todo en esta parte de Oriente. Para empezar, Khauran no es un reino muy grande; de hecho, es uno de los numerosos principados que formaron parte de Koth y más tarde recuperaron la independencia de la que habían gozado en tiempos antiguos. Esta parte del mundo se compone de reinos como este, diminutos en comparación con las grandes naciones de Occidente o los enormes sultanatos del lejano Oriente, pero importantes para el control de las rutas de caravanas. De ahí proviene la riqueza de estos países.

Khauran es el más oriental y meridional de estos principados, justo en la frontera con los desiertos del Shem oriental. La capital, del mismo nombre que el reino, es la única ciudad de importancia y desde ella se divisa el río que separa el desierto de los pastizales, como una atalaya que guardase las fértiles praderas de sus espaldas. La tierra es tan fértil que da entre tres y cuatro cosechas al año, y las llanuras del norte y el oeste están salpicadas de aldeas. Para alguien acostumbrado a las grandes plantaciones y las enormes granjas ganaderas del oeste, es curioso contemplar estos diminutos campos y viñedos; pero grandes riquezas en grano y fruta se derraman de ellos como de una cornucopia. Los aldeanos son simples agricultores, pertenecientes a la raza aborigen o, todo lo más, mestiza. No son guerreros, y son incapaces de protegerse por sí mismos. Tienen prohibida la posesión de armas y dependen por completo de los soldados de la ciudad, lo cual los deja del todo desamparados en la situación presente. Así, una revuelta de las zonas rurales, que sería inevitable en una nación occidental, se hace aquí imposible.

Laboran bajo el puño de hierro de Constantius, cuyos barbudos shemitas cabalgan sin cesar por los campos, látigo en mano, como los capataces de esclavos de las plantaciones del sur de Zingaria.

Los habitantes de la ciudad no corren mejor suerte. Les han arrebatado las posesiones, y usan a sus hijas para saciar la lujuria incontenible de Constantius y sus mercenarios. Estos hombres carecen por completo de piedad o compasión, llenos de todo aquello que nuestros ejércitos aprendieron a aborrecer durante las guerras contra los aliados shemitas de Argos: crueldad inhumana, lujuria, ferocidad de bestias salvajes... Los habitantes de la ciudad son en general de la casta dominante de Khauran, mayoritariamente hibóreos, valientes y belicosos. Pero la traición de su reina los ha puesto en manos de sus opresores. Los shemitas son la única fuerza armada de Khauran, y cualquier khauraní sorprendido en posesión de un arma se hace acreedor de los más atroces tormentos; se persigue sistemáticamente a cualquier joven khauraní capaz de alzarse en armas. Muchos han sido masacrados salvajemente, y a otros los han vendido como esclavos a los turanios. Abandonan el reino por millares, ya sea para ponerse al servicio de otros monarcas, ya para convertirse en proscritos, de los que hay numerosos grupos a lo largo de la frontera.

Se habla de la posibilidad de una invasión desde el desierto, habitado por nómadas shemitas. Los mercenarios de Constantius proceden de las ciudades shemitas del oeste, como Pelishtim, Anakim o Akkharim, y los zuagires y las demás

tribus beduinas los odian a muerte. Como sabes, mi buen Alcémides, el territorio de esos bárbaros se compone, por un lado, de los pastizales que llegan al borde del lejano mar y en las cuales se alzan las ciudades y, por otro, del desierto oriental, donde solo sobreviven los enjutos nómadas. La guerra es eterna entre los moradores de las ciudades y los del desierto.

Estos zuagires han luchado contra Khauran y la han saqueado durante siglos sin demasiado éxito, y no están nada contentos con la conquista a manos de sus primos occidentales. Se rumorea que su natural antagonismo se ve fomentado por el otrora capitán de la Guardia Real y que, al parecer, escapó de algún modo al odio de Constantius, quien lo había crucificado, y huyó con los nómadas. Lo llaman Conan y no es ni más ni menos que un bárbaro, uno de esos melancólicos cimerios cuya fiereza han sufrido tantas veces nuestros soldados, a un amargo coste. Al parecer se ha convertido en la mano derecha de Olgerd Vladislav, el aventurero kozaki que llegó de las estepas del norte y se convirtió en caudillo de un grupo de zuagires. También hay rumores de que ese grupo se ha incrementado en los últimos meses y de que Olgerd, incitado sin duda por el cimero, incluso considera la invasión de Khauran.

No puede tratarse sino de una incursión de saqueo, pues los zuagires carecen de máquinas de asedio y no tienen los conocimientos necesarios para sitiar una ciudad. Y tal como nos ha demostrado la historia una y otra vez, los nómadas carentes de instrucción militar no rivalizan en combate cuerpo a cuerpo con los ejércitos disciplinados y bien armados de las ciudades shemitas. Sería concebible que los nativos de Khauran acogieran de buen grado tal invasión, dado que es imposible que los nómadas los traten peor que sus amos actuales, e incluso el exterminio es preferible al sufrimiento que ahora sobrellevan. Pero están tan acobardados y desalentados que ni siquiera ayudarían a los invasores.

Su situación es desesperada. Taramis, se diría que poseída por un demonio, no se detiene ante nada. Ha abolido el culto a Istar y convertido el templo en un santuario de idolatría. Ha destruido la imagen de marfil de la diosa a la que adoran estos hibóreos orientales, inferior a la auténtica religión de Mitra que profesamos los occidentales, pero superior al culto demoniaco de los shemitas, y ha llenado el templo de Istar de imágenes obscenas de toda índole, dioses y diosas de la noche retratados en todas las posturas salaces y perversas posibles, y con todos los repugnantes detalles que solo una mente degenerada podría concebir. Muchas de estas imágenes se pueden identificar como las infectas deidades de los shemitas, los turanios, los vendhyos y los khitanios, pero otras son restos de un culto medio olvidado y antiquísimo, figuras viles que solo recuerdan las leyendas más antiguas. No me atrevo a aventurar dónde puede haber adquirido la reina su conocimiento.

Ha instituido el sacrificio humano, y desde su apareamiento con Constantius se ha inmolado al menos a quinientos hombres, mujeres y niños. Algunos han muerto en el altar que ha dispuesto en el templo, donde ella misma maneja el puñal ceremonial, pero otros han conocido un destino aún más terrible.

Taramis guarda algún monstruo en una cripta, bajo el templo. Nadie sabe qué es ni de dónde salió, pero poco después de aplastar la revuelta desesperada de los soldados khauraníes contra Constantius, pasó una noche en el templo profanado, sola excepto por una docena de cautivos atados. El atemorizado pueblo vio salir de la cúpula un humo espeso de olor repugnante, y oyó durante toda la noche las invocaciones frenéticas de la reina y los gritos agónicos de los cautivos. Hacia el alba, una nueva voz se unió a esos sonidos, un croar estridente e inhumano que heló la sangre a cuantos lo oyeron.

Al amanecer, Taramis salió ebria del templo con los ojos relucientes de triunfo demoniaco. No se ha vuelto a ver a los cautivos, ni a oír la voz croante. Pero en el templo hay una sala en la que solo entra la reina, antecedida de un sacrificio humano. Nunca se vuelve a ver a la víctima. Lo único que se sabe es que en esa sombría sala acecha algún monstruo de la oscura noche de los tiempos, que devora a los aullantes humanos que le entrega Taramis.

Ya no pienso en ella como una mujer mortal, sino una rabiosa diablesa, tendida en su guarida ensangrentada, entre huesos y fragmentos de sus víctimas, con dedos como garras carmesíes. Que los dioses permitan que siga con sus horribles prácticas sin recibir castigo casi hace tambalear mi fe en la justicia divina.

Cuando comparo su comportamiento actual conducta con el que mostraba cuando llegué a Khauran, hace siete meses, realmente no sé qué pensar y casi me inclino a creer, como muchos de sus súbditos, que un demonio ha poseído el cuerpo de Taramis. Un joven soldado, Valerius, sostenía otra cosa: que una bruja ha asumido el aspecto de su amada reina; que Taramis ha sido raptada a escondidas y arrojada a una profunda mazmorra, y que esa criatura que reina en su lugar no es sino una hechicera. Juraba que encontrará a la auténtica reina si seguía con vida, pero mucho me temo que él también ha caído, víctima de la crueldad de Constantius. Estuvo involucrado en la revuelta de los guardias de palacio y, aunque escapó y pasó un tiempo oculto, se ha negado obstinadamente a ponerse a salvo fuera del país. No hace mucho que lo encontré y me transmitió sus pensamientos.

Pero ha desaparecido, como muchos otros cuyo destino nadie se atreve a aventurar, y temo que lo hayan capturado los espías de Constantius.

Mas debo poner fin a esta carta y sacarla de la ciudad mediante una paloma mensajera, que la llevará al lugar donde las compré, en la frontera de Koth. Por caballo y caravana de camellos, espero que acabe por llegar a ti. Debo apresurarme, antes de que amanezca. Ya es tarde, y las estrellas languidecen sobre los tejados ajardinados de Khauran. Un silencio trémulo cubre la ciudad, y sumido en él me parece oír el repiqueteo de un tambor en el lejano templo. Sin duda Taramis está ahí, entregada a alguna maldad.

Pero el sabio se equivocaba respecto al paradero de la mujer a la que llamaba Taramis. La

joven a la que el mundo conocía como reina de Khauran se encontraba en una mazmorra, iluminada solo por una temblorosa antorcha que le cubría el rostro de sombras caprichosas y resaltaba la diabólica iniquidad de sus hermosas facciones.

Frente a ella, en el suelo de piedra desnuda, se agazapaba una figura cubierta tan solo por un puñado de harapos. Salomé tentaba el cuerpo tendido con la punta de la sandalia dorada y sonreía malévolamente al ver como su víctima se encogía más aún.

—¿No te gustan mis caricias, hermanita?

Taramis aún era hermosa, pese a los harapos y a los abusos sufridos durante aquellos horribles meses de prisión. No respondió a las chanzas de su hermana; se limitó a bajar la cabeza como alguien acostumbrado a las burlas.

Tal resignación no complacía a Salomé. Se mordió el labio y se puso a dar golpecitos con el pie contra el suelo, mientras miraba ceñuda hacia su pasiva hermana. Salomé vestía con el esplendor bárbaro de una mujer de Shushan. Las piedras preciosas resplandecían a la luz de las antorchas en sus sandalias de oro, en su peto dorado y en las cadenas que lo sujetaban. Tobilleras de oro tintineaban cada vez que se movía y pulseras enjoradas cubrían sus brazos. Su elevado peinado era el de una mujer shemita, y adornaban sus orejas colgaban aros de oro con jade engarzado, que lanzaban brillos y destellos con cada movimiento impaciente de la altiva cabeza. Un ceñidor incrustado de gemas sostenía una falda de seda tan transparente que apenas dejaba nada a la imaginación.

De sus hombros colgaba una capa escarlata y oscura, que tapaba descuidadamente la curva de un brazo y el bulto que transportaba en él.

Salomé se inclinó de pronto y, con la mano libre, agarró el alborotado pelo de su hermana y la obligó a mirarla a los ojos. Taramis aguantó aquel brillo felino sin pestañear.

—Parece que no lloras con tanta facilidad como antes, hermanita —murmuró la bruja.

—No me harás derramar más lágrimas —respondió Taramis—. Ya te has deleitado demasiado con el espectáculo de la reina de Khauran sollozando de rodillas y rogando piedad. Sé que solo me mantienes con vida para atormentarme; por eso evitas las torturas que puedan matarme o desfigurarme permanentemente. Pero ya no te tengo miedo. Me has exprimido hasta la última gota de esperanza, miedo y vergüenza. ¡Mátame y acaba de una vez! ¡Ya he derramado la última lágrima para tu diversión, perra del infierno!

—Te sobrestimas, hermanita —ronroneó Salomé—. Hasta ahora solo he causado dolor a tu bonito cuerpo; solo he aplastado tu orgullo y tu autoestima. Olvidas que, al contrario que yo, eres susceptible de sufrir por los demás. Me he fijado al regalarte con anécdotas sobre las pantomimas que he representado con algunos de tus estúpidos súbditos. Pero ahora te traigo una prueba más contundente que una narración. ¿Sabes que Krallides, tu fiel consejero, ha vuelto en secreto de Turán y lo han capturado?

Taramis palideció.

—¿Qué..., qué has hecho con él?

Como única respuesta, Salomé destapó el misterioso bulto que llevaba bajo la capa. Apartó los pliegues de seda y alzó la cabeza de un joven, las facciones congeladas en el último estertor de la muerte que le había llegado en medio de un dolor inhumano.

Taramis gritó como si le hubieran atravesado el corazón con una espada.

—¡Oh, Istar, no! ¡Krallides!

—¡Sí! Intentaba alzar al pueblo contra mí, el pobre imbécil, diciendo que Conan no erraba al afirmar que yo no era Taramis. ¿Cómo se va a alzar la plebe contra los shemitas

de Halcón? ¿Con palos y piedras? ¡Bah! Los perros devoran ahora mismo su cuerpo en la plaza del mercado, y este despojo se pudrirá en las cloacas.

»¿Cómo, hermanita? ¿Así que aún te quedan lágrimas? —dijo tras una pausa, sin dejar de sonreír—. ¡Bien! He dejado esta clase de tormento para el final. ¡A partir de ahora te enseñaré muchas otras cosas como esta!

Junto a la antorcha, con la cabeza cortada en la mano, no parecía una criatura nacida de hombre y mujer, pese a su espantosa belleza. Taramis no alzó la vista. Estaba tumbada de cara al húmedo suelo, el delgado cuerpo sacudido por sollozos de dolor, los puños contra la piedra desnuda. Salomé dio media vuelta hacia la puerta, las tobilleras tintineando a casa paso, los pendientes parpadeando a la luz de la antorcha.

Poco después salía de una puerta en arco que la llevó a un patio que, a su vez, se abría a un callejón serpenteante. Un individuo la esperaba allí, un enorme shemita de ojos sombríos y hombros de toro, la enorme barba negra desparramada por el amplio pecho acorazado.

—¿Ha llorado?

Su voz retumbaba como la de un toro, profunda y tortuosa. Era el general de los mercenarios, uno de los pocos subordinados de Constantius que conocía el secreto de las reinas de Khauran.

—Sí, Khumbanigash. Hay partes enteras de sus emociones que aún no he rozado. Siempre que se le embote un sentido a causa del dolor continuo, descubriré otro, más tierno y sensible. ¡Ven aquí, perro! —Se les acercó una figura temblorosa cubierta de harapos, sucia y con el pelo alborotado. Salomé le tendió la cabeza—. Toma, títalo a la alcantarilla más cercana. Díselo por señas, Khumbanigash; es sordo.

El general obedeció, y el mendigo hizo una reverencia antes de alejarse, renqueante.

—¿Por qué mantienes esta farsa? —murmuró Khumbanigash—. Estás tan firmemente establecida en el trono que nadie puede derrocarte. ¿Qué más da que esos estúpidos khauraníes sepan la verdad? No pueden hacer nada. ¡Proclama tu verdadera identidad! Muéstrales a su amada exreina... y luego córtale la cabeza en la plaza.

—Aún no, Khumbanigash.

La puerta en arco se cerró tras la voz acerada de Salomé y la tempestuosa reverberación de Khumbanigash. El mendigo sordo se agachó en el patio; nadie vio que las manos que sostenían la cabeza cortada eran morenas, fuertes y nervudas, extrañamente incongruentes en aquel cuerpo encorvado y harapiento.

—¡Lo sabía! —Era un susurro vibrante, ufano, pero apenas audible—. ¡Está viva! Oh, Krallides, tu martirio no habrá sido en vano. ¡La tienen encerrada en esa mazmorra! ¡Oh, Istar, si amas a los hombres de verdad, ayúdame!

Lobos del desierto

Olgerd Vladislav se llenó el cáliz enjovado de vino carmesí, que vertió de una jarra dorada, y la empujó a continuación por la mesa de ébano hacia Conan el cimerio. La indumentaria de Olgerd habría satisfecho la vanidad de cualquier atamán zaporosko.

Llevaba un khalat de seda blanca, con perlas cosidas en el pecho, ceñido con un cinturón bakhauriota y los faldones apartados para mostrar los anchos pantalones de seda, que se hundían en unos botines de gamuza adornados con hilo de oro. Se cubría la cabeza con un turbante de seda verde, que envolvía un yelmo con cuernos bañado en oro. Su única arma era el cuchillo cherkees curvo, envuelto en una funda de marfil, que colgaba de la cadera izquierda, al estilo kozaki. Se repantigó en la silla dorada con águilas talladas y extendió las piernas hasta los botines mientras tragaba ruidosamente el vino.

A su lado, el enorme cimerio ofrecía un fuerte contraste, con la melena negra de corte recto, el rostro moreno cruzado de cicatrices y los ardientes ojos azules. Vestía cota de malla negra, y lo único que brillaba en su indumentaria era la ancha hebilla dorada del cinturón, del que pendía la espada en una vaina de cuero gastado.

Estaban a solas en una carpa de paredes de seda adornadas con tapices, y suelo cubierto de espléndidas alfombras y cojines de terciopelo, fruto de la rapiña. Del exterior llegaba el murmullo grave e incesante que siempre acompaña a las aglomeraciones, ya sea en un campamento o en cualquier otro lugar. De vez en cuando, un golpe de viento del desierto agitaba las hojas de las palmeras.

—Hoy a la sombra, mañana al sol —recitó Olgerd, mientras se aflojaba el cinturón y agarraba de nuevo la jarra de vino—. Esto sí que es vida. Fui atamán de los zaporoskos y ahora soy caudillo del desierto. Hace siete meses estabas clavado a una cruz, cerca de los muros de Khauran, y ahora eres el lugarteniente del bandido más temible entre Turán y los pastos del oeste. ¡Deberías darme las gracias!

—¿Por reconocer mi utilidad? —Conan se echó a reír y alzó la copa—. Si dejas subir a alguien, podemos estar seguros de que te beneficiarás de su subida. He ganado cuanto tengo con sangre y sudor.

Se contempló las cicatrices de la palma de la mano. También las tenía en el cuerpo, cicatrices que no estaban siete meses atrás.

—Luchas como un regimiento de demonios —concedió Olgerd—. Pero no te creas que has tenido nada que ver con todos los que se nos han unido en los últimos tiempos. Ha sido el éxito de nuestras incursiones, guiadas por mi inteligencia, lo que los ha traído hasta aquí. Estos nómadas se pasan la vida buscando un caudillo al que seguir, y suelen tener más fe en un extranjero que en alguien de su propia raza.

»¡No hay límite para lo que podemos conseguir juntos! Tenemos once mil hombres. En un año más, triplicaremos el número. Hasta ahora nos hemos conformado con ataques a los puestos avanzados turanios y a las ciudades-estado del oeste. Con treinta o cuarenta mil hombres, todo cambiará. Seré el emperador de todo Shem y tú serás mi visir, siempre que cumplas mis órdenes sin cuestionarlas. Entre tanto, creo que cabalgaremos hacia el

este y atacaremos el puesto turanio de Vezek, donde pagan el peaje las caravanas.

Conan meneó la cabeza.

—Me parece que no.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Olgerd, airado—. No pienses; de eso ya me ocupo yo.

—Tenemos hombres suficientes para lo que quiero —respondió el cimero—. Y estoy harto de esperar. Tengo que saldar viejas cuentas.

—¡Vaya! —Olgerd frunció el ceño y bebió un trago. Sonrió—. Aún piensas en esa cruz, ¿eh? Eso está bien, el odio siempre es útil. Pero tendrá que esperar.

—Me dijiste que me ayudarías a tomar Khauran —dijo Conan.

—Eso fue antes de ver todas las posibilidades de nuestro poder —respondió Olgerd—. Pensaba solamente en el botín que podía darnos la ciudad. Pero no quiero gastar fuerzas en algo que apenas va a dar beneficio. Khauran es un hueso demasiado duro para roerlo ahora. Quizá en un año...

—En una semana —respondió Conan.

El kozaki se asombró ante la seguridad con que hablaba el cimero.

—Escucha. Incluso aunque estuviera dispuesto a malgastar hombres en un ataque absurdo, ¿qué esperas conseguir? ¿Crees que estos lobos pueden sitiar y tomar una ciudad como Khauran?

—No habrá asedio —respondió el cimero—. Sé cómo sacar a Constantius de la ciudad.

—¿Y luego? —espetó Olgerd, y soltó un juramento—. En el cruce de flechas, los nuestros se llevarían la peor parte; la armadura de los asshuri es muy superior. Y en la lucha cuerpo a cuerpo con espada, un regimiento de espadachines entrenados y disciplinados esparciría nuestras líneas desordenadas como el viento esparce la paja.

—No si hubiera tres mil jinetes hibóreos desesperados luchando en cuña, tal como yo les enseñé —respondió Conan.

—¿Y dónde están esos tres mil hibóreos? —preguntó Olgerd con sarcasmo—. ¿Vas a sacarlos del aire?

—Ya los tengo —dijo el cimero, imperturbable—. Hay tres mil khauraníes acampados en el oasis de Akrel, esperando mis órdenes.

—¿Cómo?

Los ojos de Olgerd se abrieron como platos. Parecía un lobo al que acaban de pillar por sorpresa.

—Lo que has oído. Son gente que ha huido de la tiranía de Constantius. Casi todos han vivido proscritos en el desierto oriental de Khauran, y están desesperados y hambrientos como un tigre devorador de hombres. Cada uno puede con tres de esos mercenarios rechonchos. Hacen falta opresión y privaciones para endurecer las entrañas de un hombre y sacar fuego del infierno de sus miembros. Estaban esparcidos en pequeños grupos; solo necesitaban un líder. Me creyeron cuando les envié un mensaje con mis jinetes; se han reunido en el oasis y están a mi disposición.

—¿Todo esto a mis espaldas?

Una luz de rabia asomó a los ojos de Olgerd, que agarró la empuñadura del cuchillo.

—Deseaban seguirme a mí, no a ti.

—¿Y qué has prometido a esos desharrapados a cambio de su lealtad? —Había un tono de amenaza en la voz de Olgerd.

—Que usaría esta horda de lobos del desierto para ayudarlos a destruir a Constantius y devolver Khauran a sus ciudadanos.

—¡Necio! —susurró Olgerd—. ¿Acaso ya te consideras su caudillo?

Ambos se habían puesto en pie y se estudiaban a través de la mesa de ébano; el infierno brillaba en los fríos ojos grises de Olgerd, y una sonrisa siniestra cruzaba los labios de Conan.

—Voy a descuartizarte entre cuatro palmeras —dijo el kozakí, impertérrito.

—Llama a tus hombres y ordénaselo —retó Conan—. A ver si te obedecen.

Un gruñido se escapó de entre los dientes apretados de Olgerd. Levantó una mano y se detuvo de pronto. Había algo en la absoluta seguridad que transmitía el bronceado rostro del cimero que lo dejaba perplejo.

—Escoria de las tierras altas —murmuró. Su ojos ardían como los de un lobo—. ¿Te has atrevido a minar mi autoridad?

—No ha hecho falta —respondió Conan—. No es cierta tu afirmación de que no tengo nada que ver con los nuevos reclutas. Es justo al revés. Seguían tus órdenes, pero luchaban por mí. No hay lugar para dos caudillos entre los zuagires, y saben que soy el más fuerte. Los entiendo mejor que tú, y ellos a mí. Al fin y al cabo, también soy un bárbaro.

—¿Y qué van a decir cuando les pidas que luchen por Khauran? —preguntó Olgerd, sardónico.

—Me seguirán. Les he prometido una caravana de riquezas de palacio. En Khauran estarán encantados de pagarlo como recompensa por haberlos librado de Constantius. Luego es probable que los guíe contra los turanios, como habías planeado. Quieren un botín y lucharán contra Constantius por él, igual que contra cualquier otro.

A los ojos de Olgerd asomó el reconocimiento de la derrota. En sus febriles sueños imperialistas había descuidado lo que tenía justo al lado. Sucesos y acontecimientos que antes le habían parecido nimios volvieron de repente a su memoria, y comprendió su verdadero significado. Las palabras de Conan no eran fanfarronadas huecas. Aquella figura vestida con cota de malla negra era el auténtico caudillo de los zuagires.

—¡A menos que mueras! —musitó Olgerd, y lanzó la mano hacia la empuñadura del cuchillo.

Pero rápido como el zarpazo de un enorme gato, el brazo de Conan cruzó la mesa y los dedos hicieron presa en el antebrazo de Olgerd. Se oyó el crujir de los huesos y, durante un instante eterno, la escena pareció congelada: ambos encarados como estatuas mientras el sudor perlaba poco a poco la frente de Olgerd. Conan lanzó una carcajada, sin soltar la presa.

—¿Mereces vivir, Olgerd?

La sonrisa no se alteró mientras los dedos se clavaban en el antebrazo como riscos de acero, cada vez más hundidos en la temblorosa carne del kozakí. Se oyó el sonido de los huesos desmenuzados, y el rostro de Olgerd se tornó del color de las cenizas. Rezumaba sangre por entre las comisuras de los labios, en los que clavaba los dientes, pero no dejó escapar un solo sonido.

Con una nueva carcajada, Conan lo soltó y retrocedió. El kozakí se tambaleó y se agarró al borde de la mesa con la mano intacta.

—Te doy la vida, Olgerd, tal como me la diste a mí —dijo Conan con calma—, aunque fue por tu propio beneficio por lo que me bajaste de la cruz. Me hiciste pasar una amarga

prueba que tú mismo no habrías soportado. Que habría soportado nadie, excepto un bárbaro del oeste.

»Coge tu caballo y vete. Está atado detrás de la carpa, con comida y agua en las alforjas. Nadie te verá irte, pero sé rápido. No hay lugar para un caudillo caído en el desierto. Si los hombres te ven, mutilado y derrocado, jamás te permitirán dejar con vida el campamento.

Olgerd no respondió. Muy lentamente, sin decir una palabra, dio media vuelta y salió de la carpa. Subió en silencio a la silla del enorme semental blanco que había atado a la sombra de una palmera. Giró en silencio y cabalgó hacia el este, en dirección al desierto profundo, fuera de la vida de los zuagires.

En la carpa, Conan vació la jarra de vino y chasqueó los labios con placer. Arrojó el recipiente vacío a una esquina, se ciñó el cinturón, salió por la entrada principal y se detuvo un momento a examinar las hileras de carpas de pelo de camello que se extendían ante él, así como las figuras envueltas en ropa blanca que se movían entre ellas discutiendo, cantando, arreglando bridas o afilando cuchillos.

Alzó la voz en un trueno que llegó hasta el punto más lejano del campamento:

—¡Eh, perros, limpiaos la orejas y escuchadme! ¡Acercaos! ¡Tengo una cosa que contaros!

En una cámara de una torre cercana a los muros de la ciudad, un grupo escuchaba a uno de sus integrantes. Eran hombres jóvenes, duros y fibrosos, resistentes como solo lo son aquellos que se han visto empujados hasta la desesperación por la adversidad. Vestían cuero y cota de malla, y de sus cintos colgaban espadas.

—¡Sé que Conan no erraba al afirmar que no era Taramis! —exclamó el que estaba hablando—. He estado merodeando por los alrededores de palacio durante cuatro meses, haciéndome pasar por un mendigo sordo, y por fin he descubierto lo que buscaba: nuestra reina está presa en las mazmorras anexas al palacio. Vi mi oportunidad y capturé a uno de los carceleros shemitas; una noche lo dejé inconsciente cuando salía al patio, lo arrastré a una bodega cercana y lo interrogué. Antes de morir me dijo lo que acabo de contaros y hemos sospechado todo este tiempo: que la mujer que gobierna Khauran es una bruja, de nombre Salomé. Afirmó que Taramis está presa en la mazmorra inferior.

»La invasión de los zuagires nos da la oportunidad que buscábamos. No sé qué pretende Conan; tal vez simplemente vengarse de Constantius. O a lo mejor su propósito es saquear la ciudad y destruirla. Es un bárbaro y nadie entiende lo que pasa por sus mentes.

»He aquí lo que haremos: rescataremos a Taramis durante la refriega. Constantius saldrá a la llanura a presentar batalla; sus hombres se están preparando ahora mismo. No le queda más remedio: no hay comida suficiente en la ciudad para resistir un asedio. Conan ha salido del desierto tan inesperadamente que no les ha dado tiempo para hacer acopio de suministros, y está equipado para un sitio; los espías han informado de que los zuagires tienen máquinas de asedio, sin duda construidas siguiendo las instrucciones de Conan, que aprendió esas artes en las naciones occidentales.

»Constantius no quiere un largo sitio, así que marchará con sus soldados a la llanura, donde espera desbandar las fuerzas de Conan de un solo golpe. Tan solo dejará unos pocos cientos de hombres en la ciudad, sobre todo en los muros y en las torres, y vigilando las puertas.

»La cárcel estará sin vigilancia. En cuanto hayamos liberado a Taramis, tendremos que improvisar según las circunstancias. Si gana Conan, la mostraremos al pueblo y provocaremos un alzamiento. ¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo que sí! Hay suficiente gente en la ciudad para dominar a los shemitas que quedan, tanto a los mercenarios como a los nómadas, y cerrar las puertas. ¡Ninguno debe cruzar la muralla! Luego parlamentaremos con Conan. Siempre ha sido leal a Taramis, y si descubre la verdad y la reina habla con él, creo que no saqueará la ciudad. Si vence Constantius y Conan se da a la fuga, que es lo que parece más probable, tendremos que abandonar la ciudad con la reina y buscar un lugar seguro donde ocultarnos.

»¿Todo claro?

Respondieron que sí como un solo hombre.

—Aflojemos, pues, las espadas en las vainas; encomendemos nuestras almas a Istar y vayamos a la prisión, que los mercenarios ya deben de estar saliendo por la puerta sur.

La luz del amanecer destellaba en las cimbras de los yelmos que atravesaban ordenadamente el amplio arco de la puerta y en los brillantes arreos de las monturas. Sería una batalla de jinetes, de las que solo pueden darse en Oriente. Atravesaban las puertas como un río de plata, sombrías figuras con cota de malla negra o plateada, de barba rizada, nariz ganchuda y unos ojos inexorables que brillaban con la fatalidad de su raza; no había espacio en ellos para la duda o la piedad.

Las calles y las murallas estaban abarrotadas del gentío que contemplaba en silencio a los soldados extranjeros que cabalgaban para defender su ciudad natal. Nadie decía nada; miraban en silencio, inexpresivos, sin interés, demacrados y envueltos en harapos, gorra en mano.

En una torre que dominaba la amplia avenida que llevaba a la puerta sur, Salomé, recostada en un diván de terciopelo, contemplaba con indolencia a Constantius mientras se colgaba la espada de las esbeltas caderas y se ponía los guanteletes. Estaban solos. A través de los marcos dorados de las ventanas se oían el tintineo rítmico de las armaduras y el repiqueteo de los cascos de los caballos

—Antes del anochecer tendrás nuevos prisioneros para tu diablo —dijo Constantius mientras se retorció el fino bigote—. Seguro que está cansado de los cuerpos blandos y fofos de los ciudadanos, y prefiere la carne más firme de un hombre del desierto.

—Ten cuidado, no vayas a ser presa de algo peor que Thaug —advirtió la joven—. No olvides quién dirige a esos animales del desierto.

—Difícilmente iba a poder olvidarlo . Es el único motivo por el que salgo a su encuentro. Ese perro ha luchado en Occidente y conoce el arte del asedio. A mis exploradores no les resulta fácil acercarse a sus filas; sus jinetes de avanzada tienen vista de halcón; pero han llegado bastante cerca para ver las máquinas que arrastra en carretas tiradas por camellos: catapultas, arietes, balistas, mangoneles... ¡Por Istar! Debe de haber tenido al menos mil hombres trabajando día y noche durante un mes. No entiendo de dónde ha sacado el material para construir todo eso; quizá haya llegado a un acuerdo con los turanios para que le suministren lo que necesita.

»Da igual; no le va a servir de nada. No es la primera vez que lucho contra esos perros del desierto. Cruzaremos flechas durante un rato y ellos llevarán la peor parte: la armadura de mis hombres los protege. Luego cargaremos, y mis escuadrones desbandarán las filas desordenadas de los nómadas. No tardarán en echar a correr y esparcirse a los cuatro vientos. Regresaré por la puerta sur antes del ocaso, con cientos de cautivos desnudos atados a la cola de mi caballo. Lo celebraremos esta noche en la plaza principal. Mis hombres disfrutaban desollando vivos a sus enemigos; tendremos un buen espectáculo y obligaremos a mirar a tus acobardados súbditos. En cuanto a Conan, me producirá un intenso placer capturarlo vivo y empalarlo en las escaleras de palacio.

—Despelleja a tantos como te plazca —respondió Salomé con indiferencia—. No me importaría tener un vestido de piel humana. Pero debes darme al menos cien cautivos para el altar. Y para Thaug.

—Así se hará —dijo Constantius, mientras con la mano enguantada se atusaba el ralo cabello de la coronilla quemada por el sol—. ¡Por la victoria y el honor de la bella Taramis! —dijo con sarcasmo.

Se puso el yelmo bajo el brazo, alzó la mano en un saludo y salió con un claqueteo de la habitación. Se oyó su voz apagada dando órdenes a sus oficiales.

Salomé se recostó de nuevo en el diván, bostezó y se estiró como un felino.

—¡Zang! —gritó

Un sacerdote con pies de gato y un rostro que parecía un pergamino estirado sobre el cráneo entró ruidosamente.

Salomé se acercó a un pedestal de marfil sobre el que reposaban dos globos de cristal y, tras tomar el menor, se lo tendió al sacerdote.

—Ve con Constantius —dijo—. Infórmame de la batalla. ¡Ve!

El hombrecillo hizo una abyecta reverencia, ocultó el globo bajo el manto oscuro y salió a toda prisa.

Ningún sonido llegaba de la ciudad, más allá del resonar de los cascos y, algo después, el ruido de las puertas al cerrarse. Salomé se dirigió a una escalera de mármol que llevaba a la azotea adosada y almenada en mármol. Se alzaba sobre el resto de los edificios de la ciudad, y desde allí veía las calles vacías, igual que la gran plaza de enfrente del palacio. Normalmente, la gente rehuía el siniestro templo del lado opuesto de la plaza, pero en aquel momento estaba desierta como una ciudad fantasma. Solo en el muro sur y en los tejados cercanos había señales de vida: la gente se arracimaba allí en grandes cantidades. No hacían nada, como si no supieran si desear la victoria o la derrota de Constantius. La victoria implicaba más dolor y miseria bajo su intolerable gobierno; la derrota seguramente traería matanzas y el saqueo de la ciudad. Ninguna noticia les había llegado de Conan, y no sabían qué esperar a sus manos. Era un bárbaro, al fin y al cabo.

Los escuadrones de mercenarios se desplazaban por la llanura. A lo lejos, al lado del río, se movían varios bultos confusos, apenas reconocibles como grupos de hombres a caballo. La otra orilla estaba salpicada de objetos diversos. Conan no había atravesado el río con las máquinas de asedio, temeroso al parecer de un ataque en pleno cruce, pero sí que había pasado al otro lado con todos sus jinetes. Los escuadrones de la ciudad se lanzaron al galope, y un profundo rugido llegó a los oídos de quienes observaban desde las murallas.

Ambos ejércitos chocaron y se entremezclaron. A aquella distancia todo se veía confuso, sin detalles; no había manera de distinguir cargas o contracargas. Nubes de polvo cubrían la llanura bajo los cascos de los caballos, ocultando lo que pasaba. De aquel remolino surgían grupos de jinetes que volvían a desaparecer entre un brillo de lanzas.

Salomé se encogió de hombros y bajó las escaleras. El palacio estaba en absoluto silencio. Todos los esclavos estaban en las murallas, mirando fútilmente hacia el sur con los ciudadanos.

Entró en la habitación en la que había hablado con Constantius y se acercó al pedestal. Se dio cuenta de que el globo de cristal estaba nublado, cruzado por rayas carmesíes. Se inclinó sobre él, maldiciendo entre dientes.

—¡Zang! —llamó—. ¡Zang!

Un remolino de bruma apareció en la esfera, y luego se transformó en nubes de polvo ondulantes a través de las que pasaban fugaces figuras irreconocibles. El rostro de Zang se hizo visible, con una nitidez sorprendente. Los ojos abiertos de par en par parecían estar mirando hacia Salomé. Le salía sangre de un tajo en el cadavérico rostro, y tenía la piel manchada de polvo y sudor. Los labios se abrieron. Cualquiera otro habría creído que del rostro del cristal no salía sonido alguno, pero Salomé oía las palabras de los labios

cenicientos tan claras como si el sacerdote estuviera en la misma habitación, en lugar de a leguas de distancia gritando contra un globo de cristal. Solo los dioses sabían qué hilos de magia invisible unían ambas esferas.

—¡Salomé! —gritaba el busto sangrante—. ¡Salomé!

—¡Te oigo! —respondió ella—. ¿Cómo va la batalla?

—¡Estamos perdidos! —aulló la cadavérica aparición—. ¡Khauran está perdido! ¡Me han derribado el caballo! ¡Los soldados caen a mi alrededor! ¡Mueren como moscas, atrapados en sus armaduras de plata!

—¡Deja de gimotear y dime qué ha pasado! —gritó ella con aspereza.

—Galopamos hacia los perros del desierto y vinieron a nuestro encuentro —aulló el sacerdote—. Una nube de flechas cruzó entre ambas huestes, y los nómadas vacilaron. Constantius ordenó una carga. Las líneas, ordenadas, se lanzaron contra ellos.

»De pronto, la horda de nómadas se apartó a izquierda y derecha, y por el hueco surgieron tres mil jinetes hibóreos con los que no habíamos contado. ¡Khauraníes embriagados de odio! ¡Hombres enormes con armadura sobre caballos gigantescos! Nos golpearon como el rayo en una formación de cuña y deshicieron nuestras filas antes de que supiéramos qué pasaba. Luego, los beduinos cayeron sobre nuestros flancos.

»Han roto nuestras filas; nos han destrozado y dispersado. ¡Es un truco de ese demonio de Conan! Las máquinas de asedio eran falsas, simples armazones de troncos de palmera y seda pintada; suficientes para engañar a nuestros espías al verlos de lejos. ¡Una trampa que ha sido nuestra perdición! ¡Nuestros soldados huyen! Khumbanigash ha caído; lo ha matado Conan. No veo a Constantius. Los khauraníes esquilman nuestro ejército como leones sedientos de sangre, y los nómadas nos cubren de flechas. No sé... ¡Ahhh!

Hubo un resplandor intenso, como un relámpago o un destello de acero, seguido de una explosión de sangre, y la imagen se desvaneció como una pompa de jabón. Salomé miraba una bola de cristal vacía que solo reflejaba sus rabiosos rasgos.

Se quedó petrificada unos segundos, de pie y con la vista clavada al frente. Después dio una palmada y otro sacerdote de rostro cadavérico entró en la habitación, tan silencioso e inmóvil como el primero.

—Han derrotado a Constantius —dijo Salomé—. Estamos perdidos. Conan llegará a las puertas de la ciudad en menos de una hora y, si me encuentra, tengo bastante claro lo que puede pasar. Pero antes me aseguraré de que mi maldita hermana nunca vuelva a ocupar el trono. ¡Ven conmigo! Pase lo que pase, proporcionaremos un banquete a Thaug.

Mientras bajaba por las escaleras y galerías del palacio le pareció oír un ruido distante, procedente de las murallas. La gente empezaba a darse cuenta de que la batalla se había decidido contra Constantius y veía a los jinetes, a través de las nubes de polvo, galopando hacia la ciudad.

El palacio y los calabozos estaban conectados por una larga galería cuyo techo descansaba sobre arcos. La falsa reina y su esclavo la cruzaron a toda prisa y al otro extremo atravesaron una gruesa puerta que los llevó a los mal iluminados pasillos de la prisión. Salieron a un amplio corredor abovedado, cerca del lugar donde una escalera que descendía hacia la oscuridad. Salomé retrocedió de repente y maldijo. En la penumbra se veía una figura inmóvil; era uno de los carceleros shemitas, la corta barba apuntando al techo y la cabeza casi separada del tronco. Oyó voces procedentes del piso inferior y se agazapó en la negra sombra de un arco arrastrando consigo al sacerdote, mientras crispaba

la otra mano alrededor del ceñidor.

Las alas del buitre

Fue la luz humeante de una antorcha lo que despertó a Taramis, reina de Khauran, del sueño en el que buscaba el olvido. Se apoyó en una mano y alzó la cabeza. Parpadeó y se preparó para ver una vez más el rostro burlón de Salomé, que llegaría con nuevas torturas; sin embargo, una exclamación de horror llegó a sus oídos.

—¡Taramis! ¡Majestad!

Era tan absurdo que pensó que seguía soñando. Tras la antorcha podía distinguir varias figuras, el brillo del acero; entonces, cinco rostros se inclinaron hacia ella. No eran cetrinos y de nariz ganchuda, sino aquilinos de facciones limpias, atezadas por el sol.

Uno de ellos dio un paso adelante y cayó de rodillas a su lado, con los brazos extendidos en su dirección.

—¡Oh, Taramis, gracias a Istar que te hemos encontrado! ¡No me recuerdas? Soy Valerius. Una vez alabaste con tus propios labios mi valor, tras la batalla de Korveka.

—¡Valerius! —balbuceó. De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Estoy soñando! ¡Es algún hechizo de Salomé para atormentarme!

—¡No! —gritó él, exultante—. ¡Somos tus leales vasallos y venimos a rescatarte! Pero debemos darnos prisa. Constantius lucha en la llanura contra Conan, que ha cruzado el río con sus zuagires, pero hay todavía trescientos shemitas guardando la ciudad. Hemos matado al carcelero y cogido sus llaves, y no parece que haya más guardias. Pero tenemos que irnos. ¡Vamos!

A la reina le fallaban las piernas, no de debilidad, sino de pura emoción. Valerius la alzó como si fuera una niña. El portador de la antorcha caminaba por delante, y abandonaron la mazmorra en dirección a una resbaladiza escalera de piedra. Parecía ascender eternamente, pero al fin llegaron a la cima y salieron a un pasillo.

Cruzaban junto a un arco en sombras cuando de repente se apagó la antorcha y su portador lanzó un fiero y breve grito. Una llamarada de fuego azul destelló en el oscuro pasillo; antes de que los cegara pudieron ver fugazmente el rostro de Salomé, con una figura bestial agazapada a su lado.

Valerius intentó seguir por el pasillo con la reina en brazos, mientras oía vagamente el sonido de algo que laceraba profundamente la carne, acompañado de estertores y un gruñido bestial. De pronto, algo arrancó brutalmente a la reina de sus brazos, y un fuerte golpe en el yelmo lo lanzó al suelo.

Se puso en pie como pudo y sacudió la cabeza en un esfuerzo por librarse de la llama azul que parecía bailar de un modo demoniaco ante sus ojos. Cuando se le aclaró la vista se encontraba solo en el pasillo con el cuerpo cubierto de tajos y heridas, rodeado de los cadáveres de sus camaradas. Ciegos y aturridos en medio de aquel resplandor infernal, habían muerto sin la menor oportunidad de defenderse. La reina había desaparecido.

Con una amarga maldición, Valerius cogió su espada, se quitó el yelmo hendido y lo lanzó contra la pared. La sangre le corría por la mejilla, fruto de un corte en el cuero cabelludo.

Indeciso y vacilante, oyó una voz que decía su nombre con desesperado apremio:

—¡Valerius! ¡Valerius!

Caminó tambaleante en dirección a la voz y dobló una esquina justo a tiempo para que en sus brazos cayera una figura suave y esbelta, que se colgó frenética de su cuello.

—¡Ivga! ¿Estás loca?

—¡Tenía que venir! —sollozó—. Te he seguido. Estaba oculta en un arco del patio exterior. Hace un momento he visto salir a un bruto que llevaba a una mujer en brazos. Supe que era Taramis y que habías fracasado. ¡Oh, estás herido!

—¡Un arañazo! —Se libró del pegajoso abrazo—. ¡Rápido, Ivga, dime por dónde se han ido!

—Han cruzado la plaza hacia el templo.

Valerius palideció.

—¡Istar! ¡Maldito demonio! ¡Pretende entregar a Taramis al diablo al que rinde pleitesía! ¡Rápido, Ivga! ¡Vete a la muralla sur, donde está la gente viendo la batalla, y dile que su auténtica reina ha aparecido y la impostora se la ha llevado al templo! ¡Vamos!

La joven echó a correr entre sollozos, las ligeras sandalias resonando en los adoquines. Valerius cruzó el patio, se lanzó hacia la calle, llegó a la plaza en la que esta desembocada y corrió tan deprisa como pudo en sentido opuesto.

Sus pies parecían volar sobre el mármol mientras saltaba por la amplias escaleras y cruzaba el pórtico columnado.

La prisionera no se había dejado arrastrar con docilidad: consciente de lo que le esperaba, había opuesto toda la resistencia posible, sacando fuerzas de flaqueza. En cierto momento, logró librarse del brutal sacerdote, pero la atraparon de nuevo.

El grupo había llegado a la mitad de la enorme nave, en cuyo extremo se veían un siniestro altar y, tras él, una puerta de metal. Un agujero cavernoso que muchos habían cruzado, pero del que solo Salomé había vuelto. Taramis jadeaba; con el forcejeo se le habían hecho jirones los harapos. Se retorcía en brazos de su captor como una ninfa blanca y desnuda en las manos de un sátiro. Salomé se limitaba a mirar con gesto malévolo pero impaciente. Se acercó a la puerta, y los obscenos dioses y gárgolas de las paredes parecieron lanzarle una mirada impúdica, como si el ocaso los imbuyera de una vida lujuriosa.

Ahogado de rabia, Valerius echó a correr por la enorme nave, espada en mano. El cadavérico sacerdote dio media vuelta a un grito de Salomé; liberó a Taramis, desenvainó un pesado cuchillo ya manchado de sangre y echó a correr hacia el khauraní.

Pero atacar a individuos cegados por la llama infernal liberada por Salomé era una cosa, y otra muy distinta, enfrentarse a un joven y nervudo hibóreo que bullía de odio y rabia.

El goteante cuchillo se alzó, pero antes de que pudiera descender, la afilada espada de Valerius cruzó el aire, y el puño que sujetaba el cuchillo se separó de la muñeca en medio de un surtidor de sangre. Valerius, enloquecido, golpeó una y otra vez antes de que la apergaminada figura llegase a caer. La espada atravesaba carne y hueso. La calavera cubierta de piel cayó a un lado, y el torso medio destrozado, al otro.

Valerius giró sobre sus talones, veloz y fiero como un gato montés, examinando el lugar en busca de Salomé, quien sin duda había gastado todo su polvo llameante en el calabozo. La vio inclinada sobre Taramis, agarrando la negra melena de su hermana con una mano y sosteniendo un puñal en la otra. Con un grito de rabia, la espada de Valerius se incrustó en

su pecho con tanta furia que la punta asomó entre los hombros. Salomé cayó al suelo con un aullido terrible, asaltada por temblores y convulsiones, agarrada a la espada como si quisiera desclavarla; la hoja humeaba y goteaba. Los ojos de la bruja no parecían humanos; se aferraba con una energía sobrenatural a la vida que se iba derramando por la herida que atravesaba la media luna de su pecho marfileño. Se arrastró por el suelo, mordiendo las negras losas en su agonía.

Asqueado, Valerius apartó la vista y se inclinó para coger a la reina medio desvanecida. Con ella en brazos, dio la espalda a la figura que se retorció en el suelo y echó a correr hacia la puerta, tropezando en su apresuramiento. Al llegar se detuvo en lo alto de las escaleras. La plaza bullía de gente. Algunos habían acudido ante los gritos incoherentes de Ivga; otros habían abandonado las murallas por miedo a las hordas del desierto, cada vez más cercanas, y habían huido irracionalmente hacia el centro de la ciudad. La torpe resignación de unas horas atrás se había desvanecido. La multitud hervía y se agitaba, sin parar de gritar. Se oyó a lo lejos el crujido de la madera al partirse y las piedras al caer.

Un grupo de shemitas atravesaba la multitud. Eran los guardias de las puertas septentrionales, que corrían hacia el sur para asistir a sus camaradas. Se detuvieron de pronto al ver al joven en las escaleras, con el cuerpo desmadejado y desnudo en brazos. Los rostros de la multitud se volvieron hacia el templo, y todos contuvieron el aliento, aún más desconcertados de lo que habían estado hasta el momento.

—¡He aquí a vuestra reina! —gritó Valerius, luchando por hacerse oír sobre el clamor.

El pueblo le devolvió un rugido de asombro. No entendían qué ocurría, y Valerius intentaba en vano alzar la voz sobre la algarabía. Los shemitas echaron a correr hacia las escaleras, apartando a la multitud con las lanzas.

Entonces, un nuevo y siniestro ingrediente se añadió a la frenética mezcla. Tras Valerius, una esbelta figura cubierta de cintas carmesíes asomó a las puertas del templo. Los presentes gritaron; en los brazos de Valerius yacía la mujer que creían su reina; y sin embargo, en la puerta del templo se tambaleaba otra, un reflejo perfecto de la anterior. Era demasiado para ellos. Valerius sintió que se le helaba la sangre en las venas cuando vio a la bamboleante bruja. Su espada la había traspasado, se había hundido en su corazón. Debería estar muerta; por fuerza tenía que estar muerta. Sin embargo, allí estaba, temblorosa sobre sus pies, agarrándose a la vida con una pasión espantosa.

—¡Thaug! —llamó Salomé, tambaleándose en el pórtico—. ¡Thaug!

En respuesta a su terrible invocación, un graznido salió del templo, y se oyó un chasquido de madera contra metal.

—¡Esa es la reina! —aulló el capitán de los shemitas, alzando el arco—. ¡Matad a los otros dos!

Pero de la multitud surgió el rugido de una manada que despierta de pronto. Al fin, la verdad se había abierto paso en sus mentes; comprendían los frenéticos llamamientos de Valerius y sabían que la joven que colgaba inerte de sus brazos era la auténtica reina. Con un aullido estremecedor, cargaron contra los shemitas con uñas y dientes, con la desesperación de la furia reprimida que se libera de repente. Sobre ellos, Salomé se bamboleó una última vez y cayó por las escaleras, muerta al fin.

Las flechas volaban a su alrededor; Valerius se apresuró a resguardarse entre los pilares del pórtico, escudando el cuerpo de la reina con el suyo. Los jinetes shemitas contenían a la enloquecida multitud asestando tajos a diestro y siniestro. Valerius corrió hacia la

puerta del templo, pero nada más poner un pie en el umbral, retrocedió con un grito de horror y desesperación.

En la penumbra del otro extremo de la nave, una inmensa y oscura figura se puso en pie y avanzó hacia él con gigantescos saltos de batracio. Vio brillar dos ojos de otro mundo, y el resplandor de garras o fauces. Se apartó de la puerta, y el zumbido de la flecha que le pasó junto a la oreja lo advirtió de que la muerte también acechaba a su espalda. Dio media vuelta, desesperado. Cuatro o cinco shemitas se habían abierto paso entre la multitud y espoleaban los caballos escaleras arriba, con los arcos tensados para abatirlo. Se agazapó tras un pilar, contra el que chocaron las flechas. Taramis se había desvanecido. Colgaba de sus brazos como si estuviera muerta.

Antes de que los shemitas pudieran disparar de nuevo, una figura gigantesca bloqueó el pórtico. Los mercenarios dieron media vuelta entre gritos y trataron frenéticamente de abrirse paso por la multitud, que de repente retrocedía horrorizada, pisoteándose en su estampida.

Pero el monstruo solo parecía tener ojos para Valerius y la joven. Escurrió su enorme mole por el agujero de la puerta y avanzó hacia él, mientras Valerius retrocedía por las escaleras. Lo sentía pegado a los talones, una sombra gigantesca, una parodia de la naturaleza tallada en el corazón de la noche, una infirmitad negra en la que solo se podían distinguir los ojos brillantes y los resplandecientes colmillos.

Se oyó de pronto el resonar de los cascos de los caballos. Un grupo de shemitas, ensangrentado y derrotado, entró en la plaza desde el sur y cruzó a ciegas la apretada multitud. Tras ellos se precipitaba una horda de jinetes que gritaban en una lengua familiar y blandían espadas enrojecidas. ¡Volvían los exiliados! Con ellos cabalgaban cincuenta barbudos jinetes del desierto, encabezados por un gigante vestido de cota de malla negra.

—¡Conan! —gritó Valerius—. ¡Conan!

El gigante rugió una orden. Sin aflojar el paso, los nómadas alzaron los arcos, los tensaron y soltaron. Una nube de flechas atravesó cantando la plaza, sobre las agitadas cabezas de la multitud, y se hundió hasta las plumas en la carne del monstruo negro. Este se detuvo, vaciló y se encabritó, un borrón negro contra los pilares de mármol. La afilada nube cantó de nuevo y volvió a cantar, hasta que aquel horror cayó al suelo y rodó por las escaleras, tan muerto como lo estaba la bruja que lo había sacado de la noche de los tiempos.

Conan soltó las riendas junto al pórtico y desmontó. Valerius había posado a la reina en el suelo de mármol y se había dejado caer a su lado, totalmente exhausto. La gente se arremolinaba a su alrededor. El cimero los echó atrás con una maldición, alzó la delicada cabeza y la apretó contra el pecho acorazado.

—¡Por Crom! ¿Qué es esto? ¡La auténtica Taramis! Pero entonces, ¿quién es aquella?

—El demonio que había tomado su forma —jadeó Valerius.

Conan lanzó un juramento. Arranco la capa de los hombros a un soldado y envolvió en ella a la desnuda reina. Las largas pestañas parpadearon y los ojos se abrieron, para contemplar incrédulos el rostro surcado de cicatrices del cimero.

—¡Conan! —Los delicados dedos se posaron en su rostro—. ¿Estoy soñando? Me dijeron que habías muerto...

—¡Faltó poco! —dijo con una dolorosa sonrisa—. No estás soñando. De nuevo eres la

reina de Khauran. He aniquilado al ejército de Constantius junto al río. La mayoría de sus perros han caído antes de llegar a las murallas, porque he dado órdenes de no hacer prisioneros..., con excepción de Constantius. La guardia de la ciudad nos ha cerrado la puerta en las narices, pero nos hemos abierto paso con arietes. He dejado fuera de la ciudad a todos mis lobos, salvo estos cincuenta. No me fiaba de ellos aquí dentro, y los khauraníes bastaban y sobraban para hacerse cargo de los guardias de las puertas.

—¡Ha sido una pesadilla! —gimió ella—. ¡Oh, mi pobre pueblo! Debes ayudarme a resarcirlo por todo lo que ha sufrido. Serás mi regidor, además de capitán de mi guardia.

Conan lanzó una carcajada y meneó la cabeza. Se puso en pie, alzó a la reina e hizo señas a un grupo de jinetes khauraníes que se había quedado allí en lugar de perseguir a los shemitas en fuga. Bajaron de los caballos, ansiosos por obedecer las órdenes de su reina recién recuperada.

—No, querida, me temo que aquí he terminado. Ahora soy caudillo de los zuagires y debo guiarlos contra los turanios, tal como prometí. Este joven, Valerius, será un capitán mucho mejor que yo. De todas formas, no estoy hecho para morar entre paredes de mármol. Ahora debo dejarte y terminar lo que he empezado; aún quedan shemitas en Khauran.

Mientras Valerius seguía a Taramis hacia el palacio a través de la plaza, en la que la multitud entusiasmada había abierto un pasillo, una mano suave se entrelazó tímidamente con sus dedos nervudos, y se volvió para recibir el esbelto cuerpo de Ivga entre sus brazos. La aplastó contra sí y bebió sus besos con la gratitud de un luchador que al fin ha alcanzado la victoria y busca un merecido descanso.

Pero no todos los hombres son como él; algunos hombres nacen con el espíritu de la tormenta en la sangre; inquietos heraldos de violencia y matanzas, concedores de un único sendero...

Estaba saliendo el sol. La antigua pista de caravanas estaba atestada de jinetes vestidos con túnica blanca, en una fila interminable que se extendía desde los muros de Khauran hasta un lugar muy lejano de la llanura. Conan el cimerio, en cabeza y dispuesto a partir, se encontraba junto al extremo mellado de una viga que salía del suelo. Al lado se alzaba una gruesa cruz de la que colgaba un hombre, las manos y los pies atravesados por clavos.

—Hace siete meses era yo el que colgaba ahí y tú quien estaba aquí sentado, Constantius —dijo Conan.

Constantius no respondió. Se humedeció los labios cenicientos; tenía los ojos vidriosos de miedo y dolor, y los músculos agarrotados.

—Parece que se te da mejor torturar que ser torturado —siguió Conan con tranquilidad—. Estuve colgado ahí mismo como tú cuelgas ahora, y sobreviví gracias a las circunstancias y a esa resistencia propia de los bárbaros. Pero los civilizados sois blandos; vuestra vida no está ligada a vuestra voluntad, como la nuestra. Vuestra fortaleza consiste básicamente en infligir tormento, no en soportarlo. Habrás muerto antes del ocaso. Adiós, Halcón del desierto, te dejo en compañía de estas otras aves.

Señaló hacia los buitres cuyas sombras giraban por la arena, alrededor de la cruz. De los labios de Constantius escapó un aullido de dolor y desesperación.

Conan cogió las riendas y dirigió el caballo hacia el río, que brillaba como la plata al sol

de la mañana. Los jinetes vestidos de blanco trotaban tras él. Todos volvían la vista al pasar junto a cierto punto, para contemplar, con la indiferencia y la ausencia de compasión características del hombre del desierto, la cruz y la fibrosa figura que colgaba de ella, recortada contra el sol naciente. Los cascos de los caballos resonaban lúgubres contra el polvoriento camino. Las alas de los buitres hambrientos batían cada vez más bajas.

APÉNDICES

**LOS POEMAS:
ORIGINALES Y VERSIONES LITERALES**

CIMMERIA

I remember

The dark woods, masking slopes of sombre hills;
The grey clouds' leaden everlasting arch;
The dusky streams that flowed without a sound,
And the lone winds that whispered down the passes.

Vista on vista marching, hills on hills,
Slope beyond slope, each dark with sullen trees,
Our gaunt land lay. So when a man climbed up
A rugged peak and gazed, his shaded eye
Saw but the endless vista - hill on hill,
Slope beyond slope, each hooded like its brothers.

It was a gloomy land that seemed to hold
All winds and clouds and dreams that shun the sun,
With bare boughs rattling in the lonesome winds,
And the dark woodlands brooding over all,
Not even lightened by the rare dim sun
Which made squat shadows out of men; they called it
Cimmeria, land of Darkness and deep Night.

It was so long ago and far away
I have forgot the very name men called me.
The axe and flint-tipped spear are like a dream,
And hunts and wars are shadows. I recall
Only the stillness of that sombre land;
The clouds that piled forever on the hills,
The dimness of the everlasting woods.
Cimmeria, land of Darkness and the Night.

Oh, soul of mine, born out of shadowed hills,
To clouds and winds and ghosts that shun the sun,
How many deaths shall serve to break at last
This heritage which wraps me in the grey
Apparel of ghosts? I search my heart and find
Cimmeria, land of Darkness and the Night.

CIMERIA

Recuerdo los bosques sombríos, las laderas medio ocultas de las colinas grises, el arco interminable del manto gris de las nubes, los arroyos umbríos que fluían en silencio y los vientos solitarios que susurraban junto a los pasos.

El paisaje interminable, colina tras colina, ladera tras ladera, todas cubiertas de ceñudos árboles, así era nuestra tierra. Así, cuando alguien ascendía un escabroso pico y oteaba a su alrededor, sus ojos solo veían el paisaje inacabable, colina tras colina, ladera tras ladera, todas ellas cubiertas.

Era una tierra melancólica que parecía conjurar todos los vientos y las nubes y los sueños que rehúyen el sol. Con ramas desnudas que gemían en medio de los vientos solitarios, los oscuros bosques se cernían sobre todo lo demás, siempre a oscuras salvo por un ocasional rayo de sol que convertía en sombras achaparradas a los hombres; la llamaban Cimeria, tierra de oscuridad y de noche profunda.

Fue hace mucho y muy lejos y he olvidado el nombre que me dieron entonces. El hacha y la lanza de pedernal no son más que un sueño y las cacerías y las guerras tan solo sombras. Recuerdo tan solo la quietud de esa tierra sombría; las nubes que se apilaban perpetuas sobre las colinas, la oscuridad de los bosques interminables. Cimeria, tierra de oscuridad y de noche.

Oh, alma mía, nacida en esas colinas sombrías, bajo nubes y vientos y fantasmas que huyen del sol, ¿cuántas muertes más tendré que soportar para romper al fin esta herencia que me ata al manto gris de los espectros? Por más que busco en mi corazón, lo único que encuentro es Cimeria, tierra de oscuridad y de noche.

THE SONG OF BÊLIT

Believe green buds awaken in the spring,
That autumn paints the leaves with somber fire;
Believe I held my heart inviolate
To lavish on one man my hot desire.

In that dead citadel of crumbling stone.
Her eyes were snared by that unholy sheen,
And curious madness took me by the throat,
As of a rival lover thrust between.

Was it a dream the nighted lotus brought?
Then curst the dream that bought my sluggish life;
And curst each laggard hour that does not see
Hot blood drip blackly from the crimsoned knife.

The shadows were black around him,
The dripping jaws gaped wide,
Thicker than rain the red drops fell;
But my love was fiercer than Death's black spell,
Nor all the iron walls of hell
Could keep me from his side.

Now we are done with roaming, evermore;
No more the oars, the windy harp's refrain;
Nor crimson pennon frights the dusky shore;
Blue girdle of the world, receive again
Her whom thou gavest me.

LA CANCIÓN DE BÊLIT

Cree que los brotes verdes florecen en primavera, que el otoño pinta las hojas con su llama sombría. Cree que mi corazón permanece inviolado esperando prodigar mi deseo ardiente sobre un único hombre.

En aquella ciudadela de piedra desmoronada sus ojos se enredaron en aquel brillo impío y una extraña locura me tomó del cuello, como el embate de un amante rival.

¿Fue una ensoñación del loto negro? Maldito sea entonces el sueño que compró mi vida adormecida, como maldita es la hora rezagante que no ve la sangre caliente que gotea oscura del cuchillo teñido de escarlata.

A su alrededor las sombras eran negras, las mandíbulas goteantes se abrían de par en par y las gotas rojas caían, más espesas que la lluvia. Pero mi amor era más fiero que el negro embrujo de la muerte y ni siquiera las murallas de hierro del infierno podían apartarme de su lado.

Se han acabado para siempre nuestros viajes; ya no suena el silbo ventoso de los remos; no hay estandartes que llenen de terror las oscuras costas. Recibe de nuevo, seno azul del mundo, a aquella que me diste.

LA ERA HIBÓREA

Robert E. Howard

Nada de lo que sigue debe considerarse un intento de establecer una teoría opuesta a la concepción actual de la historia. Se trata simplemente de un trasfondo ficticio para una serie de relatos igualmente ficticios. Cuando empecé a escribir sobre Conan, hace unos años, preparé esta «historia» de su entorno y de los pueblos de su época con el objetivo de que tanto el personaje como los relatos me parecieran más verosímiles. Me di cuenta de que si, al escribir los relatos, seguía los «hechos» y el espíritu de esta historia, me resultaba más fácil visualizarlo y presentarlo como un personaje de carne y hueso. Al escribir sobre sus aventuras en los diversos reinos de su época nunca he ido contra los «hechos» ni contra el espíritu establecido por esta «historia»; los he seguido como habría hecho un escritor realista con los de la historia real. La he usado como guía en todos los relatos que he escrito de esta serie.

Poco se sabe de la época que los cronistas nemedios denominan Era Precataclísmica, salvo en los últimos años, e incluso estos se hallan velados por la niebla de la leyenda. La historia conocida comienza con el declive de la civilización precataclísmica dominada por los reinos de Kamelia, Valusia, Grondar, Thule y Commoria. Estas gentes hablaban una lengua similar y tenían un origen común. Había otros reinos, igualmente civilizados, pero habitados por pueblos aparentemente más antiguos.

Los bárbaros de aquella época eran los pictos, que habitaban las remotas islas del océano occidental; los atlantes, que vivían en un pequeño continente situado entre las islas pictas y la tierra principal, el continente thurio; y, por último, los lemuriros, que moraban en un gran archipiélago del hemisferio oriental.

Había vastas regiones sin explorar. Los reinos civilizados, aunque de enorme extensión, ocupaban una parte comparativamente pequeña del planeta. Valusia era el reino más occidental de Thuria; Grondar, el más oriental. Al este de Grondar, cuya población tenía un nivel cultural algo menor que la de sus vecinos, se extendía una indómita región desértica. En las zonas menos áridas del desierto, en las junglas y entre las montañas, había clanes y tribus dispersos en estado de salvajismo. En el lejano sur existía una misteriosa civilización, sin relación ninguna con la cultura thuria, aunque con esporádicos contactos con los lemuriros. Al parecer procedían de un sombrío continente sin nombre, situado al este de las islas lemurias.

La civilización thuria se desmoronaba; sus ejércitos estaban formados en gran medida por mercenarios bárbaros. Muchos de sus generales, estadistas e incluso reyes eran pictos, atlantes o lemuriros. Las leyendas, más que la verdadera historia, nos hablan de continuas disputas entre los diferentes reinos, de guerras entre Valusia y Commoria, o de la campaña

de conquista de los atlantes que dio lugar a la fundación de un reino atlante en el continente.

Entonces el cataclismo estremeció el mundo. La Atlántida y Lemuria se hundieron, y las islas Pictas se alzaron para formar las cadenas montañosas de un nuevo continente. Partes del continente thurio se desvanecieron bajo las olas, y aparecieron enormes lagos y nuevos mares. Surgieron volcanes, y terremotos de increíble intensidad derribaron las resplandecientes ciudades de los imperios. Naciones enteras quedaron arrasadas.

Los bárbaros salieron un poco mejor librados que los pueblos más civilizados. Los habitantes de las islas Pictas fueron aniquilados, pero sobrevivió una gran colonia establecida en las montañas de la frontera meridional de Valusia, donde servía de tapón ante las invasiones foráneas. El reino continental de los atlantes también escapó a la destrucción, y a él llegaron miles de compatriotas que huían en barco de la isla hundida. Muchos lemurijs consiguieron alcanzar la costa oriental del continente thurio, relativamente intacta. Allí fueron esclavizados por un antiguo pueblo nativo de esas tierras, y la historia de los lemurijs, durante los milenios siguientes, será la de una brutal servidumbre.

En la parte occidental del continente, el clima cambiante dio lugar a extrañas formas de vida animal y vegetal. Espesas junglas cubrieron las llanuras; grandes ríos sumergieron las antiguas calzadas; se alzaron montañas agrestes, y los lagos anegaron los fértiles valles y cubrieron las viejas ciudades. De las zonas sumergidas surgió un enjambre de bestias y salvajes: monos y hombres mono, que cayeron sobre el reino continental de los atlantes. Forzados a una batalla interminable, se las apañaron para conservar ciertos vestigios de su anterior estado de barbarie avanzada. Privados de los metales, aprendieron a trabajar la piedra como sus lejanos ancestros, y habían alcanzado un elevado nivel artístico cuando su pujante cultura entró en contacto con la poderosa nación picta. Los pictos también habían vuelto al pedernal, pero habían avanzado más rápidamente en cuanto a población y tecnología bélica. Carecían de la naturaleza artística de los atlantes; eran un pueblo más burdo, más práctico y más prolífico. No dejaron pinturas ni tallas de ébano, como sus enemigos; sí que dejaron abundantes armas de pedernal de una eficacia sorprendente.

Estos reinos de la edad de piedra chocaron una y otra vez y, en una serie de sangrientas guerras, los atlantes fueron empujados a un estado de salvajismo y la evolución de los pictos se detuvo. Quinientos años tras el cataclismo, los reinos bárbaros se habían desvanecido fagocitados por una nación de salvajes, los pictos, en guerra continua con otras tribus de salvajes, los atlantes. Los pictos tenían a su favor la población superior y la unidad, mientras que los atlantes se habían dispersado en clanes. Así era occidente en aquellos tiempos.

En el distante oriente, separado del resto del mundo por el alzamiento de imponentes cordilleras y la formación de una vasta cadena de lagos, los lemurijs seguían penando como esclavos de sus viejos amos. El lejano sur estaba envuelto el misterio. El cataclismo no lo había tocado, y su población era aún prehumana. De los pueblos civilizados del continente thurio sobrevivían restos de una de las naciones no valusias en las montañas del sureste: los zhemri. Aquí y allá, por todo el mundo se veían clanes dispersos de salvajes semihumanos, totalmente ignorantes del auge y la caída de las grandes civilizaciones. Pero en el norte más remoto, poco a poco, nacía un nuevo pueblo.

En la época del cataclismo, un grupo de salvajes cuyo desarrollo no era muy superior al

de los neandertales huyó al norte para escapar a la destrucción. Allí encontraron tierras nevadas habitadas tan solo por feroces simios de nieve, unos animales enormes y peludos, aparentemente nativos de aquella zona. Los combatieron y los arrojaron más allá del círculo ártico, donde perecieron, o eso creyeron los salvajes, quienes se adaptaron a las duras condiciones de su nuevo hogar y prosperaron.

Después de que las guerras entre pictos y atlantes destruyeran los cimientos de lo que podría haber sido una nueva civilización, otro cataclismo de menor intensidad alteró el aspecto del continente: la cadena de lagos se transformó en un enorme mar interior que aumentó el cisma entre oriente y occidente. Los terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas completaron la ruina que los bárbaros habían iniciado con sus guerras tribales.

Mil años después del cataclismo menor, el indómito mundo occidental está dominado por junglas, lagos y ríos torrenciales. Por las colinas boscosas del noroeste vagan bandas de hombres mono que han perdido el lenguaje, el conocimiento del fuego y el uso de herramientas. Son los descendientes de los atlantes, hundidos en el caos de la bestialidad de la que sus ancestros habían logrado escapar tan laboriosamente. Al suroeste se observan clanes dispersos de cavernícolas de habla sumamente primitiva, pero que retienen el nombre de pictos, convertido simplemente en un término con el que se designan a sí mismos para distinguirse de las bestias con las que luchan por el sustento y la existencia. Es su única conexión con su pasado. Ni los escuálidos pictos ni los simiescos atlantes mantienen contacto alguno con otras tribus o pueblos.

En el lejano oriente, los lemurijs, casi reducidos al estado de bestias por la brutalidad de su esclavitud, se han rebelado y han acabado con sus amos. Son salvajes que recorren las ruinas de una civilización ajena. Los supervivientes de esa civilización, los que lograron escapar de la furia de sus antiguos esclavos, se dirigen al oeste. Allí dan con un misterioso reino prehumano, lo conquistan e imponen su propia cultura, modificada por influencia de la del pueblo derrotado. El nuevo reino se llama Estigia y, al parecer, aunque la vieja estirpe prehumana ha sido aniquilada, algunos restos sobreviven e incluso son adorados.

Aquí y allá, reducidos grupos de salvajes aislados y dispersos empiezan a mostrar signos de evolución. Pero en el norte crecen las tribus. Se autodenominan hibóreos o hiboríes. Su dios parece ser Bori, un antiguo líder al que la leyenda ha vuelto aún más remoto al afirmar que fue el rey que los guio al norte durante el cataclismo, recuerdo que en las tribus se ha transmitido distorsionado.

Se han extendido por el norte y avanzan hacia el sur poco a poco. Hasta ahora no han entrado en contacto con otros pueblos y todas sus guerras han sido intestinas. Mil quinientos años en el norte los han convertido en un pueblo alto y vigoroso de cabello leonado y ojos grises, amante de la guerra, que ya muestra una marcada naturaleza poética y artística. Aún viven sobre todo de la caza, pero algunas de las tribus más meridionales crían ganado hace siglos. Hay una excepción a ese completo aislamiento de otros pueblos: un viajero que se ha aventurado en el remoto norte regresa con noticias de que los yermos helados, supuestamente deshabitados, están poblados por una gran tribu de hombres de aspecto simiesco, descendientes de las bestias a las que sus ancestros empujaron hacia el norte. Insta a preparar una partida de guerra y enviarla al otro lado del círculo ártico para exterminar a esas bestias que, afirma, están evolucionando hacia la auténtica humanidad.

Lo abuchean casi todos, pero un pequeño grupo de jóvenes guerreros decide acompañarlo al norte. Ninguno regresa.

Las tribus hibóreas se van desplazando hacia el sur. A medida que crece la población, el movimiento migratorio se hace más intenso. Los siguientes años son una época de viajes y conquistas. Como ha ocurrido una y otra vez a lo largo de la historia, las tribus errantes cambian el panorama mundial.

Echemos un vistazo al mundo quinientos años más tarde. Las tribus hibóreas se han trasladado al sur y al suroeste, arrasando la mayoría de los clanes dispersos que allí moraban. Se han mezclado con los pueblos conquistados, de modo que su aspecto ya no es el de sus antepasados. Esta raza mixta es atacada con fiereza por nuevas migraciones del norte, de sangre más pura, que los barren con la indiferencia de una escoba. Con el tiempo, los nuevos invasores se mezclarán a su vez con la población nativa.

Pero estos conquistadores no han entrado aún en contacto con los pueblos más antiguos. Al sureste, los descendientes de los zhemri reciben un nuevo empuje a través del mestizaje con alguna tribu desconocida y empiezan a construir lo que no es sino una sombra de su antigua civilización. En el oeste, los simiescos atlantes han comenzado a ascender por la larga escalera hacia la humanidad. Han completado el ciclo de la existencia: olvidaron hace mucho su anterior condición de hombres y, carentes del menor pasado, siguen adelante sin que los ayude o los obstaculice el recuerdo de su pérdida humana. Hacia el sur, los pictos siguen en su estado salvaje, transgrediendo las leyes de la naturaleza al no progresar ni retroceder.

En el remoto sur se alza el misterioso reino de Estigia, y por sus fronteras orientales merodean clanes de nómadas salvajes que se conocen como los Hijos de Shem.

Al lado de los pictos, al amparo de las montañas escarpadas que protegen el amplio valle de Zingg, un grupo primitivo sin nombre que se suele considerar emparentado con los shemitas ha creado una civilización agraria sumamente avanzada.

Otro factor ha determinado el imparable empuje de los hibóreas. Una tribu de ese pueblo ha descubierto el uso de la piedra en la construcción de edificios y así ha nacido el primer reino hibóreo, el reino rústico y bárbaro de Hiperbórea, que tiene sus orígenes en una tosca fortaleza de rocas erigida para repeler ataques tribales. Los hiperbóreas no tardan en cambiar la vida nómada a caballo por las casas de piedra, toscas pero recias, y así protegidos se van fortaleciendo. Hay pocos sucesos más notables en la historia que el ascenso del fiero reino de Hiperbórea, cuyos habitantes abandonaron de pronto sus costumbres nómadas para habitar poblados de piedra desnuda rodeados de enormes muros. Es la historia de un pueblo surgido del neolítico que, por azar, descubre los rudimentos de la arquitectura.

El ascenso de este reino desplaza muchas otras tribus que, derrotadas en la guerra o reacias a convertirse en tributarias de sus parientes de los castillos, emprenden migraciones masivas por todo el mundo. Así, las tribus más septentrionales empiezan a sufrir el acoso de estos salvajes gigantes rubios, no mucho más avanzados que los hombres mono.

La historia de los mil años siguientes es la del ascenso de los hibóreos, cuyas tribus guerreras dominan occidente. Reinos incipientes van tomando forma. Los rubios invasores se topan con los pictos y los empujan a las tierras áridas del oeste. Al noroeste, los descendientes de los atlantes, que han dejado atrás su naturaleza simiesca para convertirse en salvajes primitivos, aún no se han encontrado con los conquistadores. En el lejano este, los lemurijs han desarrollado poco a poco una extraña civilización. En el sur, los hibóreos han fundado el reino de Koth, en la linde de la zona de pastoreo conocida como las Tierras de Shem, mientras que los salvajes habitantes de esa región, en parte por el contacto con los hibóreos y en parte por su relación con los estigios, que los han saqueado durante siglos, están saliendo de la barbarie. Los salvajes rubios del lejano norte han crecido en población y fuerza, por lo que los hibóreos más septentrionales se desplazan al sur, desplazando a su vez a sus parientes meridionales. El antiguo reino de Hiperbórea es derrocado por una de esas tribus septentrionales, que sin embargo conserva el viejo nombre. Al sureste de Hiperbórea, los zhemri han creado un reino llamado Zamora. En el suroeste, una tribu de pictos ha invadido el fértil valle del Zingg, ha conquistado a los nativos, fundamentalmente agricultores, y se ha establecido entre ellos. Este pueblo mestizo será conquistado posteriormente por una tribu hibórea, y de la mezcla resultante saldrá el reino de Zingaria.

Quinientos años más tarde, los reinos están definidos con claridad. Los reinos hibóreos (Aquilonia, Nemedja, Britunia, Koth, Ofir, Argos, Corintia y el llamado Reino Fronterizo) dominan el mundo occidental. Zamora, al este, y Zingaria, al suroeste, están habitadas por gentes similares en cuanto a la piel cetrina y las costumbres, aunque no guardan relación entre sí. Al sur duerme Estigia, que ninguna invasión extranjera ha tocado.

Los pueblos de Shem, por su parte, han cambiado el yugo estigio por el menos mortificante de Koth, y sus antiguos amos de piel oscura han sido empujados al sur del río Estigio o Nilo, que fluye hacia el norte desde las sombrías colonias meridionales para luego girar casi en ángulo recto hacia el oeste, a través de los pastizales de Shem, hasta su desembocadura.

Al norte de Aquilonia, el más occidental de los reinos hibóreos, están los cimerios. Fieros e indómitos, no se han visto sometidos por los invasores, pero avanzan rápidamente a causa de su contacto con ellos; son los descendientes de los atlantes, que ahora evolucionan con más rapidez que sus antiguos enemigos los pictos, quienes moran en las tierras salvajes del oeste de Aquilonia.

Quinientos años después, los pueblos hibóreos poseen una civilización tan vital que su contacto arranca del marasmo de la barbarie a cualquier tribu que toque. El reino más poderoso es Aquilonia, pero otros rivalizan en fuerza. Su hegemonía es indiscutible, aunque los bárbaros de los páramos van creciendo en poderío y empuje.

En el norte, los bárbaros rubios de ojos azules descendientes de los salvajes del Ártico han expulsado a las últimas tribus hibóreas de las tierras heladas, con excepción del viejo reino de Hiperbórea, que resiste pese a todo. Llaman a esta tierra Nordheim, y está

dividida entre los pelirrojos vanires de Vanaheim y los rubios aesires de Asgard.

Los lemuriros entran de nuevo en la historia, ahora como hirkanios. A lo largo de los siglos han ido desplazándose hacia el oeste, y una de sus tribus se ha asentado en las orillas meridionales del gran mar interior de Vilayet y ha establecido el reino de Turán en las costas suroccidentales. Entre el mar interior y las fronteras orientales de los reinos del oeste se extiende una vasta extensión de estepa, y en los extremos norte y sur no hay sino desiertos. Los no hirkanios que habitan esos territorios son, en el norte, pastores de origen desconocido, y los del sur son aborígenes shemitas con unas gotas de sangre hibórea, fruto de pasadas conquistas. Hacia el final de este periodo, otros clanes hirkanios se desplazan al oeste por el extremo septentrional del mar interior y se encuentran con los puestos avanzados más orientales de los hiperbóreos.

Echemos un rápido vistazo a los habitantes de esa era. Los hibóreos, dominantes, dejaron hace tiempo de ser un pueblo de cabellos leonados y ojos grises. Se han mezclado con otras razas. Hay una fuerte influencia semítica e incluso estigia entre los habitantes de Koth y, en menor medida, de Argos, que ha tenido más contacto con los zingarios. Los britunios del este se han mezclado con los zamorios, de piel más oscura, y la gente del sur de Aquilonia, con los morenos zingarios, de modo que el pelo y los ojos oscuros son dominantes en Poitain, la provincia más meridional. El antiguo reino de Hiperbórea se mantiene aislado; aun así corre abundante sangre extranjera por las venas de sus habitantes a causa del rapto de mujeres hirkanias, aesires y zamorias. Solo en la provincia aquilonia de Gunderland, donde no se practica la esclavitud, se mantiene pura la sangre hibórea.

Los bárbaros no se han mezclado con otros pueblos. Los cimerios son altos y fuertes, de pelo negro y ojos grises o azules. Los habitantes de Nordheim son de complexión similar pero de piel más pálida, ojos azules y cabello rubio o pelirrojo. Los pictos son como siempre han sido: bajos y muy morenos, con ojos y pelo negros.

Los hirkanios son morenos y, por lo general, altos y delgados, aunque el tipo rechoncho de ojos rasgados se va volviendo más común entre ellos, merced al mestizaje con una raza de aborígenes, inteligentes pero de baja estatura, a la que han conquistado en las laderas occidentales de las montañas del este del mar de Vilayet.

Los shemitas suelen ser de estatura media, aunque el cruce con los estigios produce a veces individuos de talla gigantesca, con nariz aguileña, ojos negros y pelo negroazulado.

Los estigios son altos y bien formados, de piel morena y rasgos armónicos, al menos la clase gobernante. La clase baja es una horda oprimida y mestiza, una mezcla de sangre negra, estigia, shemita y hasta hibórea.

Al sur de Estigia están los extensos reinos negros de los amazonios, los kushitas y los atlaios, y el imperio híbrido de Zembabwei.

Entre Aquilonia y las tierras de los pictos se encuentran las Marcas Bosonias, pobladas por descendientes de una raza nativa conquistada por los hibóreos en los primeros tiempos de su migración. Nunca habían alcanzado el grado de civilización de los hibóreos y estos los empujaron hasta el mismo límite del mundo civilizado. Los bosonios son de estatura y complexión medianas, mesocefálicos, y de ojos pardos o grises. Viven sobre todo de la agricultura en burgos amurallados y forman parte del reino aquilonio. Las Marcas Bosonias se extienden desde el Reino Fronterizo hasta el norte de Zingaria, y forman un baluarte contra los cimerios y los pictos. Son gente obstinada que ha hecho de la defensa un arte, y siglos de guerra contra los bárbaros del norte y el oeste la han llevado

a desarrollar una defensa casi invulnerable al ataque directo.

Cinco siglos después, la civilización hibórea ha desaparecido de la faz de la tierra. Su caída, curiosamente, no se debe a la decadencia interna, sino al poder creciente de las naciones bárbaras y de los hirkanios. Los pueblos hibóreos resultan arrasados cuando su pujante cultura se encuentra aún en la cúspide.

Es la codicia de Aquilonia lo que desencadena el desastre, aunque de modo indirecto. Deseosos de extender su imperio, los reyes aquilonios guerrearán contra sus vecinos. Se anexionan Zingaria, Argos y Ofir, así como las ciudades más occidentales de Shem, recientemente liberadas del yugo de Koth, al igual que sus hermanas más orientales. Incluso Koth, junto con Corintia y las tribus semíticas orientales, se ve obligado a pagar tributo y ayudar a Aquilonia en sus guerras. Hiperbórea, enzarzada en una rencilla ancestral con Aquilonia, lanza sus ejércitos contra esta. Las llanuras del Reino Fronterizo son el escenario de la encarnizada batalla en la que las huestes del norte sufren la derrota definitiva y tienen que retirarse a sus páramos helados para escapar a la persecución de los victoriosos aquilonios.

Nemedia, que ha resistido contra su enemigo occidental durante siglos, se alía con Britunia, con Zamora y, en secreto, con Koth, y crea una alianza destinada a aplastar al imperio incipiente. Pero antes de que sus ejércitos puedan entrar en combate aparece un nuevo enemigo por el este: por primera vez, los hirkanios organizan una incursión seria en el oeste. Reforzados con aventureros de las costas orientales de Vilayet, los jinetes turanios arrasan Zamora, devastan Corintia oriental y se dan de bruces en las llanuras de Britunia con los aquilonios, quienes los derrotan y los hacen huir al este.

Pero la alianza está rota y Nemedia se mantendrá a la defensiva en todas las guerras posteriores, ayudada ocasionalmente por Britunia e Hiperbórea. Y, como de costumbre, por Koth solapadamente.

La derrota de los hirkanios muestra al mundo el verdadero poder de Aquilonia, cuyos imponentes ejércitos se ven reforzados por mercenarios, muchos de ellos reclutados entre los zingarios, los salvajes pictos y los shemitas. Zamora es reconquistada de manos de los hirkanios, pero su pueblo descubre que simplemente ha cambiado un amo oriental por otro occidental. Los soldados aquilonios se acuartelan allí, no solo para proteger el reino devastado; también para impedir las insurrecciones. Los hirkanios no están convencidos de su derrota: tres veces más intentarán cruzar la frontera zamoria e invadir la tierra de Shem, para ser rechazados por los aquilonios. Pero el ejército turanio sigue creciendo, a medida que lo engrosan nuevas hordas de jinetes cubiertos de metal procedentes de las orillas meridionales del mar interior.

Más es en occidente donde empieza a crecer una fuerza destinada a derribar a Aquilonia de su elevado sitio. En el norte, a lo largo de la frontera de Cimeria, las pendencias entre los guerreros de melena negra y los nórdicos son continuas. Los aesires, entre guerra y guerra con los vanires, realizan rápidas incursiones al otro lado de la frontera de Hiperbórea y destruyen una ciudad tras otra. Los cimérios luchan contra pictos y bosonios sin distinción, y más de una vez han llegado a atacar Aquilonia, aunque es más simple pillaje que una guerra de invasión.

Pero los pictos crecen de forma asombrosa, tanto en población como en fuerza. Por un

extraño giro del destino, serán los esfuerzos de un solo hombre, un extranjero, los que los guíen hacia el camino que los llevará a crear un imperio.

Este individuo se llamaba Arus y fue un sacerdote nemedio con talante de reformista nato. No se ha podido esclarecer por qué centró su atención en los pictos, pero se sabe que estaba decidido a viajar a las tierras del oeste y cambiar las salvajes costumbres de aquellos paganos mediante la introducción del civilizado culto a Mitra. Sin dejarse atemorizar por los espeluznantes relatos de lo que había sucedido a mercaderes o exploradores en aquellas tierras, partió en busca de los salvajes solo y desarmado y, por algún sorprendente capricho del destino, no lo alcanzaron de inmediato.

Aunque siempre reacios al contacto con la civilización hibórea, los pictos se habían beneficiado de él. Habían aprendido a trabajar toscamente el cobre y el estaño, materiales poco abundantes en su tierra, así que a menudo realizaban incursiones en las montañas de Zingaria en busca de metal, o lo obtenían comerciando con pieles, barbas de ballena y colmillos de morsa. Ya no vivían en cuevas y refugios en los árboles, sino que construían tiendas y cabañas rudimentarias, copiadas de los bosonios. Aún subsistían principalmente de la caza, ya que sus tierras bullían de animales, y los ríos y el mar proporcionaban abundante pescado. Habían aprendido a cultivar pero no se encontraba entre sus prácticas habituales: preferían robar el grano a bosonios y zingarios. Se agrupaban en clanes que solían estar en guerra entre ellos, y sus costumbres eran sencillas, sanguinarias y difícilmente comprensibles para un hombre civilizado, como lo era Arus de Nemedía.

No tenían contacto directo con los hibóreos, ya que los bosonios hacían de parapeto. Pero Arus sostenía que eran susceptibles de mejorar, y los acontecimientos ulteriores demostraron que estaba en lo cierto... aunque no en el sentido en que lo decía.

Arus tuvo la fortuna de caer en el territorio de un jefe llamado Gorm, cuya inteligencia sobrepasaba la media de su pueblo. La existencia de Gorm no tiene más explicación que la de Gengis Kan, Utmán, Atila o cualquiera de esos individuos que, habiendo nacido en tierras salvajes entre bárbaros ignorantes, poseen el instinto de conquista necesario para construir un imperio. En una especie de bosonio degenerado, el sacerdote le explicó al caudillo su propósito y, si bien no salía de su perplejidad, Gorm le dio permiso para permanecer en su tribu con la cabeza sobre los hombros, un caso único en la historia de los pictos.

Tras aprender el idioma, Arus emprendió la tarea de eliminar los aspectos más desagradables de la vida picta, como el sacrificio humano, las rivalidades familiares y la quema de cautivos vivos. Arengó a Gorm largo y tendido, y en él encontró un oyente receptivo aunque insensible. Podemos reconstruir la escena con un poco de imaginación: el caudillo de pelo negro, vestido con pieles de tigre y adornado con un collar de dientes humanos, de cuclillas en el suelo de la cabaña y pendiente de la elocuencia del sacerdote, seguramente sentado en un bloque de caoba pulida cubierto de pieles, elaborado en su honor, y ataviado con la túnica de seda de los sacerdotes nemedios. Arus gesticularía incansablemente mientras exponía los derechos y la justicia que propugna Mitra, y sin duda señalaría con repugnancia las hileras de cráneos que adornaban las paredes de la cabaña e instaría a Gorm a perdonar a sus enemigos en lugar de convertirlos en vasijas. Arus era producto de una raza de instintos artísticos innatos, refinada por siglos de civilización; la herencia de Gorm eran cientos de milenios de barbarie exuberante: caminaba silencioso como un tigre; sus brazos competían en fuerza con los de un gorila; el

fuego que ardía en sus ojos no era distinto del que ardía en los de un leopardo.

Arus, pragmático, apeló al sentido de ganancia material del salvaje. Señaló que la fuerza y el esplendor de los reinos hibóreos eran un ejemplo del poder de Mitra, cuyas enseñanzas los habían elevado a tan excelsas alturas. Habló de las llanuras fértiles, las murallas de mármol, los carros de hierro, las torres enjoradas, los jinetes de armadura reluciente que cabalgaban hacia la batalla. Gorm, con su inequívoco instinto de bárbaro, no prestó oídos a la palabrería sobre los dioses y sus enseñanzas, concentrado en el poder y la riqueza que tan vívidamente describía el sacerdote. En aquella cabaña de suelo de arcilla, con el sacerdote vestido de seda sobre el bloque de caoba y el jefe de piel morena acucillado y cubierto de pieles de tigre, se establecieron los cimientos de un imperio.

Como ya se ha dicho, Arus era pragmático. Vivió entre los pictos y descubrió lo mucho que podía hacer un hombre inteligente para ayudar a la humanidad, sobre todo cuando esta se viste con pieles de tigre y lleva collares de dientes humanos. Como todos los sacerdotes de Mitra, poseía amplios conocimientos de diversas materias. Descubrió grandes yacimientos de hierro en las colinas pictas y enseñó a los nativos a extraerlo, fundirlo y trabajarlo para crear aperos de labranza... o eso creía él.

Instituyó otras reformas, pero lo más importante que hizo fue lo siguiente: despertó el deseo de Gorm de conocer las tierras civilizadas; enseñó a los pictos a trabajar el hierro y los puso en contacto con la civilización. A instancias del jefe, viajó con él y algunos de sus guerreros a las Marcas Bosonias, donde los aldeanos los contemplaron asombrados.

Sin duda, Arus estaba convencido de estar realizando conversiones a diestro y siniestro, pues los pictos le prestaban atención en vez de descuartizarlo con sus hachas de bronce. Pero los pictos no eran muy dados a tomar en serio enseñanzas que hablasen de perdonar a los enemigos y abandonar el sendero de la guerra para tomar el del trabajo honrado. Se decía que carecían de sentido artístico, que toda su naturaleza estaba orientada a la guerra y la matanza. Cuando el sacerdote les hablaba de la gloria de las naciones civilizadas, sus oyentes no estaban interesados en los ideales de la religión, sino en el botín que describía sin saberlo en su narración de las espléndidas ciudades y las ricas tierras. Cuando explicó cómo había ayudado Mitra a algunos reyes a vencer a sus enemigos, no prestaron mucha atención a los milagros del dios, pero se mantuvieron pendientes de la descripción de las líneas de batalla y las maniobras de los jinetes, arqueros y lanceros. Escuchaban atentos, con los ojos alerta y el semblante inescrutable, y luego se iban sin el menor comentario y seguían con halagadora diligencia sus instrucciones sobre la siderurgia y otras industrias parecidas.

Antes de que apareciera Arus robaban armas y armaduras de acero a los bosonios y los zingarios, o martilleaban toscamente sus propias armas de cobre y bronce. Ahora se les abría un nuevo mundo, y el batir de los yunques resonaba por todo el territorio. Gorm, en virtud de sus nuevas habilidades, empezó a expandir su dominio a otros clanes, en parte mediante la guerra y en parte mediante su habilidad y diplomacia, algo en lo que, demostradamente, era muy superior a los demás bárbaros.

Los pictos cruzaban Aquilonia a su antojo bajo salvoconducto y volvían cargados de información relacionada con la forja de armaduras y espadas. Incluso entraron en el ejército de Aquilonia como mercenarios, con el comprensible disgusto de los bosonios. Los reyes de Aquilonia acariciaban la idea de usar a los pictos contra los cimerios y así destruir ambas amenazas, pero estaban demasiado ocupados con sus guerras de conquista

en el sur y el este para prestar la atención suficiente a las ignotas tierras del oeste, de las que surgían cada vez más guerreros dispuestos a engrosar sus filas como mercenarios.

Estos guerreros, una vez completado su servicio, volvían a casa con nociones bastante precisas del modo civilizado de hacer la guerra, junto con un desprecio por la civilización surgido del contacto con ella. Los tambores sonaban en las colinas; las hogueras convocaban reuniones en las lomas, y los fieros herreros pictos golpeaban el acero en innumerables yunques. Por medio de intrigas e incursiones, demasiado abundantes y arteras para enumerarlas, Gorm se convirtió en caudillo de caudillos, lo más cercano a un rey que habían tenido los pictos en miles de años. Había esperado mucho tiempo y su edad era avanzada, pero decidió cruzar las fronteras y con intención no de comerciar, sino de guerrear.

Arus comprendió su error demasiado tarde. No había llegado al alma a los paganos; en ella seguía agazapada una fiereza inmemorial. Su persuasiva elocuencia no había llegado a arañar la superficie de la conciencia picta. Gorm había cambiado la piel de tigre por una cota de malla plateada, pero bajo ella seguía siendo el mismo bárbaro de siempre, inaccesible a la teología o la filosofía, con los instintos orientados hacia la rapiña y el saqueo.

Los pictos que arrasaron las fronteras bosonias a sangre y fuego ya no vestían pieles de tigre ni blandían hachas de bronce; llevaban cotas de malla y afiladas armas de acero. En cuanto a Arus, le partió la crisma un picto borracho durante su último esfuerzo por deshacer su obra involuntaria. Gorm no era ningún ingrato; el cráneo del asesino acabó coronando el túmulo dedicado al sacerdote. Quizá una de las ironías más siniestras del universo sea que las piedras que cubrían el cadáver de Arus se adornaran con un último toque de barbarie; él, a quien resultaban repugnantes la sangre y la violencia.

Pero las nuevas armas y armaduras no eran suficientes para atravesar las líneas enemigas. Durante años, el armamento superior y el fiero coraje de los bosonios había mantenido a raya a los invasores, ayudado cuando era necesario por tropas imperiales aquilonias.

Fue una traición, que llegó de donde menos se esperaba, lo que rompió las líneas bosonias. Pero quizá convenga, antes de relatar dicha traición, presentar una visión general del imperio aquilonio.

Siempre había sido un reino rico, que había obtenido bienes sin cuento por medio de conquistas, hasta que el esplendor más suntuoso tomó el lugar de la vida sencilla y esforzada. La decadencia aún no había minado del todo al rey ni al pueblo; aunque vestían seda e hilo de oro, todavía eran un pueblo vital y fuerte. Pero la arrogancia había sustituido a la antigua sencillez. Trataban a los menos poderosos con condescendencia y exprimían cada vez más con sus tributos a los pueblos conquistados. Argos, Zingaria, Ofir, Zamora y las tierras shemitas recibían el tratamiento de provincias sometidas, lo que resultaba especialmente humillante para los orgullosos zingarios, que a menudo se alzaban en rebelión pese a las represalias.

Koth era prácticamente un estado tributario, sujeto a la «protección» de Aquilonia contra los hirkanios, pero el imperio no había sido capaz de someter a Nemedía, aunque, en los últimos tiempos, esta se limitaba a defenderse y generalmente necesitaba la ayuda de

los hiperbóreos. Las únicas derrotas que sufrió en esa época fueron el fracaso en el intento de anexionarse Nemedía, la derrota de un ejército enviado a Cimeria y la aniquilación casi completa de otro a manos de los aesires. De igual modo que los hirkanios eran incapaces de hacer frente a las cargas de caballería pesada de los aquilonios, estos, al invadir las tierras nevadas, se vieron abrumados por la fiereza en el combate cuerpo a cuerpo de los nórdicos.

Pero las conquistas de Aquilonia llegaban al Nilo, donde un ejército había sido derrotado y diezmado, a raíz de lo cual el rey de Estigia rindió tributo a Aquilonia para impedir la invasión de su reino. Britunia estaba acabada tras una larga serie de guerras relámpago y los aquilonios estaban preparados para someter por fin a Nemedía, su antiguo rival.

Con un ejército engrosado por mercenarios, los aquilonios atacaron a su enemigo ancestral y parecían destinados a aplastar la última sombra de independencia nemedía. Pero surgieron disputas entre los aquilonios y sus ayudantes bosonios.

Como resultado inevitable de la expansión de su imperio, los aquilonios se habían vuelto altivos e intolerantes. Se burlaban de los toscos bosonios, y no tardaron en surgir rencillas entre ambos grupos. Los aquilonios despreciaban a los bosonios y estos estaban resentidos por la actitud de sus amos, pues así se hacían llamar los aquilonios, que los trataban como súbditos conquistados, los gravaban con impuestos draconianos y los reclutaban para guerras de expansión que pocas ventajas les reportaban. Apenas quedaban hombres suficientes para defender la frontera en su tierra natal y, cuando les llegó noticia de las incursiones pictas, varios regimientos completos de bosonios abandonaron la campaña nemedía y se dirigieron a toda prisa a la frontera occidental, donde no tardaron en derrotar a los invasores en una cruenta batalla.

Esta deserción fue la causa directa de la derrota de Aquilonia a manos de los desesperados nemedios y atrajo sobre los bosonios la ira despiadada de los imperialistas, intolerantes y faltos de miras como suelen ser. Los regimientos aquilonios se desplazaron en secreto a la frontera de las Marcas Bosonias y se invitó a los cabecillas bosonios a un gran cónclave. Haciéndose pasar por una expedición contra los pictos, grupos de salvajes soldados shemitas se acuartelaron entre los confiados nativos. Los jefes fueron masacrados y los shemitas cayeron sobre sus asombrados anfitriones a golpe de espada y antorcha, y el ejército imperial se ensañó con los pasmados bosonios. Las Marcas quedaron arrasadas de norte a sur; después, los ejércitos aquilonios abandonaron el lugar, dejando tras de sí una tierra asolada.

Y justo en ese momento, de repente, la invasión picta se expandió a lo largo de las fronteras. No era una simple incursión, sino el ataque concertado de una nación entera, guiada por los caudillos que habían servido en los ejércitos aquilonios y planeada y dirigida por Gorm, quien ya era un anciano pero conservaba el fuego ardiente de su fiera ambición. En esta ocasión no encontraron a su paso burgos repletos de arqueros que pudieran contenerlos hasta que llegasen las tropas imperiales. Lo poco que quedaba de los bosonios fue eliminado de la faz de la tierra, y los bárbaros, enloquecidos por la sangre, cayeron sobre Aquilonia, saqueando y quemando todo a su paso antes de que las legiones, en guerra con los nemedios, pudieran volver al oeste. Zingaria aprovechó esta oportunidad para quitarse de encima el yugo aquilonio, ejemplo que no tardaron en seguir Corintia y los shemitas. Regimientos enteros de mercenarios y tributarios se amotinaron y

volvieron a sus países, dejando un rastro de devastación. Los pictos se esparcieron hacia el este sin que nadie los detuviera, y a sus pies cayó un ejército tras otro. Sin los arqueros bosonios, los aquilonios descubrieron que no podían competir con las mortíferas flechas incendiarias de los bárbaros. Se convocó a todas las legiones del imperio para hacer frente a la terrible amenaza mientras, desde las tierras salvajes, horda tras horda se lanzaba sobre ellos sin mostrar signos de diezmo.

En medio de aquel caos, los cimerios bajaron de sus colinas para rematar el desastre. Asolaron las ciudades, devastaron los campos y se retiraron a su territorio con el botín así obtenido, pero los pictos ocuparon las tierras atacadas. Así cayó el imperio aquilonio, a sangre y fuego.

Los hirkanios llegaron de nuevo desde el este. Aprovecharon la retirada de las tropas imperiales de Zamora, que ahora era presa fácil para ellos, y el rey hirkanio estableció su capital en la mayor ciudad del país. Esta invasión provenía del antiguo reino hirkanio de Turán, en las costas del mar interior, pero del norte llegó otra formada por hirkanios más fieros. Escuadrones de jinetes cubiertos de acero galoparon por el extremo norte del mar interior, atravesaron los desiertos helados, cruzaron las estepas, desplazando a los nativos a su paso, y cayeron sobre los reinos occidentales. Al principio, los recién llegados no eran aliados de los turanios; estaban en guerra con ellos, al igual que con los hibóreos. Con el tiempo, nuevas hordas de orientales se unieron a la conquista hasta que todos quedaron unidos bajo un único caudillo que, según dicen, llegó galopando de las mismísimas costas del mar oriental. Sin ejércitos aquilonios que les hicieran frente, eran imparables.

Se extendieron por Britunia y la sometieron; devastaron Corintia y el sur de Hiperbórea y se adentraron las colinas ciméricas en pos de los bárbaros de pelo negro, pero la caballería era menos eficaz en aquellas tierras accidentadas. Los cimerios les hicieron frente, y una confusa y desordenada retirada tras un día interminable de lucha sangrienta impidió que los ejércitos hirkanios resultaran aniquilados por completo.

Mientras tanto, los reinos shemitas habían conquistado Koth, que otrora los había sojuzgado, pero fueron derrotados en su intento de invadir Estigia. En cuanto terminaron de humillar a Koth los invadieron los hirkanios, y descubrieron que los orientales eran amos mucho más severos que los hibóreos. Entre tanto, los pictos se habían adueñado de Aquilonia y prácticamente habían exterminado a sus habitantes. Se desparramaron más allá de las fronteras de Zingaria, y miles de zingarios acabaron huyendo de la matanza rumbo a Argos. Allí tuvieron que someterse a la clemencia de los hirkanios, quienes los trasladaron a Zamora. Tras ellos quedaba Argos, cubierto por las llamas de la matanza y el saqueo, y los pictos siguieron su camino hacia Ofir hasta darse de bruces con el ala occidental del ejército hirkanio.

Los hirkanios, tras conquistar Shem, habían derrotado al ejército estigio y lo habían hecho replegarse más allá del Nilo. Luego asolaron el país hasta llegar al reino negro de Amazonia, en el distante sur, y hacer cautivos a muchos de sus habitantes para trasladarlos a tierras shemitas. Seguramente habrían completado la conquista de Estigia y la habrían añadido a su creciente imperio de no ser por los fieros ataques de los pictos contra los territorios que se habían anexionado por occidente.

Nemedía, invicta por los hibóreos, se debatía entre los jinetes de oriente y los espadachines de occidente cuando una tribu de aesires descendió de sus tierras nevadas. Se asentaron en el reino nemedio, donde los contrataron de mercenarios. Demostraron ser

guerreros tan fieros que no solo derrotaron a los hirkanios, sino que consiguieron detener el avance de los pictos.

El mundo, en esa época, presenta el siguiente aspecto:

Un vasto imperio picto, salvaje, tosco y bárbaro, que se extiende desde la costa norteña de Vanaheim hasta la meridional de Zingaria. Más al este, incluye toda Aquilonia excepto Gunderland, la provincia más septentrional, que sobrevive a la caída del imperio como un reino aislado que mantiene su independencia. El imperio picto incluye también Argos, Ofir, la parte occidental de Koth y las tierras más occidentales de Shem.

Frente a este imperio bárbaro están los hirkanios, cuya frontera norte linda con Hiperbórea y que se extiende hacia el sur, hasta los desiertos meridionales de Shem. Zamora, Britunia, el Reino Fronterizo, la mayor parte de Koth y todo el este de Shem están dentro de este imperio. Las fronteras de Cimeria se mantienen: ni pictos ni hirkanios han sido capaces de someter a estos fieros bárbaros. Nemedía, dominada por los mercenarios aesires, resiste todas las invasiones.

En el norte, Cimeria, Nordheim y Nemedía separan ambos imperios, pero en el sur Koth, se ha convertido en un campo de batalla donde pictos e hirkanios luchan sin tregua. A veces los guerreros orientales expulsan del reino a los bárbaros, y las ciudades y llanuras vuelven a manos de los hirkanios.

Estigia, en el lejano sur, sacudida por las incursiones hirkánias, sufre el acoso de los reinos negros.

En el remoto norte, las tribus están inquietas; guerrear continuamente contra los cimérios y atacan las fronteras hiperbóreas.

Gorm muere a manos de Hialmar, comandante de los aesires de Nemedía. Ya es muy anciano: cuenta casi cien años. En los setenta y cinco que han pasado desde que oyó historias del oeste de labios de Arus, toda una vida para un hombre pero apenas un suspiro para una nación, ha creado un imperio a partir de clanes rivales y salvajes y ha destruido una civilización. Nacido en una cabaña de adobe con techo de paja, pasa sus últimos días en un trono de oro y come las mejores piezas de carne en vajilla de oro, servida por esclavas jóvenes que han sido hijas de reyes. Pero ni la conquista ni las riquezas han cambiado a los pictos; de las ruinas de la civilización destruida no surgirá como el fénix una nueva cultura: las funestas manos de los saqueadores que convirtieron en polvo el apogeo artístico de los conquistados nunca intentarán copiarlo. Aunque viven en las ruinas relucientes de palacios desmoronados y se visten con las sedas de reyes extintos, los pictos siguen siendo los mismos bárbaros feroces y elementales, interesados solo en los aspectos más inmediatos de la vida. No han evolucionado ni perdido su instinto para la guerra y el saqueo, y en sus corazones no hay lugar para las artes, el progreso cultural ni los gestos humanitarios.

Son muy distintos los aesires que se asientan en Nemedía. Estos adoptan enseguida muchos de los modos y maneras de la civilización, acomodados a su fiera idiosincrasia.

Durante un breve periodo, pictos e hirkanios se desafían sobre las ruinas del mundo que han conquistado. Luego empiezan las glaciaciones y la gran migración septentrional. Mientras los hielos se desplazan cada vez más al sur, las tribus nórdicas emprenden una larga migración, empujando a su paso a sus parientes meridionales. Arrasan el antiguo

reino de Hiperbórea y en sus ruinas tienen un encontronazo con los hirkanios. Nemedía es, de hecho, un reino nórdico, gobernado por los descendientes de los mercenarios aesires.

Empujados por la invasión nórdica, los cimerios se ponen en marcha, y no hay ejército o ciudad que les pueda hacer frente. Cruzan y destruyen por completo el reino de Gunderland y atraviesan la antigua Aquilonia abriéndose paso a su manera característica a través de los ejércitos pictos. Derrotan a los nemedios y saquean algunas de sus ciudades, pero no se detienen: prosiguen su marcha hacia el este y derrotan a un ejército hirkanio en la frontera de Britunia.

Tras ellos, hordas de aesires y vanires se desparraman por el mundo, y el imperio picto se tambalea bajo sus ataques. Una de sus víctimas, Nemedía, es derrotada y los nórdicos medio civilizados huyen de sus parientes más salvajes, dejando las ciudades abandonadas y en ruinas. Estos nórdicos, que han tomado el nombre de su reino de adopción y a los que se refiere el actual término de nemedios, llegan a la antigua tierra de Koth, expulsan a pictos e hirkanios y ayudan al pueblo de Shem a expulsar a los hirkanios de sus tierras. Por todo el mundo occidental, pictos e hirkanios sucumben ante este pueblo más joven y fiero. Un grupo de aesires expulsa a los jinetes orientales de Britunia, y allí se establecen y adoptan ese nombre para sí. Los nórdicos que han conquistado Hiperbórea mascaran a sus enemigos orientales con tal ferocidad que los descendientes de Lemuria se retiran a sus estepas y no paran hasta llegar a Vilayet.

Entre tanto, los cimerios, en su camino hacia el sureste, destruyen el antiguo reino hirkanio de Turán y se establecen en las costas suroccidentales del mar interior. Se ha acabado el poderío de los conquistadores de oriente. Ante los ataques de nórdicos y cimerios, destruyen sus propias ciudades, ejecutan a aquellos cautivos que no parecen en buen estado para una larga marcha y luego, tras enviar miles de esclavos por delante, cabalgan de vuelta a las misteriosas tierras de oriente, bordeando las costas nororientales del mar interior, y desaparecen de la historia de occidente hasta que cabalgan de nuevo, miles de años después, como hunos, mongoles, tártaros y turcos. En su retirada los acompañan varios miles de zamorios y zingarios, que se establecen en el lejano oriente y forman la raza mestiza que emergerá tiempo después como gitana.

Mientras, una tribu de vanires se aventura más allá de las fronteras meridionales de los pictos y, tras atravesar la arrasada Zingaria, llega a Estigia, donde la oligarquía oprime el país, siempre acosado por los ataques de los reinos negros del sur. Los pelirrojos vanires guían a los esclavos en una revuelta general, derrotan a la clase reinante y se establecen como casta conquistadora. Someten a los reinos negros septentrionales y erigen en el sur un vasto imperio al que llamarán Egipto. De estos conquistadores pelirrojos surgen los primeros faraones.

El mundo occidental está ahora bajo el poder de los bárbaros nórdicos. Los pictos permanecen en Aquilonia, en parte de Zingaria y en la costa occidental del continente. Pero al este, hasta Vilayet y desde el círculo ártico hasta las tierras de Shem, los únicos habitantes son las tribus nómadas de nórdicos, con excepción de los cimerios, establecidos en el antiguo reino turanio. No hay ciudades en parte alguna, excepto en Estigia y las tierras de Shem; las oleadas invasoras de pictos, hirkanios, cimerios y nórdicos las han convertido en ruinas y los otrora dominantes hibóreos se han desvanecido de la faz de la tierra, dejando tan solo un pequeño rastro de su sangre en las venas de sus conquistadores. Lo único que sobrevive de las lenguas de los bárbaros son los nombres de tierras, tribus y

ciudades, que acaban por mezclarse a lo largo de los siglos con leyendas distorsionadas y fábulas inexactas, hasta que toda la historia de la Era Híboréa se pierde en una maraña de mitos y fantasía. Así, en el habla de los gitanos quedarán unidos los conceptos de zíngaro y Zamora; a los aesires que dominaron Nemedía se los llamará nemedios, y más adelante desempeñarán su papel en la historia irlandesa. Los nórdicos asentados en Britunia serán conocidos como britunios, bretones o britanos.

No hubo en esa época nada que se pareciera a un imperio nórdico. Como siempre, cada tribu tenía su rey o caudillo, y luchaban salvajemente entre ellas. Nunca se sabrá cuál podría haber sido su destino, pues un nuevo cataclismo sacudió el mundo, cambiando de sitio las masas de tierra hasta darles el aspecto que tienen hoy en día.

Fue un tiempo de caos y locura. Grandes porciones de la costa occidental se hundieron; Vanaheim y la parte occidental de Asgard, deshabitadas y cubiertas por glaciares desde hacía cientos de años, se desvanecieron bajo las aguas. El océano fluyó alrededor de las montañas occidentales, desde Cimeria hasta el mar del Norte; esas montañas se convirtieron en las islas que luego se conocerían como Inglaterra, Escocia e Irlanda, y las aguas cubrieron por completo las antiguas tierras salvajes de los pictos y las Marcas Bosonias.

En el norte se formó el mar Báltico, con lo que Asgard se convirtió en las penínsulas que más adelante se conocerían como Noruega, Suecia y Dinamarca. En el lejano sur, el continente estigio quedó separado del resto del mundo por la frontera natural que formaba el tramo occidental del Nilo. En Argos, el oeste de Koth y la parte occidental de Shem, el océano inundó la cuenca creada y dio lugar a lo que luego llamaríamos el Mediterráneo. Pero mientras el resto se hundía, al este de Estigia se alzaron nuevas tierras que dieron lugar a la parte oriental del continente africano.

Los corrimientos de tierras tuvieron como resultado grandes cadenas montañosas en la parte central del continente septentrional. El territorio que rodeaba la zona ganada al mar no se vio afectado, y en sus orillas, las tribus nórdicas iniciaron una vida de pastoreo, compartiendo el terreno más o menos pacíficamente con los cimerios y mezclándose poco a poco con ellos. Los pictos, devueltos por el cataclismo a la edad de piedra, se asentaron de nuevo en las tierras occidentales con el increíble empuje que los caracteriza, hasta que, en épocas posteriores, los cimerios y los nórdicos los arrinconaron en el borde occidental de las islas. Esto ocurrió tanto tiempo después de la formación de los nuevos continentes que de los viejos imperios no quedaban sino leyendas sin sentido.

Esta última migración alcanza ya momentos conocidos por los historiadores, de modo que no es necesario entrar en detalles. Fue producto de la expansión del pueblo que se amontonaba en las estepas, al oeste del antiguo mar interior, ahora mucho más menguado y conocido como el Caspio: el crecimiento fue tan exagerado que se hizo necesaria una migración. Las tribus se desplazaron al sur, al oeste y al norte, hacia las tierras que ahora conocemos como India, Asia Menor, Europa Occidental y Centroeuropa.

Llegaron allí con el nombre de arios, pero había variaciones entre esos arios primitivos; algunas aún se reconocen hoy en día, aunque otras cayeron en el olvido. Los rubios

aqueos, galos y britones, por ejemplo, descendían de los aesires de pura sangre. Los nemedios de las leyendas irlandesas eran los aesires nemedios. Los daneses eran descendientes directos de los vanires; los godos y los ancestros de otras tribus escandinavas y germánicas, entre ellos los anglosajones, descendían de una raza mestiza que contenía elementos vanires, aesires y cimerios. Los gaélicos, antepasados de los irlandeses y los *highlanders* de Escocia, eran los herederos de los clanes cimerios. Las tribus címbricas de Bretaña eran una mezcla de nórdicos y cimerios que precedieron a los britones puros en las islas, lo que dio lugar a la leyenda de la supremacía gaélica. Los cimbrios que lucharon contra Roma eran de la misma sangre, al igual que los gimmerai de los griegos y asirios y los gómer de los hebreos. Otros clanes de cimerios se aventuraron al este, y unos pocos siglos más tarde, mezclados con los hirkanios, volvieron al oeste como escitas. Los ancestros originales de los gaélicos dieron su nombre moderno a Crimea.

Los antiguos sumerios no tenían ninguna relación con los pueblos occidentales. Eran una raza de sangre hirkania y shemita que no siguió a los conquistadores en su retirada. Muchas tribus de Shem escaparon al cautiverio, y de los shemitas de sangre pura, así como de los mezclados con nórdicos e hibóreos, descienden los árabes, los israelitas y otras etnias semíticas. Los cananeos o semitas alpinos remontan su ascendencia a shemitas y kushitas asentados entre sus amos hirkanios; los elamitas constituyen un buen ejemplo. Los bajos y robustos etruscos, base de los romanos, eran descendientes de una mezcla de estigios, hirkanios y pictos que habían vivido originalmente en el antiguo reino de Koth. Los hirkanios, al retirarse a las costas orientales del continente, derivaron en las tribus posteriormente conocidas como tártaros, hunos, mongoles y turcos.

Los orígenes de otras razas del mundo moderno se pueden trazar de forma similar. Casi en todos los casos, mucho más de lo que se piensa, su historia se remonta a los legendarios y nebulosos tiempos de la olvidada Era Hibórea.

POSIBLE BIOGRAFÍA DE CONAN

Rodolfo Martínez

A partir del trabajo de P. Schuyler Miller y John D. Clark, y de las indicaciones de Robert E. Howard

Procede de un clan del noroeste de Cimeria. Su padre es herrero. Nace en el campo de batalla, durante una lucha contra los incursores vanires.

15 años Recibe su bautismo de fuego en el ataque al puesto avanzado aquilonio de Venarium, en la frontera norte de Gunderland.

16 años (**La hija del gigante de hielo**) Tal vez el primer encuentro de Conan con lo sobrenatural. O tal vez no. En esa época pasa un tiempo con un grupo de aesires, ayudándolos en sus conflictos con los vanires.

17 años (**La torre del elefante**) Los hiperbóreos lo capturan, pero consigue escapar y se abre paso hacia el sur hasta la ciudad de los ladrones, en Zamora. Durante un tiempo ejerce de ladrón.

18 años (**El dios del cuenco**) Vagando hacia el oeste sin rumbo fijo, Conan se interna en el reino de Nemedía. Sigue ganándose la vida como ladrón.

20 años (**Hatajo de rufianes**) Entre Zamora y Corintia, en una ciudad-estado cuyo nombre no ha pasado a la historia, saborea por primera vez la vida del soldado de fortuna. Cansado de ganarse la vida robando, decide convertirse en mercenario.

22 años En Corintia entra al servicio de uno de los muchos generales del país. La profesión se le da bien, y aprende con rapidez el arte de la guerra civilizada y el manejo de las distintas armas. En algún momento de este periodo de su vida pone rumbo al este y pasa un tiempo en Turán, entre los hirkanios.

24-27 años (**La reina de la Costa Negra**) Un encontronazo en Argos con las fuerzas de la ley lo lleva a embarcarse rumbo al sur. El barco sufre el asalto de los corsarios negros, bajo el mando de Belit, quien se encapricha del bárbaro. Se convierten en pareja. Durante tres años aterrorizan las costas, y Conan se gana el apodo de Amra. Tras la muerte de Belit desembarca en la costa de Kush.

27 años (**El valle de las mujeres perdidas**) Se convierte en caudillo de guerra de los bamulas. Llega a la aldea de los bakalah. Allí rescata a una joven ofiria y la lleva hasta la frontera estigia, para luego regresar a su tribu adoptiva de los reinos negros.

28 años (**Coloso negro**) Regresa al mundo hibóreo, se emplea como mercenario y llega a capitán de una compañía, bajo el mando de Amalrus de Nemedía, que

posteriormente se ve envuelta en una guerra civil en Khoraja. Conan acaba al mando de las tropas del bando de Yasmela y gana la guerra; pero, llevado por el orgullo, se niega a ser rey consorte de la joven.

- 31 años (**Sombras a la luz de la luna**) Continua ganándose la vida con su espada. Tras enrolarse al servicio de un príncipe rebelde de Koth, se encuentra de pronto sin trabajo cuando su patrón hace las paces con el rey. Los mercenarios se convierten en forajidos y saquean las fronteras de Koth, Zamora y Turán con el nombre de Compañías Libres. Poco después son desbandados por las tropas del rey Yildiz de Turán y, en la huida, Conan acaba convertido en pirata de Vilayet. El rey Yildiz muere y Yezdigerd, su sucesor, embarca a Turán en una campaña de expansión y conquistas.
- 32 años (**Nacerá una bruja**) Poco después lo encontramos en el reino fronterizo de Khauran, como capitán de la guardia de la reina Taramis. Salomé, la hermana gemela de Taramis, se apodera del trono y destroza las tropas de Conan, a quien salva in extremis uno de sus antiguos camaradas kozakis, ahora caudillo de los zuagires. Se hace con el liderazgo y reconquista Khauran para su legítima reina. En lugar de volver a su antiguo puesto, decide seguir como líder de los zuagires.
- 33 años (**Sombras sobre Zamboula**) Ha dejado los zuagires y se encuentra muy al sur, cerca de la frontera nororiental de Estigia. Sigue camino hacia el norte, rumbo a Ofir.
- 34 años (**Xuthal del crepúsculo**) El príncipe Almuric de Koth se rebela de nuevo contra el denostado rey Strabonus. Mercenarios de todas partes acuden a unírsele, entre ellos muchos kozakis, con Conan a la cabeza. De nuevo está al servicio de Amalrus de Nemedía, su antiguo comandante. La causa rebelde fracasa, y Amalrus y su ejército se ven empujados hacia el sur, donde las tropas estigias y negras los barren al borde del desierto meridional. Conan se interna en el desierto, encuentra la ciudad perdida de Xuthal, llega a las praderas de los reinos negros y, tras abrirse camino hacia la costa, vuelve a la civilización con un grupo de piratas barachanos.
- 35 años (**El diablo de hierro**) Pero un tiempo después no lo encontramos en el reino hibóreo, sino en Turán, donde se ha unido a los kozakis y hostiga duramente a Yezdigerd. El rey de Turán intenta en vano atraparlo y Conan acaba convirtiendo a los kozakis en un grupo realmente poderoso y nutrido.
- 36 años (**El pueblo del círculo negro**) Separado de sus kozakis, Conan llega a Vendhya, donde acaba convirtiéndose en jefe de guerra de los montañeses afghulis y pone en jaque no solo a las tropas de Yezdigerd, sino a las de la Devi de Vendhya.
- 38 años (**El extranjero negro**) Algún tiempo después lo encontramos en el norte, en tierras pictas y los pictos le pisan los talones. Se refugia en una cueva que es tabú para los salvajes y posteriormente se ve envuelto en una intriga alrededor del Tesoro de Tránicos, el legendario pirata, que incluye a un noble zingario y a dos piratas de las Baracha.
- 38 años (**El estanque del negro**) Pasa un tiempo como pirata de las islas Baracha, hasta que se ve obligado a huir y lo recoge una nave bucanera zingaria bajo el mando del capitán Zaporavo, al que no tarda en arrebatarse el puesto. Ejerce un tiempo de

bucanero, hasta que la armada zingaria hunde su barco frente a las costas de Shem y Conan escapa al interior.

39 años (**Clavos rojos / Las joyas de Gwahlur**) Conan se une a las Compañías Libres y va con ellas en dirección a Estigia. Pasa un tiempo en el puesto de Sukhmet, pero no tarda en cansarse de la inactividad, y cuando Valeria, una pirata que se ha unido a la Hermandad, deja el campamento hacia el sur, Conan decide seguirla. Juntos llegan a los reinos negros del sur de Estigia.

Valeria y Conan se separan. Este sigue deambulando por el sur y llega al reino de Punt. De allí se dirige a Zembabwei y, pasando por varias caravanas, vuelve al norte, primero a Turán y por último a los países hibóreos.

40 años (**Más allá del río Negro**) En la frontera norte de Aquilonia se enrola en el ejército de ese país para combatir a los pictos, sus enemigos ancestrales.

El rey Namedides de Aquilonia, de carácter débil y voluble, lo encierra en la Torre de Hierro, pero Conan consigue escapar y huye a las Marcas Bosonias. Cruza el río Trueno y atraviesa las tierras de los pictos en dirección al mar. Los pictos lo persiguen hasta la bahía de Korvela. Conan y sus aliados zarpan hacia Messantia.

Cuando se produce una revuelta de los barones a causa de las arbitrariedades del rey, Conan ve llegado su momento: mata a Namedides en su propio trono y se convierte en rey de Aquilonia.

41 años (**El fénix en la espada**) Como rey tiene que hacer frente a varias conspiraciones para derrocarlo. La primera la planean Amalrus de Ofir y Strabonus de Koth.

42 años (**La ciudadela escarlata**) Aquilonia entra en guerra con Koth y Ofir. Es la primera guerra de Conan como rey.

44 años (**La hora del dragón**) Un grupo de conspiradores hace regresar de la muerte a Xaltotun, el hechicero de Aqueronte, con la intención, entre otras, de arrebatar el trono a Conan.

45 años Se casa con Zenobia.

62 años Tras un reinado de más de veinte años, a lo largo del cual Aquilonia ha prosperado y se ha convertido en la nación hegemónica de Occidente, Conan abdica en su hijo y abandona Tarantia, sin que se vuelva a saber de él.

LAS EDICIONES DE CONAN

GNOME PRESS (1950-1957)

- The Coming of Conan*. Robert E. Howard. (1953)
- Conan the Barbarian*. Robert E. Howard. (1954)
- The Sword of Conan*. Robert E. Howard. (1952)
- King Conan*. Robert E. Howard. (1953)
- Conan the Conqueror (The Hour of the Dragon)*. Robert E. Howard. (1950)
- Tales of Conan*. Robert E. Howard. (1955)
- The Return of Conan*. L. Sprague de Camp y Björn Nyberg (1957)

Primera edición en tapa dura de las historias originales de Howard. Allí se publicó todo el material que se conocía en aquel momento, incluyendo algunas historias inéditas. Todos los volúmenes contienen relatos de Howard protagonizados por Conan, excepto los dos últimos:

Tales of Conan es una compilación de historias de otros personajes de Howard reescritas por L. Sprague de Camp para que sean relatos de Conan.

The Return of Conan es una novela escrita por Björn Nyberg que L. Sprague de Camp revisa para su publicación.

LANCER/ACE BOOKS (1966-1977)

- Conan*. Robert E. Howard, L. Sprague de Camp, y Lin Carter (1967)
- Conan of Cimmeria*. Robert E. Howard, L. Sprague de Camp, y Lin Carter (1969)
- Conan the Freebooter*. Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1968)
- Conan the Wanderer*. Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1968)
- Conan the Adventurer*. Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1966)

- Conan the Buccaneer*. L. Sprague de Camp y Lin Carter (1971)
- Conan the Warrior*. Robert E. Howard (1967)
- Conan the Usurper*. Robert E. Howard and L. Sprague de Camp (1967)
- Conan the Conqueror (The Hour of the Dragon)*. Robert E. Howard (1967)
- Conan the Avenger (The Return of Conan)*. Björn Nyberg y L. Sprague de Camp (1968)
- Conan of Aquilonia*. L. Sprague de Camp y Lin Carter (1977)
- Conan of the Isles*. L. Sprague de Camp y Lin Carter (1968)

La primera edición en rústica que aspiró a ser definitiva, con los relatos ordenados de acuerdo a la cronología interna de la serie y entradillas añadidas a cada uno para rellenar los huecos entre historia e historia. Incluía el material original de Howard (muy revisado en algunos casos por Sprague de Camp), relatos de Howard de otros personajes adaptados para convertirlos en historias de Conan y encajados en diversos puntos de su biografía y nuevos relatos escritos ex profeso por Sprague de Camp y Lin Carter (en ocasiones partiendo de sinopsis y de fragmentos inacabados de Howard) que completaban diversas etapas en la vida del cimero.

Esta edición tiene varias versiones españolas.

En primer lugar, Bruguera publicó en 1973 once volúmenes que se correspondían con los doce originales, excepción hecha de *Conan of Aquilonia*. El motivo de esa omisión es sencilla: ese volumen no aparecería en inglés hasta 1977. Esta edición reproducía las portadas de Frazetta de la edición original.

Ediciones Fórum publicaría en 1983 la versión española de los doce volúmenes originales. Por desgracia sin las portadas de Frazetta, sustituyéndolas por diversas viñetas coloreadas de los comics de Marvel.

Martínez Roca, entre 1995 y 1998, reeditaría de nuevo estos libros y añadiría varios más (hasta un total de veintiuno) con historias escritas por otros autores. Las portadas eran, en buena medida, ilustraciones de agencia, que poco tenían que ver con el interior de los libros más allá de su aspecto «bárbaro».

BERKLEY (1977)

- The Hour of the Dragon*. Robert E. Howard. (Agosto 1977)
- The People of the Black Circle*. Robert E. Howard. (Setiembre 1977)
- Red Nails*. Robert E. Howard. (Octubre 1977)

Esta edición incluía por primera vez tan solo las historias originales de Howard y en su forma previa a las revisiones de De Camp. Carece de versión española.

WANDERING STAR/DEL REY
(2003-2005)

—*Conan of Cimmeria: Volume One*(1932-1933). Robert E. Howard. (2003)

—*Conan of Cimmeria: Volume Two*(1934). Robert E. Howard. (2004)

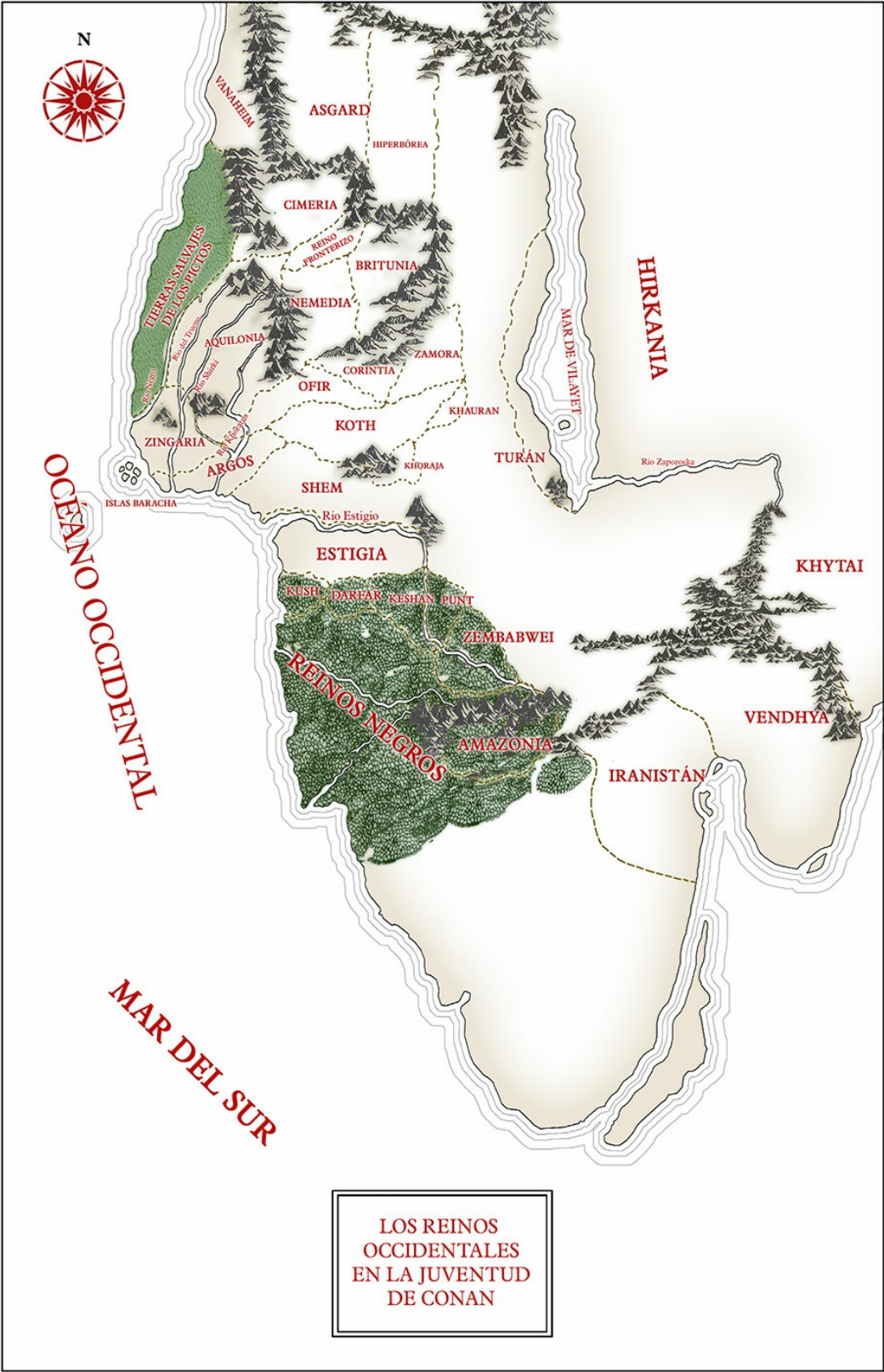
—*Conan of Cimmeria: Volume Three*(1935-1936). Robert E. Howard. (2005)

Publicada en tres volúmenes en tapa dura, recoge todo el material original de Howard sobre Conan (incluidas sinopsis y fragmentos inacabados) y lo hace en su redacción original, antes de que pasase por las manos de De Camp. Está ordenada de acuerdo al momento en que fue escrito cada relato, no a la cronología interna de la saga.

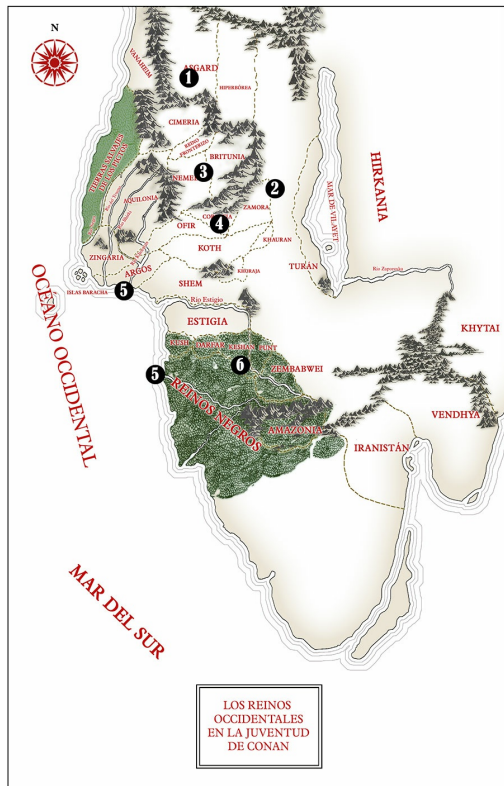
La edición se completa con ilustraciones de Mark Schultz, Gary Gianni y Greg Manches e incluye abundantes notas, diversos textos relacionados, esquemas y mapas de Howard.

Sería publicada en castellano por Timun Mas entre 2004 y 2005, respetando el formato de lujo original, aunque utilizando, al menos en el primer volumen, la traducción que hizo Beatriz Oberländer para la edición de Fórum, con lo cual los textos de esa edición española no partían de las versiones originales de Howard, sino las revisiones de De Camp.

MAPAS



LOS REINOS OCCIDENTALES EN LA JUVENTUD DE CONAN



SOBRE ROBERT E. HOWARD

Peaster, 1930.

Vital, sombría, desbordante, vibrante, la obra de Howard se parece mucho a su creador. Se movió fundamentalmente por el circuito de revistas *pulp* en los años treinta del siglo XX y creó docenas de relatos de aventuras, misterio y fantasía. Su creación más famosa es Conan el cimerio, pero otras como Kull, Bran Mak Morn o Solom Kane no le van a la zaga.

RELATOS DE CONAN

- «The Phoenix on the Sword», *Weird Tales*, Diciembre, 1932.
- «The Scarlet Citadel», *Weird Tales*, Enero, 1933.
- «The Tower of the Elephant», *Weird Tales*, Marzo, 1933.
- «Black Colossus», *Weird Tales*, Junio 1933.
- «Xuthal of the Dusk», *Weird Tales*, Setiembre, 1933.
- «The Pool of the Black One», *Weird Tales*, Octubre, 1933.
- «Rogues in the House», *Weird Tales*, Enero, 1934.
- «The Frost Giant's Daughter», *Fantasy Fan*, Marzo 1934, como «Gods of the North».
- «Iron Shadows in the Moon», *Weird Tales*, Abril, 1934.
- «Queen of the Black Coast», *Weird Tales*, Mayo, 1934.
- «The Devil in Iron», *Weird Tales*, Agosto, 1934.
- «The People of the Black Circle», *Weird Tales*, Setiembre–Noviembre 1934. Serializado en tres partes.
- «A Witch Shall be Born», *Weird Tales*, Diciembre, 1934.
- «Jewels of Gwahlur», *Weird Tales*, Marzo 1935.
- «Beyond the Black River», *Weird Tales*, Mayo-Junio 1935. Serializado en dos partes.
- «Shadows in Zamboula», *Weird Tales*, Noviembre, 1935.
- «*The Hour of the Dragon*», *Weird Tales*, Diciembre 1935-Abril 1936. Serializado en cinco partes.
- «Red Nails», *Weird Tales*, Julio-Octubre 1936. Serializado en tres partes
- «The Vale of Lost Women», *Magazine of Horror* 15, Primavera, 1967.
- «The God in the Bowl», *The Tower of the Elephant*, 1975.
- «The Black Stranger», *Echoes of Valor*, Febrero 1987

NOTAS

¹ It may sound fantastic to link the term “realism” with Conan; but as a matter of fact —his supernatural adventures aside— he is the most realistic character I ever evolved. He is simply a combination of a number of men I have known, and I think that’s why he seemed to step full-grown into my consciousness when I wrote the first yarn of the series. Some mechanism in my sub-consciousness took the dominant characteristics of various prizefighters, gunmen, bootleggers, oil field bullies, gamblers, and honest workmen I had come in contact with, and combining them all, produced the amalgamation I call Conan the Cimmerian.

² Well, last night in a tavern, a captain in the king’s guard offered violence to the sweetheart of a young soldier, who naturally ran him through. But it seems there is some cursed law against killing guardsmen, and the boy and his girl fled away. It was bruited about that I was seen with them, and so today I was haled into court, and a judge asked me where the lad had gone. I replied that since he was a friend of mine, I could not betray him. Then the court waxed wrath, and the judge talked a great deal about my duty to the state, and society, and other things I did not understand, and bade me tell where my friend had flown. By this time I was becoming wrathful myself, for I had explained my position.

But I choked my ire and held my peace, and the judge squalled that I had shown contempt for the court, and that I should be hurled into a dungeon to rot until I betrayed my friend. So then, seeing they were all mad, I drew my sword and cleft the judge’s skull; then I cut my way out of the court.

³ She feared him, told herself she loathed his raw brute strength and unashamed barbarism, yet something breathless and perilous inside her leaned toward him; the hidden primitive chord that lurks in every woman’s soul was sounded and responded. She had felt his hardened hand on her arm, and something deep in her tingled to the memory of that contact. Many men had knelt before Yasmela. Here was one she felt had never knelt before any one. Her sensations were those of one leading an unchained tiger; she was frightened, and fascinated by her fright.

⁴ While it is not impossible that, on some unaccompanied visit to Brownwood, his friends there took him to “Sal’s House,” as one of the three local warehouses was called, the weight of such evidence as we have makes it more than likely that he died without ever having enjoyed the pleasures of sex. (...) Perhaps we owe Conan with all his flamboyant swordplay and sexual triumphs to the fact that his creator was forced to sublimate his own dreams and fancies to bring his character to life.

⁵ But I am not such a dog as to leave a white woman in the clutches of a black man. (...) If you were old and ugly as the devil’s pet vulture, I’d take you away from Bajujh. simply because of the color of your hide.

⁶ Moreover, Howard accepted the then common white American’s belief that Negroes were persons of arrested mental development, incapable of creativity. At the same time, his view of the black race contained a subtle paradox. Influenced by the romantic primitivism of Kipling, Burroughs, and London, and holding a jaundiced view of civilization, he could not altogether condemn barbarians for being barbarians. In many ways he found barbarism admirable. In discussing French authors, he wrote, “Dumas has a virility lacking in other French writers —I attribute it to his negroid strain.”

Hence he often adhered to an indulgent if condescending view of Africans and other barbarians. Toward American Indians he was somewhat more friendly. His mother’s hatred of Indians and his Texan traditions based on the depredations of the Comanches were counterbalanced by his readings of Indian lore and by his association with his part-Indian uncle. He thought the Indians had had a “raw deal” from the whites and that they might have developed their own civilization if left to themselves.

⁷ Conan agreed. He generally agreed to her plans. Hers was the mind that directed their raids, his the arm that carried out her ideas. It mattered little to him where they sailed or whom they fought, so long as they sailed and fought. He found the life good.

⁸ Howard has the most magnificent sense of the drama of “History” of anyone I know. He possesses a panoramic vision which takes in the evolution and interaction of races and nations over vast periods of time, and gives one the same large scale excitement which (with even greater scope) is furnished by things like Stapledon’s Last and First Men.

⁹ Jerking aside the velvet curtains she dramatically indicated the Cimmerian. It was perhaps not an entirely happy moment for the disclosure. Conan was sprawled in his chair, his feet propped on the ebony table, busily engaged in gnawing a beef-bone which he gripped firmly in both hands. He glanced casually at the astounded nobles, grinned faintly at Amalric, and went on munching with undisguised relish.

¹⁰ Heimdul roared and leaped, and his sword flashed in deathly arc. Conan staggered and his vision was filled with red sparks as the singing blade crashed on his helmet, shivering into bits of blue fire. But as he reeled he thrust with all the power of his broad shoulders behind the humming blade. The sharp point tore through brass scales and bones and heart, and the red-haired warrior died at Conan’s feet.

¹¹ A devil from the Outer Dark. Oh, they’re nothing uncommon. They lurk as thick as fleas outside the belt of light which surrounds this world. I’ve heard the wise men of Zamora talk of them. Some find their way to Earth, but when they do, they have to

take on earthly form and flesh of some sort. A man like myself, with a sword, is a match for any amount of fangs and talons, infernal or terrestrial.

¹² Cast in the mold of humanity, they were distinctly not men. They were winged and of heroic proportions; not a branch on the mysterious stalk of evolution that culminated in man, but the ripe blossom on an alien tree, separate and apart from that stalk. Aside from their wings, in physical appearance they resembled man only as man in his highest form resembles the great apes. In spiritual, esthetic and intellectual development they were superior to man as man is superior to the gorilla. But when they reared their colossal city, man's primal ancestors had not yet risen from the slime of the primordial seas.

These beings were mortal, as are all things built of flesh and blood. They lived, loved and died, though the individual span of life was enormous.

¹³ "Surely he sees us," muttered Conan. "Why does he not charge us? He could break this window with ease."

Murilo realized that Conan supposed the mirror to be a window through which they were looking.

"He does not see us," answered the priest. "We are looking into the chamber above us. That door that Thak is guarding is the one at the head of these stairs. It is simply an arrangement of mirrors. Do you see those mirrors on the walls? They transmit the reflection of the room into these tubes, down which other mirrors carry it to reflect it at last on an enlarged scale in this great mirror."

Murilo realized that the priest must be centuries ahead of his generation, to perfect such an invention; but Conan put it down to witchcraft and troubled his head no more about it.

¹⁴ Online en «The Barbarian Keep»:

<http://www.barbariankeep.com/chronx.html>

